



Herbie Brennan

El emperador púrpura

Lectulandia

Cuando el padre de Pyrgus Malvae, a quien se suponía muerto, se presenta en el Palacio Púrpura, su presencia causa una gran conmoción. Además, como el recientemente fallecido Emperador Púrpura se ha convertido en aliado de los elfos de la noche y no todo va como debería en el reino, la locura se desata. Los elfos de la noche gobiernan, una perturbada se convierte en reina y, ante la evidencia de que el viejo orden corre un grave peligro, Pyrgus y la princesa Blue se ven obligados a descender al fondo del caos en busca de una respuesta. Por otra parte, desde el mundo de los humanos, Henry acude en su ayuda, aunque apenas se imagina el universo en que está a punto de precipitarse y los peligros que deberá sortear en ese mundo mágico plagado de hechizos y criaturas siniestras.

Lectulandia

Herbie Brennan

El emperador púrpura

El portal de los elfos - 2

ePub r1.0

OZN 07.08.14

Título original: *The Purple Emperor*
Herbie Brennan, 2004
Traducción: Raquel Vázquez Ramil
Retoque de cubierta: OZN

Editor digital: OZN
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

1

Al final de una calle sin salida se alzaba la casa del señor Fogarty. Las ventanas delanteras, parcialmente cubiertas con tablones, le conferían aspecto de abandono y ruina. Sin embargo, Henry recordaba que cuando el anciano vivía allí ya estaban medio tapiadas, así que los vecinos no notarían la diferencia. Y nadie con un mínimo sentido común iría a visitar al señor Fogarty, ya que éste le había roto el brazo a su último visitante con un bate de críquet.

Henry tenía un juego completo de llaves, pero prefirió no abrir la puerta principal y se dirigió a la trasera, que siempre estaba en penumbra, pues el anciano había levantado una valla altísima para que los vecinos no lo espieran; tampoco había mucho que ver: una franja de césped gris y musgoso y el cobertizo del jardín al lado de la budleya, donde Henry había encontrado a Pyrgus. El chico pasó junto al arbusto, uno de los sitios favoritos de *Hodge*, y gritó:

—¡*Hodge*! ¡Vamos *Hodge*, es hora de cenar!

El minino debía de andar merodeando entre las hierbas, porque apareció con el rabo levantado y se frotó contra el tobillo de Henry.

—¡Hola, *Hodge*! —exclamó Henry. Le gustaba el viejo gato, aunque éste había convertido el lugar en cementerio de roedores, pájaros y conejos.

Se encaminó hacia la puerta trasera con paso lento y cauteloso, pues *Hodge* se le interponía entre los pies haciendo ochos. Cuando abrió la puerta, el gato se coló delante de él, ansioso por engullir la bolsa de Whiskas. El señor Fogarty lo alimentaba con una bazofia maloliente que parecía vómito y costaba menos de veinticinco peniques la lata. *Hodge* se la comía sin protestar, pero prefería los Whiskas. Nunca le había hecho al señor Fogarty las carantoñas que le hacía a Henry.

Abrió la alacena, sacó una bolsa y el plato de hojalata de *Hodge*.

—Estás malcriando a ese gato... y lo sabes —gruñó una voz desde las sombras.

Henry se asustó y soltó el plato, que tabaleó ruidosamente sobre las baldosas de la cocina. *Hodge* maulló y huyó hacia la puerta.

2

—¡Miedica! —exclamó su alteza serenísima, la princesa Holly Blue.

—¡No soy un miedica! —protestó Pyrgus—. Sólo quiero ver cómo se mueven. —
Hojeó el libro de dibujos pasando las páginas con gestos exagerados: los espléndidos
hechizos de animación provocaban que las ilustraciones de mariposas se retorciesen y
estirasen las alas.

—Sabes muy bien cómo se mueven —repuso Blue, enfadada—. Son dibujos
tradicionales, ¡hace años que no cambian! Y los viste muchas veces con papá...
cuando estaba vivo. —Se le nublaron los ojos.

—Ya lo sé —refunfuñó Pyrgus, y pasó otra página.

—Bueno, ¿y a qué esperas? —Su hermano murmuró algo—. ¿Qué has dicho?

—Que no me gustan las agujas.

Se hallaban en los aposentos privados del emperador en el Palacio Púrpura, que
ya pertenecían a Pyrgus, y hacía alrededor de una hora que el herticordio real
esperaba fuera.

—Ya sé que no te gustan las agujas —repuso Blue—. Pero tienes que pasar por
eso, y ahora. ¿O prefieres que te pinchen el día de tu coronación? No puedes
convertirte en el nuevo Emperador Púrpura y pasarte la ceremonia rascándote; la
gente creería que tienes pulgas.

—Puedo utilizar un hechizo curativo.

—Lo que puedes hacer es comportarte como debes —le dijo Blue, tajante—. Ya
has echado dos veces a ese pobre hombre. Aguántate y cúrate.

—Vale, vale —farfulló Pyrgus, y le hizo un gesto al lacayo que esperaba junto a
la puerta como una estatua—. Que pase.

El lacayo abrió la puerta e hizo una reverencia.

—Sir Archibald Buff-Arches —anunció en voz alta—, herticordio real.

El hombre que entró en la estancia le recordó a Blue a su antiguo enemigo Jasper
Chalkhill, pues estaba gordo y le gustaba la ropa extravagante: llevaba un traje de
seda tornasolada tejida con hechizos de ilusión óptica que mostraba unas ninfas
desdibujadas nadando entre los pliegues. Pero ahí acababa el parecido. El hombre
caminaba con decisión y por sus ojos se reconocía que no era un elfo de la noche.
Dos delgados ayudantes empujaban un carrito con frascos multicolores, varias
botellas y una bandeja con las agujas tan temidas por Pyrgus.

El herticordio hizo una profunda reverencia ante el futuro emperador.

—Majestad imperial —saludó. Se volvió hacia Blue e hizo una reverencia más
sencilla—. Alteza serenísima.

Blue se fijó en que tenía manos delicadas y bastante bonitas.

—Mi hermano está preparado —se apresuró a decir antes de que Pyrgus cambiase

de idea.

Éste le lanzó una mirada asesina, pero como estaba decidido a seguir adelante, le dijo a Buff-Arches con exagerada dignidad:

—Me pongo en tus manos, herticordio. Acabemos de una vez.

Los dos ayudantes se ocuparon de abrir frascos y botellas y colocar una serie de resplandecientes instrumentos junto a las agujas. Blue observó que el rostro de Pyrgus adquiría un tono verdoso. El contenido del carrito sugería que se estaban preparando para una importante operación de cirugía.

—Supongo que su majestad querrá conocer sus opciones —dijo Buff-Arches.

Pyrgus lo miró fijamente, y Blue supo que ése era el momento en que su hermano podía acobardarse. Pero él se limitó a decir:

—¿Opciones? Sí, me gustaría conocerlas.

—Por lo general —explicó Buff-Arches—, los tatuajes se hacen sin anestesia ni intervención mágica de ningún tipo, excepto una pequeña transfusión por si la pérdida de sangre real es superior a un litro en una hora...

—¿Pérdida de sangre? —graznó Pyrgus—. ¿Un litro en una hora?

—¡Oh, rara vez llega a esa cantidad! —manifestó el herticordio, muy ufano—. A menos que por casualidad se rompa una arteria mientras se prepara la transposición real.

—¿Transposición real? —repitió Pyrgus. Blue se le acercó con disimulo por si se desmayaba.

—Sí, se trata de obtener una muestra de tejido que se utiliza para calibrar el efecto de los tintes; es una medida de precaución por si se producen reacciones alérgicas. En primer lugar procedo a tatuar la muestra con el dibujo de una abeja y, si no hay reacción, seguimos con el tatuaje oficial del cuerpo de su majestad. La muestra de tejido suele tomarse de las nalgas reales.

Blue esperaba que su hermano protestase. Ella lo habría hecho, desde luego, porque una muestra de tejido de esa clase significaba pasar una semana sin sentarse. Pero Pyrgus se limitó a preguntar:

—¿Por qué una abeja? ¿Por qué tatúas siempre la muestra con una abeja?

—No tengo ni idea —reconoció el otro—. Se trata simplemente del dibujo especificado... por la tradición, se entiende. —Observó a Pyrgus un momento, como si esperase más preguntas, y añadió en tono brusco—: Pero iba a explicaros vuestras opciones: como he dicho, el sistema tradicional no requiere anestesia ni intervención mágica, pero uno de vuestros ilustres antepasados, el emperador Scolitandes *el Enclenque*, decretó que a partir de él todo Emperador Púrpura podía elegir que sus tatuajes oficiales se hiciesen con anestesia local o general mediante esas tinturas herbales. —Señaló unos botellines del carrito—. O si no, que el candidato encendiese un cucurucho de hechizos que de forma temporal lo hiciese inmune al dolor. —Hizo

una pausa, expectante, y preguntó—: ¿Le importaría a su majestad imperial decirme qué opción ha elegido?

—¿Para qué son esos instrumentos? —quiso saber Pyrgus contemplando la bandeja—. ¿Para la muestra de tejido?

—¡Oh, no, *sire*! Su majestad recordará que mi segunda labor como herticordio es rasurar vuestra cabeza para haceros la tonsura real. El instrumental parece un poco desagradable, pero esa parte del procedimiento es indolora, os lo aseguro. A menos que su majestad se retuerza, por supuesto.

—¿No hay más remedio que afeitarme la cabeza? —dijo Pyrgus, que era muy presumido con su cabello.

—Sí, hay que hacerlo. Su majestad es el jefe de la Iglesia de la Luz, por eso resulta tan apropiada la tonsura. Pero si lo deseáis, puedo haceros una pequeña peluca con el pelo cortado para que os la pongáis cuando no estéis ocupado en asuntos de Estado.

—Buena idea —afirmó Pyrgus—. Sí, hazla.

—¿Y las opciones de Su majestad? La anestesia, el cucurucho de hechizos...

—¿Cuál eligió mi padre?

La expresión de Buff-Arches se dulcificó por primera vez.

—Vuestro padre, *sire*, optó por el método tradicional: nada de hechizos ni anestesia. Ni siquiera hizo falta que lo sujetasen mis ayudantes.

Blue se puso tensa. Hacía sólo unas semanas que habían asesinado a su padre, al que habían dado una muerte horrible con un arma del Mundo Análogo que le había destruido gran parte de la cara; pero Pyrgus y su padre no solían coincidir en sus formas de actuar. En cierta época la relación entre ellos había sido tan tensa que su hermano se había marchado de casa para vivir en la ciudad como un plebeyo. ¿Seguiría ahora el ejemplo de su padre?

—Entonces haré lo mismo —respondió Pyrgus en tono grandilocuente, y empezó a desabrocharse los pantalones.

Blue se retiró discretamente. Se sentía orgullosa de su hermano, encantada con su elección. Pero no quería estar allí cuando le tomasen la muestra de tejido del trasero.

* * *

Quedaban un millón de cosas por hacer antes de la coronación: aplicar pan de oro a la catedral, colocar velas hechizadas en su interior y comprar regalos para la congregación; contratar músicos, organizar juegos conmemorativos y preparar los conejos para la distribución oficial; determinar la Guardia de Honor y los sobornos a los funcionarios; disponer la barcaza real, las siete compañías teatrales de la conjuración y el coro de endriagos; designar el acompañante masculino (Pyrgus

quería que fuese Henry, pero Blue no sabía si el guardián Fogarty se habría puesto en contacto con él) y la acompañante femenina, que sería la propia Blue (que aún no había hecho las pruebas del vestido); instalar la nueva estatua en la Gran Plaza; acordar el saludo augusto, el menú de recepción y... La lista era interminable.

Todos estos preparativos recaían sobre Blue porque Pyrgus no se los tomaba en serio.

La princesa se dirigía hacia sus aposentos para trabajar en la temida lista cuando, de súbito, decidió probarse el vestido. Cambió de dirección y descendió por un tramo de estrecha escalera que conducía a las estancias de la servidumbre, una zona de palacio que no solía visitar, pues cuando la princesa real necesitaba algo, se lo llevaban los sirvientes; según la costumbre, el traje de la acompañante femenina debía ser tejido con la más exquisita seda de hilandera «sin utilizar hechizos de ningún tipo».

Parecía ridículo, pero así lo disponía la tradición. Todo el mundo sabía que la seda elaborada por la hilandera era el material más frágil del mundo hasta que se consolidaba, y que después se convertía en el más fuerte. No obstante, para conseguir que los maravillosos pliegues se adaptaran a la forma del cuerpo (lo que hacía que los vestidos de seda de hilandera fuesen tan valorados), había que probarse antes de que la trama del tejido se cerrase, pero debía hacerse con mucho cuidado, en especial si estaba prohibido utilizar un hechizo de éxtasis. Con un poco de suerte, la tela no se rompía y se obtenía el vestido más bonito del reino. De lo contrario, las amas de la seda confeccionaban otro (a un coste altísimo) y el proceso se repetía.

La mayoría de los clientes, incluso los nobles, visitaba a las amas en sus pabellones de trabajo, instalados sobre los cubículos de las hilanderas. Como una concesión especial a la princesa real, el vestido para la coronación se confeccionaba en el propio palacio. A Blue le hubiera encantado ofrecerles a las amas habitaciones de categoría, pero ellas insistieron en instalar su taller en la zona de la servidumbre. Blue descubrió el motivo cuando entró en él.

—¿Por qué hace tanto frío aquí? —preguntó, notando que se le helaba el aliento.

Una de las amas de la seda, sentada en su banco, alzó la vista. Si le sorprendió la repentina aparición de la princesa real, no lo demostró.

—El tejido no puede trabajarse a temperaturas más altas —respondió.

—He venido a hacer la prueba —dijo, temblorosa, y se abrazó para darse calor—. ¿Está todo listo?

El ama se levantó y se le acercó. Era una matrona alta y elegante, de largo cabello hasta la cintura y ataviada con un precioso vestido. Ésa era la gran ventaja de la seda de hilandera: le daba un aspecto maravilloso a cualquier mujer que pudiera permitirse el lujo de lucirla.

—Por supuesto, Serenidad. Seguidme, por favor.

Blue dejó que la condujera por el taller. Las amas habían trasladado todos sus utensilios al palacio, a juzgar por los trajes que estaban elaborando, aunque la princesa confió en que no hubiesen llevado también a las hilanderas. Le gustaban los arácnidos (tenía uno psicotrónico ilegal), pero las arañas de la seda eran del tamaño de terriers, en su opinión demasiado grandes.

El ama abrió una puerta que daba a una segunda habitación, más pequeña que la primera y sin bancos de trabajo. En ella había un impresionante vestido púrpura y dorado que cubría una figura de madera, iluminado por una esfera de luz suave. El tejido brillaba como si estuviera encantado.

Blue se quedó sin aliento.

—Es... increíble.

El ama esbozó una leve sonrisa.

—Sí, Serenidad.

—¿Cómo te llamas, ama de la seda?

—Flor de Melocotón.

—Es lo más bonito que he visto en mi vida, Flor de Melocotón —reconoció la princesa, y se acercó al vestido. Aunque la temperatura de aquella habitación superaba en un par de grados la del taller, seguía exhalando vaho—. ¿Tengo que desnudarme para probármelo?

—Sí, Serenidad. El vestido os sentará bien, naturalmente, pero el calor de vuestro cuerpo consolidará el material para que se os adapte a la figura para siempre, contando con que no lo rompáis al ponéroslo.

—Tendré cuidado.

Parecía que el material se escurría, pero no era resbaladizo sino más bien intangible, como si perteneciese a otra dimensión. Hacía tanto frío que Blue temblaba y quería ponerse el vestido rápidamente, pero se esforzó en mover los entumecidos dedos con lenta parsimonia. El vestido se le deslizó por la cabeza y el cuerpo como una capa de aceite perfumado. De inmediato notó calor y percibió el proceso catalítico de las hebras de hilandera engarzándose.

—¡Muy bien! —exclamó Flor de Melocotón—. Ahora podéis moveros. Es bastante seguro.

Blue dio unos pasos arropada con el vestido y se sintió llena de energía, como si alguien hubiese encendido un cucurucho de euforia.

—Estáis preciosa, alteza —afirmó Flor de Melocotón—. Por favor, venid para que os vean las otras amas.

Aunque Blue nunca se había preocupado mucho por su aspecto, en ese momento se sintió elegante, tan distinguida como la propia ama de la seda, y sus movimientos trazaban una especie de danza. No le extrañaba que las amas pusiesen precios tan altos a sus modelos: el efecto de llevar uno de esos vestidos resultaba extraordinario.

Hubo un espontáneo estallido de aplausos cuando entró en el taller. Incluso varias amas se levantaron y sonrieron encantadas. Blue les devolvió la sonrisa con aprecio, pero en ese momento de triunfo la asaltó un pensamiento inesperado: «¡Espera a que Henry Atherton me vea con esto!».

3

El hombre alto y delgado que salió de las sombras llevaba una toga añil hasta los tobillos, bordada con símbolos eléctricos y planetarios. Taladró a Henry con la mirada.

—¿Sabes que ponen droga en esa porquería, o no? Droga para gatos. Los muy bobos se hacen adictos y ya no prueban otra cosa. Por eso es tan cara.

Henry echó un vistazo a la bolsa de Whiskas que sostenía y luego miró a aquel hombre tan enfadado.

—¡Señor Fogarty! ¿Qué está haciendo aquí?

—Vivo aquí —respondió con acritud.

—No, no es cierto. Al menos este mes no. —De pronto sintió una creciente emoción—. ¿Cómo está Pyrgus? ¿Qué tal el reino? —E intentó sonar indiferente—: Ah, ¿y cómo está la princesa Blue?

Fogarty abrió el armario bajo el fregadero, sacó una lata y buscó un abridor en el cajón de la cocina. La lata era tan vieja que no tenía anilla.

—Pyrgus es un desastre. Ese chico no vive en el mundo real, así que ¿cómo esperas que gobierne un imperio? El reino... bueno, de eso quería hablarte. —Se fijó en la expresión de Henry y añadió—: Tu novia está bien.

—No es mi novia —repuso Henry sonrojándose.

Fogarty no le hizo caso. Sacó un cuchillo del cajón para trasladar bocados de baba marrón de la lata al plato de *Hodge*. El gato, recuperado del susto, había vuelto a la cocina y miraba con sumo interés.

—Todo va bien en apariencia —dijo Fogarty—. Los del bando de la noche mantienen las formas y Hairstreak está callado. Hay rumores de que el reino de Hael se ha derrumbado; yo no me lo creo, pero los portales están cerrados, así que los demonios no causan dificultades. Se habla mucho de lazos de amistad, palomas de la paz y todas esas tonterías. El problema es que en realidad no ha cambiado nada.

Puso el plato en el suelo y esperó. *Hodge* se acercó, husmeó, se apartó y se sentó dándoles la espalda.

—¿Ves? —exclamó Fogarty en tono triunfante—. ¡Se trata de una adicción! No toca la comida normal. ¡Quiere su dosis!

—Señor Fogarty, no le gusta esa comida para gatos. Huele fatal y parece...

—Siempre la comía cuando estaba conmigo —refunfuñó Fogarty—, sobre todo cuando tenía hambre. —Miró a Henry y se sorbió la nariz—. Dale ese Whiskas, ya que lo has convertido en un yonqui.

Henry decidió no entrar al trapo, de modo que tiró a la basura la comida vomitiva, lavó el plato y echó Whiskas en él. *Hodge* irguió el rabo y se puso a comer de inmediato.

Fogarty alcanzó una silla y se sentó ante la mesa de la cocina.

—Un par de cosas antes de que me olvide. He de comunicarte que Pyrgus desea que te traslades para su coronación. —Henry lo miró, inexpresivo, pensando en su último examen de Lengua, pero entonces se acordó de que «trasladar» era la palabra que utilizaba Pyrgus para viajar al reino de los elfos—. Existe lo que se llama «acompañante masculino» —añadió Fogarty a modo de explicación—, una especie de padrino de boda. Y quiere que seas tú, pero hay que vestirse de imbécil.

Henry contempló el atuendo de Fogarty, aunque no comentó nada, y a continuación una sonrisa iluminó su rostro. Estaba deseando tener una excusa para regresar al maravilloso reino de los elfos, donde se le consideraba una especie de héroe. Allí había vivido un montón de aventuras y salvado a Pyrgus del infierno. Le encantaría ver de nuevo a su amigo. Y a Blue, sobre todo a Blue, pero no en el baño, por supuesto, ni de la forma en que la había encontrado en su estancia anterior. Visitaría a Blue por cortesía. Acompañante masculino, ¿eh? Vestirse como un imbécil probablemente significaba ponerse algo colorido y que llamara la atención. Así Blue lo vería con un aspecto magnífico, en lugar de con los trapos que llevaba la última vez que habían coincidido.

—¿Cuándo es la coronación? —preguntó.

—Dentro de dos semanas. Aquí cae en sábado. Las celebraciones duran tres días, pero tienes que llegar el viernes para el ensayo.

La emoción de Henry se infló como un globo. Se iría de casa de su madre por la noche; se las apañaría con su amiga Charlie para fingir que se quedaba con ella a pasar la noche, pero cuatro días eran demasiados.

—No puedo estar fuera cuatro días.

—¿Tienes algo que hacer o sólo te preocupas por tus padres?

—No, no tengo nada que hacer; y si así fuera, lo dejaría. Son mis padres... bueno, por ahora sólo se trata de mi madre. No veo mucho a mi padre. —Reparó en que Fogarty no conocía su situación familiar ya que hacía mucho tiempo que no lo veía—. Ahora vivo sólo con mi madre —explicó—. Mi padre tiene otra casa. Ella se preocupará si desaparezco cuatro días.

—Bueno, no tiene importancia. Usaremos un lethe.

—¿Un lethe?

—Es algo que hace olvidar. Utilízalo cuando lo necesites: abres un cucurucho debajo de la nariz de tu madre y no se acordará de que tiene un hijo hasta que vuelvas. ¿Hay alguien más en la casa?

—Mi hermana Aisling —respondió Henry, asombrado. Había visto cómo funcionaban los hechizos en el reino de los elfos, pero nunca se le habría ocurrido emplear uno.

—Te daré una caja; nunca se sabe cuándo pueden hacer falta, pero tienes que usar

un lethe por persona. Y procura no respirar hasta que salgas de la habitación.

—Gracias —dijo Henry, y notó un cosquilleo en el estómago ante la perspectiva de hacerle un maleficio a su hermana.

—Entonces ¿le digo a Pyrgus que irás?

—Sí —afirmó Henry con entusiasmo.

—De acuerdo. La segunda cuestión es que he decidido quedarme de forma permanente.

—¿Aquí?

El chico experimentó sentimientos encontrados. Desde que Pyrgus había nombrado a Fogarty Guardián del reino de los elfos (parecía increíble, pero sólo hacía unas semanas de ese suceso), el anciano había dividido su tiempo entre el Palacio Púrpura y su propia casa. Cuando él estaba fuera, Henry se la vigilaba y se ocupaba de la comida de *Hodge*. Pero últimamente Fogarty pasaba cada vez más tiempo en el reino y Henry no sabía cómo se las arreglaría cuando volviese al colegio en septiembre. Las cosas ya eran bastante complicadas, y a su madre no le gustaba el señor Fogarty.

—No; en el reino. Como te dije, todo va bien en apariencia, pero en el fondo no ha cambiado nada. Hairstreak sigue teniendo sus propias intenciones por mucho que hable de tender puentes, y a Pyrgus no se le da bien la política, ni le interesa, y además es un ingenuo, se cree todo lo que le dicen. Si quiere sobrevivir como emperador, necesita que yo cuide de él. Y por lo que veo será un trabajo a tiempo completo.

—Ya... —Henry asintió con gesto pensativo. Seguramente el señor Fogarty tenía razón. Además, Pyrgus era jovencísimo para convertirse en emperador; tenía la misma edad que el propio Henry. Éste se fijó en la expresión del anciano y añadió—: Hay algo más, ¿verdad?

Fogarty se sorbió la nariz.

—No eres tan tonto como pareces, ¿eh, Henry? —suspiró—. Sí, lo hay. Verás, ya no soy joven. Si hablamos de setenta años, he superado con creces la fecha de caducidad. Tengo artritis en los nudillos y si corro una decena de metros me quedo sin aliento. Creía que aguantaría otros cinco años, tal vez diez con suerte, pero he averiguado que en el reino de los elfos hay tratamientos que me concederán treinta años más y me librarán de la maldita artritis. Pero no son efectivos si se anda de un mundo a otro, a causa de las diferencias del medioambiente entre ambos o algo así. El caso es que cuando se comienza el tratamiento, la tolerancia a este mundo se pierde. Y yo ya lo he empezado. Cuanto más estoy aquí, más peligroso resulta para mí. Por tanto, cuando regrese esta vez, me quedaré para siempre.

—Pero ¿qué va a hacer con la casa, señor Fogarty?

—Eso es lo que he venido a solucionar.

Por algún motivo el vestido contribuyó a que Blue pusiera las cosas en su sitio. Aunque se lo había quitado y llevaba la blusa y los bombachos habituales, ya no se sentía tan nerviosa por los preparativos de la coronación. Reconocía que quedaba mucho por hacer, pero aún faltaban dos semanas. Y no era justo decir que a Pyrgus no le importaba el acontecimiento; la cuestión era que el asunto le molestaba. Como nunca había querido ser emperador y seguía sin quererlo, procuraba no pensar en el tema. Y tal vez fuese mejor así, porque Pyrgus lo liaba todo, de modo que prefería ocuparse ella de las gestiones; se le daba bien organizar lo que fuera. Además, tenía toda la ayuda que necesitaba. Había...

Al doblar una esquina del pasillo, se encontró con su hermanastro Comma, que tenía los labios teñidos de escarlata a causa de algo que había comido. Desde la muerte de su padre había engordado bastante.

—Lo siento —murmuró Comma. Miró hacia atrás como si temiese que lo siguieran y dedicó una sonrisa forzada a Blue—. Tienes prisa, dulce hermanita —afirmó.

Blue no soportaba que la llamase «dulce hermanita» y el fastidio la volvía brusca.

—Tengo mucho que hacer.

Comma no había ayudado nada en los preparativos y aunque Blue estaba dispuesta a perdonar a Pyrgus, Comma la ponía furiosa.

—Creo que alguien te espera en tu dormitorio —informó Comma.

—¿Cómo lo sabes? —repuso ella, pero en realidad pretendía decir: «¿Qué estabas haciendo en mi habitación?».

Comma se encogió de hombros con un gesto irritante e hizo ademán de seguir su camino.

—¿Quién es? —preguntó Blue.

—Supongo que uno de tus inteligentes espías —respondió él mientras se despedía con la mano sin mirar atrás.

—¿Qué has comido? ¿Qué hacías en mi...? —Pero Comma ya había girado por un pasillo lateral.

Blue se dirigió a sus aposentos, furiosa.

No había nadie en su dormitorio, salvo la sirvienta que hacía la limpieza. Iba a marcharse, jurando vengarse de Comma por hacerle perder el tiempo, cuando un cosquilleo en la mente la detuvo. Barrió la habitación con la vista y un asomo de miedo le recorrió la columna vertebral. Había algo extraño. Por un momento no supo qué era, pero le parecía que algo estaba fuera de su sitio.

Comprobó mentalmente el mobiliario y no vio ningún cambio; se fijó en el tocador: todo se hallaba en su sitio, salvo el joyero en que guardaba la araña

psicotrónica, que había escondido en un cajón, como siempre que la doncella iba a limpiar. Por muy princesa real que fuera, las arañas psicotrónicas estaban prohibidas y resultaban muy peligrosas porque eran capaces de apartar la mente del cuerpo hasta el punto de que aquélla nunca lograra regresar.

No había nada raro en el tocador. Blue dejó vagar la mirada por las paredes, revisando los cuadros, y la detuvo en el retrato de su padre; al mirarle a los ojos sintió aflorar la tristeza. Pero nada se había movido ni cambiado.

Aunque notaba algo fuera de sitio...

De pronto se dio cuenta: había desaparecido la silla antigua que estaba junto a su cama. Se quedó perpleja un instante y entonces se dirigió a la doncella:

—Prefiero que lo dejes para otro momento, Anna.

—Sí, alteza real. —La criada hizo una reverencia y se apresuró a salir.

Blue se acercó con cautela al tocador, en uno de cuyos cajones había un puñal, no porque lo necesitase de primera necesidad, pues en esa época tan conflictiva siempre había guardias cerca de sus aposentos, pero aun así no estaba de más tenerlo a mano.

—Ya puedes presentarte —dijo en voz alta.

Se produjo un resplandor detrás de la cama y la silla de Blue reapareció con una mujer increíble sentada en ella.

—¡Madame Cardui! —exclamó Blue.

—Cariño, debes perdonar la invisibilidad; es una falta de educación por mi parte, pero preferí no presentarme mientras la doncella estaba aquí.

—Sí, claro —repuso Blue. Cynthia Cardui, la famosa Dama Pintada del reino, era un contacto esencial en la red privada de espionaje de Blue, pero resultaba asombroso verla en palacio. Madame Cardui tenía ya cierta edad; hacía mucho que se había retirado y rara vez se alejaba de sus apartamentos de Cheapside—. ¿Está usted sola?

—Me temo que sí. Kitterick ha ido a visitar a su familia; de lo contrario, le habría encargado a él la misión. Y aunque regresa mañana, he decidido encargarme en persona. Se trata de un asunto urgente.

—¿Urgente? —repitió Blue sintiendo un incómodo escalofrío.

—Cariño, debes armarte de valor. Hay una conspiración en marcha.

Blue se sentó al borde de la cama. Confiaba en madame Cardui como casi en ninguna otra persona. La anciana se mostraba caprichosa y excéntrica, pero sus contactos eran legendarios y absoluta su lealtad. Si afirmaba que se estaba tramando algo, la princesa le creía.

—Una conspiración brutal, cariño —continuó madame Cardui—. Cabría imaginar que con lord Hairstreak fugado, Brimstone escondido y esa terrible criatura de Chalkhill entre rejas, no habría nada de que preocuparse. —Suspiró con afectación—. ¡Ay, pero no! He recibido información de un complot para matar a un miembro de la casa real.

Blue, nerviosa, había sentido miedo desde la aparición de madame Cardui, pero mantuvo la voz firme:

—¿Qué miembro?

El rostro de la Dama Pintada mostró una expresión de disgusto.

—Ése es el problema. Me temo que... no lo sé.

Otra vez gachas de huesos.

Brimstone contempló el agrietado cuenco y notó que se le resecaaban los labios. El jugo tenía la consistencia del agua de fregar: un fluido ligero y grisáceo con pedazos de cartílago, blanco como el de un cadáver, que olía peor que la alcantarilla destapada que había debajo de la ventana. El hombre miró ceñudo a la vieja bruja desdentada.

—Es bueno para usted —parloteó la viuda Mormo—. Lo fortalece. A mi difunto marido le encantaba. —Puso una cuchara sucia junto al cuenco y un mendrugo de pan duro al lado de la cuchara. Una cucaracha se batió en retirada por la destartada mesa y Brimstone la aplastó con el pulgar.

—Seguramente su difunto marido murió a causa de esta porquería —murmuró Brimstone con amargura.

—No hace falta ponerse así —repuso la viuda Mormo en tono cortante—. Soy una pobre mujer y hago lo que puedo con la miseria que me paga.

Brimstone le daba cuatro peniques de plata al día, que eran realmente una miseria, pero las comidas se trataban aparte y las gachas de huesos le producían diarrea. Había planeado esconderse en ese infame alojamiento durante seis meses como mínimo, pero se preguntaba si podría sobrevivir seis días más. Incluso la amenaza de un príncipe de los demonios disminuía su peligrosidad frente a las gachas de huesos de la viuda Mormo.

La vieja puerca murmuró algo que él no entendió.

—¿Qué? —refunfuñó Brimstone—. ¿Qué? —Estaba perdiendo oído porque no tenía un hechizo para reforzarlo.

Pero se había visto obligado a renunciar al que necesitaba y no se atrevía a salir para comprar otro, pues Beleth lo buscaría en primer lugar en una tienda de suministros mágicos. Seguramente tenía vigiladas todas las de la ciudad. Un príncipe de los demonios poseía infinidad de recursos.

Sin embargo, la pérdida del oído no era el único problema: Brimstone había cumplido noventa y ocho años y sin un refuerzo mágico su cuerpo no tardaría en desmoronarse, e incluso aunque dispusiera de él, aparentaría la edad que tenía.

—Ya le dije que podría haber una forma de lograr que las cosas fuesen un poquitín más cómodas para usted —comentó la viuda Mormo con astucia—, y la comida mejor.

—No pienso pagar más —le espetó Brimstone.

El alojamiento era barato, pero le habían robado la mayor parte de su fortuna en efectivo y todos sus bienes estaban fuera de su alcance; tenía consigo una considerable cantidad de oro, aunque no sabía cuánto duraría. Y ya que los demonios tenían muy buena memoria, tal vez debería permanecer oculto algunos años.

Con gran disgusto vio cómo la vieja bruja alcanzaba una silla y se sentaba a su lado. Brimstone arrugó la nariz. La mujer debía de usar un perfume horrible porque olía sobre todo a pis.

Brimstone retiró su silla hacia atrás.

—Viuda Mormo...

—Maura —corrigió la vieja bruja—. Llámeme Maura. —Bajó los ojos—. Y yo lo llamaré Silas.

—Ni se le ocurra llamarme así —estalló Brimstone. Las clases bajas nunca sabían el lugar que les correspondía cuando uno andaba escaso de dinero.

—Lo que estaba pensando, Silas —continuó la viuda Mormo sin desanimarse—, era en un pequeño... arreglo.

—¿Qué clase de arreglo? —repuso Brimstone con suspicacia.

Valía la pena escuchar cualquier proposición que mejorase la comida sin pagar más. Pero la bruja querría algo a cambio, por supuesto, como todo el mundo. Probablemente necesitaba la ayuda de algún hechizo ilegal. Brimstone no le había contado nada a la mujer, pero él olía a azufre y ella era tan astuta como horrible. Lo más probable era que lo hubiera tomado por un brujo en cuanto lo vio en la puerta de la casa. Y si lo que quería la viuda era un hechizo ilegal no habría ningún inconveniente. Después de todo, ¿qué tenían de malo? Toda su vida había tratado con demonios y su último pacto con Beleth había exigido un sacrificio humano. No era probable que la muy víbora le pidiese algo de la misma categoría.

—Soy viuda, Silas —dijo dulcemente—, desde que mi Stanley murió.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—He pensado que podríamos casarnos —contestó la viuda Mormo con coqueta timidez.

Brimstone miró a la vieja, asombrado. Incluso en su juventud debía de haber sido la mujer más fea del país, pero en la actualidad, sin dientes, llena de verrugas, reumática, calva, arrugada, apestosa, sucia, mal vestida y flatulenta, habría resultado más atrayente muerta.

—¿Quiere que me case con usted? —inquirió.

—Y lo sacaré de aquí —dijo ella sorbiendo—. Poseo una vivienda de mi propiedad en el bosque: una cabaña de madera con todas las comodidades, un armario lleno de hechizos y una hermosa y cómoda cama de matrimonio. Guardo mi dinero debajo del colchón. Nadie va allí ni conoce el lugar. —Esbozó una seductora sonrisa desdentada—. Podríamos escaparnos para pasar nuestra luna de miel.

Brimstone arrugó el entrecejo. Una bonita cabaña de madera aislada era lo que necesitaba, por no hablar del dinero y los hechizos del armario. Esbozó una sonrisa glacial. Cabía la posibilidad de cortarle el cuello cuando estuviesen allí y enterrarla en el bosque.

—Muy bien, de acuerdo —dijo.

6

La gran prisión de Asloght ofrecía un aspecto impresionante. Se elevaba ante el desnudo telón de fondo de las planicies de Nikure, aunque gran parte de la construcción se hallaba bajo tierra.

La fortaleza de ochocientos años de antigüedad contaba con un laberinto de cámaras subterráneas para almacenar alimentos, pero posteriormente los únicos que se habían podrido en las sombrías celdas eran los prisioneros. Durante más de tres siglos Asloght había sido la cárcel principal del reino para los criminales que reincidían y los disidentes políticos.

Harold Dingy tenía dificultades con el director de la prisión.

—No digo que esos documentos no sean auténticos —explicó el director—. De ninguna manera. Sólo digo que la cera del sello es roja, y según mi experiencia, debería ser de color rosa.

—Roja... color rosa... ¿qué más da? —preguntó Dingy, un hombre grandullón que no estaba acostumbrado a que le cuestionasen nada, sobre todo tal como iba vestido en ese momento.

—Es cuestión de matices —afirmó el director—; se le podría llamar un matiz de diferencia. —Alzó la vista y sonrió con cara de loco—. Y un matiz de esa clase se puede convertir en una diferencia total.

Dingy no le devolvió la sonrisa.

—¿Conoce al prisionero al que se refieren estos documentos?

—¡Oh, sí! Claro que sí —afirmó el director después de mirarlos otra vez.

—¿Lo considera una escoria?

—De la peor calaña.

—¿Y se merece la pena que estipulan los papeles?

—Las penas no son cosa mía —repuso el director con remilgos—. Mi misión es detener y, cuando hace falta, torturar un poco a los que están a mi cargo. Pero ya que lo pregunta, creo que el prisionero merece, y mucho, la pena que se le ha impuesto. A mi modo de ver incluso es demasiado leve, aunque se trata de una opinión personal, naturalmente.

—¿Demasiado leve? —repitió Dingy—. Es la pena máxima, ¿no? No hay nada más definitivo que la muerte.

—Desde luego que no. Pero ¿qué clase de muerte? Eso es lo que yo preguntaría.

—¿Cuál le gustaría a usted? —preguntó Dingy con repentina curiosidad.

El director se reclinó en la silla, juntó la yema de los dedos y dirigió la mirada hacia el cielo, aunque topó con el techo de su despacho.

—Bueno, podríamos matarlo de hambre poco a poco, o aplastarle los pies y ponerlo en una rueda de ardilla, desangrarlo hasta la muerte, golpearlo hasta hacerlo

papilla o darle un veneno de acción lenta. También podríamos sacarle los órganos vitales uno a uno, transplantarle el cerebro al cuerpo de una rata, meterle agujas al rojo vivo en las orejas, clavarle los pies al suelo para que no pueda alcanzar la comida (es matarlo de hambre, lo reconozco, pero con más estilo) o cocerlo a fuego lento. Asimismo, provocar una estampida de elefantes que lo arrolle, obligarlo a comer un endriago, graparle la boca y la nariz para que no pueda respirar, ahogarlo en un pozo negro, quemarle la piel, dejar caer un yunque sobre su cabeza o descuartizarlo con cuatro caballos de tiro... O echarlo de comida a los sabuesos, electrocutarlo con una anguila, tirarlo desde una torre elevada, inyectarle espuma, dejar que se lo coman los mosquitos, obligarle a clavar un cuchillo halek en una roca, convertirlo en ratón y echarlo a un gato, enterrarlo bajo la nieve hasta la primavera, enviarlo a las minas de tinta, agujerearle la cabeza para verterle ácido... —Hizo un gesto displicente con la mano—. Esta orden judicial sólo habla de colgarlo.

Dingy miró los documentos; parecían poco imaginativos.

—¿Qué tal si le doy una paliza antes?

—Estaría bien.

—¿Y qué hacemos con el sello de cera?

—Rojo... color rosa... ¿Qué más da? —El director se encogió de hombros y se levantó—. Ponte la capucha. Mandaré a alguien que te conduzca a su celda.

* * *

La celda estándar de Asloght era una habitación en forma de cubo de tres metros y medio en la que el agua residual se filtraba a través de los muros de piedra.

El mobiliario se reducía a un montón de paja húmeda en un rincón y un balde; no había cortinas en las ventanas porque éstas no existían. A los prisioneros se les daba un cabo de vela a la semana.

El alojamiento de Jasper Chalkhill era bastante más lujoso que el descrito, gracias a la pequeña fortuna que había gastado en sobornos: disponía de más espacio, una alfombra rosa, una cama en un rincón, esferas resplandecientes en el techo, una butaca, una silla de comedor, una estantería para libros, una mesa y una nevera llena de tentempiés pegajosos y bebidas. Incluso comparado con el personal de la prisión, Chalkhill era con toda probabilidad la persona que gozaba de mayor comodidad en Asloght.

Pero eso no le impedía quejarse.

—Estaba acostumbrado a otra clase de vida —le decía al criado que había contratado a un alto precio como ayuda de cámara—. Echo de menos mis pequeños hechizos porque aquí no me permiten hacer magia. —Lo cual no era del todo cierto, puesto que un hechizo absorbente semanal se encargaba de eliminar la humedad, pero

al parecer no se permitían otros lujos mágicos.

El criado, un paciente trinio que se llamaba Clutterbuck, se ocupaba de las faenas más comunes mientras Chalkhill permanecía reclinado en la cama, aburriéndose mortalmente.

—¿Supongo que no te tentará jugar un poco al *mah-jong*? —preguntó Chalkhill—. Podríamos apostar caramelos. Algo para aliviar este terrible *ennui*. —Se pasó el dorso de la mano con gesto teatral por la frente para dar énfasis a su sugerencia, aunque ya sabía la respuesta antes de hacer la pregunta.

—Lo siento, señor, pero no conozco el juego. Además y con todos mis respetos, señor, jugar no entra en mi contrato. Mis cuatro ocupaciones básicas son: cocinar, limpiar, darle conversación y tener la ropa a punto. Cuatro, señor. Pero no incluye el juego porque entonces serían cinco. —Comenzó a colocar los cubiertos para la siguiente comida de su patrón.

—¿Cómo sería...? —Chalkhill se calló—. ¿Qué ocurre? —El trinio se había acercado bruscamente a la puerta de la celda y husmeaba con ansiedad la pared contigua.

—Peligro, señor. Alguien se acerca.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Chalkhill incorporándose en la cama.

—Lo huelo, señor. Estoy entrenado.

Chalkhill bajó los pies al suelo. Era un hombre gordo al que le gustaba la ropa llamativa y aún conservaba una túnica verde lima adornada con piedras preciosas, aunque las oportunidades de ponérsela eran limitadas.

—¿Me protegerás? —preguntó, pero antes de que Clutterbuck respondiese, añadió—: Vale, no consta en el contrato. Lo sé. —Se levantó—. El peligro viene hacia mí. ¡Al fin algo emocionante!

—Es una forma de verlo, señor. Y ahora, si no necesita nada más de mí, lo dejaré para que se enfrente a él.

—Sí, vete, Clutterbuck. Gracias. —Chalkhill tenía los ojos clavados en la puerta y se relamía de antemano. Cualquier cosa sería mejor que la interminable monotonía de los días en la prisión.

Clutterbuck abrió la puerta para salir. Cuando lo hizo, una persona de elevada estatura se coló dentro. La expectación de Chalkhill se desmoronó. La criatura vestía una túnica negra con capucha, que le cubría la cara dejando al descubierto sólo unos relucientes ojos oscuros, y sostenía la larga y afilada guadaña y el reloj de arena, hecho con madera de roble, que utilizaba el verdugo del Estado en esa clase de ceremonias.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Chalkhill con un temor repentino—. ¡Te han enviado a matarme!

El verdugo tenía un poco de prisa. Recorrió precipitadamente los pasillos de la gran prisión como un heraldo de la muerte arrastrando a Chalkhill tras de sí.

—¡Más despacio! —suplicó Chalkhill sin aliento. A ese paso se moriría antes de que lo colgasen.

El director de la prisión los esperaba ante la verja principal.

—¿Adonde lo llevas? —preguntó al verdugo.

—Eso no te interesa —respondió éste con rotundidad—. Digamos que se trata de un lugar donde nadie verá lo que voy a hacer con él.

—¡Excelente! —exclamó el director, e hizo una señal a los guardias. Las puertas se abrieron con lentitud.

Fuera esperaba un carruaje negro, tirado por cuatro caballos también negros. Un cochero jorobado, que a su vez iba ataviado con una capa negra y un sombrero negro de tres picos, sujetaba las riendas con unas manos que parecían garras. Chalkhill, sorprendido, observó que las ventanillas no tenían rejas. El verdugo lo hizo subir a empujones, pero lo que más le sorprendió fue que el hombre se sentó a su lado. El coche partió dando violentos bandazos en cuanto la portezuela se hubo cerrado.

Chalkhill miraba por la ventanilla preguntándose si podría saltar sin partirse la crisma. Pero entonces el verdugo se quitó la capucha y dejó al descubierto una cara de luna llena que le resultó familiar.

—Harold Dingy —se presentó el hombre con una sonrisa—. Lord Hairstreak me ha enviado a sacarte de allí.

Lo miró asombrado porque él había espiado a lord Hairstreak muchos años y conocía el percal bastante bien: un espía capturado estaba perdido. Black Hairstreak negaría la existencia de Chalkhill y dejaría que se pudriese, exactamente como había hecho desde que lo habían metido en la cárcel.

—¿Y los documentos de la ejecución? —preguntó con suspicacia.

—Son falsos, naturalmente. —Dingy se fijó en la expresión de Chalkhill y sonrió—. No te preocupes; tiene un trabajo para ti.

¿Un trabajo? Eso lo explicaba todo. Chalkhill se relajó un poco.

—Supongo que no sabrás qué clase de trabajo es.

—Claro que sí —repuso Harold Dingy, aún sonriendo—. Quiere que impidas que el joven Pyrgus Malvae se convierta en emperador.

Blue encontró a Pyrgus (¡por fin!), en el salón del trono.

—¿Dónde diablos te habías metido? —le susurró.

Su hermano miraba embobado la corona imperial, una pieza de oro y amatistas que emitía chispas de fuego púrpura incluso dentro de la vitrina protectora. En el plazo de dos semanas tendría que someterse a las energías de esa corona, que le recorrerían el cuerpo y lo transformarían de emperador electo en emperador a secas.

—Bueno, no importa —añadió Blue con impaciencia—. Tengo que hablar contigo.

Pyrgus se dio la vuelta como un sonámbulo y la miró inexpresivamente.

—En privado —precisó ella.

—Aquí no hay nadie. —Estaba claro que la mente de Pyrgus se encontraba lejos de allí.

—¡Oh, venga, Pyrgus! —El salón del trono se había diseñado para celebrar actos públicos, de modo que tenía galerías acústicas que trasladaban el menor susurro a los serpenteantes pasillos exteriores. Era el lugar menos privado del palacio.

Dio la impresión de que Pyrgus reaccionaba un poco y, mirando a su hermana a los ojos, dijo suavemente:

—Muy bien, Blue. Podemos utilizar las habitaciones de nuestro padre.

En realidad eran sus propias habitaciones desde que se había convertido en emperador electo. Pero ¿qué le ocurría? ¿Qué hacía deambulando por el salón del trono en plena noche? Bueno, al menos había sugerido algo sensato. Los aposentos del emperador estaban protegidos permanentemente contra los hechizos.

Caminaron juntos en silencio, sin apenas prestar atención a los guardias que los saludaban. Blue percibió la familiar sensación de miedo al acercarse a la habitación principal porque siempre que entraba allí se acordaba... Aún le parecía notar el olor de la sangre de su padre. Pero el rostro de la princesa no delató ningún sentimiento mientras se desprendía de las vividas imágenes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pyrgus tras cerrar la puerta.

—No encuentro al Guardián.

—¿Eso es todo? —Adoptó de nuevo su expresión soñolienta—. El señor Fogarty ha ido al Mundo Análogo. Regresará mañana por la mañana.

—¡No, no es todo! —exclamó Blue, enfadada. Pero la curiosidad le picó—: ¿Qué hace en el Mundo Análogo?

—Le pedí que invitase a Henry a mi coronación. Quiero que sea mi acompañante masculino; ya te lo expliqué.

—¿Por qué no vuelve hasta mañana?

—¿Quién? ¿Henry?

—No; ¡el señor Fogarty! ¿Qué te sucede?

—Tiene que ocuparse de asuntos particulares —contestó encogiéndose de hombros.

—¿Qué clase de asuntos particulares? —preguntó ella.

—No se lo pregunté.

Blue cerró los ojos un momento, frustrada. A Pyrgus nunca le importaba lo que sucedía a su alrededor, ni siquiera cuando se refería a un funcionario tan importante como el Guardián.

—Escucha, Blue, estoy un poco cansado, así que si sólo querías saber eso, creo que voy...

—No, claro que no era sólo eso. Alguien intenta matarte.

Sin sobresaltarse, Pyrgus se limitó a preguntar:

—¿Quién?

—No lo sé. Si lo supiera, te habría dicho: lord Hairstreak intenta matarte, o el duque de Borgoña quiere matarte, ¿no? Ni siquiera estoy segura de que te busquen a ti, pero eres el más indicado.

Pyrgus volvió a la realidad.

—Bien, Blue, desde el principio. Quiero que me lo cuentes bien. ¿Qué has oído exactamente y quién te lo ha dicho?

Ella lo agarró por el brazo de forma impulsiva.

—¡Oh, Pyrgus, creí que todo esto acabaría cuando sofocamos la rebelión de los elfos de la noche! Pero no ha acabado, ¿sabes? Y ya no tenemos a papá para que se ocupe de todo.

Una extraña expresión pasó por el rostro de Pyrgus, que se liberó con suavidad de la mano de su hermana y la abrazó por los hombros.

—No, Blue, no ha acabado. Y no creo que acabe nunca. Pero puede mejorar. Cuéntame qué te han dicho.

—Hay un complot para matar a un miembro de la familia real. Supongo que eres tú; no veo quién más podría ser.

—Tú —repuso Pyrgus—. O Comma.

—Pero el emperador electo eres tú.

Pyrgus asintió y retiró el brazo. Se sentó en el cómodo sillón de orejas que a su padre le gustaba tanto y bostezó.

—Lo siento, Blue, he tenido un día agotador. —Asintió de nuevo con gesto reflexivo—. Supongo que tienes razón; lo más probable es que sea yo. ¿Y no tienes información sobre quiénes están involucrados?

—No. Aún no.

—Será cosa de Hairstreak, supongo.

No sólo se le veía cansado, sino también viejo. Sentado en el sillón de orejas se

parecía bastante a su padre por su constitución (bajo pero fornido) y aquel cabello rizado y pelirrojo.

—Eso creo yo también —musitó Blue.

Pyrgus alzó la cabeza, otro gesto que recordaba dolorosamente a su padre.

—¿Tu fuente es fiable?

—Madame Cardui —respondió Blue. No solía revelar sus fuentes, pero no tenía secretos para Pyrgus.

—¿La Dama Pintada? Confío en ella.

—Yo también.

—Estará intentando averiguar algo más, ¿no?

—Así es.

—No podemos hacer gran cosa de momento. —Pyrgus se levantó con dificultad—. Ordenaré que haya más guardias y que se aumente la alerta de seguridad. Después me iré a dormir. Hablaremos de la situación con el guardián Fogarty cuando regrese mañana por la mañana. —Se detuvo en la puerta—. Te quiero, Blue.

A pesar de sus problemas, ella sonrió.

—Yo también, Pyrgus.

El guardián Fogarty no regresó por la mañana.

Blue encontró a Pyrgus caminando con paso airado ante la vivienda del Guardián.

—¿Dónde está? —preguntó él en cuanto vio a su hermana.

—¿Cómo voy a saberlo? —repuso Blue—. Tú hablaste con él. ¿Cuándo dijo que volvería?

—Al amanecer. Y ya han pasado muchas horas. —Tenía ojeras como si hubiera estado levantado toda la noche. Blue se preguntó si no habría dormido, pues no se había acostado tan tarde.

—Tal vez su ayuda de cámara o su ama de llaves sepan algo —sugirió Blue.

—No tiene ni lo uno ni lo otro —explicó Pyrgus de mal humor—. No tiene ningún sirviente. No quiere a nadie en su casa. Ya sabes cómo es. Ni siquiera yo puedo entrar con la llave maestra del emperador; ha manipulado las cerraduras.

La vivienda del Guardián era un apretado conglomerado de torrecillas y chapiteles con vistas al Palacio Púrpura, aunque bastante alejada de éste. Se erigía en los magníficos jardines que tenían como telón de fondo el bosquecillo de la isla donde Apatura Iris, el último Emperador Púrpura y padre de Pyrgus y Blue, había disfrutado con la caza del oso. Pyrgus contempló el bosque, pensativo.

—Tal vez sus asuntos personales le hayan ocupado más tiempo del que pensaba —comentó Blue.

—¿Qué te dijo exactamente madame Cardui? —preguntó Pyrgus con brusquedad.

—Que había un complot para matar a un miembro de la familia real.

—¿La familia real o la casa real?

—La casa real —contestó Blue tras un momento de duda.

—¿Estás segura?

—Sí. Dijo «casa». Es cierto.

Pyrgus dejó de mirar el bosque.

—Si se trata de la familia real, significa tú, yo, Comma y... bueno, ya sabes, las opciones son limitadas. Pero si se refiere a la casa real, hay que incluir a las familias nobles que están a nuestro servicio y dignatarios como el señor Fogarty.

—Lo sé —dijo Blue con seriedad—. ¿No crearás que...?

Se calló. Un sacerdote que había salido del palacio corría hacia ellos. Los sacerdotes que corrían auguraban problemas, como sabía por experiencia. Con el rabillo del ojo percibió pequeños movimientos en los arbustos cercanos al linde del bosque, puesto que Pyrgus se había acordado de aumentar la alerta de seguridad, pero los guardias ocultos debieron de reconocer al sacerdote, pues no se dejaron ver.

La propia Blue lo reconoció. Se llamaba Thorn y era miembro de Dentaria, la orden fúnebre más antigua del reino. Se encargaba de vigilar el cuerpo del emperador

difunto y de rezar todos los días por su alma hasta que Pyrgus fuese coronado. Blue se asombró al ver que el sacerdote caía de rodillas ante su hermano y ella.

Thorn no era joven y se había quedado sin aliento.

—Majestad... —boqueó al fin—. Alteza serenísima... Vuestro padre, vuestro padre, el emperador, vuestro padre... Majestad, el cuerpo de vuestro padre ha desaparecido.

Brimstone se levantó temprano el día de su boda y corrió las cortinas de la habitación con un gesto elegante. Las cosas habían mejorado. Arriates de flores y un césped bien recortado sustituían la estrecha callejuela y la alcantarilla destapada de su antiguo alojamiento. Como la viuda Mormo era una mujer supersticiosa, creía que daría mala suerte a los novios dormir bajo el mismo techo la noche anterior a su matrimonio, así que había dispuesto que Brimstone pernoctase con el hermano de ella, que vivía de forma mucho más cómoda que su apestosa hermana.

Brimstone se desperezó con placer. Se escondería de Beleth durante meses en una cabaña del bosque bien provista. Fue al cuarto de baño, se cepilló los dientes y los hizo saltar en la boca. El residuo mágico los fijó en su lugar con un audible chapoteo.

Después de asearse, comprobó que una silenciosa criada había entrado en el dormitorio para dejar el traje de boda. Brimstone se lo puso, se admiró en el espejo y bajó a desayunar silbando una tonadilla.

El hermano de la viuda Mormo ya estaba sentado a la mesa.

—Buenos días, Graminis —saludó Brimstone en tono alegre.

—Hay huevos —gruñó Graminis—. Escalfados, fritos o revueltos. —Tenía el mismo aspecto andrajoso que su hermana, pero los ojos eran más bonitos.

—Los huevos escalfados me parecen de rechupete —respondió Brimstone. Desde luego, muchísimo mejores que la porquería de gachas de huesos—. Dos, por favor; uno duro y otro blando.

Graminis le hizo una señal a una sirvienta que esperaba en la penumbra de un arco, y la mujer se escabulló para preparar lo que Brimstone había pedido.

—¿Periódicos? —ofreció Graminis, y empujó los diarios hacia Brimstone—. ¿Quieres saber qué pasa en el mundo esta mañana?

Aquello sí era vida. Brimstone inclinó la silla hacia atrás y desplegó el periódico. Todos los artículos trataban de la próxima coronación, que tendría lugar dos semanas después, más o menos. Se había declarado día festivo, estaban pintando la ruta del desfile y se habían repartido invitaciones. Asimismo se hacía especial hincapié en el vestido elegido por la acompañante femenina, la princesa real (la pequeña mimada se había permitido el lujo de la seda de hilandera, algo que se podía comprar cuando se contaba con dinero público). El acompañante masculino era un tal Hombre Férreo, un nombre nuevo para Brimstone; seguramente se trataría de un horrible niño bien sin barbilla. El emperador electo declaraba que estaba deseando servir a todas las personas del reino, independientemente de su credo o raza, un sentimiento tan empalagoso que a Brimstone le dieron ganas de vomitar.

Iba a centrarse en la sección que daba noticias de los elfos de la noche cuando otro párrafo sobre la coronación captó su interés: se mencionaban de pasada las

medidas de seguridad de la ceremonia. «Como el nuevo emperador desea mantener contacto con la gente, las normas de seguridad serán mínimas, lo cual ha resultado factible gracias a la clausura de todos los portales del reino de Hael. La clausura de todos los portales del reino de Hael...».

—Graminis, aquí pone que se han cerrado los portales de Hael —comentó Brimstone, ceñudo.

—¿No lo sabías? —Levantó la mirada de las gachas—. Ya es una noticia vieja. Ningún portal de Hael ha funcionado desde... oh, debe hacer... unas semanas.

—¿Quieres decir que no podemos invocar a los demonios? —Sabía que Graminis era un elfo de la noche, como él, por la forma de los ojos. Esa raza tenía ojos de gato, muy sensibles a la luz. Por eso los elfos de la noche mantenían sus ciudades en la penumbra y la mayoría de ellos llevaba modernas viseras. Y también por ese motivo poseían afinidades con los demonios de las que carecían los elfos de la luz, pues a los demonios también les gustaba la oscuridad—. Ni siquiera a un diablillo —respondió Graminis.

Y eso causa estragos entre la servidumbre. —Soltó una risita—. ¿Lo captas, Silas? Con los portales cerrados no se encuentran criados.

—Muy gracioso, Graminis. ¿Cómo los cerraron los elfos de la luz?

—No lo hicieron, que yo sepa. Sucedió sin más. Se habla de que Hael se derrumbó.

—¿Todo Hael?

—Eso dicen. Parece que el Príncipe de la Oscuridad hizo una Bomba del Juicio Final y el maldito chisme le explotó en las narices.

Brimstone sentía una emoción creciente. Si los portales de Hael no funcionaban, él era libre. Sin los portales Beleth no podría pillarlo, a no ser que hiciera el viaje de la manera más difícil, en una *vimana*, ¡y tardaría años! Y si Graminis estaba en lo cierto, tal vez Beleth estuviese muerto. Resultaba increíble.

—¿Seguro que los portales están cerrados? —preguntó.

—Pues claro que sí. Corrió la voz por el reino inmediatamente después de que ocurriese. Y créeme, un montón de brujos han intentado volver a abrirlos, pero... —Se encogió de hombros—. Te lo aseguro; nadie consigue que funcionen y no tardarás en leerlo. Saldrá en primera plana.

Graminis tenía razón; se convertiría en tema de portada. Así que él podría salir del escondite e ir a donde quisiera sin que Beleth le tocara ni un pelo, aunque estuviera vivo. Lo único que debía hacer era leer los periódicos por si se publicaba alguna noticia sobre la reapertura de los portales. Si eso ocurría, se escondería de nuevo hasta que alguien le confirmase que Beleth había muerto. Mientras tanto atendería sus negocios, como siempre (su corazón dio un brinco al pensarlo). Cancelaría la boda e iría de nuevo a la fábrica de pegamento; volvería a establecer

contacto con Chalkhill y regresaría a su cómoda casa de Seething Lane.

Y lo más importante: tendría de nuevo sus libros de hechizos y su oro. Podría...

Pero lo asaltó una idea como un jarro de agua fría: había intentado sacrificar al joven emperador electo Pyrgus ante Beleth. Seguramente el chico no lo había olvidado y como se iba a convertir en emperador, tal vez desease una pequeña venganza. Todos los emperadores eran vengativos. Quizá sería mejor que no volviese a la fábrica ni se viera con Chalkhill de momento. Le convenía más no llamar la atención y reconocer el terreno antes de aparecer en público. Sin duda le interesaba seguir con la pantomima del matrimonio, matar a la viuda Mormo como había planeado y utilizar la cabaña como base de operaciones. ¡Era perfecto!

Brimstone estaba sonriendo.

—Pareces muy feliz para ser un hombre a punto de casarse —comentó Graminis.

Lord Hairstreak poseía dos magníficas residencias en el reino. Una se hallaba junto a la capital; en ella había albergado al fénix de oro hasta que Pyrgus Malvae se lo había robado. La otra, más nueva y mucho más grandiosa, estaba en el centro de Yammeth Cretch, rodeada por doce kilómetros cuadrados de árboles. En ese bosque había *haniels* y *sliths*, que eran los encargados de comerse o envenenar a los visitantes inoportunos cuando apenas habían avanzado un kilómetro. Chalkhill miró con nerviosismo a uno de esos *haniels* que se agazapaba en una rama con las alas semidesplegadas mientras contemplaba la extensión del bien cuidado césped, como si estuviese a punto de saltar y volar.

—No te preocupes —dijo Harold Dingy—. No se acercan a la casa.

Esperaron al pie de los amplios escalones de piedra hasta que un lacayo, con guantes blancos y peluca, bajó tambaleándose a causa de las botas de tacón alto que calzaba.

—Su señoría estará encantado de recibirlos —anunció mientras daba un vistazo a lo lejos. Le dio a Dingy una moneda de color verde luminoso y dibujos laberínticos, y se hizo a un lado—. ¡Vamos! ¡Vamos! —los urgió—. Ya saben que su señoría no soporta que lo hagan esperar. —Miró a Chalkhill con el rabillo del ojo y sonrió.

Dingy le dedicó una expresión agria, pero lanzó la moneda, que permaneció en el aire un momento y después se desplazó por los escalones. Dingy y Chalkhill la siguieron a toda prisa. Las grandes puertas de roble se abrieron de golpe cuando ellos se acercaron. Al entrar en el vestíbulo oyeron un graznido alterado a sus espaldas. Las puertas se habían cerrado de nuevo, pero tuvieron tiempo de ver al *haniel* que arrastraba entre las garras al lacayo.

Chalkhill miró a Dingy, y éste, que tenía el entrecejo fruncido, comentó:

—Es la primera vez que veo una cosa semejante.

Fueron en pos de la moneda laberíntica a través de un enredo de pasillos hasta que llegaron a una antecámara con colgaduras de seda. La moneda cayó al suelo con un ruido amortiguado.

A Chalkhill la habitación no le pareció nada extraordinaria: las colgaduras eran de color índigo con un estrecho borde escarlata y dibujos de demonios que lanzaban miradas lascivas. No entendía por qué la gente utilizaba demonios como elementos artísticos, ya que eran unas criaturas temibles y feas. Si hubiese decorado él la habitación, habría puesto querubines, dulces querubines desnudos, rosáceos y monísimos.

—Ha pasado algún tiempo desde la última vez que vi a su señoría —comentó Chalkhill para mantener la conversación.

—Pues no ha cambiado mucho —gruñó Dingy.

Tampoco había cambiado Cossus Cossus, el Guardián de Hairstreak, cuya cabeza seguía pareciendo demasiado pequeña para el tamaño del cuerpo; el hombre caminaba como si tuviera un palo de escoba en la espalda.

—Jasper —saludó, e hizo un leve gesto ante Chalkhill.

—Cossus. —Chalkhill le devolvió el saludo. Ninguno de ellos sonrió.

—Espero que te encuentres bien de salud.

—No me quejo. —Repuso Chalkhill, se sorbió la nariz y añadió—: A pesar de la comida de la prisión.

—Supongo que no era como la que estabas acostumbrado a comer —comentó Cossus, comprensivo, y despidió con la mano a Dingy—. Retírate, Harold. Ya has cumplido.

Dingy le dedicó una mirada fulminante capaz de marchitar la hierba y se alejó murmurando. Cossus tomó a Chalkhill por el brazo en una actitud insólitamente amistosa.

—Bien, Jasper, su señoría quiere verte en privado. Te espera en la salita de instrucciones.

Dicha salita era un despacho forrado de libros con siete capas de hechizos de intimidad permanente que emitían olor a cuero viejo. Chalkhill sólo había estado allí dos veces: tina cuando había entrado al servicio de lord Hairstreak y otra cuando éste le había encargado que secuestrase a Holly Blue, la princesa real.

Cossus lo acompañó hasta la puerta.

—Sé todo oídos. —Murmuró con desenfado, y añadió—: Buena suerte.

Lord Hairstreak miraba por la ventana con gran interés, pero se dio la vuelta en cuanto entró Chalkhill.

—Siéntate —ordenó el menudo hombrecillo, vestido de terciopelo negro, como siempre.

Chalkhill se sentó. A pesar de que solía decir que eran íntimos amigos, lord Hairstreak lo aterrorizaba porque rezumaba crueldad por todos los poros. Chalkhill juntó las manos sobre el regazo y esperó. Situado detrás de Hairstreak divisó lo que su señoría contemplaba por la ventana: cómo el *haniel* devoraba al lacayo.

—Me fallaste, Jasper —dijo Hairstreak en voz baja—. Dejaste que esa estúpida chiquilla te derrotase.

Chalkhill sintió un escalofrío. La «estúpida chiquilla» era la princesa Blue, que le había ganado la batalla tiempo atrás. Abrió la boca para soltar unas cuantas excusas, pero la cerró de nuevo; resultaba más seguro que hablase lord Hairstreak.

—Debería haber dejado que te pudrieses en la cárcel, asqueroso incompetente —siseó Hairstreak—. Tu torpeza fue un riesgo para mí.

Con un esfuerzo de voluntad Chalkhill reprimió sus temblores. Existía la posibilidad de que Hairstreak lo hubiese hecho ir allí para torturarlo hasta la muerte,

aunque prefería creer la afirmación de Dingy de que le esperaba otro trabajo. ¿O era lo que él deseaba? ¿Acaso le iba a confiar Hairstreak una tarea después de haber fracasado en la última? En el exterior el *haniel* echó a volar llevándose los restos del cuerpo del lacayo, y a una altura de cinco metros, la cabeza cayó y rodó bajo un rosal.

El talante de Black Hairstreak cambió de repente: irguió la espalda y contempló los estantes con libros. Chalkhill le siguió la mirada y le pareció que contemplaba los veintisiete volúmenes de *Sueños del Imperio*, de Maculinia.

—He decidido darte la oportunidad de redimirte —declaró Hairstreak.

—Gracias, lord Hairstreak.

—Oh, no me des las gracias. Se trata de una misión peligrosa.

—Sí, lord Hairstreak.

—Si fracasas, morirás.

—Sí, lord Hairstreak.

—Pero no fracasarás esta vez, ¿verdad, Jasper?

—No, lord Hairstreak.

—Muy bien, Jasper. ¿Sabes algo de la misión que te reservo?

—Su... —Chalkhill titubeó y se lamió los labios. ¿Cuál era el maldito título de Dingy? Se estrujó el cerebro, pero no se le ocurrió nada—. Su, ¡oh!, su hombre mencionó que a usted no le apetecía que el joven Pyrgus Malvae se convirtiese en Emperador Púrpura.

Hairstreak se volvió hacia él echando chispas por los ojos.

—Quiero al joven Pyrgus Malvae muerto, ¡eso es lo que quiero! Que lo asesines, Chalkhill, para que sirva de ejemplo. Deseo que muera públicamente de forma horrible. Y que suceda en el momento de su mayor triunfo, exactamente antes de que el archimandrita lo corone. Quiero que el mundo sepa lo que les pasa a quienes se rebelan contra lord Hairstreak... y le roban sus valiosos pájaros. He aquí mi deseo, Chalkhill, y pregunto: ¿eres tú el hombre que puede conseguirlo?

¿Quería que Pyrgus muriese en plena coronación? ¿Era una misión suicida! ¿Matar al emperador electo en la catedral con su guardia alrededor y diez mil personas mirando? Tal vez fuese posible, pero no podría escapar. Al asesino lo atravesarían una veintena de espadas antes de que diese tres pasos. ¡No había forma! ¡No la había!

—¡Soy su hombre, lord Hairstreak! —afirmó Chalkhill, aterrado ante aquellos relucientes ojos.

* * *

—¿Qué es esto, señoría? —preguntó Chalkhill, perplejo. Parecía una varita para hacer burbujas, pero no sabía qué era realmente. Tenía a Black Hairstreak por un

hombre serio, y una varita de burbujas no pasaba de ser un juguete de niños.

—El arma que utilizarás para matar al príncipe Pyrgus —respondió Hairstreak—. Se llama cerbatana. La he mandado traer especialmente del Mundo Análogo. Tiene el mismo aspecto que una varita para hacer burbujas, ¿verdad?

—Sí, señoría. —Chalkhill tocó el artilugio con cuidado. Era un corto tubo de madera decorado con primitivos dibujos repujados, pero Chalkhill no conocía bien el Mundo Análogo y no deseaba que ese objeto se disparase accidentalmente.

—Ahí está el quid de la cuestión —señaló lord Hairstreak—. Necesitamos un instrumento que pase inadvertido al sistema de seguridad de la catedral. ¿Y qué mejor que una inocente varita para echar burbujas? Esferas resplandecientes para celebrar la coronación de un flamante emperador. Espero que algunos miembros de la congregación las lleven.

—Pero ¿no se trata de una de esas varitas de verdad? —preguntó Chalkhill contemplando el tubo.

—No.

—¿Es un arma?

—Sí.

Parecía cortísima y no tenía aspecto mágico.

—¿Cuánto tendré que acercarme al emperador electo para utilizarla, señoría?

Por primera vez Hairstreak sonrió con sinceridad.

—Ah, Chalkhill, fiel Chalkhill, crees que te envío a la muerte, ¿verdad? ¿Sospechas que se trata de una especie de misión suicida?

—¡No, señoría, claro que no! —protestó Chalkhill—. De ninguna manera... Yo no... Señoría, no se me habría ocurrido...

—Eres un agente entrenado —afirmó Hairstreak sonriendo todavía más—. Mi principal espía y muy pronto mi asesino más competente. ¿Voy a desperdiciar un elemento tan valioso? —Regresó a la ventana. No había rastro del *haniel* y un pequeño equipo de sirvientes recogía lo que quedaba del lacayo. Uno de ellos metió la cabeza en una gran bolsa de papel marrón—. ¿Quieres saber cómo pretendo que salgas vivo, Jasper?

A pesar de que desconfiaba de Hairstreak, Chalkhill sintió una leve sensación de alivio.

—Sí, señor, claro que sí. ¡Me gustaría mucho saberlo!

—Bien, he aquí el plan —explicó Hairstreak—: Primero, la cerbatana. No se trata de una varita ni de un artilugio mágico de los elfos ni del Mundo Análogo, sino de una simple arma. Tan simple que te garantizo que nadie en el reino de los elfos sabrá para qué sirve. Por sí sola es bastante inofensiva. Pero con estos... —Sacó una cajita del bolsillo y se la entregó a Chalkhill, que la miró con ceño y luego la abrió. Dentro había seis minúsculos dardos con plumas sobre un lecho de terciopelo—. No toques

las puntas —advirtió Hairstreak—. Las he untado con veneno de araña. El más leve pinchazo te mataría. —Chalkhill se apresuró a cerrar la tapa—. Me parece un final interesante —continuó Hairstreak, con aire pensativo—. Atroz pero interesante. En primer lugar, parálisis; después la piel se vuelve azul y empieza el dolor hasta que se pide la muerte a gritos en cuestión de minutos. Lo probé con un criado y me impactó ver cómo se le despellejaba el rostro. —La expresión de Black Hairstreak se avivó—. Llevarás la cerbatana a la catedral despreocupadamente, como si fuera una varita para hacer burbujas, y los dardos serán un adorno más de tu sombrero. Y ahora viene la parte ingeniosa: para matar al emperador electo sólo tienes que alcanzar un dardo de tu sombrero (estarás rodeado de hombres, de forma que nadie notará lo que vas a hacer), lo sujetas, lo metes en el tubo y soplas con fuerza.

—¿Soplar, señoría? —repitió Chalkhill.

—Sí, Jasper, soplar. ¡La fuerza de tu aliento impulsará el dardo hacia tu objetivo! —Hizo una pausa para dirigirle una mirada resplandeciente.

Chalkhill observó el tubo y la caja de dardos antes de volver a observar a Hairstreak y sufrir un involuntario estremecimiento.

—¡Qué deliciosamente... primitivo! —comentó.

—Primitivo pero eficaz. Nuestro joven amigo Pyrgus apenas notará la herida; como mucho creerá que es la picadura de un insecto. La parálisis tarda tres minutos en producirse y en otros cuatro estará muerto; tiempo suficiente para escapar, ¿no te parece?

Chalkhill revisó el plan. No cabía duda de que Hairstreak era un absoluto canalla, pero no parecía que hubiese detalles escondidos ni fallos, excepto uno...

—Señoría —dijo titubeando—, hay un problemilla...

—¿De qué se trata? —inquirió Hairstreak.

—Señor —empezó Chalkhill—, debe usted tener en cuenta que ya no soy lo que se podría llamar un agente secreto. Me pareció una idea espléndida secuestrar a la princesa real, pero con esa misión mi identidad como el espía más importante de su señoría quedó al descubierto para siempre. —«Y acabé en aquella horrible y apestosa prisión», pensó, aunque tal vez no fuese el momento de sacar el tema—. Me refiero, señor, a que conocen mi cara. Disfruto de cierta... notoriedad. Me temo que el personal de seguridad del emperador jamás me dejará pisar la catedral.

—¡Ah! —exclamó Hairstreak, y esbozó una sonrisilla maliciosa—. Claro, claro. ¿Crees que no lo había pensado? ¿Crees que no había pensado en algo que salta a la vista?

—No, señor, ni mucho menos. No pretendía sugerir...

—¡Ahí tienes la mejor parte del plan! —exclamó Hairstreak sin hacerle caso—. ¿Sabes, mi querido Jasper, que no voy a asistir a la coronación?

—¿Ah, no? —dijo Chalkhill preguntándose qué tendría eso que ver—. Pero ¿no

sería obligado que usted...?

—¡Claro que sería obligado, cretino! Obligado y políticamente oportuno. Por eso he elaborado un hechizo de ilusión óptica especial.

—¿Un hechizo de ilusión óptica? —repitió Chalkhill, que no cesaba de repetir casi todo lo que decía lord Hairstreak.

—Tú irás en mi lugar, como si fueras yo. —Sonrió de oreja a oreja—. Ya te dije que te rodearían mis hombres. Ellos se convertirán en tus guardaespaldas.

Cuando moría un Emperador Púrpura, la tradición decretaba que el cuerpo del soberano fuera vestido con los ropajes propios de su rango y se instalara en la catedral para ser exhibido, bajo un hechizo de éxtasis, hasta el día de la coronación de su sucesor. Mientras los leales súbditos pasaban llorosos en fila para presentar sus últimos respetos, cuatro miembros uniformados de la guardia imperial permanecían como estatuas en los extremos del féretro.

Pero el último Emperador Púrpura, Apatura Iris, había perdido gran parte del rostro al ser asesinado y, a pesar de los muchos hechizos de reconstrucción, no habían podido recomponerlo. Por lo tanto, en esta ocasión no se procedería a la exhibición pública. El cuerpo se hallaba sometido al hechizo de éxtasis en la cripta del palacio, acompañado por las plegarias que cada hora le dedicaban los sacerdotes encargados de las honras fúnebres.

—Así estaba cuando llegué —afirmó Thorn con aire desdichado.

Contemplaban el féretro vacío. No había señales de vandalismo ni se habían producido daños, pero el cadáver había desaparecido.

—¿Quién rezó las últimas oraciones, antes de ti? —preguntó Blue.

—El hermano Sinapis. —Thorn titubeó—. He hablado con él, Serenidad. Todo se encontraba en orden cuando se retiró.

—¿Y los guardias? —Había guardias ataviados con trajes de ceremonia que vigilaban el acceso a la cripta, pero no habían visto entrar a nadie.

—No han visto nada, Serenidad.

—Quiero hablar personalmente con el hermano Sinapis y con cada uno de los guardias —exigió Blue en tono crispado—. Por favor, dispón las cosas para que vayan a mis aposentos; Sinapis será el primero. Deben permanecer aislados hasta que hable con ellos. No quiero que se comuniquen entre sí hasta que yo escuche la versión de cada uno, y deseo que tú...

Pyrgus, que no había abierto la boca desde que Thorn apareciera junto a la vivienda del Guardián, exclamó:

—¡Espera un poco, Blue! —Ella lo miró sorprendida porque detectó un extraño matiz imperioso en su tono y una expresión seria y tensa en su rostro—. Tenemos que hablar de este tema... —Le dedicó una mirada de advertencia—. Y de otros asuntos con el guardián Fogarty.

—El señor Fogarty no ha regresado —comentó Blue (lo que era obvio).

Pyrgus bajó la voz, como si así pudiese evitar que lo oyese Thorn, que se encontraba a su lado.

—No quiero confiar nada de esto a los sirvientes. Blue, deseo que te traslades al Mundo Análogo y traigas contigo al señor Fogarty. Sus asuntos particulares tendrán

que esperar. Ya hablaré yo con Sinapis y los guardias. —Se giró y su voz adoptó un tono frío—. Y tú, Thorn, te ocuparás en persona de organizar una investigación acerca de la seguridad de la cripta y dile al capitán de guardia que dispones de toda mi autoridad. Quiero que barran la zona en busca de pistas, incluso las más insignificantes, de lo que ha ocurrido. No repares en gastos y eso incluye el coste de extraer huellas de las piedras, aunque imagino que quiénes lo hicieron irían muy bien protegidos.

Blue estaba asombrada. Tenía ante sí a un Pyrgus que no conocía: decidido, responsable... imperial. Él la buscó con la mirada.

—¿Aún sigues ahí, Blue? Deberías hacer los preparativos para trasladarte ya. Se trata de una situación grave y urgente.

—Sí, Pyrgus —respondió Blue en tono sumiso.

* * *

Blue encontró al ingeniero jefe del portal, Peacock, inclinado sobre una palangana en una antecámara de la capilla, frotándose las manos con un cepillo duro.

—¿Puedo hacer algo por vos, Serenidad?

Blue asintió; tenía los labios secos.

—¿Funciona el portal?

—Sí, Serenidad.

—Me refiero a si funciona como es debido. ¿Lo arreglaste después del intento de sabotaje...? —El exitoso intento realizado por orden de lord Hairstreak, aunque nunca se había demostrado—. Quiero decir, después del asunto de mi hermano. —No quería especificarlo ni recordarlo: Pyrgus había estado a punto de morir al atravesar el portal.

—Hace siglos, Serenidad —repuso Peacock, perplejo.

—¿Y funciona...? ¿Funciona... bien, sin problemas?

—Sí, Serenidad.

—¿Cuánto dura la posición? —preguntó Blue.

—¿La posición del indicador que señala a dónde se quiere ir?

—Sí.

—No mucho. —Peacock la observaba—. Sólo hay que introducir las coordenadas y después esperar... digamos quince segundos, probablemente menos. ¿Deseáis utilizar el portal, Serenidad?

Ya estaba, todo se resumía en una simple pregunta.

—Sí —respondió, tensa.

Ambos se dirigieron a la capilla principal. El lugar estaba repleto de guardias uniformados provistos de varitas aturdidoras y una verja con carga de seguridad

rodeaba el portal de la Casa de Iris, tristes recordatorios del sabotaje que casi le costó la vida a su hermano. El propio portal disponía de refuerzos: se habían colocado pesadas cubiertas metálicas en los pilares y revestido los controles cercanos con obsidiana impermeable. La capilla tenía el aspecto de un sombrío campamento militar y las llamas azules que ardían entre los pilares recordaban el infierno.

—¿Está funcionando? —quiso saber Blue.

—No. Lo mantenemos encendido de forma permanente. —Y enterneció el gesto al explicar—: Órdenes de vuestro pobre padre después... después de lo del príncipe Pyrgus. Así resulta más fácil detectar interferencias. Pero ahora no hay ninguna —se apresuró a añadir.

—Entiendo —dijo Blue humedeciéndose los labios—. ¿Cuánto se tardará en colocarlo para trasladarme a la casa análoga del guardián Fogarty?

—Conocemos las coordenadas —afirmó Peacock—. Estará listo cuando queráis, Serenidad.

—Me gustaría ir ahora, señor Peacock —repuso Blue.

El ingeniero jefe miró alrededor, sin duda buscando al séquito de Blue. Pero como no vio a nadie, dijo:

—No vais a ir sola, ¿verdad, Serenidad?

La cuestión era que sí, iría sola. El señor Fogarty se empeñaría en saber qué sucedía y ella no quería explicar nada delante de sirvientes. De modo que sería mejor buscar al Guardián, informarle y hacerle regresar sin contarle nada a nadie.

—Sí, voy sola.

—Es la primera vez que usáis el portal, ¿verdad, señora? —preguntó Peacock con incertidumbre—. ¿Es vuestro primer traslado al Mundo Análogo?

—Sí.

—¿Os gustaría que os acompañase?

—No, gracias —respondió Blue con firmeza, y se encaminó hacia la verja de seguridad. Uno de los guardias se apresuró a abrírsele—. Tengo entendido que sólo debo caminar entre los pilares, ¿no, señor Peacock?

Peacock había entrado en el recinto detrás de ella y se dirigió rápidamente a los controles.

—Debo determinar las posiciones, Serenidad —respondió—. Yo os indicaré cuándo podéis atravesar el portal.

Blue esperó a un paso de los pilares. Se le había desbocado el corazón, pero mantuvo el gesto impassible. No permitiría que nadie se diera cuenta de lo que sentía una princesa de la Casa de Iris ante algo tan sencillo como un traslado. Era muy seguro; todo el mundo lo sabía. No notaría más que un poco de calor, como explicaban los libros de consulta: una llama fría.

—El portal está listo, Serenidad —indicó el ingeniero jefe Peacock.

Sudando de miedo, Blue pasó entre los pilares sin vacilar.

Brimstone confiaba en que Graminis lo llevase a la iglesia a tiempo.

—¿No podemos ir más rápido? —preguntó con irritación.

Viajaban en un *ouklo* destartado que parecía más viejo que Matusalén. Se trataba de un coche descapotable de color negro fúnebre cuya tapicería olía a moho de tumba, probablemente porque Graminis era demasiado tacaño para alquilar un auténtico coche de boda. El hechizo que lo conducía casi había desaparecido, así que en vez de flotar a respetable altura, el *ouklo* descendía cada vez más hasta rozar el camino; luego se elevaba de nuevo como un conejo asustado y volvía a iniciar el proceso de descenso. Brimstone se estaba mareando a causa de tanto subir y bajar.

Pero por lo menos el tradicional letrero de boda figuraba a la vista en la parte de atrás:

*Este hombre se va a casar.
Rezad por él.*

—No te incomodes, Silas —dijo Graminis riéndose—. Maura esperará. Esperó a los otros cinco, ¿no?

Brimstone se quedó de piedra. ¿La novia que lo esperaba se había casado cinco veces? Sabía que se trataba de una viuda, pero cinco maridos le parecía una exageración. Tal vez se los comía después de copular, como las arañas, o los asesinaba para cobrar el dinero del seguro. Debía vigilarla y sobre todo lo que le diera de comer y beber. Seguramente los había envenenado.

El *ouklo* pasó rozando el suelo y cabeceó a través de las callejuelas hasta que el campanario de la iglesia se hizo visible. El vehículo se detuvo en el cementerio.

—Tenemos que caminar el resto del trayecto —observó Graminis—. Lo siento, pero éste es un coche para funerales.

La iglesia era tan pequeña como Brimstone había supuesto (el coste de la boda se calculaba por centímetro cuadrado) y estaba construida según el modelo tradicional de la cuadratura del círculo; hileras de bancos llegaban hasta el altar y las alfombras estaban apolilladas y raídas.

Los bancos estaban ocupados por mendigos, que sin duda esperaban una limosna por hacer de testigos, y ya ardía un fuego central a cuyo alrededor empezaron a bailar con desgana media docena de ninfas flacas en cuanto Graminis y Brimstone entraron.

El sacerdote surgió de una trampilla abierta en el suelo, lo cual sugería que las cosas podían acabar bajo tierra en breve. Era un elfo de la noche rechoncho, con pinta de sapo, que vestía el sencillo traje amarillo que requería la ocasión. Le dedicó a

Brimstone una sonrisa poco afable y éste se la devolvió.

—¡Ha llegado la novia! —susurró Graminis.

Brimstone miró hacia la entrada que enmarcaba la escuálida figura de su futura mujer. Lucía un minivestido negro ceñido, abierto por un lado, y sostenía un cactus.

Las piernas de Maura parecían escobillas de limpiar pipas.

La deslumbrante luz del sol pilló desprevenida a Blue, cuyos ojos tardaron un poco en adaptarse a tanta claridad. Tenía la sensación de hallarse en un espacio cercado, en una especie de jardincillo estrecho. Rápidamente se palpó la espalda. ¡No tenía alas! Por lo menos el filtro había funcionado. Suspiró aliviada. Todos los libros que explicaban las medidas de seguridad decían que había que comprobar las alas: si una persona se encogía al traspasar un portal, le salían alas; siempre sucedía, y eso le ocurrió a Pyrgus cuando el portal de la Casa de Iris sufrió el sabotaje. Y aunque a veces resultaba difícil calcular el tamaño propio en un ámbito desconocido (la cuestión de la escala era relativa), los libros insistían en que salían alas o no. Y como a ella no le habían salido, tampoco había encogido. Un obstáculo salvado.

El siguiente escollo consistía en verificar si el portal permanecía abierto, de modo que Blue miró hacia atrás y comprobó que había una pequeña zona de llamas aunque no quedaba ningún rastro de los pilares, pero seguro que el portal estaba ahí. No quería pensar en volver a cruzar aquel infierno azul, pero al menos el camino estaba abierto.

Ahora bien, ¿se hallaba en el lugar adecuado? Todos decían que los portales nunca se desviaban, pues una vez que se establecían las coordenadas del Mundo Análogo, te trasladaban a él. Pero siempre existía la posibilidad de un sabotaje o un error élfico. Y aunque Blue no creía que hubiera ningún motivo para un sabotaje, dado el sistema de seguridad establecido, los errores élficos podían producirse en cualquier momento. Así pues, la casa del guardián Fogarty ¿se encontraba en el Mundo Análogo?

El escaso césped marchito de ese lugar no tenía nada que ver con los deslumbrantes jardines que rodeaban el alojamiento del señor Fogarty en el Palacio Púrpura; la casa parecía pobre y sombría y alguien había pegado papel marrón en las ventanas del piso de abajo. Pero Blue recordó que tanto su padre como Pyrgus habían comentado las rarezas de la vida del señor Fogarty en el Mundo Análogo.

Blue dio un chillido ahogado: algo cálido y peludo se le restregaba contra una pierna. Bajó la vista y vio a un gato obeso que le lamía los tobillos. El animal la miró con ojos relucientes y emitió un pequeño ronroneo.

Blue se relajó. Sin duda se trataba de la casa del señor Fogarty y ése era el famoso *Hodge*.

—¡Hola, *Hodge*! —musitó, y el gato volvió a ronronear—. ¿Me enseñas dónde se esconde el guardián Fogarty?

Como si la hubiera entendido, el minino trotó hacia la puerta trasera. Blue lo siguió sonriendo ligeramente.

—¡Señor Fogarty! —llamó al abrir la puerta.

Había alguien dentro, pero no era el anciano.

* * *

—¡Henry! —exclamó Blue.

Henry pegó literalmente un salto. El chico contemplaba algo que tenía en la mano, un extraño artilugio negro con hileras de botones numerados. Miró sorprendido a Blue.

—¡Blue! —dijo casi sin aliento—. ¿Qué diablos haces aquí?

—Busco al guardián Fogarty —respondió ella sin más.

—Lo han llevado a la cárcel —repuso el chico con una vocecilla asombrada mientras contemplaba el artilugio que sostenía—. Acaba de llamarme.

—¿Quién lo ha llevado a la cárcel? —preguntó Blue, perpleja.

—La policía —repuso Henry—. Salió a hacer unos trámites de la casa y lo han encarcelado.

—No pueden hacer eso —dijo Blue en tono imperioso—. Es el Guardián del reino.

—Aquí sólo es un pensionista que antes robaba bancos. Pueden encarcelarlo tranquilamente. Está en una celda de la comisaría de Nutgrove.

—No puedo esperar —declaró Blue—. Debemos sacarlo de ahí.

Henry miró alrededor con angustia.

—Bueno, ¿y dónde está? —quiso saber Blue.

—Por aquí, en alguna parte —respondió Henry. Estaban en Nutgrove Street, caramba, así que la comisaría de policía tenía que estar en esa calle.

—Henry —susurró Blue—, debo encontrar al señor Fogarty para llevarlo al reino.
—Sí, ya lo sé.

Lo que no sabía era qué iban a hacer cuando encontrasen la comisaría de Nutgrove. Blue parecía dispuesta a entrar y exigir que lo soltasen.

—Probemos por aquí —sugirió Henry.

—Ya hemos ido por ahí —observó Blue, aunque lo siguió.

—Blue, ¿qué ha ocurrido?

—Aún no lo sé bien, pero pasa algo. —La voz de Blue se dulcificó—. El cadáver de mi padre ha desaparecido y creo que se ha tramado un complot para matar a Pyrgus. Por eso mi hermano me ha enviado para que localice al señor Fogarty; lo necesitamos. —Titubeó un instante, y añadió—: Sería estupendo que tú también vinieses.

Henry sintió un creciente acaloramiento en la nuca.

—Haré lo que pueda —murmuró, aunque se preguntó qué significaba haber dicho eso. Confundido, miró a su alrededor y descubrió por fin la comisaría en una calle lateral—. ¡Oh, ahí está! —exclamó, muy alegre, pero de inmediato lo asaltó un pensamiento: «¿Y qué vamos a hacer ahora?».

—Henry, ¿en qué consiste exactamente una comisaría de policía?

El chico comprendió que era imposible que Blue supiera lo que era.

—Es una especie de... como una jefatura de la policía. No me refiero al cuartel general, que sería Scotland Yard o algo parecido, sino al cuartel de un distrito.

—¿Y todos los policías viven ahí?

—No, no lo creo. Se trata de una oficina a la que van a trabajar.

—¿Vuestra policía es como la del reino? —inquirió Blue—. ¿Te azotan si haces algo malo y te cortan la mano si te sorprenden robando (a menos que seas noble, claro)?

—No, creo que no hacen esas cosas —respondió Henry sin estar muy seguro.

—¿Por qué no? Es una estupidez no hacerlas, ¿verdad? —comentó Blue, y se encaminó hacia la calle lateral.

Henry se dio cuenta de que se había quedado solo, corrió detrás de Blue y la sujetó por el codo.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó—. No puedes entrar con toda la cara y ordenarles que suelten al señor Fogarty. —Se fijó en la expresión de Blue y se

abstuvo de añadir: «Aquí no eres la princesa real».

—No pensaba entrar por la cara —repuso Blue fríamente. Al ver la expresión de Henry, se apiadó de él y le dedicó una sonrisita—. No pasa nada, Henry. He traído unos cucuruchos.

—¿Cucuruchos? —Henry pensó en helados, pero intuyó que no se trataba de eso.

—Cucuruchos de hechizos —explicó Blue.

Henry se quedó boquiabierto.

—No irás a... ¿No irás a...?

—¿Utilizar magia? —concluyó Blue—. Sí, eso mismo.

—No puedes.

—¿Por qué no?

«¿Por qué no? ¿Por qué no?». Henry buscó un motivo, pero no se le ocurrió ninguno, salvo que usar magia en una comisaría debía de ser ilegal, o lo sería si la policía creyese en ella. La magia resultaba estupenda en el reino, donde todo el mundo la practicaba, pero aquí... emplearla con cualquiera, o precisamente con la poli... era algo que no se podía...

—¿Qué tipo de magia? —preguntó Henry en voz baja.

Henry se sentía raro. En realidad le parecía que se iba a marear. Todo le daba vueltas alrededor y cuando caminaba le parecía estar empujando un pegajoso pastel de melaza.

—No me encuentro bien —dijo. La voz le resonó en la cabeza como un gong hueco.

—Te acostumbrarás —le aseguró Blue—. Sígueme. —Ella se encaminó a la entrada de la comisaría y la empujó con decisión. Pero como no se abrió, se giró hacia Henry y le dijo, irritada—: La puerta está cerrada.

Henry intentaba recordar lo último que había comido porque tenía la sensación de que volvería a verlo muy pronto.

—La cierran a causa de los terroristas y esas cosas —aclaró—. No se puede entrar así como así, sino que hay que llamar al timbre y hablar por esa rejilla cuando te respondan.

—Pero si hablo por la rejilla, sabrán que hay alguien aquí, ¿no?

—Ahí está la cuestión, pero es el único sistema para que te dejen pasar —repuso Henry, y se preguntó si podría aguantar en pie más tiempo.

—Pues no quiero que sepan que estoy aquí —insistió Blue.

Era demasiado. A Henry el cerebro le daba vueltas lentamente como si formara círculos.

—¿Y cómo entraremos entonces? —consiguió preguntar.

En ese momento la puerta se abrió y salió un hombre que ni siquiera los miró. Blue interpuso el pie para que la puerta no se cerrase.

—¡Vamos! —siseó, y se coló. Henry la miró con gesto estúpido, pero la siguió y la puerta volvió a cerrarse.

Se hallaban en una sala de espera con suelo de linóleo; había unas sillas a un lado y un mostrador al otro. Detrás del mostrador se hallaba un sargento uniformado, y a sus espaldas, una joven de cabello negro muy corto tecleaba sentada a una mesa. En la sala había tres sillas ocupadas: en dos de ellas esperaba una pareja de ancianos y en la tercera, un hombre de mediana edad que intentaba, sin éxito, parecerse a Elvis Presley. Nadie prestó atención a Blue ni a Henry.

—Bueno —dijo Blue—, será mejor que busquemos al señor Fogarty.

—Podemos preguntárselo al sargento del mostrador —sugirió Henry. En realidad lo que deseaba era salir de allí, irse a casa y, a ser posible, morir.

Blue lo miró con extrañeza.

—¿Intentas hacerte el gracioso?

—No. —Henry sacudió la cabeza—. ¿Por qué lo dices? —Se despezó y tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla. ¡Qué gran error había sido mover la cabeza!

—¿Para qué nos hemos hecho invisibles si ahora quieres preguntar en el mostrador?

La niebla que los envolvía se aclaró un poco y Henry la miró boquiabierto.

—¿Invisibles? —repitió.

—¿Y qué crees que era el cucurucho?

—No es posible que seamos invisibles —repuso Henry—. Yo te veo perfectamente. —Lo de «perfectamente» no resultaba tan cierto, puesto que aún tenía la visión borrosa, pero la veía.

—Pues claro que tú me ves, y yo a ti. Tú te ves las manos y yo distingo mis pies porque los dos somos invisibles —explicó Blue en el tono de alguien que habla con un niño tonto—. Y procura bajar la voz. El hechizo disminuye el sonido, pero si haces demasiado ruido te oirán. Y no vuelvas a pedorrearte; la gente se preguntará de dónde sale el olor.

—¡Yo no me he pedorreado! —protestó Henry, y al punto bajó la voz—. No lo he hecho —susurró.

—Bueno, pues alguien ha sido —replicó Blue con desdén, y preguntó—: ¿Dónde habrán metido al señor Fogarty?

—No lo sé —respondió Henry, un poco fastidiado. Sólo había estado en una comisaría una vez porque le faltaba una luz trasera a su bicicleta.

—¿Estará ahí al fondo o tras esa puerta? ¿O hay un edificio anexo?

—¡No lo sé! —insistió Henry.

La puerta principal se abrió y entraron dos agentes sujetando por los brazos a un joven de aspecto hosco que llevaba una raída chaqueta de cuero. El sargento levantó la trampilla del mostrador y los agentes escoltaron al chico hasta una puerta que había al fondo de la sala.

—Es un prisionero —dijo Blue—. Se lo llevan a los calabozos que seguramente hay detrás de esa puerta.

Tal vez tuviese razón, pero Henry no veía de qué iba a servir. El sargento había bajado de nuevo la trampilla del mostrador, aunque habría dado igual que no lo hubiera hecho porque los dos agentes cerraron la puerta tras ellos. La invisibilidad parecía estupenda, pero no se podía entrar en ningún sitio sin que se viera que las puertas se abrían solas. Iba a decir algo, pero se calló porque sintió el estómago revuelto.

—¡Vamos! —ordenó Blue.

Henry contempló con horror cómo Blue daba un brinco, saltaba por encima del mostrador y aterrizaba ágil y sigilosamente al lado del sargento. No tuvo valor para mirarla.

—¡Vamos! —repitió la chica haciéndole un gesto.

A Henry se le encogió el corazón. Nunca había sido deportista, ni siquiera cuando

se encontraba bien, y si intentaba imitar lo que había hecho Blue, seguro que tropezaba y caía hecho un ovillo.

—Venga, Henry...

El chico se acercó vacilante al mostrador. Todo resultaba problemático. No era capaz de saltar, pero ni se le ocurrió dejar que Blue rescatase al señor Fogarty ella sola. Apartó la vista para no ver la mirada de Blue y trepó por el mostrador conteniendo el aliento para no hacer ruido. No había mucho sitio y daba por hecho que iba a volcar la taza de té que había encima; Blue pensaría que era un completo idiota comparado con los chicos atléticos que a ella le gustaban, pero no sabía hacerlo de otro modo para que resultara seguro.

Había conseguido sentarse a horcajadas sobre el mostrador cuando el sargento quiso tomarse su té. Henry se aplastó contra la superficie y se puso a rezar. En ese momento sonó el teléfono y el sargento se volvió para atenderlo. El cable se estiró sobre el culo invisible de Henry y formó una delicada curva, pero el sargento no dio muestras de notarlo.

—No; es en Rosewood Street, ¿vale? —dijo el sargento.

Henry se deslizó por debajo del cable, pero antes de completar la maniobra el sargento volvió a colocar el teléfono en su sitio. Henry, aliviado, se escabulló al fin hasta llegar junto a Blue, que lo miraba con impaciencia. La mujer que tecleaba se hallaba a unos centímetros de ellos y el sargento aún más cerca. Resultaba peligroso hablar, pero Henry decidió arriesgarse y preguntó:

—¿Qué hacemos ahora?

—Esperar y vigilar —musitó Blue—. Cruzaremos la puerta cuando todo el mundo esté distraído.

Sonaba muy sencillo, pero los dos agentes aparecieron de nuevo y cerraron la puerta tras ellos. Entonces iniciaron una conversación a tres bandas sobre alguien llamado Jackie Knox.

—¿Queréis un café, chicos? —preguntó la mecanógrafa—. Voy a prepararme uno.

Se levantó y los demás se arremolinaron detrás del mostrador.

Con el rabillo del ojo, Henry vio que Blue se movía con elegancia, como bailando una danza sinuosa para evitar todo contacto corporal; evidentemente, estaba acostumbrada a ser invisible, pero Henry no. Así que el chico esquivó a la gente y se agachó como un rinoceronte, aunque a cada movimiento incrementaba el vahído que sentía en el estómago.

Por fortuna la mujer acabó de repartir el café y regresó a su mesa. En ese momento se abrió una puerta en la sala de espera y apareció el señor Fogarty con un joven policía uniformado. Ambos se dirigieron a la salida.

—Gracias por su cooperación, señor —dijo el policía—. Sentimos haberle

molestado.

Fogarty soltó un gruñido y se marchó.

—¿Has visto eso? —susurró Blue, encantada—. ¡Lo han soltado!

El teléfono del mostrador sonó de nuevo y el sargento volvió a descolgarlo.

—Comisaría de Nutgrove —dijo en tono amable.

Sonó otro teléfono al lado de la mecanógrafa, que lo atendió mientras manejaba el ratón del ordenador con la otra mano.

—Debe de ser Tom —comentó uno de los agentes. La chica cubrió el auricular y llamó al hombre que no se parecía a Elvis.

—¿Puede acercarse un momento al mostrador, señor Robson?

—¿Y nosotros qué? No tenemos todo el día, ¿sabe usted? —dijo secamente la anciana que también esperaba turno.

—Ya no tardará mucho, abuela —le dijo uno de los agentes.

—¡Vamos, Henry! —apremió Blue, y trepó por el mostrador.

—¡Puajj! —masculló el sargento de repente y soltó el teléfono mientras contemplaba el suelo con los ojos como platos—. ¿De dónde sale esto?

Los dos agentes miraron con una mezcla de asco y sorpresa lo que se ofrecía a la vista: estaba más que claro que Henry acababa de vomitar en parte sobre los pantalones del sargento.

* * *

Resultaba extraña la forma en que el señor Fogarty miraba a un punto situado sobre la oreja izquierda de Henry mientras hablaban, pero el chico supuso que era porque no podía verlos.

—Identidad equivocada —afirmó el Guardián, irritado—. Un empleado de un banco señaló a otra persona en la ronda de identificación.

—¿Por qué cree que se mareó Henry? —preguntó Blue, que ya era visible, aunque Henry sólo había empezado a dar signos de recuperación.

—Sería por su camisa.

—¿Qué le pasa a mi camisa? —quiso saber Henry. Estaban en casa del señor Fogarty, pero afortunadamente las náuseas le habían remitido.

—Fibras sintéticas —explicó el viejo con tono lúgubre—. Chocan con la energía liberada por el cucurucho de hechizos y producen una resonancia. Por eso te sentiste fatal.

—¿Quiere decir que vomitará cada vez que utilice magia? —inquirió Blue.

—Si lleva esa camisa, sí. Que se quite las fibras sintéticas y pruebe con otro cucurucho. Si tengo razón, no le pasará nada.

—Un momento... —pidió Henry. No se trataba sólo de la camisa; los pantalones

también eran sintéticos, y no digamos los calzoncillos.

—Haremos el experimento en otra ocasión, Guardián —intervino Blue—. Me parece que lo más importante es que regresemos al reino cuanto antes.

—¿Qué ha sucedido? —se interesó Fogarty.

—El cadáver de mi padre ha desaparecido —respondió Blue, tensa—. Y se ha urdido un complot para asesinar a Pyrgus.

El Guardián se mostró contrariado.

—¡No, otro no! —Resopló con ímpetu—. Tienes razón, será mejor que vayamos. ¿Hay un portal abierto? —En vista de que Blue asintió, miró a Henry y le dijo—: ¿Vienes?

—Primero debo arreglar las cosas en casa. —Tenía que conseguir comida para *Hodge*, pero en realidad se refería a su madre; se las tenía que ingeniar e inventar una disculpa para salir de casa.

—Pues arréglalo y reúnete con nosotros en cuanto puedas. Utiliza el transportador que te dejé —indicó Fogarty.

Blue y el Guardián se encaminaron hacia la puerta, pero cuando llegaron, éste se dio la vuelta, sacó una cajita del bolsillo y se la entregó a Henry.

—Vístete con fibras naturales antes de usarlos.

—¿Qué es esto?

Fogarty esbozó una de sus extrañas sonrisas y contestó:

—Un regalito para tu madre.

A Pyrgus le pasaba algo raro. Lo encontraron en sus habitaciones, donde se había refugiado; Fogarty había visto muertos con mejor aspecto.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el Guardián. Pyrgus estaba muy ojeroso.

—Sí, claro.

—¿Seguro?

—Por supuesto.

—Pues no lo parece —repuso Fogarty.

—Tiene razón, Pyrgus. Estás horrible —declaró Blue.

—Anoche no dormí bien. Oye, ¿por qué no hablamos de cosas importantes? ¿Le has contado lo que pasa?

—¿Lo del cuerpo de padre y el complot de asesinato? Sí.

—¿No ha venido Henry con vosotros? —preguntó Pyrgus mirando detrás de ellos.

—Vendrá después —respondió Fogarty—. ¿Algún descubrimiento?

Pyrgus se humedeció los labios con gesto nervioso.

—He interrogado a los guardias, pero no tienen nada que decir de la desaparición de mi padre, nada. Me han explicado que al hacer una ronda el cuerpo estaba allí, y a la siguiente se había esfumado.

—¿Magia? —preguntó Fogarty.

—No lo creo —repuso Blue—. Jamás he oído que un cadáver pueda desaparecer por ensalmo.

—Yo tampoco —reconoció Pyrgus—. Pero no somos magos y tal vez haya un hechizo que no conocemos, algo descubierta recientemente. Creo que deberíamos partir de que se trata de algo así: una especie de intervención mágica desconocida; y como de momento no podemos hacer nada, me parece que no debemos malgastar más tiempo investigando. Opino que tendríamos que esperar a que se presente quienquiera que sea.

—¿Crees que alguien podría pedir un rescate por el cuerpo? —sugirió Blue.

—Es posible —concedió Pyrgus.

Estaba mintiendo. Fogarty estaba seguro, pero no sabía por qué lo hacía.

—Será mejor que nos concentremos en el asunto del asesinato —dijo Pyrgus—. Espero que no te importe, Blue, pero le he rogado a tu amiga madame Cardui que informe personalmente al Guardián.

—No, claro que no me importa —aseguró Blue—. ¿Está aquí o quieres que el señor Fogarty...?

—Está esperando en la antecámara. Le pedí que se reuniese con nosotros en cuanto llegase el señor Fogarty. Yo... ¡Ah, aquí está!

El Guardián se volvió cuando se abrió la puerta, y fue como si le hubiera caído un rayo encima.

Henry abrió la caja en su habitación. Contenía seis cucuruchos de color óxido sobre un lecho de algodón en rama. Los contempló nervioso.

En el interior de la tapa había algo escrito con la curiosa caligrafía de los elfos, similar al árabe. Pero cuando Henry la miró, debió de provocar que se esfumara la magia encubierta porque las letras adoptaron los caracteres románicos.

LETHE® MARCA DE CUCURUCHOS DE HECHIZOS
ROJIZOS

Olvide que ha leído esto.

Seis (6) cucuruchos de hechizos Lethe®
que se encienden solos; un único uso.

- Instrucciones:
 - 1. Visualizar el efecto requerido (por ejemplo, a quién o qué olvidar).
 - 2. Mantener debajo de la nariz y partir la punta desechable.

Los cucuruchos de hechizos Lethe® se venden sólo para uso personal, como ayuda terapéutica para deshacerse de recuerdos dolorosos. Constituye delito utilizarlos con otra persona sin su previo consentimiento por escrito.

Los fabricantes no aceptarán responsabilidad alguna por el mal uso de los cucuruchos de hechizos ni por los daños y perjuicios causados a una persona o varias. Lethe® es la marca registrada de Magia de la Memoria, S. L., miembro de la Liga Ética de Hechizos. No se admiten devoluciones.

]]

A Henry le dio un vuelco el corazón. Eran los hechizos de los que le había hablado Fogarty: bajo sus efectos la gente se olvidaba de las cosas. Por tanto, ya no tenía que inventar una historia estúpida para convencer a su madre, sino que le bastaría con utilizar un cucurucho con ella y Aisling y podría desaparecer el tiempo que quisiera sin que ellos se percatasen. No se acordarían de él hasta que regresara. Se reuniría con Blue en el reino y tal vez salvaría a Pyrgus por segunda vez y la impresionaría tanto que quizá, quizá... ¡Gracias, señor Fogarty; era perfecto!

Sin embargo, no era perfecto del todo porque la magia le producía alergia.

Henry colocó con cuidado la caja en la mesilla de noche y se dirigió al armario.

Cuando abrió la puerta, un montón de cosas le cayeron encima. Las apartó y rebuscó prendas de fibra natural.

Se desabotonó la camisa de fibra sintética y la sustituyó por una camiseta de algodón con la leyenda «Imán para chavalas». Se la había regalado una tía suya que no lo conocía bien; ahora no la eligió porque le gustara, sino porque fue la única prenda que encontró que olía a limpio. Se quitó los pantalones y los calzoncillos y se puso *slips* de algodón y unos vaqueros militares anchos. Nunca se había puesto esos vaqueros (un regalo de la misma tía de la camiseta), pero al menos la tela vaquera era natural y podía quitárselos y cambiarlos por algo un poco más decente después de ocuparse de su madre y Aisling.

Oyó voces en la cocina. Su madre y su hermana estaban sentadas a la mesa de desayuno tomando té. Tenían las cabezas juntas, pero dejaron de hablar en cuanto él entró.

—¿Por qué te has puesto esa espantosa camiseta? —preguntó Aisling—. Me parece totalmente vulgar y un insulto para las mujeres. —Se volvió hacia su madre y dijo muy seria—: Dile que se cambie, mamá.

Henry entrecerró los ojos, avanzó y rompió un cucurucho Lethe debajo de la nariz de su hermana. Un remolino de humo polvoriento rodeó la cabeza de la niña que, repentinamente asustada, dio un brinco y se quedó inmóvil sin expresión en el rostro.

La madre de Henry lo miró, perpleja.

—¿Era una droga? —inquirió, olfateando. El pánico la embargó—. Nitrito de amilo. Dios mío, Henry, ¿qué le has hecho a tu hermana?

—Lo siento, mamá —murmuró él, y rompió el segundo cucurucho debajo de la nariz de su madre.

Lo asaltó el miedo cuando su madre también se quedó inmóvil. Además, Aisling seguía sentada sin moverse, con la boca ligeramente abierta y el pecho quieto como si hubiera dejado de respirar. Del mismo modo su madre se había convertido en una estatua. No las habría matado, ¿verdad? No estaba acostumbrado a usar magia; en realidad era la primera vez que la ponía en práctica. Tal vez había hecho algo mal.

Tocó el brazo de su madre.

—¿Mamá...?

¡No podía estar muerta! El señor Fogarty no le habría dado una caja de cucuruchos asesinos, ¿verdad? ¿O sí? A veces el señor Fogarty hacía cosas raras.

De repente su madre y Aisling se pusieron a hablar de algo relacionado con el estúpido Poni Club de la niña. Ambas ignoraron a Henry, como si no estuviera en la habitación, o como si... lo hubiesen olvidado totalmente.

Con cautela, Henry se dispuso a salir de la cocina. Algo le cosquilleaba en el estómago y, tras unos momentos, se dio cuenta de que era alegría. ¡Lo había logrado! ¡Había hecho magia y era un «olvidado», lo cual significaba que estaba libre! Iría al

reino y volvería a ver a Blue. ¡Iría al reino enseguida!

Subió los escalones de dos en dos. El control del portal del señor Fogarty estaba en una caja de zapatos, oculta en el estante superior de su armario, junto con la decorativa daga que le habían dado cuando Pyrgus lo había nombrado Hombre Férreo, Caballero Comendador de la Daga Gris.

Sacó la caja de zapatos y la abrió. ¡El control del portal no estaba allí!

* * *

¡Había sido Aisling! ¡Tenía que haber sido Aisling! Ella era la única que se colaba en su habitación para robarle cosas. Su madre era muy capaz de revolverlas (no tenía el menor sentido de la propiedad privada, excepto cuando se trataba de la suya), pero no se habría llevado el control: parecía algo demasiado inocente para que pensase que tenía que ver con el ordenador. Además, si hubiera sido su madre, habría encontrado la daga, que seguía allí. ¡Tenía que ser Aisling, la muy arpía!

Henry se precipitó escaleras abajo, pero ni su madre ni su hermana estaban en la cocina. Se dirigió a la habitación de Aisling y tropezó con ella cuando salía del cuarto de baño de la planta baja.

—¡Has robado mi control! —la acusó Henry, furioso.

—¿Quién eres? —preguntó su hermana, medio adormilada.

Hamearis Lucina, duque de Borgoña, era un hombretón al que le gustaba aumentar su corpulencia luciendo una armadura acolchada y en invierno, pieles. En vez de espada, solía llevar un hacha de guerra con mango de plata repleto de incrustaciones, el tipo de arma demasiado pesada para que la empuñase un hombre de menor estatura.

Los barqueros no cesaban de dirigirle miradas curiosas y furtivas. No sólo era muy conocido en su Yammeth Cretch natal, sino en todo el reino, pero además se trataba de un individuo lleno de prestancia, un tipo que rezumaba carisma y fuerza, características que lo habían ayudado a convertirse en el más íntimo aliado de Black Hairstreak. Llamaba la atención incluso a quienes no lo conocían.

Desembarcó despreocupadamente cuando la barca atracó en la isla imperial. Un marinero tuvo la intención de ayudarlo a bajar, pero tardó demasiado y retrocedió. Hamearis sabía que se preguntaban por qué viajaba sin séquito; lo hacía a propósito. Hombres de inferior categoría habrían necesitado numerosos acompañantes para impresionar, pero Hamearis sólo iba con un sirviente envuelto en una capa con capucha; eso le bastaba para causar mayor impresión.

No había guardias en el camino iluminado con antorchas que conducía al Palacio Púrpura, ni Hamearis contaba con que los hubiera. Ya lo habían interrogado y registrado (¡dos veces!), a orillas del río antes de dejarle embarcar. Le permitieron conservar el hacha —un signo de rango igual que un arma— después de sellársela al cinturón para que no pudiese utilizarla. En ninguno de los dos registros le encontraron su puñal de asesino, sujeto en la cara interior de la pantorrilla: un complicado hechizo de confusión había desviado la atención de los guardias, y el mismo hechizo había conseguido que su encapuchado acompañante no fuese registrado. No planeaba asesinar a nadie ese día, pero nunca estaba de más comprobar que se podía burlar la seguridad imperial.

El camino serpenteaba flanqueado por árboles muy decorativos, hasta que el Palacio Púrpura surgía a la vista, iluminado desde la base de sus muros por enormes esferas resplandecientes semienterradas. Se trataba de un edificio imponente, de estilo ciclópeo y diseñado como una enorme fortaleza más que como una residencia estéticamente agradable. La antigua piedra púrpura se había desgastado hasta ennegrecer (aunque se decía que aún brillaba con ese tono bajo determinado grado de luz) y se agazapaba como un enorme animal rechoncho en la pequeña colina del centro de la isla. A Hamearis le gustó. Una fortaleza así estaba pensada para infundir miedo al enemigo, y él admiraba la buena psicología militar.

Como había supuesto, aparecieron unos guardias cuando se acercó a la verja del jardín circundante. Era deber de todo guardia estar alerta en todo momento, pero especialmente después del anochecer. El capitán lo reconoció, desde luego, pero lo

trató igual que a los demás visitantes.

—¿Qué os trae por aquí, señor?

—Deseo ver al Emperador Púrpura electo.

—¿Con qué fin, señor?

—Tengo un mensaje para él de lord Hairstreak.

—¿Escrito o de palabra?

—De palabra.

—¿Puedo transmitir el mensaje en vuestro lugar?

—Es reservado para los oídos del príncipe Pyrgus —repuso Hamearis.

El capitán se encogió de hombros, como si ya se lo esperase.

—¿Vais armado, excelencia?

—Ya lo ves —respondió Hamearis señalando el hacha cautiva.

El capitán se inclinó para inspeccionar el sello, sacó un pequeño artilugio del bolsillo y añadió un segundo sello.

—Por favor, quitaos el cinturón y pasad bajo el arco del lado izquierdo de la entrada principal, señor.

Quitarse el cinturón significaba quedarse sin arma.

—Soy el duque de Borgoña —declaró pomposamente y con firmeza—. No se me puede privar de mi hacha sin un motivo fundado.

—La recuperaréis cuando estéis dentro —aseguró el capitán.

Preocupado, Hamearis se preguntó qué habría ocurrido, pero no era el momento de meterse en dificultades, de modo que se quitó el cinturón con el hacha sellada y lo entregó.

—¿Lleváis otras armas, excelencia?

—No —mintió Hamearis.

—Pasad por el arco, señor.

Hamearis obedeció y de inmediato sonó una alarma ululante. En cuestión de segundos lo rodearon soldados con las espadas desenvainadas. Hamearis levantó las manos y retrocedió sonriendo. Su instinto le indicó qué había sucedido, y si no se equivocaba, era verdaderamente notable. No conocía ninguna clase de magia que produjese semejante resultado.

El capitán se acercó a él otra vez.

—Tal vez su excelencia haya olvidado algún arma... —dijo.

Exactamente lo que había sospechado: el arco tenía un recubrimiento de brujería que había detectado su puñal. Desabrochó la hebilla oculta y lo entregó.

—Gracias, señor —dijo el capitán—. Se os devolverá cuando os marchéis. Y ahora vuestro criado, por favor.

El hombre encapuchado pasó bajo el arco sin hacer saltar la alarma. Hamearis sonrió para sus adentros y se dirigió al palacio. Sospechaba que el arco encantado era

obra del nuevo Guardián del joven Pyrgus, el mago Fogarty del Mundo Análogo. Si así era, había demostrado su valía con un solo invento. La magia para detectar armas era un descubrimiento increíble, algo de inestimable valor, pero tal vez fuera mejor no mencionárselo a su viejo amigo Hairstreak. Hamearis buscaría la forma de saber cómo funcionaba la nueva tecnología cuando los elfos de la noche se apoderasen del Palacio Púrpura, e intentaría convencer al mago Fogarty de que trabajase para la Casa de Lucina.

Fogarty extendió la mano derecha con la palma hacia abajo y se fijó en que estaba temblando. ¿Qué enfermedad era ésa? Incluso cuando sus dedos artríticos lo atormentaban, se había enorgullecido de mantenerse firme como una roca. Resultaba ridículo que le ocurriera semejante cosa a su edad, sobre todo porque ni siquiera eran los años lo que le causaba el temblor.

No sabía qué se lo provocaba. Mejor dicho, sí lo sabía; aunque a su edad le parecía imposible.

Desde la adolescencia no se había sentido tan confuso.

Y la verdad es que se comportaba como un adolescente: quería silbar una cancioncilla, salir, recoger flores y todas esas condenadas tonterías. Además, lo asaltó una idea: tal vez fuese el principio de la demencia senil; lo llamaban «segunda infancia». Acababa uno babeando como un crío y haciéndose pis, pero quizá se pasaba primero por una fase adolescente. A los ochenta y siete años era suficientemente mayor para sufrir tal enfermedad degenerativa.

Fogarty se preguntó si los magos curanderos tendrían un remedio, aunque en el fondo no lo deseaba. Salvo por la mano temblorosa, se sentía estupendamente: emocionado, fuerte, confiado y lleno de energía, como si fuese a un concierto a destrozar los asientos. No sabía que la demencia produjese semejante efecto. Nadie le había dicho que la senilidad hacía que uno quisiese ver a Led Zeppelin.

No podía tratarse de demencia senil.

Pero si no era eso, debía de ser... Fogarty movió la cabeza. ¡Eso tampoco!

Salió del dormitorio principal de la casa que le habían asignado como Guardián y fue al cuarto de baño, donde había un espejo de cuerpo entero. Su reflejo no se parecía a él en absoluto, sino a su abuelo. Lo curioso era que no se sentía viejo (siempre había sido así), ni siquiera cuando la artritis le producía ardor en las manos o al descubrir que ya no podía correr sin que le doliese el pecho y se le fatigaran los pulmones. Pero nunca le había parecido ser tan joven como entonces, pues aunque casi siempre le daba la impresión de tener treinta y cinco años (tal vez cuarenta en los días malos), esa creencia estaba muy lejos de la sensación actual de considerarse un chico de diecisiete años.

Lo más curioso era cómo se había producido tal situación: mientras escuchaba lo que explicaba Blue y trataba de saber qué sucedía, se preocupó mucho por Pyrgus, pero casi al instante una zarpa le atenazó las entrañas, el corazón comenzó se le aceleró y el cerebro se le hizo papilla. Y todo porque había entrado madame Cardui.

Ya había oído hablar de ella, naturalmente, pues era una de las agentes de Blue, pero no estaba preparado para conocerla en persona. Se trataba de la criatura más exótica que había visto en su vida: una mujer de elevada estatura, casi tanto como la

suya, ataviada con prendas deslumbrantes (vestido y turbante a juego de colores alegres y cambiantes) y provista de flotadores enjorjados bajo los pies que la elevaban un par de centímetros del suelo y la hacían aún más alta.

Recordó que la llamaban la Dama Pintada y comprendió por qué, pues se aplicaba abundante maquillaje, casi como una actriz de teatro (¿se habría dedicado alguna vez a la escena? Algo de eso había oído). La acompañaba un enano de color naranja que transportaba un gato persa, gordo y transparente, dormido en una jaula dorada. De toda esa parafernalia, lo más impactante eran sus ojos: negros, relucientes y penetrantes.

Esos ojos lo traspasaron como jabalinas cuando Blue hizo las presentaciones. Madame Cardui extendió una delicada mano en la que se retorcían anillos de serpientes, sonrió dejando al descubierto unos preciosos dientes de color escarlata, le dio la mano con firmeza y dijo:

—Es un gran placer conocerlo, guardián Fogarty. La querida princesa Blue me ha hablado mucho de usted. ¿Me permite que le presente a mi criado Kitterick? —Hizo un gesto con la cabeza para señalar al enano naranja.

Fogarty, impresionado, no respondió y continuó callado mientras ella repetía la historia que le había contado a Blue sobre la amenaza de asesinato que pendía sobre un miembro de la casa real. En realidad lo único que se le ocurrió decir, antes de que la dama abandonase la habitación al final de la audiencia, fue:

—Madame Cardui, ¿cuál es su nombre de pila?

La mujer lo traspasó de nuevo con aquellos ojos extraordinarios y respondió con una voz maravillosa:

—Cynthia, guardián Fogarty. Mi nombre de pila es Cynthia.

A continuación se marchó y Fogarty se quedó temblando a su paso. Gracias a Dios había disimulado ante Blue y Pyrgus.

Resultaba absurdo experimentar semejante reacción ante una mujer a su edad o a cualquier edad. No recordaba que le hubiese ocurrido antes, ni cuando era un chico con acné que se pasaba el día pensando en el primer amor. Tampoco le había sucedido algo así cuando conoció a Miriam, la mujer con quien se había casado a los veintitantos años, aunque debía reconocer que Miriam era un poco boba, pero aun así...

¿Qué iba a hacer ahora?

Sabía lo que habría hecho si tuviese la edad que sentía en ese momento: montaría en la moto e iría tras ella como el Llanero Solitario, la abrazaría y la besaría hasta hacerle perder el conocimiento. Y si otro tipo la miraba, lo haría polvo.

Pero ahora era Guardián, el cargo más respetable y de mayor responsabilidad que le habían dado en su vida, y no podía actuar como un perrito faldero. Y además tenía ochenta y siete años y la época de hacer polvo a los rivales había pasado ya, a menos

que usase un bate de cricket. Se preguntó si madame Cardui estaría liada con el enano.

Alguien aporreaba la puerta principal cuando Fogarty salió del cuarto de baño. Se quedó de piedra, pues se suponía que nadie podía acercarse a su casa sin hacer saltar el sistema de seguridad. También había guardias (Pyrgus había insistido), pero si alguna persona conseguía esquivarlos, los artefactos que el mismo Fogarty había puesto lo habrían alertado con antelación. Sin embargo, alguien había burlado tanto a los guardias como el sistema de seguridad y se hallaba ante su puerta en plena noche.

Fogarty se acercó a la hilera de monitores que había instalado en el salón: no se veía a nadie en los límites más alejados, salvo los guardias envueltos en capas verdes y cuyas siluetas infundían tranquilidad; tampoco parecía haber nadie más cerca, pues sólo se veían unos cuantos zorros y conejos (o lo que en el reino se consideraba como tales animales), nada preocupante. Así pues, no se trataba de ningún ataque masivo.

Entonces desvió la mirada hacia las pantallas que mostraban el porche delantero: un encapuchado de elevada estatura se disponía a llamar de nuevo con una mano enguantada; no parecía portar armas (aunque debajo de la capa podía llevar escondida cualquier cosa), y no lo acompañaba nadie. No obstante, ningún visitante podía pasar sin que los guardias lo advirtiesen. Y además, nadie, absolutamente nadie sería capaz de superar los mecanismos de seguridad que él había montado. ¿Quizá tenía algo que ver con el esperado intento de asesinato? Blue creía que el objetivo era Pyrgus, pero la advertencia decía que la víctima sería alguien de la casa real. De modo que podía tratarse de Pyrgus, de la propia Blue o de una docena de servidores y consejeros de categoría, incluido él.

Ahora bien, ¿acaso los asesinos llaman a la puerta?

Fogarty entornó los ojos mientras reflexionaba sobre ese detalle. Todo el mundo sabe que un asesino no actúa así, sino que se cuela en una casa por la puerta trasera, la ventana o la chimenea; o bien utiliza un hechizo de transformación para mostrar el aspecto de un amigo o alguien inofensivo. El tipo que estaba fuera no parecía un amigo, sino que tenía pinta de asesino, puesto que la capucha le tapaba el rostro y la capa ocultaba las armas que llevaba. Pero ¿por qué se presentaba en persona y pretendía entrar por la puerta principal? Tal vez era muy astuto y creía que si llamas a la puerta, a pesar de tener pinta de criminal, nadie pensará que eres un auténtico asesino. Sólo que...

Fogarty desistió de sus elucubraciones y sacó un bate de cricket del armario del recibidor; habría preferido emplear su vieja escopeta, pero como la había utilizado para matar al Emperador Púrpura, le pareció poco delicado usarla. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Decir que todavía estaba poseído por un demonio? Además, con un bate de cricket no se mataba a nadie si uno era prudente y en cambio se podía utilizar para romperle los dedos al asaltante en el interrogatorio posterior, que era muy

importante porque de ese modo se podía averiguar quién lo había enviado y si tenía cómplices. Así pues, levantó el bate y abrió la puerta.

—Buenas noches, Alan —dijo madame Cardui—. Pensé que a nuestra edad sería mejor prescindir de los preliminares. —Miró el bate cuando entró—. ¡Oh, qué bien!, ¿vamos a jugar a algo?

* * *

Blue despertó adormilada cuando notó que alguien la sacudía. Con los ojos legañosos todavía dirigió la mirada más allá de la lámpara que su hermano sujetaba.

—Pyrgus, ¿qué haces?

—Hairstreak ha enviado al duque de Borgoña a verme —susurró Pyrgus, nervioso—. Necesito que me digas qué debo hacer.

Henry tuvo una idea absolutamente brillante y tan obvia que se extrañaba de que no se le hubiera ocurrido antes: como no podía averiguar dónde había escondido Aisling su control del portal, al menos intentaría descubrir si Fogarty poseía otro. Su madre se habría puesto hecha una furia si hubiera sabido que iba a casa de Fogarty a aquellas horas de la noche. Pero ni su madre ni su hermana recordaban quién era él, así que ni la una ni la otra hicieron nada por detenerlo.

Como había empezado a llover, Henry se puso un impermeable y tomó el último autobús. Si no encontraba otro control, se quedaría a pasar la noche en casa del anciano y regresaría a la mañana siguiente en el primer autobús. A pesar de los problemas que le causaban los cucuruchos Lethe, éstos tenían sus ventajas. Y aún le quedaban cuatro.

Sin embargo, mientras recorría el camino de la casa del señor Fogarty perdió gran parte de la confianza en sí mismo porque sólo pensaba en Blue y se imaginaba que le extrañaría que no estuviera con ella en unos momentos en que lo necesitaba. Con la suerte que solía tener, no encontraría un segundo control y pasarían meses antes de que llegase al reino de los elfos.

Su suerte resultó tal como esperaba: revolvió la vivienda de arriba abajo sin hallar nada parecido a un control de portal. Estaba a punto de darse de cabezazos contra la pared cuando tuvo la segunda idea maravillosa y absolutamente brillante en un plazo de tres horas.

Fue derecho a la mesa del dormitorio y rebuscó hasta que encontró el cuaderno del señor Fogarty.

* * *

El cuaderno lo fascinó. Había dibujos técnicos de todo tipo de artefactos, incluido un objeto llamado máquina de deseos, rotulados con la caligrafía pequeña y pulcra del anciano. Muchos de esos dibujos estaban sin terminar; algunos eran apuntes de determinadas partes de máquinas y tableros de circuitos, entre los cuales había bastantes que a Henry no le decían nada en absoluto, aunque intentaría retener en la cabeza el contenido del pequeño descubrimiento en cuanto se le ocurriese algo. Si no entendía los planos que estaba buscando, el problema sería gordo. Pero si no encontraba ninguno, sería aún peor.

Tras mirar un tercio del cuaderno, Henry dio con los planos que buscaba: el título del dibujo no ponía «control del portal», sino «disruptor de realidad psicotrónica», con la palabra «disruptor» tachada y sustituida por «reestructuración». Y fue la palabra «psicotrónica» la que captó su atención porque se acordaba de que Fogarty

había mencionado que sus portales utilizaban un disparador psicotrónico y producían electricidad. No se explicaba nada sobre electricidad en esa página, pero lo de psicotrónica parecía prometedor.

El dibujo también resultaba esperanzador: el exterior de la caja diseñada se parecía mucho al control del portal que Henry había utilizado la primera vez que se había trasladado al reino. En cambio, el dibujo del interior carecía de sentido por completo porque a excepción del espacio reservado para una batería, uno de esos adminículos caros y de larga duración que hacían funcionar los relojes digitales, el chico no entendió nada. Lo contempló durante largo rato y decidió que no tenía que entenderlo, sino hacerlo. Era como un aparato de televisión y no había que saber cómo funcionaba, sino cómo encenderlo. Si seguía los planos del señor Fogarty al pie de la letra, el portal se abriría cuando apretase el botón.

Pero existía un problema: Henry nunca había hecho un artefacto electrónico. Había aprendido un poco sobre diagramas y componentes de circuitos en el colegio, pero se había olvidado de casi todo y había cambiado de curso antes de construir el aparato. No obstante, había elaborado maquetas de esculturas de cartón; ¿sería mucho más difícil el rollo electrónico ése?

No resultó nada difícil, aunque tardó más de lo que preveía. Facilitaba las cosas la costumbre de Fogarty de garabatear esbozos de todos los componentes necesarios. Los garabatos se entremezclaban con las notas, y así, cuando Henry no entendía términos como «transformador de la puerta», encontraba un dibujito de lo que buscaba.

Muchas piezas que necesitaba se guardaban en el cajón de la cocina, mientras que otras estaban en el cobertizo. Henry sintió un cosquilleo de culpa al reunir algunas de ellas porque eran las que había robado en el colegio cuando Fogarty y él intentaron construir un portal para que Pyrgus pudiese regresar al reino; debería devolverlas antes de que acabasen las vacaciones de verano y el colegio reanudara las clases.

Cuando empezó a juntar las piezas se dio cuenta de que faltaba un componente.

Realizó una búsqueda minuciosa, pero sin resultado. Buscaba algo que en el cuaderno se llamaba «biofiltro»: un disco pequeño y plano que parecía constituido por la fusión de dos capas de metal unidas a una tercera, como si formaran un sandwich, y se conectaba a una minúscula antena en espiral. Pero no había nada parecido en el cajón de la cocina ni en el cobertizo. Henry lo buscó por toda la casa antes de determinar que, sea lo que fuera el biofiltro, Fogarty no lo tenía. Hojeó el cuaderno para ver si había instrucciones para fabricar uno, pero tampoco las halló. ¿Qué podía hacer?

Entonces estudió minuciosamente el diagrama procurando averiguar qué era realmente el bio. Por lo que observó, no valía para nada ni estaba conectado a nada. Pero eso ocurría con un montón de artilugios. Incluso había un circuito que no era tal,

sino el dibujo de un circuito. Fogarty lo había llamado «vías psicotrónicas» con una nota añadida que ponía: «Insertar hacia arriba en relación con el transistor 8.» Henry decidió prescindir también del biofiltro. No le parecía muy prudente, pero no se le ocurría otra cosa.

Comenzó a montar el mecanismo utilizando un soldador electrónico que encontró en el cajón de la cocina. Se trataba de un trabajo lento y absorbente, muy parecido al de hacer maquetas, y anocheció antes de que se diese cuenta de que tenía hambre. Dejó el mecanismo a medio hacer (no se parecía en nada a los esmerados objetos que hacía el señor Fogarty, pero ¡qué demonios!, era su primer intento) y fue en busca de algo que comer. El frigorífico estaba vacío, como siempre; únicamente había la consabida jarra de leche agria, pero encontró un pastel de carne Birds Eye en el congelador del lavadero. En el paquete aparecía el sonriente rostro de un capitán mercante que en un bocadillo tipo cómic anunciaba: «Congelado para cocinar en el microondas».

El microondas de Fogarty estaba impecable; se lo habían regalado, pero nunca lo había utilizado por culpa de algo que él denominaba «fuga de radiación». Henry metió el pastel de carne dentro y puso el temporizador en siete minutos. Sacó una lata de alubias cocidas de la alacena (Fogarty siempre tenía reservas de esas legumbres), las puso en un cazo y las calentó en la cocina de gas. Cuando el microondas hizo tintín, las alubias ya hervían con ganas, de modo que vertió todo en un plato, que tenía un sauce dibujado, y comió con avidez.

Evidentemente, tardaría una hora o más en acabar el mecanismo y decidió quedarse toda la noche. La decisión le produjo una maravillosa sensación de placer porque no tendría que responder ante su madre ni escuchar a la pesada de su hermana. Se quedaría hasta el día siguiente si le apetecía y ni siquiera notarían su ausencia.

* * *

La sensación de libertad de Henry desapareció por la mañana, sustituida por algo parecido al pánico. Había tenido un sueño extrañísimo en el que aparecía Pyrgus: un pequeño ejército de asquerosos zombis que se deshacían a trozos los perseguían por las calles de una ciudad; Blue también intervenía en la pesadilla y, mientras Pyrgus y él huían, ella seguía a los zombis con una pala y una escoba y les iba recogiendo los pedacitos. Mientras lo hacía no dejaba de gritar: «¿Qué te ha retenido, Henry? ¿Por qué has tardado tanto?».

El chico suponía que en ese momento Blue debía de hacerse las mismas preguntas que le había formulado en el sueño de los zombis, puesto que el reino estaba sumido en dificultades. Ella le había pedido ayuda y él había prometido ir lo antes posible;

seguramente Blue creía que tardaría unas horas, como mucho. Así que Henry agarró el soldador sin preocuparse de preparar el desayuno.

Acabó de fabricar el control del portal a la hora de comer, haciendo un descanso a media mañana para freír dos hamburguesas que había encontrado en el fondo del congelador. Colocado en medio de la mesa, ofrecía el aspecto de un auténtico lío, un enjambre de terminales y cables provisto de un interruptor demasiado grande en comparación con los demás componentes que lo formaban. Si bien el control que había hecho el señor Fogarty era más pequeño que un teléfono móvil, la versión de Henry a duras penas cabía en una caja de zapatos. El chico se cuestionó cómo iba a llevarlo consigo, pero decidió no hacerlo porque si él abría un portal para ir al reino, seguro que Fogarty conseguiría que regresara, o si no el mismo Pyrgus, puesto que había un portal en el Palacio Púrpura.

Se mordió el labio, contempló el mecanismo un rato y se animó a probarlo. Como había aprendido por las malas que los portales no debían abrirse dentro de las casas, lo llevó a la parte de atrás del jardín, a una zona de tierra baldía y llena de desperdicios, lejos de la budleya. Comprendió que si titubeaba no tendría valor para hacerlo, así que rápidamente accionó el monstruoso interruptor.

No pasó nada.

¡El dichoso biofiltro! ¡Aquel chisme no funcionaría sin él! Henry se desesperó. A causa del estúpido biofiltro tendría que volver a casa y esperar a que Aisling recuperase la normalidad.

O tal vez le faltase una pila...

Henry tenía ganas de pegarse patadas. Quizá el célebre biofiltro no funcionara, pero de momento no sería mala idea ponerle batería al mecanismo. Regresó corriendo a la casa y buscó en el cajón de la cocina, donde encontró varias pilas arrinconadas, aunque ninguna de ellas era la de litio que necesitaba. Entonces se encaminó al cobertizo, pero no halló ninguna.

«¿Dónde estás, Henry? ¿Por qué no cumples lo que prometiste?».

¡Era demasiado tarde! ¡Se había retrasado mucho! Miró la hora: la una y veintiocho, casi... ¡Tenía una pila en el reloj!

Henry se lo arrancó de la muñeca. Necesitaba un destornillador pequeño para levantar la tapa trasera del reloj y en el cobertizo había de esas herramientas. Al cabo de unos momentos contempló la pila que encajaría a la perfección en el control de su portal provisional. La sacó del reloj y salió presuroso de la casa para instalarla en el portal.

Se dio cuenta de que le costaba respirar cuando la colocaba. Comprobó los contactos y creyó que todo estaba listo. Sin embargo, lo paralizó el miedo: no habría forma de que ese artilugio funcionase sin el biofiltro, que daba la casualidad que era el componente más importante de todo el mecanismo. Dios mío, ¿en qué consistiría

un biofiltro?

«La última búsqueda —pensó—. La última búsqueda». Le parecía estúpido arriesgarlo todo por culpa de ese elemento. ¿Qué pasaría si su trabajo se iba al garete?

Henry regresó corriendo a la casa y empezó una búsqueda tan concienzuda que incluso acabó mirando detrás de la taza del retrete. La ridiculez de la situación lo centró un poco. ¿Creía en serio que el señor Fogarty tenía un biofiltro en el baño? Resultaba absurdo. Estaba permitiendo que el pánico se apoderase de él. ¿Acaso era algo del otro mundo probar el aparato sin un componente minúsculo? En el peor de los casos se limitaría a no funcionar. Al fin y al cabo, unos minutos atrás había estado a punto de intentarlo, antes de recordar que no había puesto la pila. ¿Por qué se preocupaba tanto, pues, por esa condenada pieza?

Volvió a salir. Su enjambre electrónico seguía donde lo había dejado, encima de una vieja mesa de jardín destartada que Fogarty no se había decidido a tirar. Antes de que el pánico se apoderase otra vez de él, Henry encendió el interruptor.

En medio del lío de cables un diodo emisor de luz se puso verde.

Henry miró alrededor. No había rastro de portal ni de nada en absoluto. No funcionaba. Nunca funcionaría sin un bio...

Detrás de él, cerca del cobertizo, oyó un zumbido electrónico. Al principio sonó tan grave que lo sintió en los pies al tiempo que lo percibía con los oídos, pero el ruido fue aumentando hasta sonar a sirena de ambulancia frenética. El volumen subió a niveles difíciles de soportar. Aquello no tenía nada que ver con lo sucedido cuando utilizó el control del portal hecho por Fogarty. Algo iba mal, pero que muy mal.

La escandalosa sirena calló de repente. Tras un extraño estallido se abrió un portal apenas a dos metros de Henry, y él lo contempló, asombrado. ¡Lo había conseguido! ¡Había construido un portal que funcionaba y que, además, se abría directamente dentro del Palacio Púrpura! Reconoció los pasillos enseguida. ¿No resultaba genial?

No obstante, se quedó de piedra porque se produjo un pequeño chisporroteo, como si alguien estuviera friendo beicon: un empalme del control provisional despidió una columna de humo. Mientras Henry lo miraba, el enjambre de cables comenzó a soltar chispas.

El portal lanzó destellos intermitentes.

Por unos segundos las piernas de Henry se negaron a obedecerle. Sabía que esa fluctuación de la luz significaba que el portal iba a volver a cerrarse, pero no podía hacer nada, absolutamente nada al respecto. Entonces venció la parálisis y se lanzó hacia delante.

El portal se derrumbó un segundo después de que él lo cruzase. Pero no importaba. ¡Lo había logrado! ¡Se encontraba en el Palacio Púrpura!

No obstante, pasaba algo muy grave.

El viejo Emperador Púrpura nunca los recibía en el salón del trono; las negociaciones trascendentales con los enemigos de cuidado se celebraban en privado. Pero a Hamearis no le sorprendió porque el emperador electo era joven, carecía de experiencia y probablemente creía que a un duque de semejante rango le correspondía una audiencia oficial. Además, no se daba cuenta de lo que le esperaba.

Hacía años que Hamearis no entraba en la estancia; la última vez había sido con ocasión de un banquete al que asistía gente de poca categoría social. Ahora estaba casi vacía e inusitadamente sombría. Parecía haber un fallo de iluminación, porque un par de soñolientos lacayos colocaban hileras de velas encendidas. Las oscilantes llamas producían sombras fantasmales, lo cual tal vez no fuese inadecuado teniendo en cuenta la noticia que llevaba.

Dejó que su mirada vagase, arrogante, entre el bosque de columnas y por las galerías superiores que tenían una buena acústica. Las construcciones barrocas como aquella trasladaban el más mínimo susurro hasta el gran vestíbulo y a través de los pasillos. Lo cual tampoco le parecía mal. Si los sirvientes escuchaban, las palabras se extenderían como el fuego y causarían el mismo pánico.

El príncipe heredero Pyrgus y su hermana, la princesa real, se hallaban sentados en dos amplios tronos elevados, en un extremo del salón. Sin duda habían elegido ese lugar para impresionar, pero sólo conseguían dar una imagen de niños nerviosos. Los dos se parecían a su padre; Pyrgus más que su hermana. La gente decía que era un irresponsable, como la mayoría de los jóvenes, pero sus ojos irradiaban inteligencia y en pocos años podría convertirse en un emperador bastante aceptable. Casi era una pena que no fuese a tener la oportunidad de demostrarlo.

Hamearis se dirigió hacia ellos. Su encapuchado acompañante andaba como un fantasma tres pasos detrás de él.

* * *

Blue observó a Hamearis avanzar por el pasillo. Caminaba despacio, casi de forma insultante, como si estuviese dando un paseo vespertino. Pero lo hacía a propósito. Por lo que ella sabía, Hamearis Lucina era un maestro de la diplomacia y la manipulación psicológica, habilidades que lo hacían aún más peligroso que el propio lord Hairstreak. Aunque había visto muchos retratos de él y observado algunas de sus apariciones en pantalla, en persona impresionaba mucho más. Tenía un cuerpo muy musculoso, de guerrero, pero reflejaba una sensibilidad engañosa en el rostro; y exhibía el atractivo aspecto de un héroe, lo cual contribuía sin duda a su enorme popularidad entre los elfos de la noche.

Hamearis hizo una reverencia.

—Os saludo, príncipe Pyrgus, y os agradezco que me hayáis concedido una audiencia a una hora tan tardía.

«Príncipe Pyrgus —observó Blue para sus adentros—, en vez de emperador electo». El hombre tenía los ojos amarilloleonados de un *haniel*; a continuación se dirigió a ella:

—Alteza serenísima.

Blue inclinó ligeramente la cabeza. Se alegraba de que Pyrgus hubiese tenido la sensatez de llevarla a la reunión. Tal vez Hamearis fuese guapo, pero resultaba más peligroso que una víbora y más astuto que una rata.

—Precisamente porque es tarde, excelencia, os agradecería que expongáis sin más preámbulos el motivo de vuestra visita —expuso Pyrgus con frialdad.

—Por supuesto. Pero primero, con vuestro permiso, señor, os presento los respetos y saludos de mi amigo y colega lord Hairstreak, quien me ha pedido que pregunte por vuestra salud y la de vuestra hermana.

—Mi salud es excelente —se limitó a decir Pyrgus—, y también la de Blue.

—Por favor, transmitid nuestros saludos a lord Hairstreak y expresadle nuestra esperanza de que también él se encuentre bien —señaló Blue, dándose cuenta de que su hermano nunca sabría ser diplomático.

—Y ahora vamos al grano —dijo Pyrgus restando efectividad a las palabras de Blue.

Si Hamearis se ofendió, no lo demostró, antes bien esbozó una sonrisa.

—Como gustéis, príncipe heredero —repuso.

A Blue le asaltó la repentina intuición de que se avecinaba algo horrible. Era tan fuerte la sensación que quería gritar, acallar lo que Hamearis Lucina iba a decir, pero experimentaba un terror tan intenso que la lengua no la obedeció.

—Príncipe heredero Pyrgus —dijo Hamearis en tono ceremonioso—, vuestro padre, el Emperador Púrpura, ha firmado un pacto con lord Hairstreak, que actúa como representante de los elfos de la noche, según el cual el Emperador Púrpura acuerda que, debido a su reciente enfermedad, las funciones de Estado pasarán a ser responsabilidad de su hijo Comma, quien hasta su mayoría de edad será aconsejado en todos los asuntos por lord Hairstreak en calidad de regente real. —Hamearis sacó un rollo de pergamino del bolsillo de su túnica y se lo ofreció a Pyrgus—. Tengo el encargo, príncipe heredero, de presentaros una copia del pacto, solemnizado con el sello imperial y firmado por vuestro padre, el presente Emperador Púrpura, con la seguridad de que vos y todos los miembros de la familia real y la casa real acataréis los términos de dicho acuerdo y ofreceréis al príncipe Comma y lord Hairstreak la ayuda y asistencia necesarias para llevar a cabo sus innumerables deberes. —Como Pyrgus no hizo ademán de aceptar el pergamino, Hamearis lo dejó caer a sus pies.

—Duque Hamearis —intervino Blue—, ¡nuestro padre ha muerto! —Lo que aquel hombre acababa de decir era sorprendente, asqueroso, hiriente, despreciable, estúpido...

Hamearis se humedeció los labios.

—Alteza serenísima —dijo empleando el mismo tono ceremonioso—, me corresponde el grato deber de informaros que vuestro ilustre padre está vivo. —Hizo un gesto a su acompañante.

La figura envuelta en la capa dio tres pasos y se retiró la capucha.

—¡No era papá! —exclamó Blue con furia. Pyrgus no dijo nada—. No puede ser papá. ¡Papá ha muerto! ¡Yo lo vi muerto! —No podía quedarse quieta. Recorrió la antecámara privada y volvió sobre sus pasos. Tenía lágrimas en los ojos—. ¡No era papá! ¡No! —Titubeó—. No lo era, ¿verdad, Pyrgus?

—Parecía papá —repuso en tono apagado.

Blue recordaba perfectamente el movimiento ondulante de la capucha al resbalar hacia atrás, los ojos de su padre fijos en ella y los estragos, apenas enmendados, que el arma del Mundo Análogo le había causado en el rostro.

—Podría ser un doble —sugirió Blue, consciente de que le temblaban las manos —, o alguien que se parece a él, o una visión producida por la magia; algo tramado entre Hairstreak y Hamearis. Serían capaces. Hairstreak no se detendría ante nada para...

—No creo que fuese un doble —admitió Pyrgus—, ni una visión.

Blue tampoco lo creía. Y así lo comprendió cuando el hombre que acompañaba al duque de Borgoña se quitó la capucha. Era idéntico: la silueta, la forma de inclinar la cabeza e incluso la curiosa franqueza con que tendía la mano izquierda. Además, una visión o un doble podían dar el pego una o dos horas, tal vez un día, pero Hairstreak sabía que no servirían para llevar a cabo pactos ni cambios en el gobierno del reino. Un monarca falso no soportaría el escrutinio que conlleva su función. Lo que Blue había visto tenía que ser real.

La emoción la embargó *como* la ola de un maremoto. ¡Su padre vivía! Podría verlo, oír su voz, sentir el contacto de su mano en la mejilla. Caminarían juntos y hablarían... ¡Todo sería como antes!

Pero la ola retrocedió con la misma rapidez con que había surgido. No sería como antes. Su padre se negó a hablarles, a acercarse a ellos, incluso a permanecer en el salón del trono; mostró su rostro, confirmando con expresión impasible el acuerdo con lord Hairstreak, y se retiró. No le parecía normal. Nada era normal. Dulcemente, sin previo aviso, Blue rompió a llorar.

Pyrgus se acercó a ella y le pasó el brazo por los hombros.

—Tranquilízate, Blue. Todo saldrá bien.

Palabras huecas, como sabían ambos.

—¿Crees a Hamearis? —inquirió Blue. Pyrgus la miraba, inexpresivo, y ella parpadeó para liberarse de las lágrimas—. Dijo que no mataron a nuestro padre, que jamás estuvo muerto, sino que entró en coma y cuando Hairstreak lo sacó del éxtasis, él... de alguna manera se despertó. ¿Te lo crees?

—Supongo que es posible —repuso Pyrgus con cautela—. Me refiero a que la gente entra en coma. A veces, lo que quiero decir...

Ella lo agarró por los hombros y lo sacudió.

—¿Lo crees, Pyrgus? ¿Crees que ha sucedido así?

—No —contestó él con gesto abatido.

—Seguramente lo han obligado a regresar —afirmó Blue, enigmática. Sus palabras, apenas un susurro, quedaron suspendidas en la habitación como centinelas de la muerte.

Pyrgus no dijo nada.

Con esfuerzo, Blue dejó de llorar, se secó los ojos con una punta del vestido y negó con la cabeza.

—Nada. Nada. —Por unos segundos creyó que volvería a echarse a llorar, pero se tragó las lágrimas y habló con energía—: Que alguien vaya a buscar al Guardián. —Y añadió—: Y a madame Cardui. Me parece que vamos a necesitar todos los consejos que puedan darnos.

* * *

Aunque madame Cardui se alojaba en palacio, no se hallaba en sus habitaciones, según aseguró el sirviente enviado a buscarla. Por suerte, el guardián Fogarty la localizó y los dos aparecieron juntos. A Blue le pareció que estaban muy satisfechos, pero tenía demasiadas cosas en la cabeza para averiguar la causa. Así que les contó lo que había sucedido.

—¿Hairstreak puede hacer resucitar a los muertos? —preguntó Fogarty cuando Blue se interrumpió para tomar aliento.

—Lo hacen los nigromantes —respondió Pyrgus, avergonzado, como si estuviera hablando de una obscenidad—. Algunos de ellos... unos pocos. La mayoría de nigromantes sólo son capaces de hablar con los... con los...

—Pero ¿algunos son capaces de hacerlo? —insistió Fogarty—. ¿De verdad? —Su intensidad daba la impresión de que tenía un interés personal en saberlo.

—Si... bueno, si el... si el... si las cosas no han ido demasiado lejos.

—¿Te refieres a que el cuerpo no haya empezado a pudrirse?

—Sí —dijo Pyrgus notando un nudo en la garganta.

—¿Por qué no lo hicisteis enseguida? —preguntó Fogarty.

—¿Yo? —dijo Pyrgus, asombrado.

—Blue y tú, sí.

—¿Resucitar a nuestro padre? —Blue lo observaba, atónita. La pregunta le había sorprendido.

—Le queráis, ¿no? —dijo Fogarty. Los miró alternativamente, desconcertado por sus reacciones—. En ese caso, ¿por qué no se resucita a todo el mundo después de las batallas y situaciones similares?

—Está prohibido, señor Fogarty —respondió Blue.

—¿Prohibido por quién, Dios bendito?

—Por la ley —respondió ella, y tragó saliva. El disgusto se le reflejaba en el rostro—. Y por la Iglesia de la Luz.

—¿Es la única razón? —inquirió el Guardián, ceñudo e incrédulo.

Pyrgus tenía la vista clavada en el suelo. Parecía a punto de vomitar. Blue se estremeció.

—¡Es algo incorrecto, señor Fogarty! —estalló.

Pero el anciano siguió con el tema.

—Supongamos que me muero y me ponéis en éxtasis, ¿podríais resucitarme?

—Está prohibido —repitió Blue.

—¿Por tu religión? Yo soy presbiteriano.

Los segundos pasaban con lentitud. A Fogarty le pareció que Blue iba a llorar, pero la princesa dijo con cierta crispación:

—Guardián, el nigromante os controlaría.

¡Así que era eso! Por eso estaban tan alterados. Fogarty continuó haciendo suposiciones.

—Entonces, ¿se trata de un zombi? —Los chicos creían que su padre había sido arrancado de la muerte para convertirse en una especie de caparazón gobernado por Hairstreak—. A ver si me aclaro —dijo—. Lord Hairstreak ha robado el cadáver de vuestro padre, le ha dado vida y ahora éste es su esclavo y hace todo lo que le manda, ¿no?

—No ha sido él en persona —matizó Blue—, sino un nigromante, alguien que sabe hacerlo, pero que trabaja a las órdenes de Hairstreak. O tal vez... —Volvió a tragar saliva y cerró los ojos unos instantes—. Tal vez fue alguien que... lo llevó a cabo y después vendió a nuestro padre a lord Hairstreak. A veces ocurre; lo he leído en los libros de Historia. Pero no importa cómo sucedió. Lo esencial es que el alma de nuestro padre se encuentra atrapada y debe hacer todo lo que le mande lord Hairstreak. Por eso firmó el pacto. Sólo en esas condiciones lo habría hecho.

—Si se trata de un zombi, la gente sabrá que no actúa por voluntad propia y nadie se tomará el pacto en serio —comentó Fogarty, muy ceñudo.

—¡Ah! —exclamó Pyrgus, pero parecía a punto de romper a llorar y no continuó.

—Por eso lord Hairstreak afirma que papá sólo había entrado en coma —explicó Blue—. Si no hubo muerte, tampoco hubo resurrección. Él dirá que nuestro padre actúa según su propia voluntad.

—¿Sigue aquí? —preguntó Fogarty.

—¿Quién?

—Vuestro padre.

—No, creo que no. Bueno, no lo sé. Vino con el duque Hamearis, pero se marchó

después de que éste nos pidiera que respetásemos el pacto.

—¿Y también se ha ido el compañero de Hairstreak, el tal duque?

Blue miró a Pyrgus, que respondió:

—Se fue hace media hora.

—Lástima —se dolió Fogarty—. Podríamos haberlo secuestrado. Necesitamos un poco de influencia ante Hairstreak.

—Me temo que esto ha sobrepasado las soluciones sencillas, Alan —intervino madame Cardui por primera vez. Blue la miró, sorprendida. Nunca había oído que nadie llamase «Alan» al señor Fogarty—. Se trata de un asunto conmovedor, queridos, y de una situación realmente terrible. ¿Cuánto tiempo tardará ese malvado hombrecillo en hacer público el pacto?

El malvado hombrecillo era, evidentemente, lord Hairstreak.

—Quiere que renuncie a ser emperador electo. El pacto se publicará en cuanto yo lo haga —explicó Pyrgus.

—¿Cuánto tiempo puedes entretenerlo? —preguntó Fogarty.

—Tendrá que ser antes de mi coronación.

—Entonces debemos hacer planes sin demora —indicó madame Cardui.

Blue asintió. Deseaba que Henry estuviese con ella. ¿Por qué diablos no los había seguido como había prometido?

—Señor Chalkhill, ¿por qué no intenta concentrarse, por favor? —rezongó el fisónomo.

—Pero si estoy mejorando —protestó Chalkhill—. Me supero a todas luces.

Se hallaban solos en la enorme sala de entrenamiento de la Academia de Asesinos de Hairstreak, con suelo de roble pulido y paredes cubiertas de espejos, de modo que el reflejo de las figuras de ambos hombres se extendían hasta el infinito. El fisónomo era un hombre moreno de cuerpo esbelto pero musculoso y de aspecto frío y profesional.

—¿Mejorando? —repitió—. Sí, un poco. Pero aún queda mucho por hacer, señor Chalkhill. Francamente, si tuviera que realizar su misión mañana, fracasaría. Y entonces, ¿qué sucedería?

«Acabaría muerto —pensó Chalkhill—. Y tú tendrías que explicarle a Hairstreak por qué no habías conseguido ponerme en forma».

El fisónomo lo sabía todo sobre la misión; era una de las cuatro personas que estaban al corriente de ella. Los otros tres eran el propio Chalkhill, lord Hairstreak y un bobo mago halek, llamado Puderow, Plumduff, Psodos... o algo parecido, al que habían retenido y entrenado para que pronunciara el hechizo de transformación. A todo el mundo se le había dicho que lord Hairstreak asistiría a la coronación y no había trascendido la noticia de que Chalkhill ocuparía el lugar de aquél, siempre que superase la preparación que se le estaba dando.

Naturalmente, si no la superaba, Hairstreak lo mataría de forma lenta y dolorosa. No cabía la menor duda.

—No entiendo la necesidad de esta preparación —dijo Chalkhill en tono altivo—. El hechizo de ilusión óptica me convertirá en alguien exactamente igual a su señoría.

—Sí, señor Chalkhill, pero el hechizo no le servirá para hacer determinados movimientos como él, que es lo que estamos ensayando. Ya comprende cuál es el problema, ¿no?: su volumen.

—¿Mi volumen? —repitió Chalkhill. Estaba un poco obeso, sí, tal vez lo bastante para que lo llamaran «gordito», pero no se imaginaba que nadie en su sano juicio lo considerase voluminoso.

—Es usted más corpulento que lord Hairstreak. —El fisónomo puso cara de preocupación—. Y se mueve de forma diferente. No lo critico, pero debemos arreglarlo. Yo también soy más corpulento que él, pero observe...

Resultaba escalofriante: cuando el fisónomo cruzó de nuevo la sala, parecía que se había encogido; tenía inclinado el hombro derecho, imitando una postura característica de Hairstreak, y había cambiado los rasgos del rostro para adoptar una fisonomía lúgubre e implacable. Pero destacaba sobre todo su forma de andar: un

caminar huidizo y arrogante como el de un insecto. No había realizado ningún hechizo de transformación ni existía el menor parecido físico, pero daba la impresión de estar ante el propio Black Hairstreak.

—Y ahora usted —ordenó el fisónomo Wainscot.

Chalkhill lo intentó, vaya si lo intentó. Bajó el hombro, encogió el cuerpo y entró varias veces en la sala a la vez que contemplaba su reflejo en los espejos de las paredes. Trató de meterse en la personalidad de lord Hairstreak, como un actor que representa un papel. Lo intentó y caminó hasta que le dolieron los pies.

—No sale bien —dijo al fin el fisónomo—. Tendremos que utilizar el gusano.

A Brimstone lo ahogaba el calor del fuego, pero afortunadamente el sacerdote les indicó que se detuvieran.

—Situaos uno al lado del otro. —Ordenó. Y a continuación susurró al oído de Brimstone—: Y procura poner buena cara.

Brimstone, demasiado agotado para responder, se limitó a lanzarle una mirada penetrante, se volvió hacia su esposa y le dedicó una breve sonrisa hipócrita. Ella le sonrió a su vez alegremente. ¡Cinco maridos! Si los había matado a todos, debía de haber reunido una fortuna. Esa boda podía resultar una aventura muy beneficiosa.

—Amigos —anunció el sacerdote a los mendigos, que no parecían precisamente amigos entre sí—, nos hemos reunido aquí para bla, bla, bla, etcétera, bla, bla, bla, etcétera, ejem. —Brimstone lo miró asombrado—. La ceremonia completa tiene un coste extra. Y como la novia no lo pagará, te lo cobraré a ti, si quieres.

—Prosiga —siseó Brimstone haciendo un rotundo gesto negativo con la cabeza.

—Prescindiendo de las presentaciones religiosas y la bendición —explicó el sacerdote—, pasaremos a la parte simbólica de la ceremonia: la novia, como veis, lleva un cactus erizado de púas que simboliza las espinas de la adversidad experimentadas por todas las parejas en el curso de su convivencia, y yo le solicito que se las entregue al novio, quien, al aceptar el regalo, se compromete solemnemente a soportarlas de ahora en adelante y para siempre, ejem.

«¡Vaya regalo!», pensó Brimstone, pero sostuvo el cactus procurando agarrarlo por la maceta. Los mendigos aplaudieron sin ganas.

—¡Levántalo! —susurró el sacerdote.

Brimstone mantuvo la planta suculenta sobre la cabeza. En ese momento aplaudió la viuda Mormo. ¡Cinco maridos! Debía de ser un récord; y aunque no lo fuera, resultaba admirable.

Una de las ninfas avanzó a tropezones y liberó a Brimstone del cactus. Tenía el cuerpo consumido y la mirada inexpresiva de una adicta a la música *simbala*, pero no estaba lo bastante ida como para olvidarse de pedirle una moneda al novio por haber participado en la ceremonia. Brimstone le dio cuatro peniques y ella se alejó bailando con mala cara.

—Bien, ahora los impedimentos —murmuró el sacerdote—. Después ya podré legalizar la unión. —Elevó la voz para que se le oyera bien y dijo—: Solicito a los aquí presentes con algún derecho sobre esta mujer, que lo digan lisa y llanamente para impedir la santa ceremonia del matrimonio que estamos celebrando, y solicito a los aquí presentes que si son concedores de este u otro impedimento, se presenten y lo proclamen o callen para siempre.

«Eso nos lo diría alguno de los cinco si hubiese sobrevivido», pensó Brimstone

con humor negro.

El sacerdote contempló el techo de la iglesia durante largo rato, pero nadie objetó nada. A continuación se remangó la capa como si se preparase para una rápida salida, pues la ceremonia casi había concluido.

—Y ahora solicito a los aquí presentes —repitió— con algún derecho sobre este hombre, que lo digan lisa y llanamente para impedir la santa ceremonia del matrimonio que estamos celebrando, y solicito a los aquí presentes que si son conocedores de este u otro impedimento, se presenten y lo proclamen o callen para siempre.

Entonces fue Brimstone el que miró el techo. Una pausa discreta, las legalidades finales y enseguida al bosque con ella para matarla.

Era un feliz día de boda.

El gusano se parecía más bien a una anguila o una serpiente, aunque tenía el cuerpo segmentado y protegido por un reluciente caparazón natural. Desde el fondo de un depósito de agua caliente, miró a Chalkhill con sus negros ojillos como dos gotitas relucientes. El suelo del depósito era de arena, imitando la del desierto en que vivía el animalillo; algunas plantas disecadas le hacían compañía y sobre la roca plana que sobresalía habían esparcido rodajas de hordio.

Chalkhill miró al fisónomo.

—Es un simbiote. —Explicó el fisónomo Wainscot, y no le pasó inadvertida la expresión de sorpresa de Chalkhill, por lo que añadió—: Una criatura que trabaja en colaboración con otra para beneficio mutuo. —Hablaba como si leyese un libro de consulta—. Este gusano lo ayudará a caminar como es debido. —Parpadeó y aclaró—: Para que usted parezca lord Hairstreak.

Chalkhill examinó al gusano: medía unos veinte centímetros y sus recubiertas escamas exudaban una especie de limo maloliente.

—Aclarémonos —dijo Chalkhill—. ¿Esta cosa me va a ayudar a caminar como Hairstreak?

—Sí —afirmó el fisónomo, muy serio.

—¿Y qué hago yo a cambio?

—¿Cómo?

—Ha dicho que ese bicho es un simbiote: la sociedad de admiración mutua. Ojo por ojo. Tú me rascas la espalda y yo te rasco la tuya. —Chalkhill había comprendido perfectamente lo que era un simbiote, pues él mismo había funcionado así casi toda su vida—. ¿Cuál es la retribución?

—El gusano le quitará un poco de pigmentación para utilizarla en su ritual de apareamiento. —Volvió a fijarse en la expresión de Chalkhill—. Al parecer, los gusanos hembras prefieren a los gusanos machos con lunares blancos. Éste no los tiene, así que le extraerá un poco de color de la piel para crearlos.

—¿Y qué efecto me producirá? —preguntó Chalkhill con suspicacia.

—Estará un poco más pálido.

—¿Duele?

—En absoluto.

A Chalkhill no le pareció mal del todo.

—¿Y qué hago? ¿Llevo el gusano en el bolsillo o algo así?

—Umm... no exactamente —titubeó el fisónomo—. Usted ha de absorber al gusano.

—¿Tengo que tragarlo? —preguntó Chalkhill, boquiabierto.

—Me temo que la saliva humana es tóxica para esa especie, así que la inserción

se hace por una fosa nasal. El gusano se desliza por la garganta, se arrastra por el estómago hasta el intestino grueso, luego el intestino delgado y por último llega a las entrañas, donde se instala permanentemente.

—¿Está usted loco? —replicó Chalkhill, espantado e incrédulo—. ¿Quiere que me meta esa cosa por la nariz y deje que se arrastre hasta mis tripas?

—A mí tampoco me hace gracia —repuso el gusano.

A la mañana siguiente, y a pesar de todo lo sucedido, Pyrgus durmió hasta bastante tarde. Los demás también debían de estar agotados, porque nadie lo despertó, sino que lo hicieron la luz del sol y una sensación de miedo. Poco después se dedicó con ahínco a espabilarse y se quitó de encima la capa de lanudos endriagos que le servían de guardianes y edredón a la vez.

—Buenos días, jefe —saludaron alegremente a coro.

—Buenos días —gruñó Pyrgus.

Recogió las toallas que alguien le había dejado en la habitación y se encaminó al cubículo de aseo. Pyrgus nunca se encontraba muy bien por la mañana, pero ese día era peor que otros porque las conversaciones de la noche anterior habían durado casi hasta el amanecer sin haber dado lugar a ninguna solución.

—Buenos días, alteza real —ronroneó la voz dulce y hechizada del cubículo de aseo. Pyrgus soltó otro gruñido. Incluso aquella condenada instalación se había enterado de los últimos acontecimientos; desde la muerte de su padre lo había llamado «emperador electo». Seguramente, a esas alturas la noticia se había extendido por todo el palacio.

El cubículo se llenó de vapor cuando Pyrgus entró y unos pseudópodos se dispusieron a quitarle el sudor y las impurezas de la espalda frotándosela; chorritos de agua perfumada brotaron en torno a sus pies, se le introdujeron entre los dedos y le serpentearon por las piernas; y una música relajante fue haciéndose audible y le extrajo la tensión de los hombros y el cuello.

¿Qué tenía que hacer? Había otra reunión prevista dentro de...

—Diecisiete minutos y treinta y ocho segundos —dijo el cubículo, que no era sensible ni telepático, sino tan sólo caro. A menudo Pyrgus se sentía culpable por utilizarlo. La vida resultaba mucho más sencilla cuando se escondía entre la gente y no tenía otras preocupaciones que las discusiones con su padre.

Diecisiete minutos y treinta y ocho segundos y había que solucionar algo pronto. Pyrgus no podía permitir que lord Hairstreak se saliera con la suya, ni entonces ni nunca, aunque tuviera que... tuviera que... ¿qué? Era inútil esperar que los demás le proporcionasen un plan; él debía inventar uno: algo rápido, decisivo e implacable. ¡Tenía que tomar la iniciativa!

* * *

Pero el problema era que la mente no le funcionaba.

El cubículo percibió el dilema y arrojó una ráfaga de agua fría como el hielo contra el cuerpo desnudo de Pyrgus, que soltó un grito y dio un brinco. Pero cuando

se secó con la toalla, reconoció que tenía la cabeza más despejada. Tal vez fuera capaz de negarse a reconocer el pacto y declarar que su padre seguía muerto y que Hairstreak había falsificado el sello y la firma de aquél. ¿Qué haría Hairstreak entonces?

«Mostrar al Emperador Púrpura», pensó Pyrgus, puesto que su padre era esclavo de Hairstreak.

Se vistió despacio mientras el desánimo lo invadía como un lodo grisáceo, casi negruzco. En situaciones así sólo quedaba un consuelo: las cosas ya no podían empeorar más.

Pero cuando Pyrgus entró en la reunión, descubrió que las cosas sí podían empeorar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Tu hermanastro debe decirte algo —le respondió el guardián Fogarty en vez de hacerlo el propio Comma.

—Ya le he explicado que tenías cosas importantes que hacer, pero ha insistido. No quiere contárnoslo —dijo Blue.

Pyrgus le lanzó una mirada fulminante a Comma, que parecía más gordo últimamente.

—Bueno, ¿qué sucede? —Se fijó en que madame Cardui no se hallaba presente; tal vez Blue la había enviado a algún sitio. Tampoco había ni rastro de Henry; le habría gustado que estuviese allí porque con él se sentía más seguro.

—No hace falta dirigirse a ti como si fueras el emperador electo —declaró Comma.

—Por lo visto ya no lo soy —repuso Pyrgus, cortante—. Ocurre que aún no he tenido tiempo...

—Ya sé que no eres el emperador electo —afirmó Comma—. Lo que pretendo decir es que yo sí lo soy. —Lanzó a Pyrgus una mirada tan fulminante como la que éste le había dirigido antes—. ¡No me dijiste que padre seguía vivo, cerdo!

—Comma... —Blue trató de intervenir. La joven observaba a Comma *con* mayor comprensión de la que había sentido hacia él en los últimos meses.

Pero Comma no estaba para cuentos; parecía enfadado y compungido al mismo tiempo.

—Fingiste ante mí que estaba muerto. Y tú también, Blue. ¡La tomásteis conmigo y dijisteis que mi padre había muerto!

—Nadie la ha tomado contigo, Comma... —terció Fogarty.

Comma no le hizo caso.

—¡Pues no está muerto! —le gritó a Pyrgus—. Nunca murió. Y ahora quiere que yo sea el emperador.

Por un largo momento Pyrgus no pudo apartar la vista de su hermanastro.

—Entonces ya te lo han contado —dijo finalmente.

—El quiere que yo sea el próximo emperador, no tú, Pyrgus, ¡yo! Padre no desea ser emperador a causa de su deformidad. ¡Pero quiere que sea yo!

Pyrgus tenía la mente hecha un caos. ¿Cómo lo había averiguado Comma tan pronto? El duque de Borgoña había dado a entender que no se divulgaría la noticia hasta que Pyrgus renunciase formalmente al trono. Pero había otras preguntas: ¿Qué haría él? ¿Qué podía hacer si ni siquiera era capaz de pensar con claridad?

—¿Quién te contó lo de papá, Comma? —preguntó Blue.

—¡Lord Hairstreak! —respondió con aire triunfante.

—Las cosas no son como tú crees —dijo Fogarty intentando salvar la situación, y miró a Pyrgus como si buscase que éste diera una explicación.

Pero el chico no podía hacerlo y mucho menos de forma convincente. ¿Cómo le iba a explicar semejante abominación espiritual a alguien de la edad de Comma? ¿Cómo le iba a descubrir que el caparazón que había cobrado vida estaba bajo el control de lord Hairstreak? ¿Cómo se le contaba todo eso a un chico que tan sólo anhelaba que su padre estuviese vivo? Al fin y al cabo era lo mismo que deseaba Pyrgus.

—Lord Hairstreak miente —declaró Blue.

—¿Miente cuando dice que padre vive? —inquirió Comma echando chispas por los ojos.

—No exactamente. Lo que él...

—¿A qué te refieres con «no exactamente»? Padre está vivo o muerto. No puede ser que esté «no exactamente» vivo. Antes creía que eras mejor que Pyrgus, Blue, pero no es así; me pareces tan mala como él. Padre vive. No queráis que lo supiera porque no deseáis que yo me convierta en emperador. Pero vuestro asqueroso plan no dará resultado. No sois amigos míos; nunca lo habéis sido. Lord Hairstreak sí lo es.

—Hairstreak no es tu amigo —intervino Fogarty—. Él no es amigo de nadie.

—¡Mirad! —exclamó Comma sin hacerle caso—. ¡Mirad esto! —Sacó un rollo de pergamino del bolsillo de su jubón. Se parecía al rollo que el duque de Borgoña les había presentado con los detalles del pacto. Comma lo tendió y lo agitó debajo de las narices de Pyrgus.

Éste tomó el documento con pesar. En cierto modo sabía cuál era su contenido. Contempló a Comma un instante y luego clavó la vista en el documento. Lo examinó superficialmente con una expectación horrorizada.

—¿Qué dice? —preguntó Blue.

—Se trata de una autorización oficial —repuso Pyrgus— para que Comma se convierta en el próximo Emperador Púrpura, pero hasta que alcance la mayoría de edad lord Hairstreak gobernará como regente.

—¡Maldito imbécil! —exclamó Fogarty a punto de explotar. Al parecer se refería

a lord Hairstreak.

—¿Has visto quién lo ha firmado? —gritó Comma—. ¡Lee en alto la firma, Pyrgus!

—Está firmado por nuestro padre —respondió el muchacho en voz baja.

—¿Lo veis? ¿Lo veis? —exclamó Comma y miró con perspicacia a Pyrgus—. No sirve de nada romperlo, Pyrgus. Tengo más copias y también lord Hairstreak.

Pyrgus dejó caer el papel al suelo.

—Comma, papá no sabe lo que firma. Todo esto es obra de lord Hairstreak, que quiere que tú seas emperador para convertirse en regente —dijo Blue.

Un pensamiento cruzó la mente de Pyrgus: Hairstreak era capaz de matar a Comma antes de que éste alcanzase la mayoría de edad y, desde luego, no renunciaría al trono después de convertirse en regente.

—Me avisó que dirías eso —manifestó Comma—. Me advirtió que intentarías impedir que me convirtiese en emperador.

—Pues claro que no puedes ser emperador —declaró Blue—. Pero no se trata de que lo seas o no. ¿Es que no te das cuenta de lo que pretende Hairstreak? ¿No...?

—También me avisó que dirías eso, Blue —siguió Comma—. Y me indicó qué debía hacer. ¿Me permitirás ser emperador, Pyrgus?

—Comma... —Pyrgus hizo un gesto negativo.

Entonces Comma se lanzó hacia la puerta y la abrió de golpe.

—¡Rápido! —gritó excitado.

El general Ovard entró en la habitación y tras él, un contingente de guardias de palacio. Pyrgus se fijó en que vestía el uniforme de gala, como si se tratase de un acto oficial de Estado. El viejo general, que parecía apenado pero decidido, los miró a todos con seriedad.

—¡No me permiten ser emperador! —gritó Comma con su aguda vocecilla—. Les he enseñando la orden, pero ¡Pyrgus la ha tirado al suelo!

El general fijó la mirada en Pyrgus.

—Se trata de una orden que se ajusta al procedimiento, príncipe heredero; está firmada por vuestro padre y sellada con el sello imperial.

—Es un complot de Hairstreak —rezongó Fogarty.

—Me gusta tan poco como a usted que Hairstreak se convierta en regente, Guardián —afirmó el general—. Pero he hecho un juramento y si mi Emperador Púrpura lo ha ordenado, así se hará.

—El Emperador Púrpura ha muerto, Ovard. Tú viste el cuerpo.

—Vi un cuerpo en éxtasis —precisó Ovard—. Vivos o muertos, se parecen mucho. Pero me pareció vivito y coleando cuando me entregó la orden.

—¿Papá sigue aquí? —preguntó Blue—. ¿En palacio?

—Se encontraba en el cuartel, acompañado de lord Hairstreak. No sé dónde están

ahora, pero se trata de una orden legal, Serenidad. —Ovard parecía turbado pero aun así firme.

—¡No quiero más cháchara! —gritó Comma de pronto—. Nada de seguir hablando; callaos todos. ¡Ahora tenéis que escucharme y hacer lo que yo diga!

Pyrgus observó las filas de soldados alineados detrás de Ovard; Comma se fijó en la mirada de su hermanastro y esbozó una sonrisa astuta.

—Soy el emperador electo y ésta es mi primera proclama: lord Hairstreak dijo que si intentabais detenerme, debía meteros a todos en prisión y ejecutaros. Pero no voy a hacer tal cosa. Sois mis hermanastros, mi «familia», así que no lo haré, por mucho que lo diga lord Hairstreak. Sin embargo, no puedo consentir que montéis tantos líos y os opongáis a todo lo que mando, y por eso voy a enviaros al exilio. A todos: Pyrgus, Blue y usted, Guardián. Os doy media hora para que recojáis vuestras cosas y abandonéis el palacio. ¡General Ovard, os ordeno que los vigiléis mientras se preparan! —Hizo un movimiento majestuoso con la cabeza y salió de la habitación.

Se produjo un silencio largo y triste, hasta que al fin el señor Fogarty dijo:

—¿Puede dar semejante orden, general?

—Ya la ha dado, Guardián —repuso Ovard.

—¡Perfecto! —exclamó el fisónomo, emocionado—. ¡Mírese, mírese en los espejos!

Sin embargo, no era necesario. Chalkhill sabía que caminaba como lord Hairstreak. Y no sólo caminaba, sino que se comportaba como él, hacía sus mismos gestos e incluso la voz se parecía a la del hombrecillo cuando hablaba. Pero todo eso a costa de un precio: para empezar, le ardía el vientre, la nariz le picaba siempre, sentía los miembros tensos y no podía moverlos a su antojo, como si fuera una marioneta que tirara de sus propias cuerdas.

Pero lo peor era la voz que oía sin cesar en la cabeza.

«En términos estrictos —decía la voz en un tono agudo y chirriante de lo más molesto—, tú y yo ya no somos entidades separadas, sino una fusión. Sí, una fusión de cuerpo y mente, aunque también se podría decir espíritu. Espíritu o alma, si es que estos dos conceptos se diferencian, pero en ese caso entramos en el terreno de la teología, ¿no?, puesto que hay quienes niegan la dimensión espiritual (los clanes de los halek, por ejemplo). Por tanto, nosotros...». Y así seguía interminablemente.

«¡Cállate, cállate, cállate!», gritaba Chalkhill mentalmente. El gusano hablaba sin parar desde que se lo habían insertado. Si eso continuaba mucho más, se volvería loco.

—¿Por qué no se calla este bicho? —le preguntó al fisónomo.

—¿El gusano? Me temo que los de su especie son así. La mayoría de la gente acaba acostumbrándose.

—¿La mayoría de la gente? —repitió Chalkhill—. Y los que no se acostumbran, ¿qué?

—Normalmente se ahorcan.

«Lo cual crea una interesante cuestión legal —dijo el gusano en la mente de Chalkhill, pues había escuchado la conversación—. ¿Conlleva eso una acusación de suicidio o asesinato? Hay abogados que sostienen que la relación simbiótica crea, en efecto, una nueva entidad, en cuyo caso el ahorcamiento ha de considerarse un acto de suicidio. Pero otros alegan que las dos entidades en cuestión (los wrym wangarami y los elfos) mantienen la individualidad, a pesar de su vínculo, en cuyo caso el suicidio de uno origina el asesinato del otro. En el caso de Jessup contra Trentonelf, el juez Bedstraw dictaminó que había una posibilidad de connivencia entre los wangarami, lo cual saca a colación el tema del suicidio asistido, un delito que, aunque merece una pena menor que el asesinato en primer grado, sin embargo...».

—¿No pueden sacarme este gusano? —preguntó Chalkhill, desesperado por acabar con aquel monólogo desquiciante—. ¿No puedo hacerlo yo mismo? —Seguramente lo soportaría hasta que matase a Pyrgus en su coronación, pero después quería que se lo sacaran al instante.

—Mucho me temo que la extracción resulta un poco más compleja que la inserción. El procedimiento dura unos seis meses.

—¿Seis meses? —explotó Chalkhill—. ¡No soportaré a ese bicho parloteando dentro de mi cabeza seis meses más!

En ese instante se produjo un pequeño tumulto en la puerta de la sala de entrenamiento cuando un mensajero, que llevaba los distintivos de los hombres de Hairstreak, empujó con arrogancia a los guardias para abrirse camino.

«Este tema, por supuesto, presenta la situación desde el punto de vista elfo —seguía el gusano—, pero si me lo permites, te diré que llegaríamos a otras conclusiones si lo examináramos desde el lado contrario. En la reciente Gran Convención de wangarami, o GCw como se la conoce de forma abreviada, hubo un fascinante debate...».

El fisónomo Wainscot se las ingenió para parecer compasivo.

—Seis meses calculándolo por lo bajo —le explicó a Chalkhill—. La única alternativa viable es la cirugía, que mata a uno de cada tres anfitriones; de modo que no resulta recomendable.

—¿Cuál de vosotros es Chalkhill? —preguntó el mensajero.

—Él.

«Una cuestión simplista, pero que suscita lo que nosotros, los wangarami, llamaríamos “un problema complicado”. Lo que se dirime aquí es la necesidad de una identidad definitoria, que puede aparecer enseguida, pero...».

—Soy yo. —Chalkhill se preguntó qué más querría lord Hairstreak de él.

—Lord Hairstreak te saluda —anunció el mensajero, tenso—, y me pide que te informe que ya no necesitará tus servicios en el asunto tratado contigo debido a un repentino y fortuito cambio de circunstancias. En resumen, la operación queda cancelada.

Chalkhill lo miró con horrorizado desconcierto.

Eso no era el palacio. Sin embargo, Henry lo había visto desde el portal y lo seguía pareciendo cuando se lanzó a través de éste, pero en ese momento no se hallaba en el palacio, sino en una extraña y vasta llanura de hierba marrón que le llegaba a los tobillos. No dejaba de pensar en Pyrgus, que había utilizado uno de los controles del portal del señor Fogarty y fue a parar al infierno. ¿Acaso estaba en el infierno? Henry miró alrededor. La verdad es que no hacía mucho calor, pero ¿qué sabía él? Nunca había estado en el infierno.

Pero tampoco había estado jamás en un lugar como ése. La hierba era muy rara, pues crecía formando manojos, las briznas no eran tales sino finos mechones y era mucho más resistente que la hierba corriente (Henry no pudo arrancarla, ni cortarla, ni nada por el estilo); tampoco olía como la hierba común, sino que emanaba olor a lana porque debía de hacer poco tiempo que habían pasado ovejas por allí. ¿Tal vez las ovejas iban al infierno?

La llanura era muy vasta, aunque ocurría algo curioso en el horizonte. Henry se dio cuenta de que no veía bien de lejos (otra cosa que no entendía), pero la llanura no se curvaba contra el cielo, era como si... se acabara de repente. En realidad no sabía si miraba el horizonte o no, pues éste parecía más bien un enorme precipicio cortado a pico; era el más grande que había visto en su vida y tan alto que no podía divisar la parte superior.

El cielo también resultaba insólito: azul, sí, pero el color era lo único normal. No había nubes y, a decir verdad, parecía una cúpula plana, tal como se representaba la bóveda celeste en las antiguas pinturas medievales. Aunque, seguramente, ese efecto se debía a que Henry no enfocaba bien la vista.

Lo mismo ocurría con los árboles: los que había esparcidos por la llanura crecían en extraños grupos de cuatro. Cuatro aquí, cuatro allí, cuatro más allá... y en medio nada, ni siquiera maleza, solamente troncos redondos y rectos sin ramas ni hojas. Henry nunca había visto árboles como éstos, ni que crecieran tan juntos y unieran sus copas para formar un techo. ¿Por qué veía mal? ¿Dónde diablos se encontraba? Desde luego eso no era el Palacio Púrpura.

El chico miró hacia atrás con una vaga esperanza, aunque no había ningún motivo para tenerla. El portal ya no estaba allí, que era realmente lo que él suponía, puesto que se derrumbó en cuanto lo cruzó. A Henry se le aceleró el corazón. ¿Qué habría sucedido si el artefacto se hubiera desmoronado cuando él lo estaba atravesando? ¿Habría muerto? ¿Lo habría partido por la mitad de modo que la cabeza y el torso se hubieran quedado sangrando en el reino de los elfos mientras que la parte inferior del cuerpo pataleaba y se retorció en el jardín trasero de la casa del señor Fogarty?

Henry respiró a fondo un par de veces para reanimarse; lo cierto era que el portal

no lo había matado. Estaba vivo, sano y salvo, y no tenía nada de que preocuparse.

Sin embargo, no disponía de un control de portal, pues el que había fabricado estaba en el otro mundo, seguramente quemado a juzgar por las innumerables chispas que se habían producido. Ese contratiempo no representaba un gran problema si llegaba al Palacio Púrpura, que poseía un portal propio por el que podría regresar, pero no había llegado al palacio, sino a otro lugar en el que crecía una hierba absurda, ¡y no había retorno!

«No te asustes», se dijo Henry a sí mismo. No había nada que temer. Lo único que tenía que hacer era caminar hasta que encontrase una ciudad, un pueblo o una simple granja. Eso no era el infierno; estaba seguro de ello. No hacía calor, ni había demonios ni nadie con horcas. Debía de tratarse de una zona especial del reino de los elfos. Cuando encontrase a alguien, le pediría que le indicase dónde estaba el Palacio Púrpura. Tal vez incluso conseguiría que lo llevaran por la cara, y si no, iría caminando. No importaba cuanto tardase. Bueno, sí, porque Blue seguiría preguntándose qué le habría sucedido, pero él no podía evitarlo. El único recurso que le quedaba era encontrar a alguien y si seguía la trayectoria del sol, caminaría siempre en la misma dirección. No se perdería. Era muy fácil.

Pero no veía el sol.

¡Tenía que verlo! Un azul sin nubes teñía la bóveda del cielo, desprovista de sol. Reinaba la luz, como si fuera la luz del día, pero Henry no veía el sol y, aunque aún tenía dificultades para centrar la vista, no podía ser ése el motivo. Lo que ocurría era que... ¡no había sol!

Henry hizo un esfuerzo para calmarse. No necesitaba orientarse. Como no sabía a dónde iba, no importaba la orientación. Tenía las mismas probabilidades de encontrar a alguien tanto si iba en una dirección como en otra. Lo que debía hacer era no apocarse y echar a andar por la vasta llanura.

Al caminar notó algo en la espalda que lo sujetaba por los omóplatos y se agitaba de una manera horrible, tremenda, de pesadilla. Instintivamente, se tocó la espalda y palpó algo repugnante, frágil y que le hacía cosquillas.

En medio del más puro desconcierto, Henry descubrió que le habían salido alas.

Le habían alterado sus perspectivas de futuro después de pasar horas de esfuerzo y soportar la enorme vergüenza de tener un gusano en el vientre. ¡Total para nada!

«¿Por qué Hairstreak ha cancelado la misión?», se preguntó Chalkhill, furioso.

«Puedo ayudarte», le dijo el wyrm wangaramas.

«¿De verdad?», contestó Chalkhill, que había logrado no estar todo el rato pendiente de su parloteo incesante. Pero cuando éste se lo proponía, seguía captando su atención.

«Claro que sí —aseguró el wyrm—. Sólo tengo que sondear el Sistema».

«¿Qué es el Sistema?».

«Los wangarami somos telepáticos entre nosotros, pero no podemos comunicarnos con las demás especies, menos cuando se da una simbiosis como la nuestra —explicó el wyrm—. Siempre he creído que esa característica confirma nuestra superioridad, pero naturalmente es tema de debate filosófico entre los wyrms wangarami sabios, así que...».

«¿Qué es el Sistema?», repitió Chalkhill para interrumpirlo.

«La Red telepática. Todos los wangarami están conectados a ella, de modo que cualquier wyrm, como yo, por ejemplo, tiene acceso a las estructuras de conocimiento, información, creencias y recuerdos de los restantes wyrms».

«¿Sabes lo que saben ellos?», aventuró Chalkhill, inseguro.

«En principio sí».

«Entonces, si otro gusano sabe por casualidad por qué Hairstreak ha anulado la misión, ¿puedes sintonizar con él y enterarte?».

«Tú lo has dicho —confirmó el wyrm wangaramas—. Pero preferiría que no usases esa palabra».

—¿Qué palabra? —preguntó Chalkhill en voz alta, olvidándose de hacerlo mentalmente.

«“Gusano” —respondió el wyrm—. El término correcto es “wyrm”, o mejor aún “wangaramas”».

Chalkhill no veía la diferencia entre «gusano» y «wyrm», pero pensó que le convenía complacer a la criatura.

«Lo siento —dijo, y para enmendar el error, añadió—: ¿Y cómo debo llamarte a ti?».

«Cyril».

Después de que el mensajero le comunicara a Chalkhill el recado de parte de Hairstreak, el fisónomo desapareció para enseñar a algún otro desgraciado y él tuvo ocasión de esfumarse. Se hallaba en los jardines de la Academia de Asesinos y caminaba con aire despreocupado hacia la puerta sin saber con certeza si el mensajero

le había dado una noticia buena o mala. Si Hairstreak ya no lo necesitaba, tal vez significaba que era libre de hacer lo que quisiera siempre que esquivase a las autoridades imperiales, lo cual resultaría bastante fácil si se establecía en Yammeth Cretch. Por otro lado, quizá Hairstreak tenía intención de matarlo, en cuyo caso debía marcharse de ese lugar lo antes posible. Se hallaba ante un difícil dilema y le hacía falta más información.

«¿Harías esto por mí... Cyril? —preguntó en tono adulator al gusano—. ¿Vas a conectarte a tu Sistema para averiguar qué trama realmente lord Hairstreak?».

«Claro que sí, Jasper —repuso el wyrm—. Si los datos están ahí, te los conseguiré».

Se produjo un súbito silencio en la mente de Chalkhill, que experimentó un alivio tan inmenso que estuvo a punto de desmayarse. Pero de repente se armó la gorda: decenas, cientos de voces parlotando a todo trapo. El volumen se elevó hasta que creyó que le iba a estallar el cráneo. Se le nubló la vista y se le doblaron las rodillas mientras se apretaba las sienes.

—¿Se encuentra bien? —preguntó una voz del exterior, pero Chalkhill no supo a quién pertenecía.

Las voces interiores cesaron y en el bendito silencio mental sintió que Cyril se agitaba.

«Bueno, la investigación no me ha llevado demasiado tiempo —dijo el wangaramas—. Buenas noticias, Jasper. Lord Hairstreak ya no te necesita para que mates al príncipe Pyrgus en su coronación porque el chico nunca será coronado. Black Hairstreak ha dado un golpe maestro: el príncipe Pyrgus y sus partidarios han marchado al exilio y él gobierna el reino como regente del príncipe Comma. La noticia pronto será de dominio público».

Durante un buen rato Chalkhill no dio crédito a lo que había oído. ¿Hairstreak gobernaba el reino? Eso significaba que habían triunfado los elfos de la noche. Resultaba increíble, maravilloso, la oportunidad de su vida.

«¿Estás seguro?», preguntó.

«Me lo ha dicho un wyrm que se llama Wilhelm y que está en los intestinos de uno de los asesores de relaciones públicas de Hairstreak», aseguró Cyril.

—¿Se encuentra bien? —volvió a preguntar la voz exterior.

Chalkhill parpadeó. Era una joven, una de las sirvientas uniformadas de la Academia. Él le sonrió.

—Mejor que nunca —respondió, encantado—. Mejor que nunca.

Realmente era curioso: si pensaba en las alas, no sucedía nada. Pero si no pensaba en ellas, se movían (la verdad es que no mucho, pero un poco sí). La cuestión era que no se movían a la vez, pues a veces un ala se retorció y la otra se agitaba ligeramente. Sin embargo, el problema no radicaba en que no tuvieran suficiente coordinación o potencia.

Cuando Henry intentó moverlas, descubrió que le había salido un flamante músculo que se extendía entre los omóplatos, y las alas arraigaban en él como un árbol. Asimismo descubrió que si se meneaba un poquito, también era capaz de mover ese músculo ligeramente. El chico se quedó plantado en medio de la llanura marrón, totalmente absorto. Tenía miedo, pero el hecho de que le hubieran salido alas era lo más emocionante que le había ocurrido en la vida.

De repente las alas se desplegaron y se extendieron como un... como un... No se le ocurría el término de comparación, pero se imaginaba a sí mismo como un increíble chico alado, orgulloso e inmóvil como una estatua en los límites de una tierra sin explorar, y se sintió heroico y confiado.

Henry giró la cabeza para mirarlas: le colgaban de la espalda, grandes y maravillosas. No eran alas de pájaro, sino más bien como de mariposa o insecto, color hierro oxidado con manchas irregulares y apagadas. Había visto mariposas más espectaculares, pero sus alas le parecían hermosas, muy hermosas. ¡Tenía alas! ¡Era un chico alado! Resultaba demasiado bonito para expresarlo con palabras.

Henry empezó a correr. Creía que de ese modo lograría remontar el vuelo.

Las alas se extendieron y Henry sintió cómo pasaba el aire entre ellas. Resultaba rarísimo. Percibía las alas y la tensión en el músculo nuevo entre los omóplatos mientras el aire parecía blando como una almohada. Creyó que podría despegar, pero no fue así. Volvió a intentarlo corriendo más. Las alas vibraron y se agitaron de forma incontrolable, pero no sucedió nada más.

Entonces se le ocurrió que como no podía moverlas realmente, lo mejor que podía hacer era mantenerlas rígidas. Corrió otra vez para probar. Fue fácil conseguir que las alas se mantuvieran juntas y experimentó una débil y reconfortante sensación de ascenso. Tal vez lo estaba haciendo bien.

Junto a uno de los grupos de cuatro árboles encontró un mullido montículo, en cuyo extremo opuesto había una suave ladera descendente que acababa en una brusca pendiente de varios metros, una perfecta plataforma de lanzamiento.

Como podía extender y plegar las alas más o menos a voluntad, y mientras no lograra moverlas de otra forma, le pareció un sistema adecuado, de modo que las desplegó, las mantuvo abiertas y corrió por la ladera hacia la pendiente.

Empezó a percibir la elevación cuando se halló en la ladera. Las alas tiraron de él,

lo desequilibraron y estuvieron a punto de desviarlo hacia la derecha. Pero apretó los dientes, se estabilizó y consiguió mantener la cabeza recta. Antes de llegar al borde, sabía que saldría bien.

El borde se le acercaba más rápido de lo que había pensado. En el último momento titubeó. Le parecía estúpido: las alas nunca funcionarían. Corría por una extraña colina en una extraña llanura de un mundo extraño, y tenía muchas probabilidades de romperse el cuello en el instante siguiente.

Y llegó al límite de la colina.

* * *

Y voló.

Henry se elevó poco a poco. Era como si una mano gigantesca tirara de él hacia arriba, pero no se parecía a nada de lo que había experimentado anteriormente, como correr o nadar, se trataba de algo magnífico, maravilloso, delicioso y divertido.

Lo raro, lo genial de todo ello era que se sentía a sus anchas. Henry siempre había sufrido un poco de vértigo, pero en ese momento no le afectaba. Tenía la impresión de que había vivido en el aire toda la vida, tan seguro como si caminara.

Al cabo de unos segundos descubrió que dominaba la situación. No sabía muy bien cómo, pero había ocurrido. Si quería girar a la derecha, se inclinaba como un planeador con el ala derecha hacia abajo y lo lograba. Giró y giró, descendió, se elevó, cayó y volvió a elevarse. Resultaba absolutamente maravilloso.

Henry volaba cada vez más alto. Sentía el viento en la cara y euforia en el corazón. Voló hasta que creyó que casi iba a rozar el cielo.

Entonces extendió la mano y tocó el cielo realmente. No obstante, la cúpula azul no era un cielo, sino un techo. Eso lo impresionó muchísimo. Así pues, se encontraba en una gigantesca habitación: lo que había tomado por troncos de árboles eran patas de sillas, el horizonte una pared y el extraño aspecto del cielo allá en el horizonte correspondía a una cama. Había un tocador, un armario y un guardarropa. La «colina» que había utilizado como plataforma de lanzamiento era una prenda de ropa caída en el suelo.

Pero no se trataba de una habitación gigantesca. ¡Nada de eso! ¡Lo que sucedía era que él había encogido! Todo encajó de repente: las extrañas perspectivas del paisaje y el biofiltro perdido del control del portal. Había aterrizado en el palacio, en el dormitorio de alguien, pero había sufrido una transformación durante el proceso.

Se posó sobre el tocador y se contempló en el imponente espejo: era un elfo. Salvo por los dibujos de las alas, se parecía a Pyrgus cuando lo vio por primera vez. ¡Era un elfo que volaba! Tuvo ganas de bailar de alegría.

Entonces vio la araña.

La guardia imperial estaba formada en el jardín del palacio y Pyrgus avanzaba entre las filas con la mayor dignidad que era capaz de exhibir. Blue lo acompañaba. El guardián Fogarty caminaba tres pasos detrás de ellos, como mandaba el protocolo, manteniendo la compostura. Los tres se habían puesto los trajes de ceremonia en el breve tiempo que les habían concedido, y la desagradable ocasión tenía aire de acto oficial.

Comma se hallaba junto a las puertas de entrada sonriendo con gesto de suficiencia.

—No quiero que me crees problemas, querido hermanastro —le dijo a Pyrgus cuando éste llegó junto a él—. Si intentas regresar o interferir de alguna manera, lord Hairstreak insistirá en que te mate. Y no me gustaría tener que hacerlo, ya lo sabes, pero sería justo. Debemos gobernar un reino y no puede haber intromisiones. Además, yo seré el emperador y cualquier tipo de oposición se considerará traición. —Dejó de sonreír y adoptó una expresión curiosa, casi compasiva—. Puedes quedarte con todo tu dinero, Pyrgus, y si necesitas más, házmelo saber y te lo daré. Si te mantienes alejado y no creas dificultades, te dejaré asistir a mi coronación. A lord Hairstreak no le gustará, pero no me importa.

—¡Pagarás por esto, Comma! —susurró Blue. Pyrgus no dijo nada.

—¡Escotadlos hasta que salgan de la isla! —ordenó Comma en tono autoritario—. Y después que los lleven hasta la frontera de Haleklind. Cuando abandonen el reino, no deben regresar a menos que yo los invite. —Elevó el mentón y añadió con afectación—: Por escrito y rubricado con el sello imperial.

—¿Dónde está lord Hairstreak, Comma? —inquirió amigablemente el señor Fogarty.

—Soy el príncipe Comma, Guardián —lo corrigió enfadado—. Y, además, tú ya no eres Guardián. Te he despedido. Voy a nombrar a otro, a un elfo de la noche. Lord Hairstreak opina que es más ecuménico.

—Lo siento, príncipe Comma —dijo Fogarty—. Sólo quería saber dónde está lord Hairstreak. Al fin y al cabo es el regente.

—Alégrate de que lord Hairstreak no se halle aquí —repuso Comma—, porque si no estarías en la cárcel en vez de irte a un magnífico y cómodo exilio. Pero vendrá pronto, cuando acabe con algunos asuntos. A partir de ahora vivirá en palacio con mi padre.

—Me lo suponía —comentó Fogarty.

—Bueno, será mejor que os deis prisa y salgáis antes de que él regrese. Marchaos ahora que podéis hacerlo. —Comma se hizo a un lado y la escolta se colocó detrás de Pyrgus y su pequeño grupo.

Cuando Pyrgus cruzó la puerta, se permitió mirar hacia atrás. No estaba seguro, pero le pareció ver a su padre en una de las ventanas superiores del palacio.

* * *

—¡Lo mataré! —exclamó Blue en cuanto se quedaron solos.

—Es sólo un niño —dijo Fogarty—. Cree que ser emperador lo convertirá en alguien especial.

—Me preocupa que lord Hairstreak lo asesine cuando llegue a la mayoría de edad —observó Pyrgus—. Hairstreak no renunciará al poder cuando sea regente.

—Ya lo es —le recordó Blue con amargura—. Tiene todo preparado para anunciarlo oficialmente.

—Ya sabes a qué me refiero —dijo Pyrgus.

Se habían instalado en uno de los *ouklos* de palacio, un enorme carruaje dorado con asientos de felpa púrpura. El vehículo flotaba con un movimiento majestuoso dando la engañosa impresión de que devoraba kilómetros. A través de las ventanillas veían a los escoltas uniformados en sus vehículos flotantes individuales: hombres armados y provistos de cascos, cuyo deber consistía en asegurarse de que abandonasen el reino.

—¿Alguno de vosotros ha estado en Haleklind? —preguntó Fogarty.

—Yo. Viví allí un tiempo —respondió Pyrgus mientras miraba por la ventanilla.

—¿Cómo es?

—Montañoso, rocoso, árido y bastante primitivo. En algunos lugares la gente aún vive en cuevas. Pero nuestro padre tenía excelentes relaciones con la casa reinante, así que seguro que nos ofrecen un lugar confortable.

—No vamos a quedarnos —repuso Blue.

—No —coincidió Pyrgus—. No, claro que no. —Pero parecía estar pensando en otras cosas.

—¿Cuál es la casa reinante? —preguntó Fogarty.

—¿En Haleklind? La Casa de Halek. En realidad sólo hay una casa.

—¿Nos ayudarán a regresar al reino?

—Lo dudo —respondió Pyrgus—. Pero aunque lo hicieran, no pueden medirse con el ejército imperial.

—Es un lugar atrasado —explicó Blue—. Por eso mi padre nunca se molestó en añadirlo al reino, no valía la pena.

—¿Por qué viviste allí, Pyrgus? —preguntó Fogarty.

—Quería conseguir una hoja halek —dijo Pyrgus.

—Es un cuchillo que siempre mata —le explicó Blue a Fogarty con una expresión que daba a entender que ella no tenía tiempo para esos caprichos de niño.

—¿No podías limitarte a comprar uno?

—No tenía dinero suficiente. Además, lleva tiempo hacer una hoja halek y hay que tratar con los magos de ese lugar. Son los mejores del mundo, pero hacen trampas y no se apresuran por nadie.

—¿Y no podrían ayudarnos a salir de este aprieto? —inquirió Fogarty.

—¿Los magos? —preguntó Blue—. Sí, claro. Pyrgus tiene razón: poseen técnicas mágicas extremadamente poderosas. Pero tendríamos que idear un plan.

Fogarty asintió, se arrellanó en su asiento y cerró los ojos.

—¿Que se han ido?! —rugió lord Hairstreak. Iba vestido de terciopelo negro de pies a cabeza y parecía un diablillo histérico. Comma había insistido en que se reuniesen en el salón del trono, seguramente porque quería sentarse en el trono.

—Sí, al exilio —respondió Comma subrayando un poco la segunda palabra para remarcar su importancia o tal vez para demostrar que conocía su significado. Se había puesto el traje de ceremonia, varias tallas más grande, y la púrpura imperial. Desde su elevada posición sentado en el Trono del Pavo Real, optó por examinarse el dorso de las manos con aire despreocupado.

—¡Te dije que había que encarcelarlos! —exclamó Hairstreak—. ¡E incluso que ejecutarlos!

—Pero en cambio decidí enviarlos al exilio. —Repuso Comma, y añadió con aire petulante—: Nadie le dice al Emperador Púrpura lo que debe hacer.

Aquel chico era una pesadilla y siempre lo había sido, como su madre. Hairstreak no se anduvo con rodeos y le espetó:

—Aún no eres el Emperador Púrpura. Y hasta que lo seas, te conviene recordar que tu regente lleva las riendas.

—Bueno, pues ya está hecho —respondió Comma mirándolo de mal humor.

—¿Adonde los has enviado?

Dio la impresión de que Comma no se lo iba a decir, pero murmuró:

—A Haleklind.

Hairstreak maldijo para sus adentros. Haleklind era uno de los pocos países que se había resistido a la infiltración de sus agentes, lo que resultaba especialmente mortificante dado que era un lugar muy atrasado. La mayoría de los habitantes aún no habían descendido de los árboles, pero sus magos eran otra cosa. ¿Podría organizarse una invasión? No obstante, el precio sería enorme, puesto que la magia halek consistía en magia armamentística y los magos diezmarían un ejército si descubrían por qué su país había permanecido aislado tanto tiempo. Lo mejor era detener a Pyrgus y Blue antes de que llegasen a la frontera, o perpetrar un asesinato si no lo lograban.

—¿Cuándo se marcharon? —preguntó Hairstreak, cortante.

—Poco antes de tu llegada —respondió Comma con vaguedad.

—¿En qué viajan?

—En *ouklo*. Un *ouklo* imperial. A fin de cuentas siguen siendo miembros de la familia real.

Podía haber sido peor. Los *ouklos* no eran muy rápidos y tardarían un día o dos en llegar a Haleklind contando con buenas condiciones. Aún quedaba tiempo de hacer algo.

—¿Qué ruta tomaron?

—Cómo voy a saberlo —respondió Comma airado—. De esas cosas se ocupan mis subalternos.

Hairstreak se esforzó en ocultar su furia bajo un manto de calma glacial. Resultaría sencillo averiguar qué ruta habían tomado, pues ni siquiera Comma era tan estúpido como para dejarlos marchar sin escolta. Cuando lo supiera, enviaría a un grupo de sus mejores hombres. Los soldados no esperarían un ataque, de modo que Pyrgus y los que viajaban con él morirían antes de que la escolta pudiese reaccionar.

—Es una insensatez para tu futuro permitir que vivan tus hermanastros —declaró entrecerrando los ojos—. Pero puedes dejar ese asunto en mis manos. Mientras tanto, Comma, permite que te diga algo: si vuelves a contradecir una orden mía alguna vez, haré que lo laments profundamente. Al parecer has olvidado que tengo toda la autoridad de tu bendito padre.

Comma sufrió un cambio asombroso, pero no el que Hairstreak se esperaba. El chico se dio la vuelta echando chispas por los ojos.

—¡Esa cosa que llamas mi «padre» es una cáscara vacía que camina gracias a tu magia negra! ¿Crees que soy tonto? ¡Piénsalo mejor, querido tío!

Hairstreak se giró y salió hecho un basilisco del salón del trono. No había tiempo que perder para organizar la persecución de Pyrgus y Blue.

Ya se ocuparía de Comma después.

Henry estaba pensando en dos cosas a la vez: una, que conocía aquella habitación; había estado allí anteriormente: era el dormitorio de Blue en el palacio; y la otra, ¡qué horror! Las arañas le daban miedo incluso cuando eran más pequeñas que su pulgar, y ésa parecía más grande que una cabeza.

También la reconoció. Se trataba de la criatura que Blue guardaba en su joyero, una especie de mascota. Pero lo fuera o no, él la veía como un monstruo capaz de comérselo, dado que había encogido de tamaño.

Aunque contaba con una ventaja crucial: él podía volar y la araña no. Así que se dispuso a lanzarse desde el borde del tocador, pero descubrió que no podía mover ni un músculo.

En su vida había experimentado una sensación más horrible: como si le hubieran envuelto la mente con filamentos, atándola tan fuerte que apenas podía pensar, y tenía el cuerpo helado e inerte, como el de una res muerta. Permaneció inmóvil en el borde del tocador y contempló espantado a la araña que avanzaba hacia él.

Los ojos del arácnido eran enormes, de forma ovoide pero sin ningún rasgo característico, negros como las profundidades del espacio, brillantes y espantosamente inteligentes. Y lo miraban con indiferencia.

La criatura se movía con decisión, elevaba mucho las patas y las posaba con cuidado, casi con delicadeza; daba la impresión de que percibía la superficie surcada por las vetas de la madera. Cada vez que se apoyaba producía un suave y amortiguado clic, y Henry se fijó en que tenía garras.

En ese momento se produjo un salto en el tiempo, como fotogramas de un viejo rollo de película, y de repente la araña se plantó a menos de un metro del chico. Su extraña fetidez dominaba el ambiente. Henry oyó un ligero siseo, un sonido crujiente como el del beicon al freírse.

La araña extendió una pata a modo de prueba y Henry luchó contra su parálisis, angustiado, pero siguió sin poder moverse. La garra era curva como una cimitarra y más larga que un puñal, completamente negra al igual que los ojos, y brillante como si fuera de cuerno. Se movía hacia un ojo de Henry.

De repente lo atacó.

La garra no encontró el ojo del chico, pero le hizo un profundo tajo en la mejilla. Sorprendentemente, no sintió dolor, pero la sangre brotó como una fuente, le salpicó los ojos y lo cegó. Sin embargo, al mismo tiempo Henry venció su inmovilidad y de forma instintiva retrocedió, saltó al vacío y cayó. Se frotó los ojos con desesperación y recobró la vista a través de una neblina roja y punzante que se aclaraba cuando parpadeaba. Caía como una piedra y el suelo iba a su encuentro.

Pero en el último momento logró accionar las alas y voló.

Le latía el corazón con fuerza, le temblaba todo el cuerpo y tenía la mente en blanco a causa del susto. Notó un calor pegajoso en la mejilla, que ya le dolía, y un escozor ardiente se le propagó por la cara. Aún así, las alas lo sostuvieron como si funcionasen solas. Se elevó con facilidad hasta que, sobrevolando por encima del tocador y de la araña, se mantuvo suspendido en el aire lejos del peligro mientras recuperaba el aliento y la calma.

El bicho estaba bebiendo su sangre.

Henry revoloteó más cerca para asegurarse de que no se trataba de un error: la sangre de la herida de su mejilla había formado un charco sobre el tocador y la araña se inclinaba sobre él, provista de una especie de tubo carnosos a través del cual la succionaba.

Por un momento Henry se limitó a mirar, sumido en la confusión. Pero sintió que algo le raspaba la mente, como si tuviese otra araña dentro de la cabeza. La sensación le resultó tan angustiante que de nuevo se quedó inmóvil, aunque cuando empezó a caer hacia la araña se acordó de mover las alas. En su ansiedad por alejarse de aquella tortura, se puso a revolotear en círculos como una mariposa herida. Pero no podía apartarse: aquello estaba dentro de su cabeza.

Henry casi perdió el control. Quería gritar y gritar, sacudirse, hacerse un ovillo, esconderse y no volver nunca mientras hubiera cosas como...

La araña se detuvo, alerta pero cautelosa. Lo miró con sus enormes ojos negros, como si hubiese detectado la presencia de otra araña. Eran dos arácnidos, pero en el fondo la misma araña. La criatura de abajo le parecía algo lejano. La criatura de abajo... A Henry se le ocurrió una idea poco menos que inconcebible: aquella araña quería entablar amistad.

¡Aquel ser le había desgarrado la cara y bebido su sangre! ¡Resultaba tan cariñosa como una víbora!

Daba lo mismo; volvió a pensar en ella y la observó. Permanecía quieta, esperando. «Debo de estar loco—pensó—. Debo de haber perdido la cabeza para pensar que tengo que hacer algo así».

La araña esperó. Henry revoloteaba y la araña esperaba. El chico no dejaba de pensar que la araña quería ser su amiga.

La criatura de abajo se estremeció de placer.

La acariciaría como si fuera un gatito. Si quisiera, tan sólo tendría que estirarse y acariciarla. Resultaba absurdo, pero cierto. La araña de abajo era la criatura más fea que había visto en su vida, pero la que le pendía en la mente parecía algo... distinto. El cerebro le decía que era la misma, pero...

La araña le penetró más en la mente, como un cachorro revolcándose sobre la barriga, que desea que lo acaricien y mimen pero está un poco asustado. Pero aquel monstruo no era un cachorro, sino la más peligrosa, terrible...

Henry expandió la mente y acarició a la araña.

El señor Fogarty abrió los ojos y tuvo la premonición de que algo malo iba a suceder segundos antes de que así fuera. Pero cuando ocurrió, al principio no supo qué era.

A través de la ventanilla del *ouklo* vio a uno de los escoltas, un hombre grande y corpulento que solía acercarse al coche para mirar dentro, como si quisiera asegurarse de que el príncipe Pyrgus y sus acompañantes seguían en el interior. Era lo que estaba haciendo en ese momento y, cuando tropezó con los ojos de Fogarty, esbozó una sonrisa desagradable.

Luego se retiró y, montado en su vehículo flotante, al instante desapareció. Fogarty se movió inquieto en su asiento. Un vehículo sin conductor se puso a la vera del *ouklo*, a la misma velocidad que el *ouklo*, casi a un metro y medio del suelo. Pero poco después, carente de una mano que guiara los mandos, viró bruscamente y deambuló sin rumbo. Hubo gritos, se lanzaron órdenes y se oyó un único chillido.

—Nos están atacando —anunció Fogarty en voz baja.

Pyrgus, enfrascado en una conversación con Blue, se puso en pie y se aferró a la ventanilla del *ouklo* como si pretendiese abrirla.

—¡Pyrgus, cuidado! —exclamó Blue.

—Sería buena idea que te apartases de ahí —sugirió Fogarty.

Pero el chico ya había abierto la ventanilla y asomado la cabeza. Oyeron un nuevo grito y otro vehículo flotante adelantó al coche, dando tumbos, sin nadie que lo guiara.

—Tiene razón —reconoció Pyrgus, y escondió la cabeza como una tortuga—. ¿Tenéis alguna idea?

—Puedes empezar por cerrar la ventanilla —respondió Fogarty secamente—. ¿Alguno de vosotros va armado?

—Llevo la daga de ceremonias —murmuró Pyrgus mientras subía la ventanilla.

—Yo tengo un pedreñal —dijo Blue.

—Eso es lo que yo llamo potencia de fuego —comentó Fogarty mirando a la princesa, admirado—. Me sorprende que no lo usaras contra el príncipe Comma. —Blue le sonrió—. ¿Se os ocurre quién puede estar detrás del ataque? —preguntó.

—¿Hairstreak, tal vez? —aventuró Pyrgus.

—Eso mismo diría yo, pero tú lo conoces mejor. ¿Cuál es su forma de actuar?

—Furtivamente, por sorpresa. Le gusta superar en número al enemigo, pero confía más en la velocidad que en la cantidad.

—Pues es él sin duda —afirmó Fogarty mirando de nuevo por la ventanilla—. Están utilizando discos voladores sin ningún distintivo. ¿Creéis que quiere matarnos?

—Sí —respondió Blue.

—Entonces será mejor tratar de disuadirlo. ¿Sabéis cuántas personas conducen

este coche?

—Sólo un lacayo —dijo Pyrgus—. El hechizo hará que nos lleve directamente a Haleklind, una ruta conocida. El conductor no tiene mucho que hacer, aparte de admirar el paisaje. Los escoltas debían vigilar que no saltásemos.

—Me parece que los escoltas que quedan están muy ocupados —comentó el señor Fogarty—. ¿Crees que puedes encargarte del lacayo, muchacho? Lo haría yo, pero soy un poco viejo para trepar por coches en marcha. —Pyrgus asintió—. Bien, nosotros podremos contenerlos con el pedreñal —le dijo a Blue.

—Yendo en un *ouklo* no conseguiremos dejarlos atrás aunque nos hagamos con el mando —advirtió Pyrgus.

—Pues dirígelo hacia el agua —sugirió Fogarty—. Los discos voladores no funcionan en ella. ¿No hay un lago por aquí cerca?

—Creo que sí —respondió Pyrgus, que dio un respingo al oír un sonoro estallido en el exterior.

—Sal por la ventanilla. —Dijo Fogarty. Y cuando Pyrgus se dirigió hacia ella, le indicó—: Por la otra. Hay mucho más jaleo en ese lado.

Pyrgus se desplazó con rapidez. Bajó la ventanilla y se escurrió fuera con facilidad.

—Buena suerte —susurró Blue.

En el exterior se libraba un duro enfrentamiento entre la escolta del *ouklo* y unos atacantes vestidos de uniforme verde. Las flechas con puntas de sílex zumbaban como abejas furiosas. Pyrgus se aplastó contra el costado del *ouklo*, se dio impulso y se situó en el techo manteniendo la cabeza agachada.

La cabina del conductor era un elemento decorativo en la parte frontal del vehículo, adornada con unas alas majestuosas, así que el piloto no tuvo ocasión de divisar a Pyrgus cuando éste se arrastró por el techo hacia él. Sin embargo, tanto las alas como la parte posterior estaban reforzadas con plata diamantina para evitar que el hombre fuera atacado por detrás. Para llegar hasta él, Pyrgus tendría que trepar por la cabina y dejarse caer por el parabrisas. Como no quería matarlo (al fin y al cabo sólo era un sirviente de palacio que realizaba su trabajo), tendría que pelear para echarlo del asiento de mando y, con suerte, del coche. Nada de eso resultaría fácil.

Una flecha le rozó el lóbulo de la oreja.

Pyrgus se puso en movimiento. No podía seguir expuesto de aquella forma. Se arrastró por el techo del coche y se enderezó encima de la cabina. A su derecha vio a un hombre de la escolta enzarzado en un reñido combate de espadas con uno de los atacantes montado en un disco volador. Los combatientes se acercaron al *ouklo*, que reaccionó alejándose de las armas cuando su sistema de seguridad las detectó. Pyrgus estuvo a punto de salir despedido de la cabina, pero consiguió aferrarse al techo de fieltro con las uñas. A continuación se deslizó sobre la parte frontal de la cabina,

preparado para enfrentarse al conductor.

Pero el hombre parecía muerto. Permanecía en el asiento de mando con los ojos desorbitados mientras un hilillo de sangre le escurría por la comisura de la boca. No se apreciaban heridas visibles, pero la expresión del rostro era de profunda sorpresa.

A Pyrgus le pareció raro, pero el hombre estaba muerto de verdad. Y como no podía hacer nada por él y tenía que alejar el *ouklo* del campo de batalla, lo agarró por los brazos e intentó sacarlo del asiento, pero la cabeza parecía pegada a la parte posterior... ¡Una flecha había penetrado por el respaldo de la cabina y ensartado al conductor desde atrás! Pero era imposible que esa arma o cualquier otra, daba igual, atravesara la plata diamantina, puesto que el material estaba hechizado para resistir todo tipo de ataques. Qué extraño. Pyrgus sacudió el cuerpo y la cabeza se despegó arrastrando consigo la punta de flecha. Murmuró una disculpa, empujó el cadáver fuera del *ouklo* y se dejó caer en el asiento.

No había mandos porque el *ouklo* respondía a las órdenes pronunciadas por el conductor siempre que diese la contraseña adecuada. Por suerte, ésta era la misma para todos los *ouklos* oficiales y Pyrgus la sabía: el nombre de su abuelo paterno, un emperador muy querido, muerto hacía mucho tiempo.

—«Dispar» —susurró, y ordenó—: ¡Gira a la derecha!

El *ouklo* mantuvo el rumbo como si el chico no hubiese hablado.

—«¡Dispar!» —repitió, y soltó una maldición en voz baja. ¡Comma había cambiado la contraseña! Claro que sí, el muy zorro. El *ouklo* se dirigía a Haleklind por el camino más corto y nada conseguiría pararlo. ¿Y entonces qué? ¿Qué podía hacer?

Existía una palabra que servía para frenar el *ouklo*. Seguro. No sería una palabra que permitiera el control del vehículo, pero lo detendría en caso de emergencia. Pyrgus echó un vistazo a la cabina y, afortunadamente, una flecha no lo hirió por cuestión de milímetros. El feroz enfrentamiento proseguía. Si lograba detener el vehículo ocurrirían dos cosas: en primer lugar, los vehículos flotantes y los discos voladores lo adelantarían y continuarían con la batalla aérea; en segundo lugar, Blue, el señor Fogarty y él podrían librarse yendo a pie, ya que sobrevolaban un terreno agreste con multitud de escondites. En medio de la confusión se presentaba una oportunidad de escapar, una oportunidad excelente.

¿Cuál era la palabra del freno?... Jolines, ¡no se acordaba!

Pyrgus oyó un ruido y se asomó al borde de la cabina: uno de los uniformados de verde de Hairstreak había saltado de su disco volador y trepaba por el techo del *ouklo*. En ese momento estaba de pie y avanzaba con cautela hacia Pyrgus.

Éste no quería hacer daño al personal de palacio, pero no tenía tantas contemplaciones con los hombres de Hairstreak. Sacó el puñal que llevaba en el cinturón, salió de la cabina y se lanzó sobre su atacante.

¡Y descubrió que se trataba de una chica!

Pyrgus se quedó tan sorprendido que estuvo a punto de soltar el puñal. El soldado de uniforme verde era una chica esbelta y guapísima, aunque él no sabía que Hairstreak contase con mujeres en su ejército. A pesar de todo, la agarró por el jubón y se dispuso a acabar con ella, pero la chica tenía unos ojos violeta tan hechizantes... Mientras la contemplaba embobado, ella le dio un violento rodillazo entre las piernas.

Pyrgus se dobló de dolor y el puñal se le escapó de la mano. Sabía que moriría si no se deshacía con rapidez de aquella mujer soldado, pero apenas si logró soltar un aullido de agónico dolor. La chica le tocó con una varita la oreja izquierda y Pyrgus se hundió en la oscuridad.

Henry vio la luz.

Fue una sensación increíble. Cuando tocó a la araña con la mente, la criatura avanzó y lo abrazó. Tendría que haber sido algo repulsivo, pero no fue así, en parte porque todo había sucedido muy de repente. El efecto resultó casi indescriptible: se abrió una ventana y la luz pura y deslumbrante entró y lo envolvió.

Henry se quedó boquiabierto cuando sus percepciones se expandieron y tuvo conciencia de que su cuerpo revoloteaba hasta aterrizar junto a la araña, pero sabía que no estaba en peligro. Y mientras descendía, la mente se le expandió, de tal modo que percibió la totalidad del dormitorio de Blue, luego el conjunto de habitaciones que constituían los aposentos de la princesa, después los pasillos exteriores y el piso superior del palacio, y por último el palacio entero.

Pero eso no fue todo, sino que sus percepciones siguieron expandiéndose hasta abarcar la isla en que se erguía el palacio, el río y, aunque parecía increíble, la ciudad que había en la otra orilla. Resultaba extraño, fantástico. Vio calles ajetreadas, un salón de *simbala* mal iluminado, donde escuchó la música que bullía en él, un paseante que tocaba un laúd y un gato callejero que se zampaba un ratón.

Henry continuó expandiéndose y la sensación fue de puro éxtasis. La mente se le prolongó y llegó hasta los rincones más recónditos del reino y percibió cuál era la auténtica realidad y qué relación existía entre todas las cosas; quiso extenderse hasta abarcar el mundo entero y otros mundos lejanos y le pareció que podía hacerlo y absorber todo el universo. Y creyó que era Dios.

También creyó que encontraría a Blue.

Este pensamiento le detuvo la expansión de la mente y le centró la atención. Vio a Blue enseguida, aunque de una forma muy rara: ante él discurrió la senda ondulante de la vida de la princesa, a través del espacio y el tiempo mientras visitaba diferentes lugares del reino, pero de pronto, de forma inquietante, penetraba en el auténtico entramado de la realidad al mismo tiempo que desaparecía totalmente del reino. No obstante, ella regresaba de nuevo cerca del punto de partida y continuaba como antes.

Pero ¿dónde estaba Blue en ese momento? No lo veía con nitidez, aunque el mero hecho de preguntárselo no dejaba de ser una ayuda. Era como si Henry saliera de su propio cuerpo y entrara en el claro de un bosque; Blue estaba allí, y también Pyrgus y un poco más allá el señor Fogarty con trajes de ceremonia sucios y arrugados. Los tres yacían en el suelo.

Los tres parecían muertos.

—¡Blue! —gritó Henry con repentina angustia. Perdió el enfoque y el dominio y la mente se le expandió hasta el infinito y la conciencia le explotó.

Henry tuvo la impresión de que lo habían metido en una trituradora de carne que le había machacado el cuerpo hasta convertirlo en un tornillo. Le dolían las extremidades y se sentía débil como un corderito; le parecía imposible moverse, le costaba abrir los ojos y los párpados rascaban sus glóbulos oculares como papel de lija.

Se hallaba tendido en el suelo de algún lugar, acurrucado en posición fetal, con las manos entre las rodillas.

No sabía muy bien quién era, ni dónde estaba.

Tenía un regusto a cloaca en la boca, la lengua se le había hinchado hasta el doble de su tamaño normal y notaba un zumbido distante en los oídos.

Se movió con cuidado. Los dolores del cuerpo se le agudizaron, aunque poco después cedieron un poco. Conocía esa misma sensación de cuando sufría un calambre en una pierna jugando al fútbol, pero en ese momento tenía calambres en todos los músculos. Daba igual, lo soportaría. Cambió de posición y el dolor ya no fue tan intenso como antes; se estiró poco a poco y se puso de pie lentamente.

Había algo extraño en la habitación. Intentó saber qué era, pero no podía pensar.

Se sentía mareado y buscó una silla próxima.

¡Lo sabía! Estaba en la habitación de Blue, pero en tamaño normal, y él también había recuperado su tamaño normal, aunque notaba algo raro en la espalda. Sentía... sentía... bueno, una especie de vacío.

¡Le habían desaparecido las alas!

Mientras se apoyaba con dificultad en la silla, pensó que eso mismo era lo que le había sucedido a Pyrgus. Cuando el portal de la Casa de Iris fue sabotado y Pyrgus se convirtió en una figurita de elfo con alas de mariposa, al cabo de varios días ese efecto se extinguió por completo y las alas le desaparecieron. ¿Había estado él inconsciente tanto tiempo? Se le encogió el corazón. ¿Cómo se lo diría a Blue? ¿Cómo explicarle que había perdido el control de su portal y por eso había tardado tanto en aparecer? Ya debían de haber solucionado la emergencia y él no había hecho nada por ayudarlos. Qué mortificante.

¿Qué le había dicho ella? ¿Que el cuerpo de su padre había desaparecido y se tramaba un complot para asesinar a Pyrgus? Una idea horrible lo asaltó: ¿y si el complot había triunfado y Pyrgus había muerto? Henry nunca se lo perdonaría, y suponía que Blue tampoco.

Se sentía más fuerte a cada minuto que pasaba, pero cuando se le serenó la mente supo que en realidad no se encontraba mejor. De pronto, como caída del cielo, tuvo una visión de Pyrgus, Blue y el señor Fogarty muertos en el suelo de un bosque. Había visto esa imagen, estaba seguro. Pero ¿dónde?

Intentó convencerse de que todo aquello no tenía más trascendencia que un sueño. ¡Por Dios, seguro que se trataba de un sueño! Pero no se lo creyó ni por un instante. Tenía que averiguar lo que le había pasado a Pyrgus y Blue. ¡Tenía que saberlo ya!

Henry se dirigió a trompicones hacia la puerta. Fue entonces cuando reparó en que alguien lo observaba.

Resultaba agradable estar libre de nuevo, no sólo de la prisión (aunque no dejaba de ser una clara ventaja), sino también de responsabilidades. Con un poco de suerte Hairstreak se olvidaría de él, pues a buen seguro tenía bastante con gobernar el reino. Chalkhill se rascó la oreja. Le convendría cambiar de nombre como medida de precaución y tal vez adoptar uno heroico como Esfinge del Tilo, pero aparte de eso podía ir a donde le diese la gana y hacer lo que quisiera. Vendería su propiedad, por supuesto, y con el dinero empezaría una nueva vida. Tal vez fuese a ver a su antiguo socio Brimstone, terrible criatura, aunque había que reconocerle buen ojo para los negocios. El mundo, como decía el refrán, era su crisálida.

Pero primero tenía que librarse del gusano.

La placa de bronce indicaba solamente «Doctor Vapourer» y era tan discreta como el resto de la clínica. Chalkhill había acudido allí para desembarazarse del molesto problemilla que había contraído en el salón de tatuajes. Esa clínica resultaba cara, pero cauta y extremadamente eficaz en ciertos casos, y él estaba seguro de que le extraerían la criatura sin dolor en menos tiempo del que había mencionado el fisónomo.

El hombre estiró el brazo para tocar el timbre y el gusano se lo paralizó.

—¿Qué haces? —preguntó Chalkhill, enfadado. En realidad estaba bastante desconcertado, pues no había reparado en el dominio que el gusano ejercía sobre él, aunque tal vez éste fuese temporal o, quizá con un esfuerzo, sería capaz de superar la influencia vermicular. Intentó mover el brazo otra vez, pero seguía paralizado.

«No quieres hacer eso», dijo el gusano resueltamente en el cerebro de Chalkhill.

«¿Ah, no?».

«No. No quieres —insistió el gusano—. Al menos hasta que hayas escuchado lo que tengo que decirte».

Chalkhill gruñó en silencio. La criatura estaba a punto de embarcarse en uno de sus interminables debates filosóficos, seguro.

«Cyril —dijo con paciencia—, ha sido un placer conocerte, pero ha llegado el momento de que tomemos distintos rumbos. —Una pareja de ancianos que pasaba por la calle lo miraron extrañados, pero Chalkhill no les hizo caso—. Sé que te das cuenta...».

«Me han ordenado que te reclute», interrumpió Cyril.

«¿Reclutarme?».

«Eres un hombre inteligente —afirmó el gusano en tono meloso—. Estoy convencido de que no te ha pasado por alto que el reino se encuentra en un atolladero. Los elfos se pelean entre sí por cosas tan absurdas como el color de los ojos o el carácter de sus creencias. Un emperador asesinado, el siguiente gobernante sustituido

antes de su coronación, la amenaza constante de la guerra, la economía en decadencia, avaricia y hedonismo por todas partes, el derrumbamiento total de los antiguos valores familiares... El imperio se iría al infierno en una carretilla si los portales no estuviesen cerrados».

«Bueno, evidentemente las cosas no son perfectas —reconoció Chalkhill, que quería que el gusano le soltase el brazo, pues estaba empezando a dolerle bastante—. Pero tampoco están peor que siempre y no se puede hacer gran cosa al respecto, así que si me sueltas el bra...».

«Podemos hacer algo —aseguró Cyril, muy serio—. Y hay algo que tú puedes hacer en concreto. Te invito a que te unas a la revolución wangarama».

Chalkhill notó de pronto el brazo libre. Dobló los dedos para aliviar el dolor y lentamente apartó el brazo del timbre.

«¿Qué es la revolución wangarama?».

Pyrgus salió poco a poco de un profundo agujero negro y descubrió que el par de ojos más bonitos que había visto en su vida lo vigilaban. Pensó que la chica era una verdadera preciosidad, al mismo tiempo que el corazón le latía con fuerza y el cuerpo le temblaba de forma incontrolable. Se preguntó si estaría enamorado, pero supuso más probable que se trataba de una agonía. Notaba como si a la cabeza le faltasen trozos, igual que un queso con agujeros. No conseguía enfocar bien la vista y repetidos ataques de náuseas amenazaban con hacerle vomitar.

La chica debió de fijarse en que Pyrgus había abierto los ojos porque se inclinó hacia él y le habló en voz baja:

—Lo siento, pero temía que utilizases la daga. Sólo era una varita aturdidora.

Pyrgus dejó vagar la vista sin mover la cabeza y descubrió que estaba rodeado de árboles. Tuvo la impresión de que yacía sobre un lecho de agujas de pino en el claro de un bosque y percibió unas borrosas figuras de uniforme verde más allá de la chica. Se sintió demasiado aturdido para pensar en lo que había pasado, pero enseguida el recuerdo se le vino encima como una avalancha: ¡los hombres de Hairstreak lo habían capturado!

Cerró los ojos otra vez y se concentró en recuperarse. Se preguntó si Blue y el señor Fogarty seguirían vivos, pero de momento no podía hacer nada. Se sentía débil como un gatito, aunque se percató de que tenía los brazos libres, un gran error por parte de Hairstreak; seguramente lo habían dado por muerto. Emitió un quejido exagerado. Si se fingía malherido, tal vez pudiera pillarlos por sorpresa cuando recuperase las fuerzas.

¿Sería capaz de atacar a una chica tan guapa? Pyrgus lo pensó unos instantes y decidió que sí. Si era para salvar a Blue y Fogarty, lo haría. ¿Acaso no trabajaba ella para Hairstreak? Pyrgus abrió los ojos un milímetro y vio que seguía inclinada sobre él con una expresión de preocupación en sus dulces y delicados rasgos. Volvió a quejarse de forma más normal. Ya era mala suerte que la primera chica que le gustaba de verdad fuese acolita del más peligroso...

—Creo que se recupera —comentó la joven. Tenía una voz clara y fresca como las campanas de una iglesia.

Tal vez había exagerado el gemido (y eso que no quería llamar demasiado la atención). Fingiría que se desmayaba y quizá...

Había algo raro en los ojos violeta de la muchacha. No acababa de saber qué, pero algo no estaba bien...

Pyrgus vio que otras figuras se reunían a su alrededor; una de ellas llevaba manto y capucha negros; dedujo que se trataba de lord Hairstreak por el tamaño. El hombre encapuchado se inclinó sobre él y Pyrgus comprendió que se le presentaba la

oportunidad de su vida: si conseguía que el cuerpo lo obedeciera, agarraría a Hairstreak por la garganta en cuestión de segundos; con un poco de suerte lo estrangularía o le rompería el cuello antes de que la guardia lograra intervenir. Resultaría perfecto, mejor que perfecto. Hairstreak había cometido un acto ilícito al atacarlos cuando se dirigían al exilio por orden del emperador electo, de modo que si moría a manos de Pyrgus ni siquiera habría grandes repercusiones políticas.

Pero ¿lo obedecería el cuerpo?

Pyrgus hizo acopio de energías a pesar de que una parte de su mente intuía que podía resultar una acción suicida. Aunque consiguiera matarlo, las posibilidades de escapar serían escasas, pues los hombres de Hairstreak lo rodearían al momento. Pero si escapaba (una posibilidad entre mil, aunque todo podía ser), habría desequilibrado el poder en el reino.

La idea lo electrizó y el chico entró en acción: se irguió, emitió un gruñido y cerró las manos sobre la garganta de Black Hairstreak. Éste se liberó con un movimiento brusco y se le cayó la capucha.

—Cariño, ¿dónde están tus modales? —susurró una voz sorprendida.

—¡Oh, perdonad! —exclamó Pyrgus—. Lo siento mucho, madame Cardui.

La mujer era delgada y morena, y a Henry le pareció bastante guapa, aunque tenía unas pupilas muy raras. Estaba sentada en una silla junto a la puerta y se había revestido de una paciente quietud que daba escalofríos. Era probable que hubiera permanecido allí todo el rato observándolo, no sólo mientras se hallaba inconsciente, sino también cuando recuperó el conocimiento y se levantó y luchó por mantener el equilibrio. Los ojos de la mujer eran como endrinas y en ese momento lo escrutaban. El muchacho la comparó con una serpiente observando a un pájaro.

La mujer sonrió y, al desaparecer su aspecto siniestro, la cara se le iluminó con una alegría contagiosa.

—Tú debes de ser uno de los jóvenes amigos de Blue —dijo.

—¿Blue se encuentra bien? —se apresuró a preguntar Henry.

—A estas alturas debería estar a salvo en Haleklind —respondió la mujer con tono esperanzado—. Tienes que ser un amigo muy íntimo de ella para que yo te haya encontrado en su habitación.

—En realidad soy amigo de Pyrgus —precisó poniéndose como la grana. Y era verdad. Se preguntó si debía explicar lo del portal, el filtro perdido y la araña, pero decidió que no. Era mejor simplificarlas cosas—. Yo... mmm... quería ir a la habitación de Pyrgus y... me perdí. —Lo cual casi era cierto y tenía más de verdad que de mentira.

—¿Quieres que te lleve a su habitación? —preguntó la mujer—. Está un poco más allá, no muy lejos, nada lejos. —Se levantó y esperó, sin dejar de observarlo.

—Sí. Gracias. Sí, eso estaría... bien. —Intentaba saber quién era aquella mujer; a lo mejor se trataba de una doncella o una dama de honor, pues Blue tenía muchas sirvientas. Pero no vestía como ellas, sino que su vestido parecía de cara seda púrpura. A Henry le parecía que ese color se reservaba para los miembros de la familia real, aunque no estaba seguro. En un momento de inspiración se le ocurrió decir—: No creo que nos conozcamos. Me llamo Henry Atherton. —Extendió la mano y esperó.

—Yo soy Quercusia —repuso la mujer, y le estrechó la mano antes de conducirlo con suavidad fuera de la habitación—, la reina de los elfos.

Henry no sabía que existiera una reina de los elfos, y tampoco le cuadraba. La madre de Pyrgus y Blue había muerto, eso sí lo sabía, así que Quercusia no podía ser la esposa del viejo emperador, y tampoco tenía edad para ser su madre. Por tanto, ¿dónde encajaba esa mujer? Tal vez fuera una tía que gobernaba una parte del reino, o se trataba de una especie de título honorífico sin mucha relevancia.

Se sintió como un bobo porque ella lo llevaba de la mano.

La mano de Quercusia era pequeña, fina y muy fría. En realidad hacía bastante

frío, como si ella proviniera de una tormenta de nieve.

Pasaron bajo un arco donde dos guardias tristes se pusieron firmes y saludaron a Quercusia. Fuera la que fuese la procedencia de su título, en el palacio la conocían. Henry volvió la cabeza para mirar a los guardias y observó que tenían una extraña expresión en el rostro. Casi habría jurado que era miedo.

Pyrgus utilizaba los aposentos que había ocupado su padre antes del asesinato, de modo que también había guardias allí; los hombres de servicio, cuyo rostro se mantuvo inexpresivo, se apresuraron a saludar. Quercusia empujó la puerta e hizo entrar a Henry, que buscó a Pyrgus sin encontrar ni rastro de él.

Henry liberó la mano, se acercó a la repisa de la chimenea y fingió examinar los adornos. Había una miniatura enmarcada de una abeja, realizada con tanta habilidad que parecía tatuada sobre piel humana. Se alegraba de alejarse de Quercusia; por algún motivo lo ponía nervioso.

Miró alrededor y vio que ella le sonreía con condescendencia.

—¿Cree que tardará? —preguntó Henry.

—¿Quién?

—Pyrgus.

—Pyrgus no está aquí.

—¿No?

—Claro que no.

—Entonces ¿por qué me ha traído aquí?

Quercusia alzó la vista y observó con atención una esquina del techo.

—Dijiste que querías venir a su habitación.

El nerviosismo de Henry aumentó. Frunció el entrecejo y esbozó una inquieta sonrisita.

—En realidad quería ver a Pyrgus. Lo siento.

Aquellos ojos negros como endrinas se posaron en él de nuevo.

—No puedes. Pyrgus está en el exilio. —Una expresión de orgullo se le dibujó en el rostro—. Ahora mi hijo es el emperador. —Parpadeó varias veces como si saliera de un profundo sueño y de pronto se puso muy serio—. Creo que te voy a meter en la cárcel. Eres un chico horrible.

Henry sintió un escalofrío, tragó saliva y comenzó a deslizarse hacia la puerta.

—Majestad... —dijo para complacerla.

Henry no vio que hiciera sonar ningún timbre ni que hiciera ninguna señal, pero la habitación se llenó de hombres.

—¡Encerradlo en los calabozos! —ordenó Quercusia. Tenía los ojos desorbitados y el semblante desencajado—. ¡Encerradlo en los calabozos y tirad la llave!

Como el *ouklo* se había destartelado por completo y se negaba a abandonar el cementerio, los Brimstone partieron para su luna de miel en un planeador de dos asientos. Era una nave incómoda y con los muelles en mal estado, pero barata y sorprendentemente rápida en campo abierto, o al menos eso aseguró el hombre de la empresa de alquiler. Para Brimstone el principal problema era su propio tamaño, pues no había espacio para apartarse de la señora Brimstone, que se le agarraba del brazo y hacía ruiditos de satisfacción mientras él miraba con gesto pétreo por la ventanilla abierta.

El sistema de navegación del planeador había sido diseñado para que volara por la ciudad, de modo que sorteaba las retorcidas calles de Cheapside con bastante facilidad. Incluso se las apañó bien en Westgate, una zona muy difícil a causa de la magia de precisión que poseían las rocas de cuarzo del lugar. Pero cuando salía de los límites urbanos, se paraba en seco y se quedaba quieto esperando nuevas instrucciones.

—Necesito las coordenadas de la cabaña, corazoncito —pidió Brimstone esforzándose por sonreír.

—Ochenta, cuarenta y dos —murmuró ella devolviéndole la sonrisa.

—¿En serio? —preguntó Brimstone—. ¿Tan profundas? —Se inclinó hacia delante y repitió los números al tablero de mandos del planeador, que los asimiló en unos instantes y poco después se desplazó en dirección noroeste hacia el bosque. Brimstone se reclinó en el asiento y admiró el paisaje mientras procuraba ignorar la presión que la mano de la señora Brimstone le ejercía en la rodilla.

Tardaron apenas noventa minutos en llegar a la cabaña y Brimstone se sintió un poco mejor cuando surgió ante ellos el claro. Suponía que la cabaña sería de madera, bastante cómoda pero pequeña. Y en cambio tenía ante sí una lujosa casa de madera, diseñada por un arquitecto y muy espaciosa. Se había invertido mucho dinero en ella, y como en un lugar tan aislado no hacía falta utilizar hechizos de ilusión óptica, lucía mucho.

—¿Te gusta mi casita? —preguntó la señora Brimstone al bajar del planeador.

Brimstone no respondió. Estaba demasiado ocupado calculando cuánto valdría el lugar después de que él honrase la muerte de su inolvidable esposa.

* * *

La señora Brimstone insistió en preparar la cena personalmente, sin necesidad de criados. Tal interés escamó a Brimstone. No se le había ocurrido que la muy bruja intentase envenenarlo en su noche de bodas, lo normal era esperar unas semanas para

que no pareciese demasiado evidente.

Minutos después de que ella desapareciese en la cocina, Brimstone la siguió, como quien no quiere la cosa, con la esperanza de sorprenderla, pero Maura lo echó de inmediato.

—Éste no es sitio para un hombre —dijo con voz ronca—. Y menos aún para mi marido. Ve y lee un libro edificante; encontrarás un ejemplar de *Lapedorreta* en el salón. Deja que te sirva algo delicioso. Se acabaron las gachas de huesos, Silas. ¡Ya no habrá más gachas de huesos!

Brimstone abandonó la cocina de mala gana. Aún no estaba preparado para matarla y como ella tenía un hermano al que tendría que dar explicaciones, la muerte debía parecer un accidente y eso requería un poco de planificación. No le quedaba más remedio que correr el riesgo de comer lo que ella le guisara. Afortunadamente, los venenos discretos eran caros, así que la vieja bruja mezquina no los utilizaría. Con un poco de suerte y buen juicio, él detectaría los venenos baratos que seguramente compraba. La cuestión estaba en librarse de ellos sin que la mujer sospechase nada.

Encontró el libro y fingió leer. Al cabo de un rato la señora Brimstone asomó la cabeza por la puerta.

—Todo listo —gorjeó—. He preparado el comedor.

Brimstone se dirigió hacia allí y comprobó que no sólo estaba dispuesto el comedor, sino que el aperitivo ya estaba en la mesa

—Siéntate, siéntate —ordenó la señora Brimstone con brío. Lo miraba de forma extraña, con un destello de expectación en los ojos.

Brimstone se sentó y examinó el aperitivo: era una especie de sustancia gris y gelatinosa salpicada con trocitos helados de carne blanca. Tal vez la vieja urraca estuviese haciendo un esfuerzo, pero ese plato no tenía mejor aspecto que las gachas de huesos. Parecía vómito de gato sobre hojas de lechuga.

—¿Qué es? —preguntó.

—*Mousse* de pescado —respondió la señora Brimstone, y se sentó—. He dejado la piel por economía.

Brimstone pensó que tal vez le sentase mal, pero ¿lo envenenaría? Entonces miró el plato de ella.

—Te has servido muy poco —comentó.

—Hay una ración para las mujeres y un lugar para las mujeres —declaró la señora Brimstone citando un viejo refrán elfo.

—Pero querida, no puede ser —repuso Brimstone—. Tú has hecho la comida y te mereces la ración más grande. —Se esforzó por componer algo parecido a una sonrisa y cambió su plato por el de ella. «A ver si se lo come», pensó.

La señora Brimstone miró el aperitivo. ¿Ponía expresión de desconsuelo? ¿Comprendía que le había salido el tiro por la culata? Sin embargo, la mujer alzó los

ojos con una sonrisa radiante.

—Vaya, gracias, Silas. ¡Qué considerado! —Pinchó un bocado de *mousse* de pescado con el tenedor y se lo llevó a la boca.

Brimstone siguió su ejemplo y se sorprendió porque sabía muy rica.

El segundo plato era cerdo asado y, muy a pesar suyo, a Brimstone se le hizo la boca agua cuando su esposa lo presentó en la mesa. Lo había cocinado como a él le gustaba: relleno, con la corteza crujiente y la aromática salsa de la carne.

La señora Brimstone sostenía un cuchillo de aspecto siniestro.

—Te gusta, ¿eh? —le preguntó en tono amenazador—. Brimstone casi dio un brinco en la silla hasta que se dio cuenta de que se refería al guiso. Abrió la boca para responder, pero ella continuó alegremente: —¿Tal vez una rodaja o dos de esta parte? — Señaló con el cuchillo y, sin esperar respuesta, empezó a cortar.

El veneno estaría tan sólo en una porción del asado, y ella acallaría las sospechas de su marido sirviéndose una ración de cualquier otra parte.

—No, no —se apresuró a decir el hombre—. De ahí no. Me gusta más de aquí. — Y señaló con el dedo.

La señora Brimstone no dio la menor muestra de inquietud, depositó las rodajas en su propio plato y comenzó a cortar donde él le había indicado.

—¿Corteza? —preguntó—. Espero que te apetezca. Yo no puedo tomarla porque me sienta fatal.

¡Estaba en la corteza de la carne! ¡Tenía que estar ahí! Él la comería y ella no. ¡Qué astuta! ¡A él le encantaba la corteza de cerdo!

—Yo tampoco puedo tomarla —repuso Brimstone—. Me produce gota.

Si la muy bruja se sintió decepcionada no lo demostró.

—¿Relleno?

—Si tú tomas un poco.

—Claro que sí —afirmó la señora Brimstone—. Y patatas, zanahorias, *sinderack* mentolado y guisantes. Siempre he sido partidaria de comer bien.

Brimstone contempló el plato lleno. Tal vez la había juzgado mal. Allí no había veneno, a menos que estuviese dispuesta a tragarlo también ella. De pronto se le ocurrió una idea: ¿y si utilizaba un veneno especial? A lo mejor ya había tomado el antídoto. Quizá...

Tonterías. Su imaginación se había desbocado. Aquella vieja era demasiado estúpida y tacaña para hacer algo semejante. Y además, era absurdo que lo envenenase la noche de bodas, con cinco muescas en el pilar de la cama. Demasiado sospechoso. Seguramente esperaría uno o dos meses para intentarlo. Pero para entonces ya sería demasiado tarde para ella.

—Lo siento, querida —murmuró Brimstone (ella había dicho algo a lo que no había prestado atención).

—¡Un brindis! —repitió la vieja.

Horrorizado, Brimstone se dio cuenta de que tenía delante una copa de vino. No la había visto servirlo. ¡Allí estaba el veneno! Lo había echado en la copa mientras él estaba distraído. ¿Cómo iba a salir del atolladero sin que Maura se percatase de que sabía lo que tramaba?

—Por nosotros y los que son como nosotros —brindó la señora Brimstone alegremente. Levantó su copa y esperó, expectante, a que su marido bebiese.

Él frunció el entrecejo. ¿Qué clase de brindis era aquél? ¿Y de dónde había salido la copa de vino?

—¿Qué significa este brindis? —preguntó Brimstone para ganar tiempo. En la mesa había una pesada jarra de cristal tallado llena de clarete, y supuso que el vino procedía de allí.

—¿Se te ocurre otro mejor? —repuso su mujer en tono irritado mientras contemplaba la copa de su marido.

Brimstone se puso en pie de un brinco.

—Claro, ¡por una feliz vida conyugal! —exclamó. Movié los brazos, excitado, y se las arregló para volcar la copa. El vino fluyó sobre la mesa como un río de sangre—. ¡Oh! ¡Qué torpe soy! No importa, cariño, me serviré otra copa. —Cuando iba a levantar la jarra reparó en que el mantel echaba humo y se deshacía en pedazos.

Ella se apartó a toda prisa antes de que el líquido llegase a su regazo.

—Voy por un paño para limpiar esto —anunció con voz chillona.

—Espera un momento, corazoncito —gritó Brimstone, que fingió no darse cuenta de que el vino estaba corroyendo la mesa—. ¡Primero nuestro brindis, nuestro maravilloso brindis! —Se sirvió una segunda copa y rodeó la mesa para entrelazar el brazo con el de su mujer—. ¡Por una feliz vida conyugal! —repitió, y la golpeó con la jarra de vino.

La señora Brimstone se desplomó como un saco de patatas.

El árbol era muy raro. Tenía el tronco tan grande como el de un viejo roble, pero las ramas se retorcían como las de una araucaria. Fogarty lo rodeó dos veces y dio golpecitos en el tronco, pero no encontró ninguna abertura, así que descartó un hechizo de ilusión óptica. Tal vez no se tratase de ningún hechizo. En sus átomos, la materia es en gran parte espacio vacío y lo único que evita que la espalda de una persona traspase la del respaldo de la silla en que se sienta es un campo eléctrico. Probablemente, habían interferido la potencia de campo del árbol para que los soldados penetrasen en él. Ese hecho explicaba el cómo, pero no el porqué. ¿Por qué alguien querría fundirse con un árbol?

—Ahora tú —ordenó otro soldado de uniforme verde haciéndole una señal a Fogarty.

Él no lo dudó; sentía demasiada curiosidad por el secreto del árbol. Caminó con rapidez hacia el enorme tronco, llegó al punto que el soldado le había indicado, tocó la madera áspera y sólida y pasó a través de ella. Curiosamente, la sensación fue similar a deslizarse de lado.

Se halló en un hueco forrado de metal, lo bastante ancho para estar de pie con los brazos extendidos sin tocar los lados; se había producido una especie de cambio dimensional que quizá no era total, pero sí suficientemente importante para que el hueco se desfasara, aunque conservara al mismo tiempo la esencia del árbol. Fascinante tecnología. Aquella gente era mucho más sofisticada de lo que parecía.

Le pareció que flotaba hacia arriba y reconoció la familiar sensación de los hechizos suspensorios. Casi al instante apareció en una amplia plataforma de madera sobre las ramas del árbol. La joven soldado que había ido delante (Fogarty comprobó con sorpresa que se trataba de una mujer) le dio la mano para que no perdiese el equilibrio. Fogarty miró alrededor y el asombro lo dejó boquiabierto: había una red de carreteras en los tramos superiores del bosque. Resultaba absolutamente invisible desde el suelo, pero en lo alto serpenteaba de árbol en árbol; sus principales arterias eran anchas como autopistas y en ellas desembocaban muchas carreteras secundarias, zonas de carga, aparcamientos, paseos y avenidas. Constituía una monumental proeza de ingeniería a base de una mezcla de madera y metal y otro material que Fogarty no reconoció.

Blue se encontraba ya en la plataforma y miraba alrededor con estudiada indiferencia. Madame Cardui y Pyrgus aparecieron segundos después, sin que en apariencia les hubiera afectado el pequeño contratiempo anterior.

—¿Sabías cómo era esto? —le preguntó Fogarty a madame Cardui. Se podía desplazar un ejército por aquellas carreteras. Intentó calcular hasta dónde se extendía el bosque, pero su conocimiento de la geografía del reino era demasiado escaso para

hacer una estimación.

—¡Oh, sí! Hace tiempo que lo sé.

—Usted nunca me lo contó —dijo Blue con un ligero matiz de reproche.

—Yo tengo necesidad de saber, cariño —repuso madame Cardui, nombrando uno de los principios básicos del espionaje—. Pero tú no necesitabas saberlo. —Le dedicó una sonrisita a Fogarty—. Además, a nuestra edad siempre se debe mantener algo en secreto por si acaso, ¿verdad?

Fogarty asintió, pero dudó que Blue lo entendiese. Miró a madame Cardui y preguntó:

—¿Quiénes son esas personas?

—Los llaman elfos salvajes, querido, ¿te imaginas? Creíamos que eran primitivos, primitivos habitantes del bosque. ¡Vaya camuflaje! Poseen una cultura y unas estructuras sociales propias, un sistema de gobierno y fuerzas de defensa. Me quedé asombrada cuando me enteré.

—¿Son elfos del día o de la noche? —quiso saber Fogarty.

—Da igual. No se decantan por ningún bando. Lo siento, Pyrgus.

Este, que contemplaba una de las autopistas de la copa de los árboles, apenas la escuchó.

—Se puede trasladar un ejército por aquí —murmuró el chico haciéndose eco del pensamiento anterior de Fogarty.

—¿Tienen ciudades en las copas de los árboles? —preguntó Fogarty.

—No. Sólo esta red de comunicaciones —explicó madame Cardui—. Son nómadas; la vida urbana los ahoga. Se congregan en pequeñas comunidades dentro de los árboles vivientes.

Uno de los soldados de uniforme verde, que ocupaban la plataforma, murmuró algo al oído de madame Cardui.

—Quieren que salgamos de aquí, queridos —anunció.

—¿Adonde vamos? —preguntó Fogarty.

—A ver a la reina de los elfos —respondió esbozando una amplia sonrisa.

* * *

El medio de transporte era una enorme balsa de madera que flotaba a unos quince centímetros por encima de la carretera. Cuando Pyrgus subió a bordo, la embarcación cabeceó ligeramente, como un barco en el mar. Un soldado de uniforme verde manejaba el único mando: una larga palanca en la parte delantera. La balsa tenía capacidad para transportar al grupo, pero tuvieron que ir apretados hombro con hombro, salvo el pequeño espacio reservado al piloto.

—¡Agárrense! —gritó éste.

Pyrgus se preguntaba qué significaba todo aquello cuando de pronto la balsa arrancó dando un salto y salió despedida a tremenda velocidad. El chico se fue hacia atrás y se habría caído de no ser por la presión de los que lo rodeaban. Se fijó en que todos los que vestían uniforme verde se inclinaban hacia delante para contrarrestar el viento.

Tardó un poco en recuperar el equilibrio, pero después observó las ramas superiores que sobrevolaban. Le costaba ordenar sus pensamientos, puesto que en las últimas horas habían ocurrido demasiadas cosas: el golpe de Hairstreak, Comma en el trono, su propio exilio en compañía de Blue y el guardián Fogarty, el ataque al *ouklo* que creían obra de los hombres de Hairstreak cuando en realidad lo era de los elfos del bosque, y en ese momento, el rescate. Porque suponía que se trataba de un rescate... Tenía que hablar con madame Cardui.

Pyrgus giró un poco la cabeza y descubrió junto a él a la chica que lo había adormecido durante la lucha.

—Deseo disculparme —dijo ella en voz baja—. No sabía que eras el príncipe heredero.

—No te preocupes —repuso Pyrgus. Sin saber por qué se sintió incómodo.

—Bueno, no estaba muy segura —añadió la chica—, pero cuando me atacaste con la daga creí que debía hacer algo.

—Ya —afirmó Pyrgus. Quería hablarle con educación, pero sólo lograba pronunciar palabras sueltas.

La muchacha lo miró a la cara un momento y luego se encogió de hombros.

—Bueno, sólo quería decírtelo. —Y desvió la mirada.

—¿Cómo te llamas? —se apresuró a preguntar Pyrgus venciendo al fin su parálisis vocal.

La joven le sonrió.

—Nymphalis —respondió—. Nymphalis Antiopa. —Titubeó y añadió con leve timidez—: Mis amigos me llaman Nymph.

—Yo soy Pyrgus Malvae. —No se le ocurrió otra cosa.

—Sí, ya lo sé.

El uniforme verde le sentaba muy bien y aunque era de corte masculino no le daba aspecto de chico. Pyrgus no concebía nada que pudiese hacerla parecer un chico. El uniforme le daba un aspecto... digamos, elegante. Pero era porque tenía una figura que resultaría elegante incluso vestida con un saco.

—El... el asunto de la... mmm... varita en la oreja y el rodillazo en... bueno, el rodillazo... estuvo bien. Quiero decir que lo comprendo. En el fragor de la batalla y todo eso. —Ella continuaba sonriéndole. Pyrgus quería saber si era una soldado profesional y si tenía novio—. ¿Tienes...? —Volvió a empezar—. Me gustaría saber por qué atacasteis el *ouklo*.

—No creerás todas esas tonterías de que los elfos del bosque son forajidos, ¿verdad? —repuso Nymphalis, sorprendida.

—No, no, claro que no. Creí que erais hombres de Hairstreak. —La chica tal vez no sabía quién era Hairstreak, pero continuó—: Sólo me pregunto por qué. ¿Por qué nos atacasteis?

La balsa dio unas sacudidas.

—¡Oh! —exclamó Nymphalis—. Ya hemos llegado.

Henry había estado en los calabozos del palacio una vez, aunque por poco tiempo, cuando intentó rescatar al señor Fogarty, a quien habían hecho prisionero, pues todo el mundo creía que había asesinado al Emperador Púrpura. Pero aquella experiencia fue civilizada en comparación con la actual. Lo arrojaron a una celda subterránea, fría y húmeda, que olía a pis y no tenía retrete, salvo una pequeña rejilla en las losas desgastadas y agrietadas del suelo. Las paredes también eran de piedra y la estancia parecía muy antigua, construida en la época de la torre del palacio primitivo. No había ventanas y la única luz provenía de una candela que parecía a punto de apagarse cada vez que había corriente de aire.

La puerta tenía casi treinta centímetros de grosor y estaba reforzada con metal, como si los constructores hubiesen creído que allí encerrarían a un dinosaurio; contenía algún tipo de hechizo porque cada vez que él se acercaba, hacía un ruido como si unas uñas rascaran un encerado. No creía que los guardias hubiesen tirado la llave, pero sospechaba que podía pasar allí mucho tiempo.

Henry se apoyó contra la pared y se escurrió hasta el suelo para pensar. ¿Qué le habría sucedido a Blue? ¿Y a Pyrgus? ¿Quién diablos era Quercusia?

Tenía que encontrar a sus amigos y averiguar qué había ocurrido. Necesitaba salir de allí.

Echó un vistazo a la celda en busca de algo que pudiese utilizar para escapar, algo que sirviera para cavar, forzar la cerradura o golpear al guardia, como se veía en las películas. Pero la estancia estaba vacía; no había ningún mueble, ni siquiera un colchón en el suelo. Nada, a excepción de un felpudo apolillado tirado en un rincón.

Dejó de contemplar la estancia y se quedó mirando el felpudo. ¿Por qué se lo habían dado?

Se puso en pie de un repentino brinco. ¡Aquello no era un felpudo!

—Ya puedes dejar de esconderte en el rincón —dijo.

—No me escondo —repuso el endriago—. Estaba durmiendo y me has despertado de un sueño encantador. —Se deslizó hacia Henry—. ¡Oh, eres Henry! Hola, Henry. ¿O tal como están las cosas prefieres que te llame Hombre Férreo?

—¿Te conozco?

—Claro que sí. Soy el que te vendió al guardia de la recepción de la cárcel. ¡Para lo que me sirvió!

Henry siguió mirando la criatura unos instantes hasta que la reconoció. El endriago se refería a su intento de sacar a Fogarty de los calabozos en su primera visita al reino (Henry había tratado de mentirle al guardia y un endriago del servicio externo lo detectó enseguida).

—¿Eres tú? —preguntó Henry.

—El mismo.

—¿Te han enviado a espiarme? —No se imaginaba el motivo, pero él tampoco sabía por qué estaba allí.

—¡Ah, las egocéntricas certezas de la juventud! —exclamó el endriago en tono filosófico—. No tiene nada que ver contigo; esa vieja loca vulgar me ha encarcelado.

Henry se dio cuenta de que la «vieja loca vulgar» era Quercusia.

—¿Por qué?

—¿Por qué me ha encarcelado? Pues porque no le gusta mi piel o el color de mis ojos. ¿Quién puede saber los motivos de esa chiflada? Si sigue así, dentro de un mes estarán llenos los calabozos y también la cárcel de Asloght. Fue un mal día para el reino cuando Comma la soltó.

¿Comma la había soltado? A lo mejor el endriago no le serviría para salir de allí, pero podría darle información valiosa.

—He estado unas semanas fuera —dijo el chico—. ¿Qué ha ocurrido?

Por un momento creyó que el endriago no respondería, pero la criatura suspiró y dijo:

—Veamos... ¿Sabes que el príncipe heredero ha sido enviado al exilio?

—Sí, pero ¿está Blue con él? ¿La princesa Blue?

—Sí, sí, la princesa Blue y el guardián Fogarty. Eso ya es historia. —El endriago suspiró otra vez.

—¿Cómo sucedió? —preguntó Henry. Apenas podía creerlo. Lo último que sabía era que Pyrgus se estaba preparando para su coronación.

—Órdenes de su padre —respondió el endriago.

—Pero su padre murió...

—Estaba vivito y coleando la última vez que lo vi. En fin, que está vivo, aunque no tiene muy buen aspecto.

—¿La última vez que lo viste? ¿Cuándo?

—Hace un par de días. Antes de que la vieja loca me metiese aquí.

—¿Estás seguro?

—No sabes mucho de endriagos, ¿verdad? Nosotros no podemos mentir. —Se retorció ligeramente como si notase un picor—. Nos faltan setenta y ocho células del cerebro. No parece mucho, pero es suficiente para no decir mentiras. Cuando un endriago dice algo concreto, no dudes que es la verdad. Si no estamos seguros, decimos «quizá», «tal vez», «alguien me ha contado» o algo así. Vi al Emperador Púrpura vivo hace un par de días en este palacio. Estoy seguro. Créelo.

A Henry le costó aceptarlo, porque al padre de Pyrgus le habían disparado a corta distancia con una escopeta, aunque tal vez el disparo no lo había matado. De hecho, en su propio mundo había gente que entraba en coma profundo y los médicos los consideraban técnicamente muertos aunque no lo estuviesen.

—Comma ocupa el trono ahora, o lo ocupará cuando sea coronado y proclamado como tal: Emperador Púrpura electo y coñazo real. ¡Comma! ¿Te lo imaginas? Lo primero que hizo fue soltar a su madre.

—¿De dónde? —La madre de Comma debía de ser la segunda esposa del viejo emperador. Henry la creía muerta.

—Del ala oeste. Llevaba años encerrada allí.

De pronto Henry comprendió de quién hablaba el endriago.

—La madre de Comma es Quercusia, ¿verdad? ¿Por qué la encerraron?

—Porque está loca, naturalmente. Ya lo sabes. En su familia todos están locos.

—¿Quién es su familia?

—Quercusia es hermana de lord Hairstreak —respondió el endriago.

A Pyrgus le costaba dar crédito a sus ojos: casi un millar de elfos había invadido el claro del bosque y continuamente se les unían muchos más. Parecían emerger de los árboles al igual que él mismo había salido de uno de ellos momentos antes, junto con Nymph y los otros que iban en la balsa voladora. Los hechizos que permitían hacer eso debían de guardar relación con la tecnología del portal que trasladaba personas a otra dimensión, pero nunca había visto nada parecido. Porque aquello no era pasar a otra dimensión, sino entrar en el hueco de un árbol. Al menos eso había hecho él, aunque para ello había tenido que pasar a través del tronco, lo cual suponía la existencia de un hechizo. Jamás había conocido a ningún mago halek capaz de semejante acción, y le hubiera gustado saber cómo lo conseguían los elfos del bosque.

Entonces tuvo una idea fugaz: con un hechizo de ese calibre, no habría castillo que estuviera seguro, pues se podía invadirlo por sorpresa a través de los muros.

Los elfos del bosque estaban formando filas, aunque no todos llevaban el uniforme verde. Tal vez éstos fuesen soldados libres de servicio o es que eran disciplinados por naturaleza. Pyrgus buscó a Nymph para preguntarle estas cuestiones, pero no la encontró por ningún lado; tampoco vio a madame Cardui y se azoró al recordar que había intentado estrangularla.

Blue salió del árbol un poco ceñuda; Fogarty apareció tras ella y se dio la vuelta para mirar el árbol.

—¿Sabe cómo lo hacen? —le preguntó Pyrgus en voz baja.

—No, pero me gustaría —repuso Fogarty.

—Pyrgus, ¿qué le ha ocurrido a...? —Blue se calló cuando la multitud que ocupaba el claro hizo un silencio repentino. Todos giraron la cabeza hacia un camino que procedía del bosque. Pyrgus oyó a lo lejos un sonido como de campanas de iglesia.

Dos jinetes llegaron al claro y se situaron a cada lado del camino. Aunque nadie dijo una palabra, la multitud circuló (no había otra palabra para expresarlo) para agrandar el espacio y volvió a circular para formar una circunferencia en medio del claro. Pyrgus se hallaba en un extremo de éste con Blue y Fogarty, separados del grueso de los elfos del bosque. Se preguntó si debía retroceder, pero decidió que no. Al menos allí veía bien lo que pasaba, y si querían que se cambiara de lugar, ya se lo dirían. Se fijó en que ni Blue ni Fogarty parecían muy partidarios de apartarse.

Un grupo de arqueros a caballo se acercaba por el camino. A Pyrgus le pareció un armamento primitivo, pero estaba aprendiendo rápidamente a no subestimar a esa gente, ya que las puntas de flecha que usaban habían perforado la capa de plata diamantina de la cabina del *ouklo*. A lo mejor las flechas también estaban provistas de

hechizos especiales. Una flecha no era lo último en tecnología de armamentos, pero... Tal vez las puntas de flecha poseían la misma clase de magia que permitía a los elfos del bosque entrar en los árboles. Si las flechas tenían el mismo poder, no habría armadura en el mundo que las parase. ¡Incluso atravesarían la piedra!

El sonido de campanas se aproximó y Pyrgus centró la atención de nuevo en el camino. Un grupo a caballo más numeroso seguía a los arqueros.

—Utilizan caballos. ¿Por qué no usan ahora los hechizos de levitación? —murmuró con preocupación. Estaba claro que los elfos del bosque disponían de esa clase de hechizos, a juzgar por los transportes aéreos y los discos voladores.

—Porque en un bosque los caballos dan mejor resultado —repuso el guardián Fogarty—. Y no es necesario guiarlos, puesto que un buen caballo encuentra el camino sin dificultad; resulta más seguro que un disco volador y probablemente más rápido.

El segundo grupo ofrecía un aspecto imponente, más que nada por su paso majestuoso. Pyrgus estiró el cuello para captar más detalles, pero el bosque que rodeaba el claro era denso y un dosel de hojas formaba un arco sobre el camino y lo dejaba en penumbra.

Los arqueros avanzaron por el claro y, siguiendo el ejemplo de los dos primeros jinetes, se dividieron en dos grupos para formar a su vez otro círculo. A Pyrgus le sorprendió y también lo atemorizó un poco que se colocasen detrás de él, pues se quedó aislado con Blue y Fogarty dentro del círculo. Echó un vistazo atrás y vio que no podía hacer nada, así que esperó.

En ese momento apareció una extraña procesión: los jinetes iban acompañados de corredores a pie que retozaban, saltaban y agitaban los brazos como posesos, mientras mantenían el paso de los caballos sin aparente dificultad. Tanto los jinetes como los corredores iban disfrazados con una curiosa variedad de trajes de cinco siglos atrás; predominaban los sombreros puntiagudos y los escaupines de terciopelo rematados en punta.

—¡Dios mío! —exclamó el señor Fogarty—. ¡Es la Caza Salvaje! Una antigua superstición popular de mi mundo, o al menos así lo creía hasta ahora. En la Edad Media se daba por hecho que en ciertas noches del año las brujas y otros seres sobrenaturales cabalgaban por el bosque a la caza de... no sé... almas, supongo. Se llamaba la Caza Salvaje y también la Caza de los Elfos. El mito debió de basarse en lo que estamos viendo; fijaos en los trajes, las descripciones coinciden: sombreros puntiagudos, arqueros, caballos y las mujeres al frente.

Pyrgus observó que, en efecto, delante de todo iba una mujer; no comprendió cómo no se había percatado antes. Era la criatura más extraña que había visto en su vida: no sólo vestía de verde (un manto ribeteado de piel sobre un blusón y pantalones de montar ceñidos), sino que su piel también era verde y le resaltaban

unos enormes ojos dorados.

—¿Qué es esa mujer? —susurró Pyrgus, fascinado con aquella figura (incluso tenía el pelo verde entretejido con una guirnalda de florecillas del bosque).

A escasa distancia la seguía un hombre, también de color verde y provisto de una capa, desnudo de cintura para arriba, de poderosa musculatura y con un arco a la espalda; sus ojos eran casi negros y el cabello de un rubio dorado.

La mujer cabalgó directamente hacia Pyrgus, se detuvo a pocos centímetros de él y desmontó con elegancia. De cerca, el color de la piel de la mujer resultaba aún más desconcertante que en la distancia. Miró a Pyrgus a los ojos como si pretendiese leerle el pensamiento y en tono muy serio le dijo:

—Príncipe heredero Pyrgus Malvae, soy la reina Cleopatra. —Se dio la vuelta y señaló al hombre verde, que seguía montado a caballo—. Éste es mi consorte, Gonepterix. —El aludido hizo una pequeña inclinación; tenía un rostro agradable, pero de expresión precavida.

—¿Reina Cleopatra? —repitió el guardián Fogarty, extrañado—. ¿Has dicho Cleopatra?

La mujer le dedicó una lenta mirada de reojo; parecía divertida.

—Así me llamo. Y tú eres el Guardián del otro mundo. La Dama Pintada me ha hablado de ti.

¿Reina Cleopatra? ¿Reina de qué? ¿De dónde? Pyrgus estaba descubriendo que los elfos del bosque no eran lo que creía todo el mundo. Se les daba muy bien esconderse y ocultar lo que sabían; se trataba de seres que vivían dentro de los árboles y prácticamente constituían un reino independiente dentro del propio reino que le pertenecía a él.

La reina Cleopatra posó de nuevo sus inquietantes ojos dorados en Pyrgus.

—Deseo darte la bienvenida y conocer a tu hermana. ¿Está contigo?

—Yo soy la princesa Blue —se presentó ella. Fogarty la ocultaba en parte.

Cleopatra le dedicó una cálida sonrisa.

—La Dama Pintada me ha hablado mucho de ti, más aún que del Guardián.

Parecía una bienvenida bastante afectuosa, pero a Pyrgus se le ocurrieron muchas preguntas. Antes de poder formularlas, se le adelantó Blue.

—¿Dónde está madame Cardui? Estaba con nosotros hace poco, pero ha desaparecido.

—Se ha adelantado —explicó la reina—. Nos esperará en la Gran Mansión. Ahora mismo iremos allí; tenemos que hablar de muchas cosas.

—No me gustan los caballos —declaró Fogarty, y miró al corcel de la reina con mala cara.

Cleopatra pareció confusa, pero su expresión se tranquilizó enseguida.

—Oh, ¿lo dices por el viaje? —Sonrió—. Guardián, la Gran Mansión está más

cerca de lo que piensas.

—¿La hermana de Hairstreak? —exclamó Henry—. ¿Por qué al viejo emperador se le ocurrió casarse con ella? —Quercusia era bastante guapa tratándose de una mujer mayor, pero no había para tanto. Otro pensamiento le cruzó por la cabeza—: ¡Pertenece a los elfos de la noche, por todos los cielos!

El endriago hizo un curioso movimiento ondeante parecido a un encogimiento de hombros.

—Por eso precisamente se casó con ella, porque pertenecía a los elfos de la noche y era hermana de Hairstreak. Política pura y dura. Apatura Iris creyó que un matrimonio concertado con un miembro de la familia de Hairstreak ayudaría a unir a los elfos del día y de la noche. Tal vez Quercusia estuviera un poco mochales, pero eso era mejor que una guerra civil. Además, el Emperador Púrpura no sabía que estaba chiflada cuando se casó con ella.

Esa noticia era mala. Muy mala. Malísima. En el reino habían ocurrido cosas casi increíbles, todas malas para Pyrgus y Blue (así como para el señor Fogarty, y ahora también para él). Pero al menos sus amigos seguían vivos, aunque eso sonaba a que se habían limitado a sobrevivir; y si ellos habían necesitado que los ayudara, ahora lo requerían más que nunca. El chico no podía apartar de la mente la visión de sus cuerpos yaciendo en el bosque.

—Debe de haber una forma de salir de esta celda —se quejó Henry.

—¡Oh, claro que sí! —afirmó el endriago, que había trepado hasta la mitad de un muro y ahora colgaba de él como un tapiz.

—¿Cómo?

—Hay una forma —insistió el endriago.

—Sí, claro, a través de la puerta, pero se les olvidó darnos la llave —repuso Henry con desdén.

—No sé por qué adoptas esa actitud sarcástica —dijo el endriago, enfadado—. Supuse que hacías una pregunta directa y te respondí del mismo modo. —Se pegó con más fuerza a la pared y cerró los ojos.

—Lo siento. ¿De verdad hay una forma de salir? ¿Dónde? ¿Cómo?

—Creo que no te lo voy a decir. No me sienta bien el sarcasmo.

Si la criatura hubiese tenido garganta, Henry la habría estrangulado.

—Lo siento —volvió a disculparse—. En serio, lo siento. No pretendía molestarte. Perdón. Bueno, es que... tú estabas aquí antes que yo. Y he pensado que si hubiera una forma de salir, la habrías utilizado; eso es todo.

—He dicho que había una salida. Pero no he dicho que pudiera usarla; yo no tengo fuerza suficiente. Pero tú sí, al menos eso creo. Pareces un chico fuerte; fuerte y sarcástico.

Henry se contuvo.

—¿Me la explicas, por favor? Me has sido de gran ayuda hasta el momento. —Y añadió—: Si salgo, te sacaré conmigo y si hay algún lugar a donde puedas ir, te llevaré.

—Éste es uno de los calabozos más antiguos del palacio —dijo el endriago—. Hace siglos que no lo arreglan y no está muy bien construido. ¿Puedes ver esa rejilla en medio del suelo?

La rejilla era para que los prisioneros hiciesen pis y tapaba un agujero bastante pequeño y manchado de orín. Henry arrugó la nariz.

—Pues sí...

—Se desenchaja si tiras con fuerza.

Henry miró la rejilla; tenía quince centímetros de ancho como mucho.

—Yo no puedo pasar por ahí.

—La losa se desprende con ella —explicó el endriago.

—¿Qué hay debajo? —Henry sintió el primer asomo de creciente emoción. No quería alimentar la esperanza, pero...

—Una alcantarilla. Es un poco asquerosa y muy estrecha para alguien de tu tamaño, pero probablemente logres pasar.

—¿Probablemente?

—Juzga tú mismo cuando levantes la losa —sugirió el endriago—, ya que no estás dispuesto a aceptar mi palabra.

—Vale, vale, si tú crees que puedo conseguirlo... ¿Adonde conduce la alcantarilla?

—Supongo que a los desagües del palacio. No lo tomes como una verdad absoluta, pero una vez vi un mapa del sistema subterráneo. Creo que es ahí a donde conduce.

—¿Cómo están los desagües? ¿Podré atravesarlos sin dificultad?

—¿Atravesarlos? —se burló el endriago—. Podrías montar una fiesta en ellos si no fuera por el pestazo. Son enormes.

—¿Y qué pasará si no encuentro la salida? La salida de los desagües, quiero decir.

—¡Oh, vamos! Te estoy explicando cómo puedes largarte de aquí, ¿quieres también un mapa a escala y una garantía firmada?

—Lo siento —se excusó Henry una vez más.

—Si eso te tranquiliza, no me separaré de ti. No me apetece enfrentarme a las ratas salvajes solo.

—¿Hay ratas salvajes ahí abajo? —Henry se estremeció. Solamente había visto una rata viva, pero le daban escalofríos.

—Grandes como caballos, según dicen. Pero tampoco lo tomaría como una verdad absoluta. —El endriago empezó a descender por el muro—. Con suerte no

encontraremos ninguna, pero si ocurre, será mejor que pudrirse aquí, ¿no crees?

—Sí... —respondió Henry, no muy seguro.

—Bueno, ¿a qué esperas? Levanta la rejilla.

Henry fue con paso titubeante hasta el centro de la estancia. El hedor parecía más fuerte que antes, y no sólo por el pis, sino porque la rejilla estaba manchada por años de uso y tenía unas incrustaciones repugnantes.

—¿Estás seguro de que no puedes levantarla tú?

—Absolutamente seguro. Los endriagos somos inteligentes, pero no tenemos fuerza. Tú lo harás sin dificultad.

—No tengo guantes —dijo Henry mientras contemplaba la rejilla.

—¡Qué suerte la mía! —rezongó el endriago—. Hay veinte millones de personas en el reino y me encierran con un blandengue.

Henry respiró hondo, se agachó para agarrar la rejilla (con la mano desnuda, ¡qué asco!), y tiró. Notó que se movía un poco y que el endriago tenía razón: la losa circundante también se movió. Pero estaba muy lejos de levantarse con facilidad.

—Utiliza ambas manos y prepárate para resistir —sugirió el endriago.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Henry.

—Flapwazzle. ¿Por qué?

—Cállate, Flapwazzle —ordenó Henry. Agarró con ambas manos la rejilla, pero ésta no cedió.

—Utiliza las piernas —dijo Flapwazzle—. Las piernas son más fuertes que los brazos.

Henry se aferró a la rejilla y tiró con fuerza apoyándose en las piernas. Por un instante no ocurrió nada, pero luego la losa se levantó con un chirrido y se estrelló con estrépito contra el suelo.

—Jamás entraré ahí —declaró Henry mirando el maloliente agujero.

—Iré delante por si te atascas —se ofreció Flapwazzle—. De esa forma, al menos uno de los dos huirá.

A Henry se le presentaba una decisión difícil. No le entusiasmaba la idea de quedarse pegado boca abajo en una estrecha alcantarilla, sobre todo en aquélla en que la gente hacía pis... y cosas peores. Pero si bajaba de pie y no se quedaba atrapado, tendría que caminar hacia atrás hasta los desagües principales sin nada que lo guiase, excepto el susceptible Flapwazzle, que a lo mejor se largaba solo en cualquier momento. ¿Qué hacía, entonces? ¿Metía primero los pies o la cabeza en la oscuridad?

—¡Deprisa! —gritó Flapwazzle, que ya se había sumergido en la cloaca—. No tengo todo el día para esperarte. Aquí huele que apesta.

Henry respiró hondo por segunda vez y metió primero la cabeza por la abertura. Se quedó atascado casi al momento.

—Empuja con fuerza —sugirió Flapwazzle.

Henry se resistía a seguir el consejo porque aún era posible retroceder y regresar a la celda, pero cuando empujaba hacia delante se quedaba trabado. Si insistía se atascaría del todo; a escasos centímetros el olor ya resultaba insoportable. No se le ocurría peor final que morir de hambre bloqueado en aquella asquerosa y vomitiva alcantarilla.

—¡No contengas el aliento! —exclamó Flapwazzle—. Estás hinchado. No me extraña que no logres avanzar.

—¡Son mis hombros! —susurró Henry en la apestosa oscuridad—. Están aprisionados y no están hincha... hinchados. —Soltó el aire y trató de empujar de nuevo. Consiguió hacer un pequeño movimiento, pero al punto volvió a detenerse.

No obstante, Henry sabía que no empujaba lo suficiente, o al menos no con toda la fuerza de que era capaz. Le aterrorizaba quedarse allí, pero por otro lado el endriago tenía razón: resultaba absurdo retroceder para pudrirse en una tétrica celda a merced de la lunática reina.

Al pensar en la celda tuvo una idea.

—Voy a buscar la candela —dijo—. Nos vendrá bien un poco de luz ahí abajo.

—Si introduces una llama en los desagües, saldrá el metano —repuso Flapwazzle, muy tranquilo—. Y probablemente volará medio palacio.

—Vale —admitió Henry con amargura. Como no podía retrasar más el momento, presionó hacia delante con todas sus fuerzas. Y se quedó atrapado para siempre, condenado, ahogándose con los gases, a punto de morir en la oscuridad... hasta que de pronto se deslizó como el corcho de una botella, e incluso tuvo sitio para mover los codos y descender lentamente.

—Es más ancho aquí abajo —dijo Flapwazzle en tono alentador.

—Me alegro —murmuró Henry—. ¿Tienes alguna idea de adonde vamos? —Apenas se había movido uno o dos metros y reinaba tal oscuridad que casi podía

palparla.

—Sigue mi voz —sugirió el felpudo—. No dejaré de hablar.

—¿Ves en la oscuridad?

—No, pero silbo. Nos irá mejor en los túneles principales. Hay un hongo fluorescente que crece en las costras de no sé qué; es tenue, pero se te acostumbran los ojos.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Anteriormente he estado aquí abajo. —A Henry le hubiera gustado saber por qué, pero antes de preguntarlo Flapwazzle dijo—: Ya llegamos. Hay un canto, Henry.

Henry ya se había dado cuenta al pegarse contra el muro y se estaba frotando la cabeza. Había un leve resplandor a la derecha. Avanzó rápidamente hacia él, saltó casi un metro y cayó en un túnel principal, como Flapwazzle había dicho.

—¡Cuidado!

Cayó de cabeza en el agua (o al menos confiaba en que lo fuera) y se puso de pie tosiendo y escupiendo como un poseso. El endriago volvía a tener razón: era un túnel enorme y se podía estar derecho sin ninguna dificultad. Flapwazzle tampoco se había equivocado con el hongo: formaba manchas de un verde bilis en el techo y arrojaba una luz fantasmal que permitía ver uno o dos metros por delante.

—¿Dónde estás? —preguntó Henry, y oyó el eco de sus propias palabras en la distancia.

—Delante de ti, un poco a la derecha —respondió Flapwazzle—. Estoy flotando. Procura no pisarme.

Henry escudriñó la penumbra. Algo oscuro flotaba en el agua; quizá era Flapwazzle, o una cosa mucho menos edificante.

—¿Estás seguro de que sabes salir de aquí?

—Totalmente. Tengo buena memoria para los mapas. La cuestión está en que hay montones de desagües: urinarios, retretes o cañerías. Si pasas de largo, sólo tienes que seguir la corriente y sales al río, donde desemboca todo el sistema. Es nuestra mejor opción para alejarnos de esa loca. Sabes nadar, ¿verdad?

—No muy bien —respondió Henry.

—Mmm... Tal vez sea un problema antes de que lleguemos al río.

Hubo algo en el tono del endriago que inquietó a Henry.

—¿Por qué antes de que lleguemos al río?

—Purgan el sistema cada dieciséis horas. Treinta billones de litros de agua se reciclan a presión. Incluso los nadadores más fuertes fracasan; de hecho, no sé de nadie que haya sobrevivido.

—Sí, pero es cada dieciséis horas; nos queda mucho tiempo para salir antes de que suceda.

—Depende de cuando haya sido la última vez que lo hicieron —precisó el

endriago.

«La revolución wangarama —anunció el wyrm Cyril en la mente de Jasper Chalkhill— es potencialmente el acontecimiento político más importante del reino en los últimos cinco siglos; por lo tanto...».

«¿No podemos ir al grano?», preguntó Chalkhill, impaciente. Le parecía un gesto de cortesía compartir la mente con un gusano, pero aquella criatura no dejaba de darle la tabarra.

«Sí, tal vez sea mejor puesto que el tiempo apremia. Si coincidimos en que el reino está hecho un desastre (y tras echar un vistazo a tus pensamientos, veo que coincidimos), la revolución wangarama es la manera de arreglarlo».

«Aún no me has explicado en qué consiste, Cyril».

«A eso iba, ¡qué impaciente! Sin duda habrás oído hablar del famosísimo teórico político wangarama Munchen... —Chalkhill estaba a punto de llamar al timbre de la clínica, harto—. ¡Espera! ¡Espera! —chilló el gusano—. Tengo que contártelo para que entiendas nuestro ofrecimiento. Seré rápido, te lo prometo. Los wangarami hemos sido la especie superior del planeta a lo largo de casi tres millones de años y los filósofos wangarami se han esforzado por la revolución durante generaciones y han creado, estudiado y desechado una teoría tras... ¡No toques el timbre! El hecho es que un filósofo wangarama contemporáneo...».

«Oye —dijo Chalkhill—, estoy seguro de que todo eso es muy interesante, pero ahora tengo cosas mejores que hacer, como ocuparme del resto de mi vida, lo cual no incluye ninguna aportación de esa cuestión tuya. Así que, si me disculpas, me haré la operación y culminaré nuestro pequeño divorcio. Procuraré que no te hagan daño, por supuesto, y como al parecer has vivido perfectamente sin mí en el pasado, imagino que tú...».

«¡Te convertiremos en Emperador Púrpura!», gritó Cyril.

La Gran Mansión era enorme, pero Fogarty no tenía la menor idea de cómo habían llegado allí. Empezaba a sentir verdadera admiración por los elfos del bosque, pues tenían una reserva de trucos que nadie habría imaginado. Además, resultaba asombrosa una tribu que se había escondido durante generaciones sin que nadie sospechase de su existencia. Nadie a excepción de Cynthia, claro. Le dedicó una tierna mirada a madame Cardui, sentada casi frente a él en la mesa de reuniones, y recibió una mirada similar.

A la izquierda de Cleopatra, la reina de los elfos, se sentaba la Dama Pintada, y a la derecha Pyrgus ocupaba el asiento de honor tradicional; junto a éste se hallaba Blue con semblante inexpresivo, y a continuación Limeniotis, un pálido elfo del bosque y consejero de la reina, el propio Fogarty y, por último, el musculoso Porcellus Hawkmoth, que había dirigido el asalto del *ouklo* y era, evidentemente, un militar. Fogarty se fijó, con cierta sorpresa, en que el consorte de la reina, Gonepterix, no tenía sitio en la mesa, aunque estaba presente en la habitación: permanecía junto a una ventana que ofrecía una vista ilusoria de un mar embravecido y era la única persona a la que se le permitía llevar un arma, el conocido arco de caza de las gentes de los bosques. Contemplaba a la reina con interés y, por su expresión, con cariño. Fogarty dedujo que tenían buena relación, aunque no había duda sobre quién mandaba.

—Bien, ¿y ahora qué? —preguntó la reina a nadie en particular. Fogarty pensó que se trataba de un inicio interesante.

—Señora —dijo Pyrgus en voz baja—, ¿somos sus prisioneros o sus invitados?

El tono era amable, pero inesperada la pregunta. Fogarty levantó la vista, sorprendido. El chico aún no había hablado con Cynthia y él tampoco. De cualquier forma le pareció una entrada inteligente que iba directa al meollo de la cuestión. Tal vez Pyrgus tuviese más sentido común del que le reconocían.

La reina sonrió.

—Queridos míos, la reina Cleopatra ordenó vuestro rescate a petición mía —explicó madame Cardui.

—Sois mis invitados —afirmó la reina.

Fogarty tenía un montón de preguntas que hacer. ¿Quiénes eran esos elfos del bosque que habían conseguido mantenerse ocultos tanto tiempo? ¿Cómo los había conocido Cynthia? ¿Y cómo había convencido a la reina para que arriesgase las vidas de sus súbditos y, sobre todo, el secreto de su existencia, en una misión de rescate?

—Lo que tenemos que decidir ahora —dijo madame Cardui— es qué hacer a continuación. —Miraba a Blue más que a Pyrgus, pero fue él quien comentó:

—¿Qué le hizo pensar que tenía que rescatarnos, madame?

Fogarty reprimió una sonrisa. La operación había sido más dura para Pyrgus que para nadie, pues una guerrera elfa lo había dejado tieso.

Madame Cardui clavó la vista en el chico. Ella se había cambiado el manto con capucha por un vestido más llamativo, cuyos hechizos de serpientes arco iris contrastaban con los sobrios trajes de los demás.

—Hairstreak no quería que sobrevivieseis, por mucho que se empeñara el pobre iluso de tu hermanastro, y envió soldados tras vosotros. —Los miró a todos, uno por uno, con gesto serio—. Si los elfos del bosque no hubiesen actuado, los tres habríais muerto en cosa de una hora.

A Pyrgus le daba vueltas la cabeza. No era la primera vez que se veía agobiado por una situación. Sin embargo, la reina del bosque estaba en lo cierto y la pregunta era: «¿Y ahora qué?». Pero antes de que él hablase, la reina dijo:

—Nuestra amiga la Dama Pintada nos ha explicado vuestra situación y mi pueblo está deseando ayudaros.

«¿Por qué?», se preguntó Pyrgus.

—¿Cómo? —preguntó Fogarty.

La reina le dedicó una de sus extrañas miradas de reojo.

—Como sea necesario, Guardián, incluyendo la ayuda militar.

Pyrgus se quedó inmóvil. ¿Ayuda militar? El reino acababa de evitar una guerra civil y ya estaban hablando de otra. No podía permitirlo ni consentir esa situación. Lo sabía, aunque no quería afrontarlo. Incluso cuando Comma los envió al exilio por orden de su padre, sabía que tendría que actuar. Pero supuso que habría tiempo de hacer planes en Haleklind.

—¿Por qué? —preguntó Fogarty, como si fuera el eco del pensamiento de Pyrgus.

—¿Por qué? —repitió la reina, que suspiró y su mirada fue de Fogarty a Pyrgus—. Príncipe heredero, durante generaciones a mi pueblo no le ha interesado en lo más mínimo el conflicto entre los elfos del día y de la noche. Hemos utilizado nuestras artes con gran éxito para permanecer ocultos. El bosque profundo es un lugar peligroso; son pocos los que se aventuran a entrar en él. Y los que lo han hecho, han visto sólo lo que nosotros queríamos que vieses: un puñado de elfos del bosque viviendo de mala manera, como forajidos. —Recuperó la sonrisa, aunque un destello acerado le oscureció los ojos—. Llegaron a llamarnos elfos salvajes, más o menos como a los animales del bosque.

—Reina Cleopatra, no...

La reina interrumpió las palabras de Blue con un gesto de la mano.

—No había intención de ofender, lo entiendo. Y además, no importaba porque esas ideas favorecían nuestros propósitos, pues significaban que nadie sabía la verdad; no nos envidiaban, ni nos investigaban ni nos declaraban la guerra. Nos dejaron al margen, un precioso regalo; al menos, un regalo que para mi pueblo ha

sido fantástico. Pero no permaneceremos al margen mucho más tiempo puesto que uno de vuestros nobles se ha construido hace poco una casa en el bosque. Intentamos frustrar el proyecto, pero había un límite que no podíamos cruzar sin revelar nuestra presencia. Su propiedad es extensa, aunque la hubiéramos tolerado, pues aún queda mucho bosque para que nos escondamos, pero ese noble ha abierto los pozos del infierno bajo su nueva casa, y no podemos permitirlo.

—¿Pozos del infierno? —preguntó Blue, interesada y preocupada a la vez.

—Una especie de diversión —aclaró la reina con disgusto—. El bosque no soporta a los demonios; causarían estragos en nuestro espacio vital. Hemos protegido la periferia durante siglos, pero esa... criatura ha introducido la posibilidad de una invasión desde el interior del bosque.

—Los portales de Hael están cerrados —murmuró Blue.

—Sí, y eso nos ha dado tiempo para preparar estrategias. Pero no permanecerán siempre cerrados, y cuando se reabran, tememos por nuestro antiguo habitat. —Miró a Limenitis—. Mi consejero y yo hablábamos de lo que se podría hacer cuando madame Cardui nos propuso una posible solución.

—Queréis que os ayudemos a destruir los pozos del infierno como compensación por vuestra colaboración para restaurar al príncipe Pyrgus en el trono, ¿verdad? —aventuró Fogarty.

—Ambos objetivos vienen a ser lo mismo —le espetó la reina—. El noble que ha abierto esos pozos es lord Hairstreak.

—El enemigo de mi enemigo es mi amigo —citó el Guardián con una sonrisa.

—¿Por qué no atacáis directamente la propiedad de Hairstreak? —dijo Pyrgus—. Por lo que he visto de vuestro ejército, no tendríais grandes dificultades en arrasar el lugar hasta los cimientos.

La expresión de la reina no cambió y contestó:

—Por dos razones: la primera, como he dicho, es que preferimos mostrarnos lo menos posible y si os ayudamos, tendréis el compromiso moral de no hablar a nadie de nuestros orígenes; la segunda es que mis asesores y yo no creemos que nuestra seguridad quede garantizada tras atacar la propiedad del bosque de Hairstreak y cerrar los pozos. Tenemos que quitar de en medio a Hairstreak. Y eso sólo se puede lograr a través de una alianza con vosotros.

—Tiene sentido —afirmó Fogarty.

Por primera vez desde que habían salido del palacio, Blue sonrió de verdad. Miró con admiración a madame Cardui y después a la reina.

—Majestad —dijo la princesa ceremoniosamente—, vuestro ofrecimiento de ayuda no podría haber sido más oportuno. Creo que podéis confiar en que mi hermano y yo...

Pero Pyrgus ya se había puesto en pie.

—Gracias por vuestra ayuda, reina del bosque —declaró—. Pero queda descartado un ataque conjunto a lord Hairstreak.

El cuerpo parecía un montón de andrajos y no pesaba nada cuando lo arrastró fuera. Se hallaba en un lugar perfecto para un asesinato, pues no había ni un alma cerca; además, los cuervos le avisarían si alguien se acercaba, aunque no parecía probable.

Brimstone echó un vistazo. Era su primera oportunidad de ver su nueva propiedad adecuadamente. Ya recorrería el interior más tarde, pero en ese momento necesitaba encontrar un cobertizo donde se guardaran herramientas. Si hubiera habido más vino envenenado, podría haber disuelto a Maura en la bañera, pero el poso que quedaba en la botella no era suficiente (aunque la mesa se había caído en pedazos). Necesitaba una tumba muy escondida y una estaca para atravesarle el corazón para estar seguro de que ningún entrometido la hiciera regresar antes de que se pudriese.

Encontró una pala en el cobertizo, agarró a su difunta esposa por el pelo y la arrastró hasta el bosque.

Aunque la mujer pesaba poco más que un pajarillo, Brimstone se cansó al cabo de unos cientos de metros. Por fortuna, encontró un lugar un poco más allá de un viejo roble, donde la tierra parecía bastante blanda. Empezó a cavar metódicamente.

Cuando la tumba cobró forma, dejó vagar sus pensamientos hacia el futuro. Estaba convencido de que el maldito hermano de la bruja iría a buscarla, pero suponía que no lo haría antes de que la luna de miel se diese por terminada, más o menos al cabo de una semana. Para entonces, Brimstone habría saqueado y vendido la cabaña y se habría establecido en una pequeña finca rural de Yammeth Cretch, donde pasaría inadvertido al nuevo emperador Pyrgus. Perfecto final para un matrimonio.

Una vez el hoyo fue lo bastante profundo, Brimstone echó un breve vistazo alrededor y lanzó a Maura dentro.

—Hasta la vista, querida —dijo con alegría—. Ha sido un matrimonio maravilloso.

Se disponía a rellenar la tumba cuando los cuervos salieron en estampida de los árboles.

Chalkhill encontró un salón de *simbala* con una elegante terraza exterior y pidió un trago del tamaño de un dedal. Bebió la música líquida muy a gusto y escuchó cómo se le deslizaba suavemente por la garganta hasta expandirse en una tremenda sinfonía que le liberaba las tensiones del cuerpo.

«¿Puedo hablar ahora?», le preguntó el wyrm Cyril en el interior de la mente.

«No», respondió Chalkhill.

Dejó que la música lo invadiera y creara visiones heroicas. Se vio a sí mismo vestido con ropajes de color púrpura imperial (de corte más estiloso, desde luego, que los que solía llevar el viejo emperador), impartiendo justicia, ganando guerras, contando oro y, sobre todo, diciéndole a la gente lo que debía hacer. Jasper, el Emperador Púrpura. ¡Qué orgullosas sonaban las palabras en boca de sus súbditos!

«¿Puedo hablar ahora?», insistió Cyril.

La sinfonía se estaba apagando pero aún quedaba un poco de música en el vaso, mas Chalkhill lo apartó y dejó que las visiones se extinguiesen.

«De acuerdo —dijo—. Estoy deseando comentar contigo la jugada, pero no quiero una de tus conferencias, Cyril. Ya sé que contraría tu naturaleza, pero ve al grano».

«Sí. Vale», contestó el wyrm tras una pausa incómoda.

«¿Me ofreces convertirme en Emperador Púrpura? ¿No lo he entendido mal?».

«No».

«Pero ¿cómo? ¿Cómo vas a hacerme emperador? Cuéntamelo en versión breve, por favor».

No fue muy breve, pero sí mucho más interesante que la mayor parte de la cháchara de Cyril. Los wyrms, que al parecer habían desarrollado una especie de conciencia colectiva desde que habían establecido su Red mental, habían formado más relaciones simbióticas en el último año que a lo largo de toda su historia.

Y no sólo eso, sino que el carácter de las simbiosis había experimentado un cambio sorprendente. Al principio los wyrms se vinculaban a sus anfitriones más o menos al azar, pero en la actualidad los vínculos se seleccionaban con mucho cuidado. Con una creciente mezcla de alegría y temor, Chalkhill se enteró de que los wyrms se habían infiltrado en los consejos más eminentes del país.

«Me ofrecí voluntario para unirme a ti por tus relaciones políticas —dijo Cyril—. Has trabajado para lord Hairstreak, conoces al príncipe Pyrgus y a la princesa Blue y eres un hombre rico que se mueve en círculos sociales importantes, de modo que puedes llevarnos a lugares que ningún otro podría».

Chalkhill no estaba tan seguro de eso, pero tuvo la prudencia de ocultarle sus pensamientos al wyrm.

«¿Los otros con los que tuviste vínculos conocían tus planes revolucionarios?».

Hubo una larga pausa antes de que Cyril respondiese.

«No todos...».

«¿Cuántos?».

Otra pausa prolongada.

«Sólo unos pocos. Tenemos que escogerlos con mucho cuidado. Es una cuestión de confianza».

«Y entonces, ¿por qué me has escogido a mí?», preguntó Chalkhill con suspicacia. No podía entender cómo alguien en su sano juicio decidía confiar en él, dado su historial.

«Eres uno de los pocos que hemos encontrado que no tiene el menor escrúpulo», afirmó Cyril alegremente.

El endriago Flapwazzle trepó por el liso muro de la cloaca para examinar una zona de desagüe.

—¿Sabes qué? —comentó—. Creo que nos hemos perdido.

—Creí que recordabas el mapa —le reprochó Henry.

—Sí, pero esta parte del sistema no sale. Me parece que nos hemos perdido.

—No importa. Intentaremos llegar hasta el río como sea. Haremos lo que tú dijiste y seguiremos la corriente hasta que alcancemos la salida —afirmó Henry.

Flapwazzle volvió a deslizarse hasta el suelo.

—Me caes bien, Henry —declaró—. Me pareciste bastante majo la primera vez que te vi, aunque mentías muy mal. Pero ahora que te conozco mejor, creo que eres más majo todavía. No hay mucha gente que al perderse se lo tome con tanta calma; chillarían, gritarían y me echarían la culpa de todo. Hay un dicho dedicado a los endriagos: «Échale la culpa al endriago», las palabras más ciertas que se han pronunciado. Todo el mundo nos echa la culpa, pero tú no, Henry. Mantienes la tranquilidad, nunca pierdes el sentido común y aceptas las cosas como vienen. Creo que tú y yo podemos ser buenos amigos.

—También tú me caes bien, Flapwazzle —dijo Henry, y era cierto. Llevaban casi una hora deambulando por las cloacas y su compañero no había dejado de mostrarse alegre y divertido. Ahora entendía por qué tantos elfos tenían endriagos; la percepción de la verdad de esas criaturas resultaba útil, pero su personalidad era maravillosa.

—Mira hacia abajo antes de decir eso —sugirió Flapwazzle con un acento cómico que daba a entender que estaba imitando a alguna celebridad del reino que Henry no conocía.

—¿Cómo?

—Mira hacia abajo —repitió Flapwazzle con su tono normal—. Y luego dime si aún te caigo bien.

Henry bajó la vista.

—¿Qué estoy buscando?

—Algo que no está ahí: la corriente que hemos estado siguiendo —respondió Flapwazzle.

—¡Está seco! —exclamó Henry—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Continuar. Espero que encontremos pronto un lugar conocido.

Avanzaron juntos. El túnel se prolongaba ante ellos, interminable. Al cabo de unos cientos de metros, Henry preguntó:

—¿Por qué crees que está seco? —Desde que habían entrado en los túneles principales, la corriente líquida había señalado su camino hacia el río.

—Eso es lo que no me gusta —comentó Flapwazzle—. El único momento en que el agua se retira es cuando van a hacer una purga.

Henry se detuvo con el corazón en un puño.

—¿Quieres decir que crees que van a purgar el sistema ahora?

—No puedo mentir. Creo que sí.

Henry oyó un estruendo procedente de algún lugar a sus espaldas.

—¿Qué hacemos? —preguntó con repentino pánico.

—Salir de los túneles principales —respondió Flapwazzle al tiempo que echaba un vistazo atrás. Obviamente había oído el mismo ruido que Henry—. Tendremos alguna oportunidad si nos metemos en una cañería o similar.

—No veo cañerías —dijo Henry mirando frenéticamente alrededor.

—Yo tampoco.

El estruendoso ruido era cada vez más fuerte.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Correr —sugirió Flapwazzle.

Y Henry corrió. El ruido que los perseguía se tragó el eco de sus pasos.

Recorrió cientos de metros antes de darse cuenta de que estaba solo y se detuvo.

—¿Flapwazzle? —llamó. No había ni rastro del endriago—. ¡Flapwazzle! —gritó más alto, y con una creciente sensación de horror cayó en que no habría respuesta.

«¡Estúpido! ¡Estúpido de mí!», se reprochó. ¡Los endriagos no podían moverse con la misma rapidez que los humanos porque no tenían pies! Se arrastraban retorciendo sus cuerpecillos planos, como serpientes. Tendría que haberlo traído en brazos, lo que habría resultado muy fácil ya que esas criaturas no pesaban casi nada. Pero estaba tan absorto con su propia seguridad que había salido corriendo como un conejo asustado, dejando a Flapwazzle en... en...

—¡Flapwazzle! —gritó, y echó a correr por donde había venido.

Entonces vio la tromba de agua que se dirigía hacia él.

—¿A qué crees que estás jugando? —susurró Blue, furiosa.

Pyrgus y ella se hallaban solos en una pequeña y aislada antecámara de la Gran Mansión. La reina les había asegurado que su intimidad estaba garantizada.

—No podemos atacar a lord Hairstreak —dijo Pyrgus—. Él es... es... —Movi6 la cabeza con desánimo.

—¿Es qué? —inquirió Blue—. ¡Vamos, Pyrgus, reacciona!

—¡Ahora trabaja con nuestro padre! —Pyrgus parecía a punto de llorar.

—¡No trabaja con nuestro padre! —repuso Blue—. Padre está bajo su influencia, que no es lo mismo. Tenemos una gran oportunidad, ¿no lo ves? Si los elfos del bosque nos ayudan, acabaremos con lord Hairstreak de una vez por todas. ¿Te has fijado en lo que hacen esas puntas de flecha? Cuando saquemos a Hairstreak de en medio, recuperaremos a papá. Podremos cuidarlo para que se cure y darle el mejor tratamiento médico. Y tal vez ocupe el trono de nuevo. Comma se retirará, sabes que lo hará, y si no lo hace, lo obligaremos o lo obligará papá. Nuestro padre volverá a ser el Emperador Púrpura, como antes. Todo será como antes, pero mejor, porque no habrá que preocuparse de Hairstreak.

Pyrgus ofrecía un aspecto sumamente apocado.

—No será como antes —dijo el príncipe en voz baja—. No puede ser como antes, ya no, jamás.

—¡Pyrgus, sí! Haremos planes. Apelaremos a todo el ejército del bosque si hace falta. Nosotros...

—Blue, papá no está enfermo, sino muerto. No se trata de cuidarlo ni de prestarle atención médica... —Pyrgus agitó una mano en un gesto de impotencia—. ¡Está muerto! Por eso Hairstreak lo controla. Hagamos lo que hagamos, dará igual; seguirá muerto.

—Todo va a salir bien, Pyrgus —insistió Blue al cabo de un momento—. Apartaremos a papá de Hairstreak, ése es el primer paso; y lo traeremos aquí, al bosque. Lo esconderemos y le daremos el tiempo que necesite para recuperar la normalidad. La reina Cleopatra nos ayudará. —Se levantó y sus ojos lanzaron un destello acerado—. Es hora de que volvamos con los demás.

Henry se aplastó contra el muro de la cañería y esperó. No tenía ni idea de si sobreviviría a los próximos minutos, aunque por una parte le importaba muy poco, pues se sentía culpable por haber abandonado a Flapwazzle. Sin embargo, por otra parte —una parte considerable— le importaba mucho porque deseaba salir vivo de esas asquerosas cloacas para ver a Blue y ayudar a Pyrgus a librarse del lío en que estaba metido.

El torrente de agua que se acercaba rugía tan fuerte que resultaba casi ensordecedor, pero la entrada del túnel principal de la cloaca estaba a más de diez metros de distancia; ojalá eso bastara para librarse de las consecuencias. Si estaba en lo cierto y tenía suerte (mucho, muchísima suerte), el torrente de agua pasaría tan rápido que la cañería lateral, que estaba a una altura superior, permanecería seca. Pero si se equivocaba, moriría.

Pensó que pronto lo sabría. ¡Pobre Flapwazzle!

De repente vio que la tromba de agua avanzaba y llenaba la entrada de la cañería lateral como una marea desbocada. Sin embargo, no perdió la calma; tal vez estuviese a punto de morir, pero no podía hacer nada por remediarlo.

De inmediato, igual que hacen las mareas, el agua retrocedió. El gran torrente siguió rugiendo en la cloaca principal, pero se mantuvo apartado del túnel lateral. Henry se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento y por fin lo soltó en una larga exhalación. ¡Estaba a salvo! ¡Todo iba a salir bien!

Pero entonces se vio arrastrado hacia la boca del túnel.

No había nada a que agarrarse; el limo humedecía los muros de la cañería lateral y él no lograba apoyar los pies en el suelo; el silbido del viento en los oídos era como si lo azotase una tormenta. Mientras se deslizaba hacia la entrada y la burbujeante masa de agua, pensó que el flujo del agua en el túnel principal era tan potente que había originado el vacío en las cañerías laterales y, al entrar el aire para llenarlo, lo arrastraba a él hacia el temible torrente. El fragor del viento y el agua se incrementó más y más, hasta que de pronto cesó.

Henry distinguió el rugido del agua retirándose a lo lejos. Se puso de pie, vacilante, pugnando por respirar; tenía arañazos en los brazos y las piernas, pero por lo demás se encontraba bien y ya no volvería a ser arrastrado hacia la cloaca principal. El torrente había pasado y él había sobrevivido.

* * *

Aunque pasarían horas hasta que llegara el torrente siguiente, Henry decidió que no permanecería en la cloaca ni un minuto más de lo necesario, lo cual no quería

decir que estuviese preparado para arriesgarse a recorrer el río, pues en su última clase de natación había conseguido nadar tan sólo la mitad de la piscina antes de perder pie. Como estaba solo, consideró más seguro permanecer en tierra firme.

Durante la hora siguiente investigó cuatro cañerías laterales; una de ellas era tan reducida que tuvo que arrastrarse a cuatro patas, y tanto ésta como otras dos acababan en rejillas firmemente asentadas que no logró mover. La cuarta parecía un absurdo callejón sin salida hasta que se fijó en los tubos que confluían en ella desde el techo; eran tan pequeños que sólo le permitieron introducir el brazo.

Se preguntaba si tendría que arriesgarse a meterse en el río cuando vio que el túnel principal se bifurcaba y distinguió una luz distante en el pasillo de la derecha.

Por un momento temió que sólo fueran imaginaciones suyas, pero aquella luz no era como el resplandor verde de los hongos, sino que tenía el tono apagado de un día nublado. ¿Se trataba de una cloaca por la que podría salir? Tomó el túnel de la derecha, apretó el paso y echó a correr presa de la euforia. Tal vez esa luz no fuese ninguna salida, o quizá fuera inalcanzable, pero era una luz y él estaba vivo; había sobrevivido.

En efecto, ¡era una trampilla de registro! Henry lo contempló y, aunque nunca había sido muy religioso, ofreció mentalmente una pequeña oración. No podía ser nada mejor. Tenía ante sí una gran rejilla de metal encajada en el techo por la que se colaba la luz del día. Tenía bisagras, lo cual significaba que se podía abrir. Pero lo mejor era que daba a una estancia en forma de hornacina y que había un tramo de escalones de piedra que conducían hasta ella. La alcanzaría sin dificultad.

Henry subió los escalones casi tropezando a causa de la prisa, con el corazón en un puño. Se estiró para empujar la rejilla, pero se detuvo en seco: tenía una de esas peculiares cerraduras que se utilizaban en el reino de los elfos en lugar de candados. Las condenadas cerraduras solían tener una carga mágica, y Henry no sabía cómo se abrían. Se le encogió el corazón. ¡No podía estar cerrada, no, por favor! Pero, dada su suerte, seguramente lo estaría...

Empujó la rejilla y, para su sorpresa, ésta se desplazó fácilmente hacia un lado. ¡Sí! Henry la miró con asombro: o estaba rota o alguien la había dejado abierta. La luz del día lo absorbió; el chico se impulsó y superó los tres últimos peldaños de un salto.

¡Estaba libre!

Chalkhill apuró el contenido de su vaso y sintió cómo la música le envolvía el cerebro con el agradable telón de fondo de las palabras de Cyril. Entonces levantó mentalmente una mano para contener el flujo del wangaramas (se le daba bien hacer eso).

«¿Has dicho que estáis infiltrados en todos los centros de poder importantes del reino?».

«En la mayoría de ellos: en parte de la casa de Hairstreak, en la corte imperial (aunque eso está cambiando un poco ahora), en el consejo de...».

«¿Así que estáis vinculados a personas relevantes?».

«¡Oh, sí! Claro que sí».

«¿Y por qué me habéis escogido para que sea el Emperador Púrpura?».

Chalkhill creyó que el wyrm titubearía, tal vez lo adularía y después le endilgaría una cháchara interminable de la que él tendría que extraer el verdadero motivo. Pero el wyrm respondió directamente:

«Porque estás muy bien situado para el puesto».

«¿Muy bien situado?», preguntó Chalkhill sin entender a qué se refería.

«Nuestros filósofos afirman que necesitamos una transición cómoda para que la revolución tenga éxito, es decir, una tranquila transferencia de poder entre la legislación existente y nuestro anfitrión elegido. En otras palabras, la inmensa mayoría de la gente debe aceptar a su nuevo gobernante. Naturalmente, no sabrán que tiene un wyrm implantado en el cuerpo».

«Eso es lo que pregunto —insistió Chalkhill—. ¿Por qué diablos me van a aceptar a mí? No soy de sangre real, ni siquiera soy noble, excepto en el sentido más amplio de la palabra».

«Pero no te convertirás en emperador por ti mismo, sino que serás el primer emperador Hairstreak».

Se produjo un profundo silencio, como si el interior de la cabeza de Chalkhill se hubiese convertido en una vasta catedral vacía. Las últimas palabras del wyrm quedaron flotando como suaves copos de nieve y en ese momento comprendió exactamente qué significaban.

«¡Quieres que siga con la suplantación de personalidad! —exclamó, emocionado—. Quieres que asista a la coronación de Comma como si fuera Hairstreak, pero cuando yo asesine a Comma, pues será éste el asesinado en vez de Pyrgus, pretendes que ocupe su lugar... como Hairstreak».

«Exacto —afirmó Cyril con aire de suficiencia—. Ya piensas como un wangaramas».

Le parecía el plan más extraño que había oído en su vida, pero podía dar

resultado. Hairstreak pertenecía a una casa noble, relacionada con el viejo emperador por el matrimonio de su hermana con Apatura Iris. Más aún, contaba con el apoyo de la mitad del reino, pues era el líder reconocido de los elfos de la noche. Otros golpes de Estado habían triunfado con menos puntos de ventaja.

Pero algo fallaba, claro.

«¿Y qué sucederá con el Hairstreak real? —preguntó Chalkhill, ceñudo—. No se sentará a ver cómo yo me apodero del reino haciéndome pasar por él».

«El verdadero Hairstreak no estará en la coronación. Te lo dijo él mismo».

«No, espera un minuto. El me dijo que no estaría en la coronación de Pyrgus. Pero no hay motivo para que no asista a la de Comma, que es su marioneta».

«Cierto, pero tampoco piensa ir a la coronación de Comma. Cree que los elfos de la luz aceptarán la situación más fácilmente si no se deja ver mucho durante una temporada».

Tenía sentido, pero aun así...

«¿Cómo sabes todo eso?».

«Lo he averiguado gracias a su Guardián».

«¿Habéis introducido un gusano en Cossus Cossus? —preguntó con incredulidad. Resultaría maravilloso si fuera cierto—. Siempre me pareció que caminaba de forma rara».

«Cossus es uno de nuestros simbioses más importantes, así que puedes creer que nuestro amigo no estará en la coronación. Cuando tú mates a Comma y te proclames emperador, podrás denunciar al verdadero Hairstreak como impostor, hacer que lo detengan y colgarlo».

«Pero ¿no le dirá a todo el mundo que es el verdadero Hairstreak?».

«Claro que sí, pero ¿quién lo va a creer frente al nuevo emperador? Además, también nos hemos infiltrado en su guardaespaldas personal, además de Cossus Cossus. Con la ayuda de los wangarami, será coser y cantar. Lo único que tienes que hacer es encontrar un lugar donde esconderte hasta que te necesitemos».

Escondarse era la menor de las preocupaciones de Chalkhill, pues sabía perfectamente cómo arreglárselas. Sólo le preocupaba una cosa.

«No dispongo de los hechizos de ilusión óptica que usaremos. Hairstreak los conseguirá».

«¡Oh, vamos, Jasper! —dijo el wyrm, crispado—. ¿Crees que todos los recursos de la nación de los wangarami no alcanzan para un simple hechizo? Aunque no será un hechizo de ilusión óptica, sino que se tratará de una transformación permanente».

«¿Quieres decir que voy a ser como Hairstreak el resto de mi vida?».

«Exacto».

—¡Genial! —exclamó Chalkhill en voz alta. Todo el mundo temía a Hairstreak y el tipo poseía una gran fortuna. ¡Poder! ¡Riqueza! ¡Fama! ¡Todo gracias a un sencillo

hechizo de transformación!

Un camarero que pasaba le sirvió otro vaso de música embriagadora.

Mientras esperaba en la Gran Mansión, Fogarty se preguntó qué le habría pasado a Henry. No parecía que el chico fuera de los que se volvían atrás, sobre todo porque estaba colado por Blue.

Se levantó de la silla y caminó muy tieso para reunirse con Gonepterix junto a la ventana. Tras unos momentos de silencio se dio cuenta de que el paisaje que se veía desde la ventana no era un hechizo de ilusión óptica, sino que realmente estaba contemplando una costa rocosa y un mar embravecido.

—¿Dónde diablos estamos? —preguntó.

—Fuera del mundo —respondió Gonepterix.

—¿Fuera del mundo?

—Por seguridad —explicó Gonepterix.

¿Esos elfos podían sacarle a uno del planeta? Fogarty frunció el entrecejo. Debían de utilizar algún tipo de tecnología de portal, aunque no había visto ninguno. Para empezar tenía que encontrarse el planeta adecuado, en el que se pudiese respirar, el sol no friese a la gente y la gravedad no la aplastase. Además, debían establecerse las coordenadas y después abrir un umbral de espacio y tiempo, como un agujero negro, pero más grande. A continuación...

Se le escapaba. Todo aquello resultaba increíble, aunque los elfos lo habían hecho sin ninguna dificultad. Afortunadamente querían que los dejaran en paz. Con tecnologías como ésa podían comerse todo el reino en una quincena, y tragarse Hael y el Mundo Análogo de postre.

—¿A qué distancia estamos del bosque? —preguntó Fogarty.

Para su asombro, el elfo no dudó al responder.

—A treinta y ocho mil años luz.

Fogarty se quedó perplejo. Tal vez ese individuo no fuese consorte por su cara bonita. Se disponía a hacer más preguntas cuando aparecieron Blue y Pyrgus, que parecía casi enfermo. Fue su hermana quien se giró hacia la reina Cleopatra y dijo con resolución:

—Majestad, mi hermano y yo deseamos agradeceros vuestro ofrecimiento de ayuda y aceptarlo con gusto. —Miró a todos los presentes, como si desafiase a quien no estuviese de acuerdo—. Tal vez sea hora de que hablemos de nuestros planes.

Hacía muchísimo frío. Al principio Henry creyó que se trataba del contraste con la temperatura de las cloacas, cálidas y apestosas, pero exhalaba vaho y había escarcha en una pared. ¿Dónde estaba? Era evidente que se hallaba en las zonas inferiores del palacio, pero ¿dónde exactamente? ¿Tal vez había ido a parar a un almacén de comida? La habitación situada sobre el registro de la cloaca era una cámara de piedra con dos puertas y una ventana tan alta que rozaba el techo. Por lo demás estaba vacía. No había armarios, ni mesas, ni estanterías, ni ganchos ni barras, es decir, nada apropiado para guardar comida.

¿Por qué hacía tanto frío? Una temperatura tan baja no podía ser natural. Henry no veía tubos de refrigeración, pero tal vez el reino tuviese un sistema de climatización mágico, algún hechizo especial.

Los dedos se le empezaron a entumecer y comprendió que podría morir congelado mientras intentaba averiguar por qué tenía tanto frío.

Se acercó a la puerta más próxima, que no estaba cerrada con llave, pero siguió congelándosele el aliento en la cámara de al lado, igual de fría y más oscura; la única iluminación —muy débil— provenía de una lámpara cubierta de telarañas, al fondo de un tramo de empinados escalones de piedra que conducían a un piso superior.

Los escalones lo intrigaron. A lo mejor se encontraba en las bodegas del palacio, lo cual era probable dadas las circunstancias, y en ese caso la única salida era hacia arriba. Abandonaría el palacio y... ¿Y qué? ¿Seguiría a Blue y Pyrgus hasta Haleklind? Ni siquiera sabía dónde estaba ese país, aunque ya se ocuparía de averiguarlo cuando consiguiese alejarse del palacio y de aquella vieja chiflada.

Subió la escalera, pero la puerta estaba cerrada con llave. Se sentó en los escalones para reflexionar. ¿Por qué no se había traído algo útil consigo? En un estante del garaje de su casa había una maza de madera en la caja de herramientas; también había... Pero ¿de qué servía recordar? Incluso un cortaplumas le habría valido, pero no tenía ni cortaplumas ni llaves.

En ese instante se abrió la puerta que había a sus espaldas.

Henry se dio la vuelta y se halló ante un grupo de mujeres ataviadas con unos vestidos fantásticos que brillaban y les marcaban el cuerpo cuando caminaban.

—¡Hola! —Dijo Henry al tiempo que se levantaba. Sin embargo, le dio vergüenza porque todo lo que llevaba (los pantalones militares, la camiseta de IMÁN PARA CHAVALAS, incluso la cara) estaba muy sucio a causa de su odisea en las cloacas. Miró a las mujeres y se preguntó si estarían al servicio de la reina Quercusia y si habrían adivinado que era un prisionero fugado. Tragó saliva e hizo un comentario absurdo—: Estoy un poco perdido.

—Entonces será mejor que te ayudemos a encontrarte —repuso una de las

mujeres y le sonrió.

Resultó embarazoso pero agradable. Las mujeres lo condujeron a una pequeña habitación con una enorme bañera empotrada en el suelo, llena de humeante y espumosa agua perfumada, e insistieron en que se bañase. No abandonaron la estancia cuando se desnudó, aunque se volvieron de espaldas. Al deslizarse bajo la espuma, Henry temió que pretendiesen ayudarlo, pero lo único que hicieron fue retirarle la apesadumada ropa.

Henry se estiró en la bañera y se dio cuenta de lo agotado que estaba. No obstante, el agua contenía algo (tal vez un ingrediente herbáceo) que le distendió los doloridos músculos —no había que olvidar que había encogido hasta convertirse en una mariposa y luego había estado a punto de ahogarse en una cloaca—, hasta aliviarlos del todo. Movi6 los dedos de los pies y pens6 en Blue. Le parecía curioso que la primera vez que la había visto, ella también se estaba bañando y era atendida por sus doncellas. El baño de Henry era mucho más privado que el de Blue, pero también él tenía doncellas. Le hubiera gustado saber quiénes eran.

Henry se hundió rápidamente en el agua cuando una de las mujeres entró con unas toallas y prendas de alegres colores. Las mujeres eran muy distintas entre sí en cuanto a edad y aspecto, pero todas caminaban de la misma forma elegante y lucían aquellos sorprendentes vestidos, más bien trajes largos, supuso Henry, que resultaban increíbles por la manera en que se adherían al cuerpo y ondulaban. Todas se mostraban agradables con él, aunque no tenían mucha idea de lo que era la intimidad.

—Te traigo ropa limpia —anunció la mujer, y dejó el montoncito junto a la bañera con una sonrisa—. Reúnete con nosotras cuando acabes. Tal vez consigamos algo de comida.

Henry abrió los ojos y la observó marcharse. Hacía un minuto estaba adormilado, con la cabeza apoyada en el borde de la bañera, pero las últimas palabras de la mujer de pronto le despertaron un hambre voraz.

Salió de la bañera y se secó a toda prisa. Debía de haber algo en el agua, o quizá rociado en las toallas, porque el agotamiento se le pasó de repente. El hambre, en cambio, se agudizaba por momentos.

No le habían devuelto su ropa sino que le dejaron un conjunto de seda de colores —camisa, bombachos y calcetines a juego—, una especie de traje de gitano. Buscó la ropa interior, pero no la encontró. O se vestía con el traje de gitano o nada, así que se lo puso, aunque se sintió bastante raro sin calzoncillos. No obstante, el atuendo le gustó. Aquellas prendas no se parecían en absoluto a las que solía usar: tenían demasiados colores y un aire afeminado, pero se sintió muy a gusto con ellas. Le gustaba cómo se movían cuando caminaba y le dio la impresión de que le sentaban bien. En fin, mejor que su vieja camiseta IMÁN PARA CHAVALAS, y aquel atuendo

también resultaría un imán para chavalas.

Las botas eran lo más extraño del vestuario: de color marrón oscuro, altas hasta la rodilla y hechas de la misma seda que la camisa y los bombachos; la suela consistía en una serie de capas de seda superpuestas que parecían almohadillas. No durarían ni cinco minutos en un suelo de piedra, pero ya se vería; de momento se le adaptaron como si fueran zapatillas.

Seguía sintiéndose bien cuando salió del cuarto de baño.

Las mujeres lo esperaban. Con su recién adquirida confianza, Henry sonrió y dijo:

—No sé cómo os llamáis, pero me gustaría daros las gracias.

—Yo me llamo Flor de Melocotón —respondió la mujer que estaba más cerca de él, y le devolvió la sonrisa sin hacer ademán de presentarle a las demás—. ¿Darnos las gracias por qué?

Estaban sirviendo comida en una mesa. Algunos alimentos le resultaban desconocidos, pero todo olía de maravilla.

—No sé... por el baño. —Y la comida, pensó Henry, aunque aún no se la habían ofrecido. Recordó las normas de educación y añadió con cierto retraso—: Me llamo Henry.

—Sabemos quién eres.

Él no supo qué responder y sólo atinó a preguntar:

—¿Quiénes sois vosotras?

—Las amas de la seda —replicó Flor de Melocotón—. Somos hermanas de la cofradía de la seda.

* * *

Henry estaba comiendo algo que se llamaba hordio, de sabor ahumado y riquísimo, e instintivamente preguntó:

—¿No os meteréis en líos por darme de comer?

—¿Por qué? —repuso Flor de Melocotón.

¡Uy! Lamentó haberlo dicho. Era mejor que no supiesen que se había escapado de la prisión del palacio ni nada de eso. Si hubiese mantenido la boca cerrada, podría haber fingido que era un visitante que se había perdido y metido donde no debía. Tal vez aún las convencería de ello. Sin embargo, cuando dijo su nombre, la mujer había respondido: «Sabemos quién eres». ¿Cómo lo sabía? Y ¿sabría también todo lo sucedido desde que lo habían metido en aquella mazmorra?

Henry decidió probar; con un poco de suerte no tendría que retractarse.

—La nueva reina no está muy contenta conmigo —comentó con indiferencia. Si mantenía la calma, tal vez averiguase qué opinaban de la reina sin comprometerse.

—La nueva reina está más loca que una cabra —dijo Flor de Melocotón.

Estaba seguro de que se había olvidado de algo: la había tirado al hoyo sin clavarle la estaca en el corazón. Pero ya era demasiado tarde: alguien se acercaba, y Brimstone no podía permitirse el lujo de que lo encontraran junto a un hoyo en cuyo fondo yacía su esposa; sobre todo, porque la mujer tenía el cráneo aplastado y su estúpido cerebro arrugado le salía por la nariz. Contempló cómo los cuervos volaban en círculo armando barullo.

Recogió la pala y se dispuso a cubrir la tumba.

Era un trabajo engorroso, pero no podía detenerse. Los cuervos —pájaros necios— se estaban volviendo locos y alguien se acercaba entre la maleza. Por suerte, cubrir una tumba con tierra recién excavada resulta más fácil que cavarla. Echó la última palada y contempló su obra con ansiedad: ¡maldición!, se notaba que allí habían cavado. Era como si hubiera puesto un letrero que proclamara: «Tumba nueva».

¡Hojarasca!

Eso es: ¡debía cubrir la tumba con hojarasca! Si lo lograba, tal vez el caminante pasaría de largo sin detenerse, y él regresaría más tarde para terminar el trabajo. Acumuló brazadas de hojas secas sobre la tumba y estaba casi a punto de acabar cuando lo hipnotizó una brillante luz azul, y algo alto y horrible apareció en el claro. Brimstone soltó el montón de hojas y sintió que el corazón se le paraba.

A pocos metros de él se erguía Beleth, Príncipe de la Oscuridad.

* * *

Beleth tenía muy mal aspecto.

Se presentó bajo la forma de demonio gigante, pero con un cuerno abollado, dos colmillos rotos y sin una oreja; tenía un cardenal desvaído debajo del ojo derecho, un bulto en la cabeza que le latía y una horrible cicatriz que le recorría la mejilla izquierda, la mandíbula y la garganta. Como en ese momento el demonio apenas parecía capaz de arrancarle una pierna a un bebé, Brimstone recuperó el color del rostro, aunque siempre le había aterrorizado el príncipe del infierno.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó.

—Eso no importa —respondió Beleth, ceñudo.

—No, en serio —insistió Brimstone—. Me interesa.

—Me explotó una bomba en la cara. Por fortuna, la forma que tengo ahora es virtualmente indestructible. Pero lo que importa...

—¿Cómo has venido si todos los portales de Hael están cerrados? —preguntó Brimstone. Beleth debía de haber viajado en *vimana*; era la única forma. Pero como

un viaje en esa clase de vehículo duraba años, tenía que haberse desplazado él solo en un veloz platillo volante de un asiento, cosa que jamás habría hecho antes.

Beleth cubrió la distancia que los separaba en tres zancadas y agarró a Brimstone por la garganta, levantándolo como si fuera un vilano de cardo.

—¡Aaah! —Se ahogaba—. ¡Aaaggghh!

—Lo que importa —repitió Beleth, con la cara pegada a la de Brimstone— es que el resto del reino de Hael no ha tenido la misma suerte que yo. —Lo soltó y las vértebras le crujieron al caer al suelo.

—¿El reino de Hael ha sido destruido? —preguntó Brimstone sin aliento mientras se masajeaba el cuello.

—No seas estúpido. Pero necesita una considerable reconstrucción. —Fulminó a Brimstone con los ojos inyectados en sangre—. Costará millones.

Brimstone tragó saliva y le produjo mucho dolor.

—Me temo que no ando muy bien de dinero. Yo... —Se fijó en la expresión de Beleth y se calló—. No es eso, ¿verdad? —Quería enterarse de qué había sucedido, pero tenía la certeza de que era una buena noticia. Si el reino de Hael se hallaba en ruinas, Beleth tendría muchas cosas de que ocuparse más que de un simple contrato. Además, aquella tontería de sacrificar a Pyrgus ya se había quedado obsoleta, no valía la pena pensar...

—¡Se trata de una traición! —rugió Beleth—. ¡Se trata de ingratitud! ¡Se trata de pactos rotos, deudas no pagadas, cerdos renegados!

A lo mejor sí valía la pena pensar en ello.

—Siento lo del contrato —se apresuró a decir—. Circunstancias fuera de mi...

—¡Tú no, imbécil! —tronó Beleth—. ¡Ese cretino remilgado y arribista de Hairstreak!

—¿Hairstreak? ¿Lord Hairstreak? —Beleth y lord Hairstreak habían sido aliados en el último intento de derrocar a los elfos de la luz.

—¡Sí, lord Hairstreak! Ese crápula de cara asquerosa, boca vomitiva, cabeza de alcantarilla, pequeño... pequeño...

Beleth estaba perdiendo los nervios; los ojos le refulgían y de la boca le corría un hilo de baba; el bulto de la cabeza había empezado a vibrar y parecía que la cicatriz que le cruzaba la garganta dejaría a la vista una serie de tirantes puntos de sutura. A Brimstone le hubiera gustado saber si Beleth había tenido que coserse la cabeza después de la explosión de la bomba. Pero no había tiempo para especulaciones.

—Creí que Hairstreak y tú erais aliados —comentó.

—Éramos —precisó Beleth con amargura—. En pasado, ¿entiendes? A Hairstreak le encantó aceptar mi ayuda cuando creyó que así llegaría al Trono del Pavo Real. Pero ahora que yo lo necesito a él, no quiere saber nada.

—Lo siento —lo compadeció Brimstone. Pero ¿qué esperaba Beleth de un elfo de

la noche?—. Te ha traicionado cuando más lo necesitabas, ¿verdad?

—¡Exactamente!

A Brimstone se le ocurrió una idea: Beleth daba signos de debilidad; de hecho, lo habían humillado, de modo que era el momento perfecto para darle la patada. Lo que ocurría era que los príncipes de los demonios siempre tenían recursos: disponían de una magia muy desagradable. Por otra parte, Beleth sabía que Brimstone había enterrado un cuerpo. Tal vez fuese más prudente mostrarse sutil...

—Entonces ¿qué es lo que quieres de mí? —preguntó con cautela.

Beleth se lo contó.

Resultaba extraño acercarse al Palacio Púrpura como lo haría un enemigo: examinando el terreno en busca de escondites, comprobando los puntos vulnerables y buscando patrullas de guardia. Pyrgus sintió una mezcla de excitación nerviosa y náuseas. Todo le era familiar: el río, la isla, el propio palacio...

Echó un vistazo a sus acompañantes. Ahí estaba Blue, claro, su querida Blue. Estaba convencido de que no habría soportado aquella situación sin ella. A él siempre se le había dado mejor la acción que la planificación y desde que su... desde que su pa... apenas era capaz de pensar nada adecuadamente. Gracias a su hermana tenían un plan; gracias a ella y con un poco de suerte, aclararían semejante lío.

Junto a Blue estaba un ingeniero mago que se llamaba Ziczac, un minúsculo elfo del bosque de barba y ojos castaños, cuyo rostro lleno de arrugas le daba aspecto de animalillo del bosque que espía entre los arbustos. El hombrecillo disfrutaba de la facultad de penetrar las paredes.

Pyrgus recordó lo perdido que se había sentido durante la corta conversación que habían sostenido, aunque el señor Fogarty había participado en ella. Parecía que lo esencial del asunto era que, si bien un elfo del bosque era capaz de cambiar de fase en superficies sólidas siempre que en el lugar existiera la magia necesaria, crear ésta por primera vez requería habilidades especiales. Y comprobar si existía resultaba peligroso, como había advertido la reina Cleopatra: si se cometía un pequeño error, cabía la posibilidad de acabar atrapado en una roca y asfixiarse hasta morir. Ziczac era uno de los pocos que poseían la habilidad y llevaba el equipo necesario en una pequeña mochila.

Tres soldados de los elfos del bosque protegían a Ziczac, Blue y Pyrgus, que comprobó con secreta alegría que uno de ellos era Nymph.

Y a eso se reducía todo, pues habían discutido la posibilidad de enviar más tropas, pero Blue lo descartó sin molestarse en consultar a Pyrgus. Ella opinaba que un ataque a gran escala precipitaría la guerra civil que se había evitado por tan escaso margen unas semanas atrás. Así que era mejor organizar el asalto con un comando pequeño y limitarse a rescatar a su padre. Cuando lo arrancasen de la influencia de Hairstreak, decidirían qué hacer a continuación.

Pyrgus estaba convencido de que encontrarían a su padre rápidamente, pues la operación se basaba en el factor sorpresa. Además, confiaba en que muchos de los que estaban en el palacio le fueran leales y los ayudaran cuando entrasen.

Como ni Pyrgus ni Blue se fiaban de los hechizos de ilusión óptica personal y sin ellos se les reconocería fácilmente al acercarse a la isla a cara descubierta, no tenían intención de utilizar el transbordador para ir al palacio. Así pues, se hallaban más o menos a unos doscientos metros río abajo del cruce autorizado, protegidos por

juncos.

—¿Le tomo la palabra a tu reina o nos disponemos a nadar? —le preguntó Pyrgus a Nymph.

La chica soldado le dedicó una mirada fulminante, suavizada por una leve sonrisa.

—Hoy mantendrás los pies secos, príncipe heredero —le contestó. Pyrgus se fijó en que nunca lo llamaba por su nombre y pronunciaba el título con un ligero énfasis, como si le pareciese irónico. Nymph tenía unas bonitas piernas que destacaban maravillosamente gracias a las mallas verdes del uniforme de los elfos del bosque.

Pyrgus dejó de mirarlas de mala gana, pues la elfa había sacado una especie de red de la bolsa que llevaba a la cintura; la desdobló y la lanzó hacia el río, como si quisiese capturar un pez. Pero antes de tocar el agua, la red se convirtió en una versión reducida del tipo de balsa que los elfos del bosque utilizaban en sus carreteras sobre los árboles. La corriente tendría que haberla arrastrado enseguida, pero permaneció firme como si estuviera anclada.

Pyrgus se sorprendió, pero procuró no mostrarse impresionado. Los elfos del bosque producían sin cesar una tecnología de hechizos desconocida hasta el momento. Transformar el aspecto de cualquier cosa era bastante fácil, pues bastaba con ocultarlo con un hechizo de ilusión óptica; cambiarlo por otra cosa era más difícil, aunque posible, si se tenía suficiente dinero para disponer de magia cara. Pero ninguno de los hechizos que conocía transformaba la esencia de algo: se podía tener aspecto de paedotherium y actuar como un endriago, pero manteniendo el peso y el volumen de un paedotherium. En cambio, había sido posible doblar esa balsa y reducirla de tamaño para que cupiese en la bolsa de la esbelta muchacha. Parecía imposible, pero lo había visto con sus propios ojos.

—¡A la balsa! —ordenó Nymph quedamente—. Tengo que cubrirlos.

Había algo en ella que a Pyrgus le recordaba a Blue. La verdad es que no se parecían mucho y Nymph era mayor, pero a medida que la conocía mejor notaba que tenía un aire mandón. Indudablemente era una chica activa. Pyrgus se preguntó qué querría decir con que debía cubrirlos, pero confió en que supiese lo que hacía.

—¿A qué te refieres? —preguntó Blue, menos confiada.

—A ocultarnos para que no nos vea nadie del palacio —respondió Nymph.

—¿Invisibilidad?

—No. Con la invisibilidad seguís ahí.

Esa respuesta no tenía el menor sentido para Pyrgus, pero estaba deseando seguir adelante.

—Creo que deberíamos subir a la balsa, Blue —dijo Pyrgus en tono amable. Su hermana lo fulminó con la mirada, pero obedeció.

Y tanto Blue como la balsa desaparecieron.

—Se trata de invisibilidad —afirmó Pyrgus.

—No. Cobertura —insistió Nymph—. No puedes percibir la barca ni a tu hermana a menos que los desactive. —Se fijó en la expresión de Pyrgus y añadió—: ¡Vamos, inténtalo! Tenemos tiempo.

Pyrgus tanteó con las manos hasta el lugar donde estaba Blue, pero no encontró nada.

—¿Blue? —susurró.

—Te ve y te oye —explicó Nymph—. Pero tú no puedes percibirla ni detectar la balsa. Fíjate.

Pyrgus se arrodilló y pasó la mano sobre el agua. No había ninguna balsa invisible. Tal vez Blue estuviese fuera de su alcance, pero la embarcación estaba firmemente atracada, o al menos eso parecía. Sin embargo, había desaparecido.

Nymph, que evidentemente disfrutaba con la situación, ordenó:

—Y ahora sube a bordo.

—No hay nada —respondió poniéndose de pie.

—Sólo tienes que dar un paso adelante, príncipe heredero —dijo la joven sonriendo—. ¿No te prometí que hoy no te mojarías?

Pyrgus se dio cuenta de que era un desafío y lo aceptó sin vacilar. Se metió en lo que parecía un río agitado por la corriente. Y se halló en la balsa con Blue mientras que los demás permanecían en la orilla.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Blue.

—¿Podías verme?

—Perfectamente.

—¿Veías lo que estaba haciendo?

—Sonreír como un tonto a la señorita Nymph, esa sabelotodo —respondió Blue.

* * *

Aunque no se detectaba ningún sistema de propulsión ni el olor característico de la magia, la balsa se deslizó por el río.

—¿Qué nos conduce? —preguntó Pyrgus en voz baja.

—No hace falta hablar en susurros porque no nos oyen fuera de la cobertura —indicó Nymph, y miró alrededor como si quisiera subrayar el hecho de que nadie podía oírlos en medio del agua. Volvió la vista hacia Pyrgus y le dedicó una leve sonrisa—. Estamos utilizando una conducción mágica normal: avance, controles direccionales y una mínima levitación para reducir la fricción.

—No huele a nada —comentó Pyrgus.

—No tiene mucho sentido que nos cubramos si pueden olermos —repuso Nymph, sin explicar cómo habían conseguido los elfos del bosque tal logro.

Pyrgus estaba a punto de preguntarlo cuando se dio cuenta de que se estaban acercando a su destino. La vieja torre del homenaje del palacio, construida en la lejana prehistoria con piedras tan grandes que la moderna tecnología no podía manejarlas, se erguía sobre el borde del acantilado de la isla. En la actualidad la torre se utilizaba como almacén y estaba unida al cuerpo principal del edificio. Los puestos de guardia eran mínimos, pues desde hacía mucho tiempo se creía que no se podía alcanzar la torre desde el río, una suposición que Pyrgus se prometió descartar si la misión triunfaba.

La balsa atracó con parsimonia en una minúscula ensenada junto a unas rocas. Había una estrecha franja de playa pedregosa y, al fondo, el empinado acantilado coronado por los imponentes muros de la torre. Pyrgus miró hacia arriba y se quedó petrificado. ¡Había guardias en las almenas! Incluso a aquella distancia distinguió que iban armados con las letales kris. Blue estaba junto a él y también miraba hacia arriba.

—Hairstreak no quiere riesgos —comentó ella.

—Sí. Ha puesto vigilantes —repuso él.

—Estaremos a salvo mientras permanezcamos en la balsa —dijo Nymph, que se había situado al otro lado de Pyrgus—, pero para entrar tenemos que cruzar esa playa. Cuando lo hagamos, el acantilado nos protegerá; no pueden ver gran cosa al mirar hacia abajo. Pero si nos descubren en la playa, nos matarán como moscas. — Evidentemente también se había fijado en las armas de los centinelas.

—¿Puedes hacernos invisibles? —le preguntó Blue al mago.

—Soy especialista. No hago invisibilidad —se excusó Ziczac.

—¿Y puedes extender la cobertura? Tal vez conseguiríamos llevar la balsa por la playa —dijo Pyrgus.

—Este transporte está diseñado para uso exclusivo en el agua. Y no hay forma de extender la cobertura —respondió Nymph.

—¿Hay otra ensenada que nos deje más cerca de los muros? —preguntó Blue a su hermano.

—Que yo sepa no.

—Entonces tendremos que arriesgarnos a ir por la playa —afirmó la princesa, pensativa.

—Nosotros los soldados acompañaremos al mago Ziczac y lo protegeremos mientras hace su trabajo —dijo Nymph con firmeza—. Y vosotros permaneced en la balsa, donde estaréis a salvo. Cuando todo esté listo, cruzad la playa corriendo.

—Cruzaremos todos juntos —sentenció Blue que dedicó a la elfa soldado una mirada que habría resquebrajado el cristal—. Dos viajes doblan las posibilidades de que nos vean. La distancia es corta y el saliente nos protegerá cuando lleguemos al acantilado.

—¿Es ése tu deseo, príncipe heredero? —preguntó Nymph a Pyrgus.

—Sí —afirmó el chico sin dudar. Le gustaba muchísimo Nymph, pero la experiencia le había enseñado a no ponerse en contra de Blue cuando ella estaba de mal humor.

* * *

El plan era sencillo: esperarían hasta que los guardias mirasen en otra dirección y entonces ellos echarían a correr, pero el problema radicaba en que, al parecer, los guardias nunca dejaban de mirar hacia allí, pues mientras unos contemplaban el agua, otros se centraban en el lado izquierdo y otros controlaban la derecha, pero siempre había uno que observaba la estrecha franja de la playa. Todos los centinelas llevaban uniforme de palacio, pero Pyrgus estaba convencido de que eran elfos de la noche: tenían la mirada boba y paranoica que los convertía en excelentes perros guardianes.

—Necesitamos algo que los distraiga —dijo Nymph al cabo de un momento, y miró a Ziczac, que asintió levemente.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Blue. Pyrgus notó un matiz de suspicacia en su voz.

Nymph se encogió de hombros y se giró para contemplar el agua. El río era muy ancho en esa parte, pero aún se veía la zona de las afueras de la ciudad en la otra orilla, que cada vez crecía más y más. Algunas casas contaban con embarcaderos propios y barcos particulares.

Ziczac se agachó ágilmente sobre la base de la balsa, se recolocó el traje para que le tapase las rodillas y se puso a tararear en voz baja.

—¿Qué hace? —preguntó Pyrgus.

—El trabajo del mago —respondió Nymph—. ¿No tienes zumbones en tu corte?

Pyrgus no los tenía. Ni siquiera había oído la palabra «zumbón» referida a la magia. Pero Blue dijo:

—Quiere provocar un efecto de ilusión óptica o algo parecido, ¿no?

—En efecto, más o menos —respondió Nymph con un leve destello de admiración en la mirada.

Uno de los guardias de las murallas dio un grito. Pyrgus levantó la vista a tiempo de verlo señalar algo en el agua. En cuestión de segundos los otros guardias corrieron hacia él.

—¿Qué ven? —preguntó Blue.

—Un dragón, probablemente —afirmó Nymph—. A Ziczac le gusta crear dragones; o a lo mejor es una serpiente marina, puesto que estamos en el agua; o podrían ser sirenas desnudas (él es un poco picaro, ya sabéis). —Miró a Ziczac con cariño y a continuación a Pyrgus con aire de superioridad.

—¡Vamos! —ordenó Blue, que miraba al mago sin ningún cariño—. ¿No puede tararear y correr al mismo tiempo?

Ziczac hizo un gesto de despedida con la mano.

Les llevó menos de un minuto cruzar la estrecha playa. Ziczac dejó de tararear cuando alcanzaron la protección de la parte frontal del acantilado y sonrió a Blue y Pyrgus.

—Una bola de fuego gigante —explicó—. Les he hecho ver una bola de fuego gigante y muy resplandeciente que deja una impresión en la retina, como si fuera real. Me parece que esos chicos pertenecen al bando de la noche, así que resultan muy sensibles a la luz. Verán manchas durante los próximos cinco minutos; eso los mantendrá ocupados y nos dará tiempo para entrar.

Pyrgus lo miró, agradecido. Valía mucho disponer de un mago habilidoso en una misión como la que se traían entre manos, y por primera vez el muchacho creyó que tal vez tuviesen una verdadera oportunidad de llegar hasta su padre.

—Hay gente en el reino que no descansará hasta que el príncipe Pyrgus ocupe de nuevo el lugar que le corresponde —dijo Flor de Melocotón—. El príncipe Comma podría ser un verdadero elfo de la noche a estas alturas, pues todo el mundo sabe que gobierna Black Hairstreak. Y la vieja reina, la madre de Comma, es peligrosa como una *slith*, pero es su hermano quien lleva las riendas del poder. No podemos seguir así.

Por su expresión y la de las mujeres que lo rodeaban, Henry no dudó que la hermandad de la seda se contaba entre quienes querían que Pyrgus regresase y le hubiera gustado saber si las hermanas habrían emprendido alguna acción para conseguirlo. Por las películas de guerra que había visto en televisión, los movimientos de resistencia brotaban como setas en épocas conflictivas.

—¿Sabes adonde han ido Pyrgus y Blue, o sea, el príncipe heredero y su hermana? —preguntó Henry—. ¿Es cierto que están en Haleklind?

—Sí —asintió Flor de Melocotón.

—Supongo que no sabrás dónde está.

—Se trata de un país fronterizo, fuera del imperio. Por eso Hairstreak los mandó ahí.

A Henry se le encogió el corazón.

—¿Está lejos?

—¿Quieres reunirte con ellos?

Henry no respondió de inmediato; no estaba en su ambiente ni lo había estado nunca desde su regreso al reino. Se había trasladado al mundo elfo para ayudar a Blue (y a Pyrgus), pero no había contado con verse inmerso en una crisis como aquélla. ¿Quería de verdad reunirse con ellos y acompañarlos en el exilio? ¿Podía hacer realmente algo para ayudarlos? Acabarían luchando antes o después, y él no era un soldado. Y aquel asunto se estaba complicando mucho más de lo que había pensado. ¿Cuánto durarían los hechizos Lethe que había dado a su madre y Aisling? Daba igual...

—Sí —dijo al fin—. Sí, iré.

—Nosotras podemos ayudarte —afirmó Flor de Melocotón, y lo miró de reojo—. Y hacer algo con ese corte que tienes en la cara; si no lo supiera, diría que parece el tajo de una hilandera.

* * *

Las mujeres no se parecían a las otras que Henry había conocido y eran tan implacables que le recordaban un poco a su madre. Ellas le indicaron lo que tenía que

hacer; no había discusión posible.

Las alegres ropas que lo habían hecho sentirse tan bien consigo mismo habían desaparecido, sustituidas por otras de recia seda, bien cortada y artesana; pero él se negó a que las hermanas lo ayudasen a ponérselas.

—No debes llamar la atención —dijo Flor de Melocotón—, pero tampoco has de ir vestido con harapos. Es preciso que te tomen en serio, sobre todo en Haleklind; los magos dan mucha importancia a la apariencia. Nada llamativo, pero un corte apropiado te será útil para entrar en todas partes.

—Gracias —repuso Henry sin saber de qué diablos le hablaba.

—Tienes que encontrar al príncipe heredero —declaró Flor de Melocotón como si le leyese el pensamiento—. Y ahora... —Le entregó una bolsa de material fino y brillante que parecía fuerte y resistente al agua—. Tu mapa y un poco de oro.

—¿Oro?

—No creo que puedas ir a Haleklind a pie porque está demasiado lejos. Serás de poca ayuda para nuestra familia real si tardas un mes en llegar, así que el oro es para que compres un billete y utilices el transporte público.

¿Transporte público? ¿Qué transporte público? Henry estaba tan perdido en el reino como si lo hubiesen abandonado en medio del desierto del Sahara. ¿Cómo podía tomar un transporte público si ni siquiera sabía dónde encontrarlo ni cómo era? Pero a pesar de su creciente confusión, dijo:

—¿Oro? No puedo aceptarlo...

—No tienes opción —lo interrumpió Flor de Melocotón—. Créeme, no sobrevivirás sin dinero. Si así te sientes mejor, considérate al servicio de la hermandad. Deseamos que lleves un mensaje al príncipe Pyrgus y la princesa Blue.

—¿También está en la bolsa? —preguntó Henry.

—No es un mensaje de ese tipo. Queremos que les digas que las hermanas de la cofradía de la seda se mantienen leales a su legítimo gobernante y lucharán hasta la muerte para restaurarlo en el trono y... —titubeó— castigar la abominación de lord Hairstreak por lo que le ha hecho al emperador anterior.

—Se lo diré —murmuró Henry. Sentía admiración por aquellas mujeres. A pesar de lo poco que había visto del reino desde su regreso, sabía muy bien que estaban arriesgando sus vidas.

—Una de las hermanas te llevará a la ciudad —indicó Flor de Melocotón—. Hairstreak aún no sospecha de la cofradía. Pero debes... ¿Qué ha sido eso?

«Algo pasa», pensó Henry.

Se oyeron ruidos en el pasillo de fuera y un grito de mujer; la puerta de la estancia se abrió de golpe y Henry entrevió unos soldados con uniformes negros y siluetas oscuras antes de que una bola de fuego atravesase la habitación y le golpease en el pecho. El impacto fue tan violento que lo levantó del suelo y lo lanzó contra una

pared; el golpe le produjo un dolor insoportable y sintió que se deslizaba por la pared. Intentó aferrarse a la conciencia, pero cuando llegó al suelo, las extremidades se le doblaron como las de un muñeco de trapo y todo se volvió negro.

La última vez que Pyrgus había estado en la torre tenía sólo cuatro años. La experiencia lo asustó tanto que se puso a llorar y gritar hasta que su padre lo abrazó. Posteriormente, cuando Apatura Iris le preguntaba por qué había tenido tanto miedo, el pequeño Pyrgus respondía que por culpa de los fantasmas de la torre.

El lugar seguía pareciendo encantado. Pyrgus se hallaba en medio de una habitación de suelo enlosado esperando que los demás se materializaran. Las estancias de la torre eran enormes, tanto que resultaban pequeños los montones de cajones de embalaje apoyados en las paredes; también eran sombrías porque aunque la luz se filtraba a través de las saeteras, los muros de piedra gris la absorbían. Sin embargo, la estructura no tenía nada que ver con el resto del palacio: los niveles se superponían unos a otros, unidos por tramos anchos y cortos de escalones bajos. El lugar poseía el aspecto de un laberinto tridimensional.

Blue surgió de una sólida pared, miró alrededor y se estremeció.

—¿Habías estado aquí antes? —preguntó Pyrgus.

—Nunca. ¿Conoces la salida?

—No estoy muy seguro. Estuve aquí hace mucho tiempo. —Prefirió no decirle cuándo.

Nymph y sus soldados aparecieron en grupo. Eran dos hombres fuertes y silenciosos que vigilaban sin cesar con la mirada, como si esperasen un ataque. Al fin se materializó Ziczac con una expresión de desconcierto en el rostro y contempló la estancia de varios niveles.

—Construcción arcaica —murmuró—. Nunca había visto nada parecido.

—¿Puedes conducirnos al palacio principal o Ziczac debe...? —le preguntó Nymph a Pyrgus, que contemplaba los diferentes niveles intentando recordar.

—Creo que sí. Sin embargo, como ahora este lugar es un almacén, las puertas estarán cerradas con llave, pero supongo que me reconocerán... o a Blue. Con suerte Hairstreak no habrá cambiado todavía el hechizo de las cerraduras, aunque le haya pasado por la cabeza que podíamos regresar. —Titubeó antes de continuar—. Si nos vemos en dificultades, ¿Ziczac puede ocultarnos en algún sitio?

Le hizo la pregunta a Nymph, pero respondió el propio Ziczac:

—No exactamente.

—¿A qué te refieres con «no exactamente»? —quiso saber Blue.

—Sólo podemos penetrar en superficies gruesas —contestó el mago sonriendo con benevolencia—. Pero una pared delgada o una puerta nos dejan tiesos.

—Eso no tiene sentido —comentó Pyrgus.

—No, no lo tiene, ¿verdad? —admitió Ziczac—. Nunca lo he entendido, pero así funciona la magia: debes meterte en una superficie más grande que tú. Los muros

exteriores son enormes, pues antiguamente se construía así, pero las paredes interiores podrían ser distintas. Supongo que nos arriesgaríamos en caso de emergencia, aunque...

—Existe la posibilidad de quedar atascado —aclaró Nymph.

—Y suele ser letal. —Ziczac torció el gesto—. De hecho, no conozco a nadie que haya sobrevivido a una situación así.

* * *

Llegado el momento se las arreglaron bastante bien. Los diferentes niveles eran desconcertantes y hubo veces en que Pyrgus no estaba tan seguro de sí mismo como quería demostrar, pero los hechizos de las cerraduras lo reconocieron sin dificultad, de modo que traspasaron rápidamente una puerta tras otra hasta llegar a un arco que resultaba familiar.

—Ya está. —Dijo Pyrgus, y soltó un suspiro de alivio. Señaló un pasillo que había enfrente—: Por ahí alcanzaremos la parte baja del palacio. —Y cruzó el arco, pero los guardias de Hairstreak cayeron sobre él en avalancha.

Fue tan estúpido que lo único que se le ocurrió pensar fue que no tenía un arma preparada, aunque llevaba una espada corta, una varita de fuego que le había dado la reina del bosque y su propia hoja halek, (ésta no había sido detectada por los hombres de Hairstreak cuando lo enviaron al exilio en el *ouklo*). Pero la espada estaba enfundada, guardaba la varita en el cinturón y el cuchillo halek escondido en una bota. En resumen, estaba indefenso como un idiota. De modo que se giró, clavó el codo en el estómago del atacante más próximo y tuvo la satisfacción de ver cómo el hombre se doblaba y soltaba la espada. Pero otros guardias sonreían con gesto malvado y éstos sí tenían las armas a punto. Moriría en cuestión de segundos.

Nymph apareció a su lado con movimientos de una rapidez increíble, a veces tanto que su figura se desdibujaba; portaba una especie de arma del bosque, una hoja triangular (demasiado corta para ser una espada y demasiado larga como puñal) que tenía una estela de energía de plata muy parecida a la de un cuchillo halek. Nymph le dio una patada al guardia más cercano y lo mató cuando el hombre se dobló. Después se colocó en actitud protectora delante de Pyrgus y se abalanzó brutalmente sobre dos compañeros del muerto.

Pyrgus desenfundó su propia espada e hirió en el rostro a otro atacante. Con el rabillo del ojo vio cómo los soldados del bosque intervenían en la refriega; habían sustituido los arcos por armas de mano, seguramente para evitar herir a los suyos en el combate cuerpo a cuerpo, pero peleaban casi con tanta rapidez como Nymph. Mientras Pyrgus esquivaba un ataque de su oponente, se dio cuenta de la suerte que había tenido al enfrentarse a Nymph: la patada en la entrepierna era un movimiento

obligado, pero al menos en su caso la chica no le había cortado el cuello.

Transcurrían los minutos. Dos guardias yacían muertos y los otros tres agonizaban a causa de las múltiples heridas. El punto álgido de la batalla había pasado y Pyrgus tuvo ocasión de quitarles las gafas oscuras a los guardias y, viéndoles los ojos, comprobó que eran todos elfos de la noche, hombres de Hairstreak, sin duda. Incluso los uniformes negros tenían el emblema de la Casa de Hairstreak. Evidentemente, el hombrecillo no confiaba en el ejército de palacio, aunque tuviera a Comma en un puño, y no había perdido el tiempo a la hora de movilizar su propia gente.

—Se me ocurre una idea —dijo Ziczac mientras contemplaba los cuerpos—: Si nos ponemos los uniformes negros y las gafas, será menos probable que nos ataquen; bueno, por lo menos si los lleváis vosotros, pues casi todos esos trajes resultan demasiado grandes para mí.

En principio Pyrgus no lo entendió, pero enseguida cayó en la cuenta.

—¡Gran idea, Ziczac! No te preocupes por tu uniforme. Si nos preguntan, diremos que... mmm...

—Que yo soy vuestro prisionero, o un mago personal de lord Hairstreak, que...

Pero Pyrgus ya estaba desnudando a otro guardia.

* * *

La estratagema de Ziczac dio buen resultado. Como un disciplinado grupo de guardias de la Casa de Hairstreak, entraron en la parte principal del palacio y pasaron inadvertidos ante dos centinelas de uniforme negro. Mientras caminaban por un sombrío pasillo, Pyrgus aprovechó la oportunidad para decirle a Nymph en voz baja:

—Creo que me has salvado la vida.

—Supongo que no estabas preparado para el ataque.

—Evidentemente no. —Pyrgus reprimió una sonrisa y la miró a los ojos—. Quiero darte las gracias.

Se sorprendió al ver que Nymph se ponía colorada y disimulaba su vergüenza encogiéndose de hombros.

—No tiene importancia.

Se trataba del primer signo de debilidad que veía en ella.

—¿Crees que salvarme la vida no tiene importancia? —preguntó él en tono de broma.

—No me refería a eso —se apresuró a precisar, poniéndose más colorada todavía—. Yo...

Pero nunca averiguó a qué se refería porque volvieron a atacarlos. Un brazo lo agarró por el cuello y la fina hoja de un estilete le apuntó al corazón. Antes de que

consiguiera reaccionar, la hoja se detuvo al borde de su piel y su asaltante jadeó. Pyrgus hizo una finta y vio que lo había abordado una mujer que lo miraba boquiabierta. El chico dudó una fracción de segundo y de inmediato le dio una patada en los pies para que cayese. La mujer se derrumbó y se golpeó la cabeza contra la pared; puso los ojos en blanco y los cerró lentamente.

Había otros atacantes, todos mujeres; dos de ellas eran casi tan rápidas como Nymph y sus compañeros. Pero sus armas no podían compararse a las del grupo de Pyrgus. Los elfos del bosque enarbolaban varitas de fuego.

—¡No! —gritó Pyrgus—. Nymph lo miró sorprendida. —¡No las matéis!— aulló. Eran elfos de la luz, su propio pueblo. Los habían atacado porque creían que se trataba de un grupo de guardias de Hairstreak. Por lo tanto la resistencia existía en el palacio, tal vez una revuelta incipiente. ¡Aquellas mujeres estaban de su parte!. — ¿No me conocéis? —les preguntó.

Pero las mujeres habían visto las varitas y se alejaban corriendo por el pasillo.

—¡Dejadlas! —ordenó Blue, que había llegado a la misma conclusión que su hermano. Pero ambos lo dijeron demasiado tarde: los elfos del bosque corrían tras ellas. Incluso Ziczac se unió a la carrera—. ¡Tu nueva novia es una amenaza! —siseó Blue mientras también corría en pos de los elfos.

—¡Deteneos! —gritó Pyrgus echando a correr con Blue. Las mujeres pasaron por una puerta y Ziczac les lanzó una especie de bola de fuego. Pyrgus los alcanzó y se abrió paso entre su grupo—. ¡Dejadlas! ¡Dejadlas! —Sujetó el brazo de Nymph cuando estaba a punto de apuñalarlas.

—¡Oh, son las amas de la seda! —susurró Blue, impresionada, y gritó—: ¡Deteneos todos!

Nymph retrocedió, pero en el tumulto general Pyrgus no vio lo que hacían los demás. Se adelantó con paso frenético. No debían herir a su propia gente.

Más allá del grupo de mujeres había un cuerpo tirado en el suelo. Blue estaba detrás de Pyrgus y lo vio un segundo después que él. La oyó jadear; ella lo apartó y corrió gritando:

—¡Henry! ¡Nooo!

«¿Estás seguro de que sabes lo que haces?», preguntó Chalkhill, nervioso. Había llegado a la mansión que Hairstreak poseía en el bosque después de un viaje aún más desquiciante que el último que había realizado. Cyril lo había guiado a través de un tortuoso y mal señalado camino que olía a *sliths* y fueron a dar a una espesa zona de rosales, al borde del magnífico césped.

Chalkhill contempló la vasta extensión verde, consciente de que mientras la atravesaba estaría al descubierto a lo largo de todo el trayecto hasta la casa. Buscó *haniels* entre los árboles circundantes, aunque su verdadera preocupación eran los guardias de Hairstreak, que tenían una bien merecida reputación de disparar primero y preguntar después, de modo que podía convertirse en un acerico de flechas antes de dar tres pasos.

«Pues claro que sé lo que hago —dijo el wyrm con irritación—. Cossus Cossus te espera».

«Sí, ya me lo has dicho. Pero ¿qué ocurrirá si Hairstreak me ve?».

El wangaramas emitió el equivalente mental a un gruñido de impaciencia.

«¿Qué crees que pasará si lord Hairstreak te ve? No sabe lo que planeamos, ¿verdad? Para él sigues siendo un servidor leal. Si te tropiezas con él, cosa que no ocurrirá, puedes decirle simplemente que has vuelto para recibir nuevas órdenes».

La respuesta era admisible, pero Chalkhill le tenía un miedo atroz a lord Hairstreak. Desesperado, recurrió a un argumento que ya había dejado de utilizar en varias ocasiones:

«¿Por qué no vamos a otro sitio? Lo único que tengo que hacer es esperar hasta la coronación de Comma».

«Eso no es lo único que tienes que hacer —contestó Cyril, y emitió mentalmente una especie de suspiro de cansancio—. Ya te lo he dicho diez mil veces: has de hacerte pasar por lord Hairstreak. No eras lo que se dice un alumno aplicado cuando te mandó al fisónomo, ¿verdad?».

«Sólo se debió a la forma de andar —repuso Chalkhill, irritado—. Pero ahora te tengo a ti para que me ayudes. Por eso nos presentaron».

«Yo únicamente puedo enseñarte a caminar como él —explicó Cyril—. Pero hay muchas otras cosas: tienes que conocer a la gente que él trata y saludarlos por su nombre. Ya no es como antes. Hairstreak habría asistido a la coronación de Pyrgus mostrándose introvertido y malhumorado porque el príncipe no le gusta y la gente esperaba ese comportamiento. Pero ahora esperan que se exhiba como un pavo real porque todo el mundo sabe que Comma es tan sólo una figura decorativa. Y no olvides que tendrás que seguir haciendo de Hairstreak después de la ceremonia. No se trata de unas horitas con el fisónomo, sino que necesitarás de cada minuto que

dispongamos para preparar el papel. El propio Cossus te entrenará. Debes practicar: dar órdenes a los sirvientes y todo eso».

«Sé dar órdenes a los sirvientes», repuso Chalkhill con acritud.

«Y tendrás que tratar con demonios de gran categoría —siguió el wyrm sin hacerle caso—. Sé que los portales están cerrados en estos momentos, pero Hairstreak tiene su propia cantera de demonios, así que deberás acostumbrarte a esas estúpidas criaturas antes de que los portales se reabran. Además, está la cuestión de...».

Chalkhill se sentía agotado, como siempre que llegaba a ese punto de conversación mental.

—De acuerdo —dijo en voz alta—. Tú ganas.

Si un *haniel* lo devoraba mientras atravesaba el césped, sería un bendito alivio.

A Henry le dolía la cabeza, pero ni la mitad de lo que le atormentaban las manos y el pecho. Tenía serias dificultades para centrar la vista, aunque logró ver que las palmas de las manos estaban en carne viva; intentó moverse y su cuerpo protestó con un alarido agónico.

Se quejó, pero no emitió ningún sonido.

De pronto reparó en que había gente alrededor; sin embargo, no logró recordar quiénes eran. Consiguió enfocarlos pero al punto volvieron a salir de su campo de visión; el tono de las voces crecía y se apagaba, se acercaba y disminuía. Una de aquellas personas se parecía bastante a Blue. Esperaba que fuese ella porque eso significaría que no estaba muerta en el bosque, aunque no sabía si se había enfadado con él por llegar tarde.

—Aún vive. Creo que está vivo.

—¿Lo ves respirar?

—No.

—Creo que ha abierto los ojos.

—Es un reflejo. A menudo ocurre al arrojar una bola de fuego.

—El cuerpo está activo unas horas después de que el corazón se ha detenido. Las energías siguen moviendo los nervios.

—Una vez vi cómo una persona caminaba cinco pasos estando más muerto que el clavo de un ataúd.

—¡Está vivo, vaca estúpida! —Era Blue. Henry estaba seguro de haber oído su voz e intentó decir:

—¡Hola, Blue! —Pero no articuló ningún sonido.

Se le cerraron los ojos otra vez involuntariamente mientras se sumía en la oscuridad roja y preñada de dolor. Se le ocurrió que estaba agonizando, pero no le importó.

—¡Está vivo! —repitió Blue—. ¡Respira!

—Noto cómo respira.

Alguien le estaba quitando la camisa, la que le habían dado las amas de la seda. El chico oyó una exclamación de asombro.

—Siempre pasa esto —dijo una fría voz femenina—. Si no llevara seda de hilandera, lo habría quemado hasta quitarle el corazón.

—Sale a borbotones... ¡Puf, mana sangre!

—Ampollas. ¡Se le está cubriendo la piel de ampollas!

—¡Borbotea!

—No me gusta nada la pinta que tiene.

Henry sintió que algo en su interior se relajaba; fue como si el dolor se apagase y

se hundió dulcemente en la oscuridad.

* * *

—¡Haz algo! —siseó Blue con furia. Notaba cómo el terror crecía en su interior. Su padre había muerto así: un día estaba sano y fuerte, y al siguiente, muerto; estaba ocurriendo lo mismo con Henry.

—Necesita piel nueva —sentenció Nymph, ceñuda—. Es la única solución.

—Entonces conseguídlas —ordenó Pyrgus.

—No las tenemos. No estamos equipados.

—¡Lo has hecho tú! —gritó Blue a Ziczac—. ¿No puedes arreglarlo?

El pequeño mago parecía desolado y negó tristemente con la cabeza.

—Blue... —dijo Pyrgus.

—¡Tú lanzaste la maldita bola! Tienes que hacer algo. Invierte el hechizo. Cura...

—Blue...

—No soy curandero —declaró Ziczac—. Ni siquiera sé mucho de hechizos militares.

—Blue —dijo Pyrgus dulcemente—. Creo que ha muerto.

Era maravilloso volver a la ciudad.

Aunque en realidad había estado muy poco tiempo en el campo, a Brimstone le resultaba demasiado solitario, demasiado silencioso por las noches. Saludó alegremente a los guardias de la Puerta del Tullido y tras caminar unos pasos se dio cuenta de que eran elfos de la noche. ¡Vaya, vaya! Black Hairstreak actuaba con rapidez. Hacía cinco siglos que los elfos de la noche no vigilaban las puertas de la ciudad.

Se detuvo y respiró hondo. Siempre le había gustado el olor de la ciudad: una mezcla de sudor y ropa sucia con el exquisito contrapunto de las alcantarillas. Trescientas veintidós mil setecientas almas se apiñaban en un encantador laberinto de callejones y barrios; no había nada igual en el mundo entero.

Un desfile de danzarines serpenteaba haciendo cabriolas y Brimstone se detuvo para admirar a los malabaristas. Con una punzada de placer comprobó que se trataba de una celebración de los partidarios de la noche. Ese tipo de desfiles no solía desarrollarse fuera de los distritos de los elfos de la noche. Era extraordinario ver cómo habían cambiado las cosas.

La maraña de callejones del Refugio del Marinero lo condujo hasta el río; paseó lentamente por el camino de sirga examinando todas las escaleras de madera que bajaban hasta el agua y por fin encontró una de ellas en cuyo extremo estaba sujeta una barca de alquiler. El remero era un rufián sin afeitado, pero Brimstone llevaba su manto de demonólogo con la insignia en forma de cuerno y suponía que no tendría dificultades.

—Veintisiete monedas de cuatro peniques —dijo el hombre a modo de prueba, pero empujó la nave sin quejarse cuando Brimstone le dio seis.

El río siempre había sido el camino más fácil para rodear la ciudad. Brimstone se acomodó en la proa y observó, satisfecho, cómo las hileras de almacenes dejaban paso a edificios de oficinas y, a continuación, a imponentes casas residenciales. Se sentía... ¿Cómo se sentía? Bien, muy bien. Había hecho la paz (¡y un nuevo trato!), con Beleth. Pyrgus ya no aspiraría más al trono, puesto que Hairstreak lo había desbancado y los elfos de la noche mandaban. La vida era dulce. Y el futuro, en otro tiempo reducido al asqueroso alojamiento de la viuda Mormo, revelaba vistas panorámicas.

—Pocos cambios últimamente —comentó con aire de suficiencia.

El remero parecía uno de los pocos productos del cruce de los elfos de la luz con los de la noche. Pero incluso así, su ocupación implicaba que sus lealtades se inclinaban hacia el mejor postor.

—Eso creo —dijo, lacónico.

Brimstone miró a su alrededor y se dio cuenta de que también se habían producido cambios en el río. En general el tráfico parecía más intenso y varios barcos lucían banderines, lo cual indicaba cierta tendencia a la piratería. En otro tiempo la Policía del río los habría hundido sin miramientos (haciéndoles las preguntas después, muy sensatamente), pero ahí estaban, frescos como lechugas. Había incluso una gran nave de recreo, o eso le pareció, que tenía una morsa multicolor en la bandera. Si no se equivocaba, era la primera vez en cuatro décadas que las prostitutas tomaban el agua.

Las casas de la orilla del río daban a una amplia plaza con pavimento de piedra que conducía a la antigua iglesia de Saint Batwits, un santo de la luz muy venerado en caso de picaduras de avispas, y un ajetreado mercado estaba instalado junto a la misma puerta de la iglesia. Un pequeño grupo de peregrinos vestidos de blanco intentaba abrirse paso entre la desconcertada multitud, pero los detuvo un tragafuegos que se negó a interrumpir su actuación para dejarlos pasar. Si bien en otra época los guardianes de la iglesia lo habrían molido a palos, en la actualidad no ocurría nada. Se percibía el nuevo estilo de gobierno en todas partes.

La barca atracó en el muelle de Cheapside.

—¿Aquí? —preguntó el remero mientras buscaba una cuerda.

—¡Fantástico! —repuso Brimstone, muy contento. Tuvo intención incluso de darle una pequeña propina al hombre, pero pensó que era llevar el buen humor demasiado lejos.

Cheapside resultaba tan bullicioso como siempre y parecía haber aún más indeseables de lo habitual, sobre todo borrachos. Brimstone se ciñó el manto sobre los hombros y se metió entre la multitud, inmensamente complacido por la forma en que la gente le dejaba pasar. Era cosa de la insignia, claro. A pesar de que los portales de Hael estaban cerrados, todo el mundo respetaba a los que mandaban en las jerarquías infernales, pues se sospechaba que los portales no permanecerían siempre cerrados.

Cuando llegó a Seething Lañe, el humor de Brimstone rozaba el éxtasis. No había motivo para no subir a su antiguo alojamiento porque, si el viejo emperador había muerto, el príncipe Pyrgus estaba en el exilio y Beleth aplacado, ¿qué debía temer él? Regresaría y pondría algunos agradables engranajes en funcionamiento, como la venta de la finca de su difunta esposa; se haría con algún dinero propio sin tener que compartirlo con Chalkhill; recuperaría su antiguo cargo en la fábrica de pegamento; buscaría...

Pero... pasaba algo raro: Seething Lañe no olía bien.

Silas Brimstone se detuvo, horrorizado. ¡La fábrica de pegamento milagroso de Chalkhill y Brimstone había desaparecido! El final de Seething Lañe no era más que un montón de escombros, y desde donde se hallaba veía las verjas de hierro

retorcidas. Una brisa procedente de Wildmoor Broads llevó hasta él el ácido aroma de la uña de gato.

Brimstone contempló como loco Seething Lañe. Alguien había destruido una de las empresas más rentables que había tenido en su vida.

Y eso significaba que alguien lo pagaría.

—Podríamos aplicarle seda —sugirió Flor de Melocotón.

Pyrgus estaba inclinado sobre el cuerpo de Henry palpándole suavemente un lado del cuello. Parecía aturdido.

—Creo que es demasiado tarde —dijo—. No le encuentro el pulso.

—¿Cómo se puede aplicar la seda? —preguntó Blue.

—Es demasiado tarde —repitió Pyrgus. Miró a Blue y Nymph con los ojos anegados en lágrimas.

—Creo que Pyrgus tiene razón, Blue —observó Nymph.

—Callaos los dos —ordenó la princesa y, dirigiéndose a Flor de Melocotón, volvió a preguntar—: ¿Cómo se puede aplicar la seda?

Flor de Melocotón se humedeció los labios con aire pensativo y explicó:

—La fusionamos con el tejido vivo. A veces la aplico un rato en una zona pequeña del cuerpo para que un vestido caiga bien, pero no hay motivo para no usarla de manera permanente. O también podría cubrirle todo el pecho —añadió como si se le acabase de ocurrir.

—Tejido vivo —subrayó Nymph, y miró con gesto compasivo a Blue.

—¡Hazlo! —ordenó Blue.

Flor de Melocotón contemplaba el cuerpo deshecho de Henry.

—Si sobrevive, parecerá raro...

—¿Por qué?

—La seda de fusión es multicolor y nunca se sabe el tono exacto ni el dibujo que adquirirá hasta que el proceso finaliza. Tendremos que envolverle el torso entero. Afortunadamente no se le ha quemado la cara, pero cuando se quite la camisa, su pecho parecerá un tatuaje con los colores del arco iris. Y fíjate en sus manos: también deberemos hacerle guantes de fusión; la seda se convertirá en su nueva piel. Tendrá unas manos que reflejarán el sol como el aceite, pero no las llevará cubiertas y todo el mundo las verá.

—¡Oh, por todos los dioses! —exclamó Blue, irritada—. Si no lo haces, morirá.

—Si aún no ha muerto —murmuró Nymph contemplando el cuerpo.

—¡Otra palabra más y te mato! —le espetó Blue con furia—. Fue tu mago el que lo hizo. No creas que me voy a olvidar. Ahora cierra la boca y a ver si puedes ayudar.

Nymph no dijo nada. Cuando Blue se dio la vuelta, dos hermanas de la cofradía de la seda se hallaban inclinadas sobre Henry desenredando un rollo de seda tan fina que flotaba hacia él como vilano de cardo.

—Esta gente es peligrosa —murmuró Fogarty.

—¿Por qué lo dices? —preguntó madame Cardui.

Habían regresado al bosque y estaban sentados sobre un musgoso montículo debajo del tronco de un gran árbol. Más allá, en un claro, los elfos del bosque bailaban en torno a una curiosa fogata al ritmo de la hechicera e hipnótica música del tambor y las flautas.

—No me gusta su tecnología de hechizos —dijo Fogarty, muy serio—, los portales a otros planetas... flechas que atraviesan las armaduras... capacidad para traspasar las paredes sólidas... Junta todo eso y nada en el reino podrá resistírseles.

—Son amigos nuestros —afirmó madame Cardui con dulzura—. Lo han demostrado.

—Lo son ahora —replicó Fogarty—. Pero ¿puedes garantizar que seguirán siéndolo?

Madame Cardui no respondió.

—Y fíjate en la hoguera —prosiguió el Guardián—, calor para evitar el frío, pero son llamas negras. ¿Qué te parece? ¡Llamas negras! Casi no emiten luz para que sus enemigos no los encuentren ni sospechen que están aquí. Jamás podríamos copiar ese tipo de magia.

—Esa hoguera no quema el bosque —explicó madame Cardui.

—¿Qué?

—Las llamas negras, querido, no son para que no las veas, sino para que la hoguera no queme el bosque. Así no prenderá fuego a los árboles.

—¡Bravo por ellos! —exclamó Fogarty, ceñudo—. Pero ¿qué tiene eso que ver con los otros hechizos?

—Aman su bosque —afirmó madame Cardui.

—¡Ah, ya veo adonde quieres llegar! —dijo Fogarty tras una pausa—. Crees que no tienen interés en movilizarse contra nosotros.

—Alan, hace años que conozco a esta gente. No tienen interés en movilizarse contra nadie; lo que quieren es que los dejen en paz. El motivo de que nos ayuden a atacar a lord Hairstreak se debe a que él ha amenazado el bosque de los elfos con los estúpidos pozos demoníacos. Si no los molestamos, ellos nos dejarán tranquilos a nosotros.

Fogarty no parecía muy convencido.

—Tal vez. —Y tras un instante añadió—: Querría saber cómo les va.

—¿A Blue y Pyrgus? Te gustaría estar con ellos, ¿no es así?

—Claro que sí. No tiene gracia hacerse viejo.

Permanecieron un rato en silencio escuchando la lastimera música.

—Cuéntame cómo llegaste aquí, ¿qué... azar... te trajo al reino? —quiso saber madame Cardui.

—Ya lo sabes, Cynthia. Tus fuentes de información...

—Me gustaría escucharlo con tus propias palabras —insistió madame Cardui esbozando una leve sonrisa.

—Fue de la manera más absurda —dijo Fogarty sonriendo también un poco, ensimismado—. Cuando cumplí los ochenta, me despreocupé de todo. Bueno, suele pasar, ¿no? Mi casa se convirtió en un vertedero, así que pensé que sería mejor buscar ayuda antes de que las autoridades sanitarias me condenaran. Pero no quería una asistente vieja tres veces a la semana que metiera las narices en mis cosas... —Se encogió de hombros—. En ésas me topé con ese chico, Henry. Se llama Henry Atherton. Él estaba buscando a su hermana en el centro comercial y se había metido en una de esas tiendas de ordenadores; examinaba una maquinita de música con la capacidad de atención de un mosquito (ya sabes cómo son los adolescentes), pero había algo en él... simpático. Y parecía fuerte; el trabajo duro no lo mataría. Se me ocurrió que era exactamente lo que necesitaba. Los chicos de esa edad sólo piensan en dos cosas: el sexo y la música pop. Jamás se interesaría por mis asuntos. Así que le ofrecí un trabajo.

—¿Y qué ocurrió?

—Lo aceptó, por supuesto. Estaba ahorrando para algo llamado reproductor MP3, una especie de juego... me parece, así que necesitaba el dinero. Lo puse a prueba y resultó perfecto. Llegaba a tiempo, hacía su trabajo, estaba callado y nunca me andaba detrás. Pero un día, ¡maldita sea!, entró en mi casa con un elfo en un frasco de mermelada.

—Pyrgus, claro —dijo madame Cardui con una amplia sonrisa.

—¡Oh, sí! Entonces no sabíamos quién era, pero ahí empezó todo. Cosas raras de la vida.

—Él también vino al reino, ¿verdad?

—¿Quién?

—Henry. Creo que Pyrgus lo nombró Caballero Comendador de la Daga Gris.

—No estoy seguro de que fuera legal —comentó Fogarty, pensativo—. Pyrgus sólo era emperador electo en ese momento, pero le estaba agradecido a Henry porque lo había salvado del infierno. Supongo que quería confirmar el nombramiento después de su coronación, pero ni él ni nadie contábamos con los problemas que se han presentado posteriormente. —Miró las llamas negras de la hoguera—. Espero que se encuentre bien. Henry es un buen chico y no merece que le pase nada malo.

Henry ascendió poco a poco desde las cálidas y oscuras profundidades. El pecho ya no le dolía tanto, aunque lo sentía tenso y le costaba respirar. Primero vio luz, luego sombras, pero no enfocaba bien, así que no supo a quién pertenecían.

—Creo que vuelve a abrir los ojos.

—¿Estás seguro?

—No. Me parecía que lo había visto...

—Tomadle el pulso otra vez, príncipe Pyrgus.

¡Pyrgus estaba ahí! Estupendo. Pyrgus estaba ahí. Henry intentó decir: «Hola, Pyrgus», pero no logró tomar aliento suficiente para pronunciar las palabras. Sintió un roce en el cuello, como si le tocara un ala de mariposa.

—No... nada. —Era la voz de Pyrgus, aunque no sonaba como su voz porque todo retumbaba y hacía eco.

—¿Ha dado resultado la aplicación de la seda?

—Se ha efectuado la fusión, Serenidad, pero eso no implica necesariamente...

¿Serenidad? ¿Significaba que Blue estaba allí? Henry hizo un esfuerzo sobrehumano y abrió los ojos. La luz lo cegó.

—Le estamos poniendo los guantes. Tiene las manos mucho peor que el pecho. Seguro que intentó protegerse.

—La fusión es automática, una propiedad de la seda. Pero no quiere decir que se produzca la curación.

—Ésta es una propiedad del cuerpo.

—Aunque las fusiones de la seda producen curaciones en determinadas circunstancias.

—Siempre que el cuerpo sea capaz de soportarlo.

—Si el cuerpo lo aguanta, la curación suele ser bastante rápida.

No era Blue. Había una mujer inclinada sobre él, pero no se trataba de Blue. Henry se imaginó que estaba enfermo: no veía bien, ni oía, ni respiraba y sentía la piel tirante y unos dolores desgarradores en las manos y el pecho. Algo iba mal. ¿Tendría gripe?

Vio a Pyrgus al lado de la mujer e intentó sonreírle, pero la cara no lo obedeció.

—Tiene los ojos abiertos, alteza —susurró una suave voz femenina.

Era cierto; tenía los ojos abiertos. Las cosas comenzaban a tomar forma.

Pyrgus alargó la mano para tocarle el cuello.

—Henry —llamó—, ¿me oyes?

«Te oigo, Pyrgus —pensó Henry—. Pero no puedo decírtelo».

—Noto el pulso —informó Pyrgus—. Bastante fuerte.

—El olor a canela significa...

Alguien empujó a Pyrgus y a la mujer que estaba a su lado y se inclinó sobre Henry, que seguía viendo borroso. Era Blue. Sin duda era ella.

—¡Oh, Henry! —exclamó Blue, y lo besó en la boca.

El dolor era horrible y no podía moverse, pero el chico se encontró mejor instantáneamente.

Henry consiguió ponerse de pie. Veía con mayor claridad e incluso se acordaba, más o menos, de lo que había ocurrido, aunque no tenía mucho sentido. Pensó que tal vez había recibido el impacto de un rayo: una enorme bola de fuego corría hacia él antes de perder el conocimiento. Pero si había sido un rayo, había sobrevivido.

Sorprendentemente, el pecho dejó de dolerle; notaba menos tirantez y respiraba con normalidad. Se acordó de que las amas de la seda habían intentado ayudarlo, pero Blue también estaba ahí, y Pyrgus. Le habría gustado saber qué sucedía.

Le sonrió a Blue, que acababa de besarlo. (¡Lo había besado!).

—¡Hola, Blue!

—¡Hola, Henry! —replicó Blue.

—¡Hola, Henry! —se sumó Pyrgus.

A la derecha de Pyrgus había una chica muy guapa con uniforme negro y otras dos personas, también vestidas de negro, detrás de ella. Del mismo modo Pyrgus y Blue llevaban trajes del mismo color. Todos portaban armas y tenían la expresión nerviosa y alerta que se apreciaba en la televisión cuando ofrecían reportajes sobre soldados en zonas de ocupación.

Henry respiró a fondo. Ya no se sentía a punto de caer a cada momento ni temblaba y notaba un agradable calor en el pecho que parecía darle energía.

—¡Hola, Pyrgus! —dijo—. ¿Qué pasa?

—Príncipe Pyrgus, el tiempo apremia. Tenemos que seguir —urgió la chica que estaba junto al emperador electo.

—¡Henry viene con nosotros! —exclamó Blue con furia.

—Ésta es Nymphalis —anunció Pyrgus, y señaló a la chica de negro.

—Si puede. Claro que él... —dijo Nymphalis.

—Henry viene, pueda o no pueda —repuso Blue.

Henry creía que podía; notaba calor en todo el cuerpo y estaba experimentando un apreciable aporte de energía. Extendió la mano y dijo:

—Encantado de conocerte, Nymphalis.

—Tenemos que encontrar a mi padre —anunció Pyrgus—. Te lo explicaré de camino. —Miró a Nymphalis—. ¡Claro que Henry viene!

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Nymphalis a Henry, preocupada.

Pero el chico se había quedado de piedra, totalmente atónito: ¡tenía las manos multicolores!

Cossus Cossus recibió a Chalkhill en la escalera de la entrada principal.

—Me alegro de volver a verte, Jasper —dijo.

«Quiere que te comportes con normalidad —explicó el wangaramas Cyril—. No menciones a los wyrms porque Hairstreak tiene aparatos de escucha por toda la mansión».

«¿Cómo lo sabes?», preguntó Chalkhill mentalmente.

«Por Bernadette, por supuesto».

«¿Quién es Bernadette?».

«El wangaramas que está en las tripas de Cossus».

—Y yo a ti —dijo Chalkhill a Cossus siguiendo las instrucciones de comportarse con normalidad.

«He venido a informar a lord Hairstreak», le sopló Cyril con presteza.

—He venido a informar a lord Hairstreak, Cossus —repitió Chalkhill.

—Su señoría no se encuentra en casa en este momento —repuso Cossus en tono seco—. Te sugiero que entres y lo esperes.

Siguió al Guardián de Hairstreak por la escalera y entró en la mansión. Cossus recorrió un pasillo a un paso tan enérgico que a Chalkhill le costó trabajo seguirlo. Se sintió aliviado cuando un cilindro de suspensión los llevó hasta una cómoda *suite* de grandes dimensiones amueblada al estilo anticuado de los elfos de la noche, que tenía las contraventanas cerradas y una iluminación tenue.

—Mis aposentos privados —anunció Cossus—. Aquí puedes hablar libremente. He programado a un golem para que introduzca conversaciones fortuitas en los aparatos de escucha porque si no funcionarían como si estuvieran instalados en una habitación vacía.

—¿Un golem? ¿No es ilegal?

—Sí —afirmó tajante Cossus.

—¿Y altamente peligroso? —Miró a su alrededor con la esperanza de ver a la criatura, pero al mismo tiempo con miedo.

—¿Te apetece beber algo? —preguntó Cossus.

—Creo que sí —respondió Chalkhill.

Contemplaba un cuadro admirable en el momento en que Cossus se acercó con una bandeja de plata y dos copas. Detrás de cada copa había una aguja hipodérmica.

—¿Para qué son? —preguntó Chalkhill, preocupado.

—Extiende el brazo —ordenó Cossus.

De pronto Cyril se agitó en la barriga y la mente de Chalkhill.

«¡No dejes que lo haga!», gritó el wyrm.

Pero Cossus tenía ya una aguja hipodérmica en la mano. Actuó con extraordinaria

rapidez y al penetrarle a Chalkhill la aguja en el brazo, sintió un doloroso pinchazo seguido de una repentina oleada de calor cuando el individuo apretó el émbolo.

La habitación empezó a dar vueltas lentamente a su alrededor y se le desenfocó la vista.

—¿Qué me has hecho? —chilló.

Cossus esbozó una sonrisa forzada, alcanzó la segunda aguja hipodérmica y se la hundió en su propio brazo.

—¿Qué estás haciendo? —aulló Chalkhill que contemplaba fascinado cómo el líquido penetraba en las venas de Cossus. Afortunadamente, Cyril, el wangaramas, había dejado de agitarse, así que Chalkhill ya no necesitaba ir corriendo al cuarto de baño. El aturdimiento momentáneo también había pasado y lo sustituyó una extraña sensación de... vacío, como si tuviera un agujero en la cabeza.

Cossus retiró la aguja y secó una minúscula gota de sangre en el lugar del pinchazo.

—Me aseguro de que podemos hablar en privado. ¿Qué tal tu barriga?

—Te agradecería que no metieses las narices en mis intimidades —repuso Chalkhill, irritado.

Cossus cerró los ojos un momento y suspiró.

—Sólo quería cerciorarme de que tu wyrm había dejado de funcionar.

—Pues sí, así es —afirmó Chalkhill torciendo el gesto—. Aunque no voy a responder más preguntas personales hasta que me expliques qué ocurre.

—Tengo que hablar contigo. Por eso he puesto los gusanos a dormir; estarán al margen durante una hora o más, lo cual es suficiente. Además, he puesto un poco de Lethe en la mezcla para que no recuerden que les ha pasado algo perjudicial.

—¿De qué quieres hablarme? —preguntó Chalkhill con suspicacia.

—Tal vez debería responder yo a esa cuestión —dijo una voz familiar a sus espaldas.

A Chalkhill se le subió el corazón a la garganta, el escroto se le endureció de forma alarmante y una oleada de escalofríos helados sacudió su cuerpo. No quería moverse, no quería ver a quien se encontraba detrás de él, pero los pies se le pusieron en movimiento y giraron lentamente como si fueran los de un autómatas. Chalkhill dibujó una sonrisita trastornada.

—¡Qué alegría volver a verlo, lord Hairstreak! —dijo.

—¿Adonde vamos? —preguntó Henry. Estaba sorprendido por lo que le habían contado Pyrgus y Blue acerca de que era posible resucitar a los muertos.

—Tenemos que arrancar a mi padre de las garras de Hairstreak —respondió Blue, muy seria.

—¿Tu padre está en el palacio con Hairstreak?

—Ambos estaban aquí cuando Comma nos echó.

Henry sólo había visto una vez a Comma muy poco rato, pero no le había gustado nada; y Hairstreak lo había puesto al frente del reino, o al menos lo había convertido en una figura decorativa.

—Seguramente tendremos que luchar —anunció Blue—. Te aconsejo que te quedes en retaguardia.

Henry se sorprendió: él nunca había peleado con nadie, excepto con su hermana, pero se daba cuenta de que las cosas eran distintas en el reino. Sin embargo, no tenía intención de esconderse como un pelele detrás de ningún grupo en el que estuviera Blue.

—Prefiero ir delante... —dijo, y añadió esbozando una tímida sonrisita—: Contigo.

—No tienes ningún arma —observó Nymphalis.

Henry y Blue la fulminaron con la mirada, pero Pyrgus intervino:

—Pues será mejor que le demos una.

Nymphalis hizo un gesto de indiferencia y le entregó su espada a Henry, cuyo brazo quedó inerte, vencido por el peso de la espada.

—¿No la necesitarás?

—Me he entrenado en el combate cuerpo a cuerpo. Además, dispongo de mis puntas de flecha. —Se fijó en la espada que pendía de la mano del chico—. ¿Sabes usarla?

—Sí —afirmó Henry—. Soy un experto.

Avanzaban rápidamente por los pasillos del palacio sin ninguna clase de oposición; varias hermanas de la cofradía de la seda se habían unido al grupito de Pyrgus, aunque ninguna de ellas llevaba armas a la vista, pero Henry había aprendido a no subestimar a las amas.

—Henry, creo... —dijo Blue, pero se calló. Habían doblado una esquina y Comma caminaba hacia ellos, flanqueado por una escolta de siete guardias de elevada estatura.

Ambos grupos se detuvieron en seco y Pyrgus hizo un gesto con la mano para hacerle una sutil seña de retroceso a Nymph. Como vestían los uniformes de los guardias de Hairstreak, salvo las amas de la seda que se suponía que residían en el

palacio, tenían una ligera posibilidad de que la gente de Comma no se dieran cuenta de quiénes eran, lo cual les daría cierta ventaja.

Comma miró a Pyrgus sin demostrar que lo reconocía y éste intuyó que Nymph se le acercaba para defenderlo; ellos eran ligeramente superiores en número a sus contrincantes, pero no quería herir a Comma, pues a pesar de todos sus defectos, seguía siendo su hermanastro.

Un guardia le susurró algo al oído a Comma y por la expresión del hombre, Pyrgus adivinó de qué se trataba: los habían reconocido y por lo tanto ya no estaba en su mano evitar el enfrentamiento. El guardia se enderezó y dio una orden a sus compañeros:

—¡A las armas!

Blue se puso delante de Henry y los elfos del bosque prepararon sus armas.

—¡No! —gritó Comma con firmeza.

El guardia que estaba a su lado parecía sorprendido.

—¿Señor?

—¡Abajo las armas! —ordenó Comma.

—Señor, es el príncipe...

—¡Cállate! —gritó Comma con irritación—. ¡Cállate! ¡Cállate! Obedeced mis órdenes y yo os mando que bajéis las armas. —Miró al frente con la misma tensión reflejada en el rostro—. Pyrgus, dile a tu gente que no nos ataque.

Pyrgus miró a Blue, que se encogió de hombros sin apartar los ojos de Comma.

—¡Deteneos! —dijo Pyrgus en voz baja.

—¿Los que están contigo son auténticos soldados de lord Hairstreak? —preguntó Comma, ceñudo.

—Naturalmente —respondió Pyrgus con los ojos clavados en su hermanastro.

—¿Lo veis? —dijo Comma volviéndose hacia sus soldados, y se giró de nuevo hacia Pyrgus, que observó una implorante expresión de desesperación en la mirada de su hermano—. Quiero que tu gente y tú vengáis conmigo. —Se humedeció los labios—. A los aposentos de nuestro padre.

—No vamos a ir a ningún... —repuso Blue.

Pero Pyrgus la interrumpió porque detectó algo que le llamó la atención en la expresión y en la actitud de Comma.

—Iremos —afirmó Pyrgus.

—Pyrgus... —Blue le lanzó una fría mirada.

—Confía en mí, Blue —susurró Pyrgus, pero hizo la antigua señal supersticiosa de los elfos de la luz. El tampoco estaba muy convencido de salir airoso de la situación.

Los aposentos del emperador estaban a escasos minutos de donde se hallaban. Guardias de uniforme negro permanecían a ambos lados de la puerta; Comma se

dirigió a ellos sin dudar.

—¡Abridnos las puertas! —ordenó con voz chillona—. Sabéis quién soy. —Se volvió hacia su escolta personal—. Vosotros quedaos aquí y vigilad las puertas. Quedaos todos y no seáis negligentes. ¡Mucho cuidado! Aseguraos de que nadie entre ni salga. Nadie que no lleve una orden mía, por supuesto. ¿Habéis comprendido?

A Pyrgus se le ocurrió que sería mucho más seguro quitar de en medio a los hombres de Hairstreak.

—Diles que se vayan, Comma.

—Cállate, Pyrgus —le contestó—. ¡Mis hombres deben vigilar la puerta!

Pyrgus llegó a la conclusión de que o dejaba que su hermanastro actuara a su manera, o tendría que luchar contra él, de modo que dijo:

—Como quieras. Pero mi gente entrará conmigo.

Sorprendido, oyó que Comma decía:

—Sí, Pyrgus. Sí, claro.

Los aposentos principales del emperador eran de un tamaño increíblemente pequeño, así que casi no quedaba espacio cuando entró el grupo. Pyrgus se fijó en que Blue estaba muy tensa, puesto que había visto el cuerpo de su padre en esa habitación al cabo de una hora escasa de haber sido asesinado. Pyrgus quería abrazarla para consolarla, pero el asqueroso de Comma le tiraba de la manga.

—Pyrgus, no me atrevo a despedirlos. El capitán os ha conocido... a Blue y a ti. Si dejas que se marchen, se lo contarán a lord Hairstreak. Pero no se les permite desobedecer una orden directa. —En vista de la expresión de Pyrgus, añadió—: Si mis guardias permanecen en la puerta, sabremos que están ahí.

—¡Oh, claro! Escucha, Comma...

Pero Comma, que seguía aferrado al brazo de su hermanastro, empezó a hablar atropelladamente:

—Además, les he dicho que no dejen entrar a nadie. Mi madre no pasará.

A Pyrgus le cayó la frase como un jarro de agua fría.

—¿Tu madre?

—¿Tu madre? —repitió Blue.

—No la dejarán entrar —aseguró Comma—. Desde que os fuisteis, ella está... bueno, ya sabes, libre. Está en el palacio... en algún sitio.

—¿Quién la soltó? —quiso saber Blue.

Después de mirar primero a Blue y luego a Pyrgus, Comma bajó la vista y murmuró:

—Yo.

—¿Estás loco? —explotó Blue.

—No sabía... No sabía que ella...

—¡Claro que lo sabías! —exclamó Blue—. ¡Todos lo sabíamos!

Henry, que se sentía incómodo en medio de una pelea familiar, preguntó:

—¿Se trata de Quercusia? —Creyó que la pregunta los aplacaría.

—¿Qué sabes de Quercusia? —comentó Blue, sorprendida.

—La conocí —respondió Henry—. Yo... bueno... hablé con ella.

—¿Y has sobrevivido?

—Más o menos —repuso Henry—. Me metió en un calabozo. —Se acordó de Flapwazzle y sintió una punzada de triste culpabilidad.

Pero Comma no les hizo caso; seguía agarrado de la manga de Pyrgus.

—Lo siento mucho, Pyrgus. Nunca creí que este asunto acabaría así. Mi tío Hairstreak me dijo que yo sería emperador, pero prometió no haceros daño. Me dijo que te proporcionaría una casa nueva, ya que como todo el mundo sabía, tú no querías ser emperador. También me aseguró que yo podría hacer todo lo que deseara y dar las órdenes que me viniera en gana y la gente cumpliría lo que yo mandase. Pero cuando os eché a Blue y a ti todo cambió. Él...

—Comma, tú sabes que nuestro padre vive —lo interrumpió Pyrgus.

—Sí.

—¿Está aquí? ¿Puedes llevarnos con él?

—No.

—¿Dónde está? —preguntó Blue.

—El tío Hairstreak se lo ha llevado.

¿Adonde, Comma? —se apresuró a preguntar Pyrgus al percibir la crispación de Blue.

—A su nueva mansión en el bosque.

—¡El lugar del que venimos! —exclamó mirando a Nymph y Blue, y le dijo a Comma—: Tienes que alejar a tus guardias de la puerta.

Pero Comma negó con la cabeza.

—Si los despido, sabrán que os habéis ido y, probablemente, supondrán a dónde e informarán a lord Hairstreak.

—Pero si no los dejas marchar, nos quedaremos aquí encerrados —explicó Blue con paciencia.

—¡No, no es cierto! —dijo Comma enseguida—. Podéis salir por el pasadizo secreto.

—¿Un pasadizo secreto? —se extrañó Pyrgus—. No existe. —Había utilizado los aposentos del emperador varias semanas y creía que los conocía al milímetro.

—¡Oh, sí, hay uno! —aseguró Comma con aire de suficiencia—. Mira... —Fue hasta la repisa de la chimenea y retiró una decoración de marquetería. La chimenea se corrió hacia un lado con un débil sonido chirriante; detrás había una pequeña habitación desde la que descendían unos escalones de piedra—. Hay un pasadizo al final de la escalera que va a parar al límite del bosque, en el extremo más alejado de

la isla. Incluso hay un viejo bote de remos, por si lo necesitáis.

Pyrgus miraba a Comma con una expresión nueva y diferente. El repelente muchacho se había portado bien por una vez.

—Es fantástico, Comma —afirmó con sinceridad—. Si cierras esta entrada cuando nos hayamos marchado y mantienes la boca sellada, saldremos de la isla antes de que los guardias se enteren de que nos hemos ido.

—La cerraré desde dentro —declaró Comma—. Yo me voy con vosotros.

Alguien había roto los goznes de la puerta del antiguo alojamiento de Brimstone en Seething Lañe. Él apartó de una patada los escasos restos chamuscados que quedaban mientras subía la escalera, y tomó nota de la necesidad de volver a colocar una puerta lo antes posible. Las medidas de seguridad mágicas que tenía instaladas mantendrían al margen a los intrusos, naturalmente, pero una puerta rota era una invitación descarada para los ladrones.

Examinó la sala de estar desde el primer descansillo y comprobó que los hechizos de ilusión óptica estaban intactos, pero la habitación parecía tal albergue de vagabundos que no atraería a un posible ladrón. Subió otro piso y su duende guardián lo recibió en la biblioteca farfullando y haciendo cabriolas. Brimstone lo silenció con un gesto y se dedicó a hacer una inspección completa de las habitaciones.

Hasta que estuvo seguro de que las trampas y los dispositivos seguían en perfecto estado, no faltaba nada, y todo se encontraba donde debía, no entró en el vestidor de su dormitorio y cerró la puerta tras de sí.

Una esfera luminosa detectó su presencia y arrojó una suave luz sobre los controles de la escalera oculta. Brimstone apretó un botón, tiró de una palanca y el falso panel trasero del vestidor se deslizó. Entonces subió la escalera hasta su desván secreto.

Los restos de su última operación permanecían aún esparcidos: el círculo reseco de tripas y piel de cabra, la máquina rota de atrapar relámpagos, el carbón apagado y el brasero volcado.

Se abrió paso entre la basura y abrió el armario de pared que contenía su equipo mágico.

La ampolla seguía allí, tal como Beleth había prometido. Brimstone observó cómo se agitaba el reluciente limo verde y pensó que aquel cristal tenía historia. Se trataba de una sustancia casi única, más valiosa que el oro, que aunque no le servía de nada a un demonio, resultaba de lo más efectiva cuando la utilizaba un elfo. Y los efectos secundarios eran absolutamente maravillosos.

Apenas podía apartar las manos de ella, pero sabía que necesitaba prepararse. Beleth había dejado que se librara una vez, pero un segundo fracaso pondría en peligro su vida y su alma con seguridad. Sólo tardó unos minutos en encontrar los otros objetos que Beleth le había dejado. Se sentía curiosamente emocionado, como un niño a punto de irse de vacaciones.

Retiró el corcho de la ampolla con el pulgar y bebió el agitado limo.

Durante un momento Brimstone lanzó destellos verdes y después desapareció.

Se hallaban sentados en torno a una mesa oval en un rincón de los aposentos de Cossus Cossus, y Chalkhill vigilaba con cautela al golem de su anfitrión que servía las bebidas yendo y viniendo con pasos contundentes. Nunca en su vida había visto una cosa tan aterradora: la criatura medía más de dos metros de altura y tenía la piel tan gris como el barro que Cossus había utilizado para crearla. A Chalkhill no le gustaban los dientes de aquel ser; sólo el cielo sabía para qué los había usado Cossus, pues brillaban como agujas de obsidiana.

Pero lo peor no eran los dientes: el golem se retorció de vez en cuando, lo cual le parecía una señal malísima. Chalkhill evitaba la magia negra siempre que podía, pero había leído en una revista que un golem que se retorció significaba que estaba a punto de ponerse como un basilisco. Los golems solían enfurecerse y estrangular a sus creadores, por cuyo motivo los habían declarado ilegales durante quinientos años; y cuando se libraban de sus creadores, tenían por costumbre lanzarse a una sanguinaria carrera y aniquilaban todo lo que caía en sus enormes manos. La misma revista explicaba que su ataque preferido era el descuartizamiento: hacían pedazos a la gente miembro a miembro.

Cossus había vestido a su golem con un delantal de volantes. ¡Ese hombre estaba totalmente loco!

La criatura sirvió primero a Hairstreak, por supuesto. Su señoría bebió zumo de pimiento rojo y su Guardián lo imitó. Chalkhill necesitaba algo más fuerte y pidió ginebra.

El golem colocó un vaso de cuarto de litro lleno hasta el borde delante de él, lo miró a los ojos y se retorció.

Sin embargo, lo horrible del asunto era que Chalkhill sabía que el golem no era la entidad más peligrosa de la habitación. Tomó un trago de ginebra y miró a lord Hairstreak; el muy asqueroso le sonrió con los dientes manchados de zumo de pimiento, levantó el vaso para brindar y exclamó ante un horrorizado Chalkhill:

—¡Ésta es la revolución de los wangarami!

* * *

Nymph, tendida junto a Pyrgus, se acercó más a él y le susurró al oído:

—¡Sigo creyendo que deberíamos detenernos y esperar refuerzos, príncipe heredero!

Pyrgus volvió la cabeza; Nymph tenía una naricilla encantadora y respingona, y estuvo a punto de rozarle con los labios la mejilla cuando ella se acercó a hablarle al oído. Tenía una mejilla preciosa, muy suave y sugerente.

—Cuenta el elemento sorpresa —susurró Pyrgus a su vez—. Coincidimos en esa táctica desde el principio.

—Se trata de una situación diferente —le dijo de nuevo Nymph al oído—. En el palacio podías contar con la ayuda de amigos y gente que te conoce. Pero ésta es la mansión de lord Hairstreak y aquí no hay más que enemigos. Además, no conoces el camino como en el palacio ni tenemos idea de lo que podemos encontrarnos.

—Llevamos uniformes de los guardias de Hairstreak —repuso Pyrgus—, excepto Ziczac y Comma, pero fingiremos que son nuestros prisioneros si hace falta. —Las amas de la seda se habían quedado en el palacio por orden de Pyrgus; ellas no eran luchadoras y al príncipe le gustaba la idea de que les ocasionasen problemas a los partidarios de Hairstreak, a cuya mansión se habían dirigido directamente los demás.

—Deberíamos detenernos —dijo Nymph, sin hacerle caso—. Acabamos de pasar por el campamento de la reina Cleopatra.

Esta noticia fue un descubrimiento para Pyrgus, que aún no localizaba a los elfos del bosque cuando éstos no querían ser localizados.

—Demasiado tarde —comentó Pyrgus en tono un poco descortés. El problema era que Nymph lo distraía y él necesitaba concentrarse en la misión que tenía por delante. No quería ni pensarlo, pero le aterrorizaba lo que ocurriría cuando encontrasen a su padre.

—Yo puedo regresar —afirmó Nymph—. No está lejos. Los demás quedaos aquí y vigilad lo que ocurre. Volveré con gente suficiente para emprender un ataque directo si quieres. Sé que la reina aceptará porque desea cerrar esos pozos.

Pyrgus sintió momentáneamente la tentación de hacerle caso, no porque le sedujera la perspectiva de un ataque sino porque tenía su propio plan, que era distinto del de los elfos del bosque. Pero si Nymph regresaba con los suyos, le pediría que se llevara a Comma con ella. Pyrgus sospechaba que estaría mucho más a gusto si su hermanastro se hallaba lejos, en especial si lo encerraban bajo llave. Además, la verdad es que les irían bien algunos refuerzos, no para perpetrar el ataque, sino porque se estaban adentrando en territorio enemigo.

Estaba a punto de decirle a Nymph lo de Comma, pero se calló porque los guardias de Hairstreak desfilaban hacia su cuartel en perfecta formación. En unos instantes desaparecerían de la vista y el camino hacia la mansión quedaría totalmente despejado. Pyrgus tomó una decisión repentina.

—¡No hay tiempo! —siseó—. ¡Vamos!

Sin esperar la reacción de la chica, Pyrgus se puso en pie, se inclinó y echó a correr hacia la casa.

* * *

De súbito, Chalkhill dejó de preocuparse por el golem; tragó saliva e intentó callarse, pero escuchó su propia voz decir:

—¿Estáis enterado de lo de la revolución?

—Hace años que los gusanos están revueltos —respondió Black Hairstreak sonriendo un poco, indiferente—. Sus estúpidos planes se vuelven más desesperados cada generación.

—¿Cada generación?

—Sí. Son una especie de vida corta —explicó Hairstreak con una abierta sonrisa—. En cuanto entran en un lugar, la mitad de ellos muere y tienen que empezar de nuevo. —La sonrisa desapareció bruscamente y miró con sagacidad a Chalkhill—. No te lo tomaste en serio, ¿verdad, Jasper?

—Ni por un momento —aseguró Chalkhill.

Resultaba agradable estar de regreso en Nueva York. Brimstone contempló la iglesia de la Transfiguración, sorprendido ante la exactitud con que la pócima lo había trasladado. Seguramente debido a su repentina aparición, una mujer gritaba a unos metros de distancia. Brimstone se echó su bolsa al hombro y le sonrió. Benditos fueran los neoyorquinos; pasaban en multitud, sin prestar atención a la mujer que gritaba, ni a él, ni a las cúpulas verdes de la preciosa iglesia, evitando mirar a nadie, encerrados en sus atribulados mundos particulares. Si la mujer contaba lo que había visto, pensarían que estaba loca. Y si no lo hacía, no le importaba a nadie.

Desde su último traslado, la iglesia había sufrido una gran renovación, pero por la numerosa gente que entraba se deducía que aún se celebraba una misa diaria. Estuvo tentado de entrar él también (los pintorescos esfuerzos de la magia blanca le divertían), pero decidió realizar su tarea antes de dedicarse a los exquisitos entretenimientos de la ciudad. Además, aún no había determinado cómo la llevaría a cabo.

En los viejos tiempos habría caminado hacia el norte hasta Mott Street y girado a la derecha en el Bowery. Pero ese lugar ya no era como antes; aunque seguía habiendo muchísimos vagabundos, tal vez resultaría difícil encontrar a dos de ellos que fueran útiles. El problema era que incluso a los más cerdos les iba bien en ese momento; llevaban vino barato en bolsas de papel, pero nadie consumía el alcohol mentolado que aligeraba tanto la sangre. Podía pasarse el día entero haciendo probaturas antes de dar con alguien adecuado y después le quedaba el embrollo de matarlo. Así que sería mejor gastar un poco del bonito dinero de Beleth, daría un orden y lo haría de la manera más fácil.

Cruzó la calle y se dirigió a Doyers Street, el antiguo y entrañable ángulo sangriento, donde había pocas personas, como si oliesen los horrores del pasado. Brimstone caminó despacio con una expresión benévola en el rostro lleno de arrugas mientras olisqueaba el aire, aquel aire maravilloso y lleno de gases.

Al poco rato desapareció en el entramado de calles y callejones que había más allá de Doyers.

* * *

—¡No debías haberlo hecho! —exclamó Nymph con sequedad; fue la primera en reunirse con Pyrgus—. Podían haberte matado.

—Teníamos que hacer algo —explicó Pyrgus, razonable. Los otros llegaron corriendo, guiados por Blue. Pyrgus miró a Henry, que parecía aguantar bastante bien, a pesar de su reciente flirteo con la muerte.

Avanzaron en grupo y rodearon un lado de la mansión, lejos del cuartel en el que habían entrado los soldados de Hairstreak. Cuando alcanzaron la parte de atrás, aún los protegía la suerte porque seguía sin haber ni rastro de guardias. Aunque quizá tal circunstancia no fuese sorprendente, ya que el muro era liso, de enormes piedras y altísimo. Y lo más probable era que Hairstreak se considerara inmune a los ataques.

—¿Qué opinas? —le preguntó Pyrgus a Ziczac cuando llegó.

El pequeño mago echó un vistazo y detectó un saliente rocoso cerca del muro.

—Esto parece interesante —dijo.

—¿Ah, sí?

—Es una formación típica —dijo Ziczac, pensativo, sin explicar en qué consistía el tipismo—. ¿Sabe alguien si lord Hairstreak ha construido bodegas?

—Sí, claro que sí —afirmó Nymph con cierta impaciencia—. Bodegas y pozos de demonios. Por eso su majestad quiere que ayudemos al príncipe Pyrgus.

—¿Sabéis por casualidad si los ha hecho en una caverna natural?

Nymph lo miró sorprendida y Pyrgus se apresuró a negar con la cabeza.

—¿Crees que hay una caverna natural ahí debajo? —preguntó Blue y contempló el saliente—. Se trata de la geología adecuada...

—Sí —afirmó Ziczac con energía—. Sí, así es.

—¿Qué estás pensando? —quiso saber Pyrgus.

—¡Piensa llevarnos por debajo del edificio! ¿Verdad, Ziczac? —exclamó Blue sonriendo.

—Sí, en efecto.

—¿Eres capaz de hacerlo? —preguntó Henry.

—¡Oh, sí, claro que sí! Tenemos que penetrar en un eje vertical, no en uno lateral, y movernos horizontalmente. Resulta un poco complicado, pero lo conseguiré. Siempre que estéis quietos, por supuesto. De hecho, creo que preferiría que unieseis los brazos y permanecieseis juntos hasta que hayamos pasado.

—Eso significa que no podremos usar armas si nos atacan —declaró Nymph, muy seria.

—Confío en que por aquí no lo hagan —le dijo Ziczac con paciencia.

—¿Qué opinas, príncipe Pyrgus?

Pyrgus no tenía ni la menor idea de lo que estaba planeando el mago, pero ya que los había guiado por el palacio, seguramente haría lo mismo ahí.

—Creo que debemos hacer lo que dice Ziczac.

Nymph se encogió de hombros, resignada.

Henry se acercó corriendo a Blue y esperó a que todos empezasen a unir los brazos. Blue le dedicó una mirada cariñosa y le preguntó en voz baja:

—¿Te encuentras bien?

—Mejor que nunca —respondió Henry. Le hubiera gustado preguntarle qué

estaba ocurriendo, pero tuvo miedo de quedar como un pelele o un estúpido, o las dos cosas.

Daba la impresión de que Blue le había leído el pensamiento porque le dijo:

—Ziczac puede conseguir que atravesemos los muros.

—¿Con magia?

—Sí.

—¡Genial! —exclamó Henry.

—Bueno, será mejor hacerle caso —observó Pyrgus sin dirigirse a nadie en particular.

Ziczac actuó y todos quedaron sumidos en la más completa oscuridad.

Caminaban por un pasillo sin techo. Los altos muros y el suelo parecían de obsidiana, pero más allá de donde debería estar el techo había un vasto espacio abierto, y en la penumbra, una cúpula abovedada de roca, como si el pasillo se hubiera construido en el suelo de una gigantesca caverna.

—No me gusta la pinta de este lugar —dijo Pyrgus.

Todos permanecieron callados y sin moverse mirándose unos a otros. El pasillo se extendía a ambos lados de donde se hallaban; un extremo doblaba a la derecha y el otro, a la izquierda, mientras que una especie de plataforma, amurallada con cristal negro opaco, flotaba encima de ellos.

—No tengo mucho sentido de la orientación —admitió Henry (y el poco que tenía se le había esfumado totalmente ante el pasillo construido en lo que parecía sólida roca). Pero no quería ponerse en evidencia.

—Ahí está el norte —indicó Ziczac señalando en esa dirección.

—¿Eso es un hechizo suspensorio? —preguntó Pyrgus sin apartar los ojos de la plataforma flotante.

—Sí —repuso el mago mirándola a su vez.

Había una débil claridad, de modo que se veían unos a otros sin demasiada dificultad, aunque no había esferas de luz ni antorchas que adornaran las paredes.

—Coincido con Pyrgus. Este lugar me parece terrorífico. —Dijo Blue, y dándose media vuelta añadió—: Ya puedes soltarte, Henry.

Éste le soltó el brazo, obediente, y para ocultar su vergüenza preguntó:

—¿Oís algo?

Todos se detuvieron para escuchar.

—¿Agua corriente?

—Sí —afirmó Henry—. Tal vez haya un arroyo subterráneo.

—¿Dónde estamos? ¿Lo sabes? —le preguntó Nymph a Ziczac.

—Debajo de la mansión. Nos hallamos en la caverna.

—¿Por qué hay muros alrededor? Es decir, ¿por qué Hairstreak construyó un pasillo sin techo en el suelo de la caverna?

—Quizá aún no esté acabado —sugirió Blue con gesto preocupado.

—A mí me parece que sí. —Afirmó Pyrgus, pero titubeó y añadió—: Aquí hay algo raro. ¿Puedes conseguir que atravesemos estos muros, Ziczac?

—No estoy seguro. Depende de su grosor.

—Entonces ¿estamos atrapados?

—¡Oh, no, princesa Blue! —exclamó Ziczac—. En todo caso podría ayudaros a bajar y los atravesaríamos. Pero preferiría una ruta más directa.

—¿A través de los muros?

—Sí, creo que intentaré averiguar qué grosor tienen.

—Nymph tiene razón —admitió Blue—. Me gustaría saber por qué Hairstreak hizo esta construcción en el suelo de una caverna y por qué utilizó cristal volcánico.

—El cristal volcánico tiene algo... —murmuró Pyrgus, y miró a Ziczac—. Me parece que es mejor comprobar el grosor de los muros. —Sacó su cuchillo halek.

—¿Puedes hacer una triangulación mística? —preguntó Ziczac.

—No sé qué es eso.

—Entonces será mejor que la haga yo —apuntó Ziczac—. Lo más probable es que el mejor lugar esté en un extremo. Los demás quedaos ahí. —Empezó a caminar con energía hacia el norte, pero se detuvo en seco tras dar cuatro pasos—. Aquí hay una especie de campo de fuerza. —Extendió con cautela ambas manos y palpó el aire que tenía delante.

—No veo nada —comentó Henry, un poco atontado.

—Yo tampoco —reconoció Ziczac—, pero lo percibo.

—Apártate, Ziczac —pidió Nymph, alterada.

—No pasa nada. Es sólo una barrera. Lograré que la atravesemos. —El mago retrocedió y se dio la vuelta—. A ver si estamos atrapados por el otro lado. —Pasó por delante de ellos y se dirigió al extremo sur del pasillo.

—Los demás... —empezó Pyrgus.

Se oyó un grito y el sonido de un chapoteo. Henry giró en redondo.

—¿Dónde está Ziczac? No es posible que haya llegado ya al extremo.

—¡Atrás! —ordenó Pyrgus, y corrió en la dirección que había tomado Ziczac.

Ni Nymph, ni Comma ni Blue le hicieron caso y echaron a correr al mismo tiempo. Llegaron todos juntos al borde de un estrecho agujero abierto en el suelo del pasillo. Pyrgus miró hacia abajo.

El cuerpo de Ziczac estaba insertado en siete horribles pinchos de metal que salían del suelo del agujero. Tenía los ojos abiertos, pero evidentemente estaba muerto.

Brimstone encontró la estrecha escalera entre una tienda budista de recuerdos y un minúsculo establecimiento especializado en la venta de huevos en escabeche. El asiático instalado en el primer descansillo estaba sentado en una silla de madera leyendo el *National Inquirer*, y como llevaba la chaqueta desabrochada dejaba al descubierto la pistolera que le colgaba del hombro.

El individuo reconoció a Brimstone enseguida.

—¿Ho? —preguntó.

—¿Qué tal? —repuso Brimstone utilizando uno de esas expresiones tan coloquiales que había aprendido durante una visita anterior al Harlem hispano. Allí nadie sabía de dónde procedía y prefería que siguiese siendo así.

El asiático señaló con el pulgar el siguiente tramo de escalones y volvió a centrarse en el *National Inquirer*.

Dos encantadoras jovencitas lo condujeron a las oficinas del señor Ho en el primer piso, mientras se tapaban la boca con la mano para reírse. El señor Ho, sentado en un agrietado sillón de cuero, fumaba algo resinoso en una larga pipa de barro. Tenía los párpados arrugados característicos de un elfo de la noche, pero en cambio las pupilas no eran alargadas. Se sacó la pipa de la boca y le dedicó a Brimstone una benévola sonrisa.

—Señor Brimstone —reconoció.

—Señor Ho —repuso Brimstone asintiendo. Echó un vistazo a la habitación y se alegró al ver que los estantes del señor Ho estaban bien provistos de libros y suministros.

—Disculpe que no me levante como deferencia a su avanzada ancianidad —dijo Ho, y volvió a sonreír con benevolencia—. Me veo incapaz de reverenciarlo debido a una fuerte embriaguez.

—No tiene importancia, señor Ho.

—¿Té, señor Brimstone? ¿O una pipa?

—Nada, gracias, señor Ho. ¿Me permite que me interese por la salud de sus nietas?

El señor Ho siguió sonriendo, encantado.

—Tengo el placer de decirle que es excelente. Observo por el anillo de su dedo que se ha casado recientemente, señor Brimstone. ¿Puedo preguntar, por mi parte, por la salud de su ilustre nueva esposa?

—Ha muerto —respondió Brimstone.

—¡Ah! ¿Y su herencia?

—Sustancial.

Ho dio otra calada a la pipa.

—Entonces, ¿desea suministros, señor Brimstone? ¿Algunos artículos en los que gastar su sustancial y fortuita herencia?

—Un grimorio, señor Ho.

—¿El *Lemegeton*, señor Brimstone? —preguntó Ho, abriendo un poco los ojos de asombro—. ¿O la *Clavícula* completa? ¿O tal vez el *Grimorio Verum*? ¿O debo decirles a mis damas que le busquen *El libro de las maravillas del mundo*?

Los dos se rieron con ganas porque ese libro era un volumen de magia blanca.

—No, no, señor Ho. Necesito el *Grimorio de Honorio el Grande*.

El señor Ho dejó de reír al momento.

—¿Habla en serio, señor Brimstone?

—Totalmente, señor Ho.

—No lo tengo.

—Pero ¿puede conseguirlo?

—El coste sería astronómico —declaró Ho sin rodeos.

—Tengo la American Express platinum.

Los ojos de Ho se ensancharon de nuevo.

—¿Me deja verla, señor Brimstone? —Y Ho volvió a abrir los ojos, más asombrado todavía.

Brimstone buscó en su bolsa y sacó la tarjeta que le había dado Beleth. Ho la tomó, examinó la banda magnética del dorso y la mordió con cuidado.

—Parece que es buena, señor Brimstone.

—Entonces, ¿puede conseguir el libro?

—Una hora, señor Brimstone. —Ho levantó un dedo—. Déme una hora.

Blue y Pyrgus observaban juntos el agujero. Ella parecía a punto de vomitar.

—Sabes lo que es este lugar, ¿verdad? —dijo Pyrgus en voz baja.

—Sí. Un laberinto de obsidiana. Hairstreak lo construyó. ¡Pyrgus, ese monstruo tiene a nuestro padre!

—¿Qué es un laberinto de obsidiana? —preguntó Nymph, ceñuda.

Comma, que también miraba fascinado el cuerpo de Ziczac, hizo la misma pregunta.

—Se trata de un juego —explicó Pyrgus—, el laberinto está lleno de trampas y tretas letales, demonios, animales salvajes, y cosas así; y se mete a alguien en el juego para ver si sobrevive.

—¿Llamáis juego a ver cómo alguien lucha por su vida? —comentó Nymph con asombro.

—Nosotros no —repuso Pyrgus—. Es ilegal desde hace siglos. No recuerdo desde cuándo lo es, así que debe de hacer mucho tiempo.

—Pero —repuso Blue con amargura—, nuestro amigo Hairstreak se ha construido uno, al parecer. —Y dirigiéndose a Pyrgus, le dijo—: Me extraña que no haya habido rumores; no he escuchado ni un comentario.

—Evidentemente tiene buenas medidas de seguridad —afirmó Pyrgus, que contemplaba el cuerpo destrozado del pequeño mago—. ¿Qué hacemos con Ziczac?

—Está muerto, Pyrgus. No podemos hacer nada.

—Me refiero al cuerpo.

—¡Ah! —exclamó Blue. Y ambos lo miraron de nuevo.

—Yo lo sacaré si sois tan remilgados. Era amigo mío —dijo Nymph con aspereza.

—Era amigo de todos nosotros, Nymph —precisó Pyrgus—. Pero la mayoría de las trampas de los laberintos de obsidiana tienen dispositivos dobles.

—¿Qué significa eso, príncipe heredero? —Nymph lo miraba enfadada.

—Significa que si alguien intenta bajar ahí, saltará una segunda trampa más letal que la primera —repuso Blue—. Podría incluso clausurar esta zona del laberinto, inundarla con gas venenoso o algo parecido. Las trampas corrientes se pueden evitar si se va con cuidado, pero las reglas del juego indican que las trampas secundarias se deben construir sin escapatoria.

—Sabes mucho sobre ese juego, princesa real —comentó Nymph.

—Blue sabe de todo —afirmó Comma, que seguía mirando el agujero.

—Lo he estudiado en mis clases de Historia —repuso Blue.

El rostro de Nymph siguió imperturbable, pero se le dulcificó un poco la voz.

—Tendremos que dejarlo donde está. No debemos poner en peligro a más gente

del grupo. Es la muerte de un guerrero.

—Pero no era un guerrero —sentenció Henry, que se les había acercado.

—Suponía nuestra única posibilidad de salir de aquí. —Dijo Blue, y todos se volvieron para mirarla; ella siguió reflexionando—: Sin Ziczac no podremos atravesar los muros, de modo que tendremos que buscar el camino para salir de la mansión de Hairstreak. —Dio un vistazo a su alrededor.

—Y eso si sobrevivimos a su laberinto de obsidiana —dijo Comma en voz baja.

* * *

Brimstone contempló el libro con algo parecido al deslumbramiento. Estaba escrito en piel de borrego y tenía más de setecientos cincuenta años. Lo abrió con cuidado por una página cualquiera.

«Trinitas, Soter, Mesías, Emmanuel, Sabaot, Adonay, Atanatos...». Las palabras se deslizaban por la página y había un diagrama de un círculo mágico.

El señor Ho permaneció inmóvil junto a Brimstone, nervioso.

—¿Es lo que deseaba, señor Brimstone?

Era exactamente lo que deseaba: el grimorio que Beleth le había dicho que buscara, el libro negro supremo del Reino Análogo, la obra más diabólica de magia negra. ¡Y escrito por un papa! Pasó otra página; tendría que estudiarlo con mucho detalle.

—Perfecto, señor Ho —dijo Brimstone—. Pero, además, quiero una hoja grande de pergamino virgen.

—La tengo —repuso Ho—. La tendrá.

—Y un gallito negro.

—Puedo conseguirlo —afirmó Ho—. Lo conseguiré.

—Dos litros de sangre humana.

—¿De qué grupo, señor Brimstone?

—¿Grupo?

—¿Qué grupo de sangre necesita, señor Brimstone? Me lo preguntarán cuando vaya a comprarla al banco de sangre.

¿Tenían bancos de sangre en el Reino Análogo? ¡Qué prudentes! De ese modo se ahorra la molestia de buscar una víctima. Tal vez valiese la pena montar un negocio así en casa.

—Eso no importa —le dijo a Ho—, con tal que sea fresca.

—¡Considérela suya, señor Brimstone! ¿Algo más?

—Una habitación privada para estudiar este fascinante texto, señor Ho.

—Enseguida, señor Brimstone.

—Y un sitio para hacer el trabajo. Digamos mañana o pasado mañana.

—¿Una iglesia abandonada, señor Brimstone, con el cementerio intacto? Me he fijado que venden una de ese tipo en la sección inmobiliaria. Es un trayecto corto en taxi desde la ciudad.

—Admirable —comentó Brimstone.

Ho agitó la tarjeta de crédito y sonrió.

—¿Todo en la American Express, señor Brimstone?

No dejaba de asombrarlo que la gente del Mundo Análogo pensase que un ridículo pedacito de plástico tenía el mismo valor que el oro. Brimstone le devolvió la sonrisa.

—En efecto, todo en la American Express, señor Ho —confirmó.

—Quiero enseñarte algo, Jasper —dijo Hairstreak. Sonreía con petulancia, una de sus expresiones menos agradables.

—Sí, claro, señoría —repuso Chalkhill intentando mostrarse interesado.

Hairstreak se levantó.

—Acompáñanos, Cossus —invitó.

El Guardián hizo una ligera inclinación con la cabeza y los tres abandonaron la estancia. Chalkhill tenía los nervios de punta, pero al menos el golem no iba con ellos.

Hairstreak los condujo a través de varios sinuosos tramos de escalones, y el nerviosismo de Chalkhill aumentó cuando comprendió a dónde se dirigían. Aquella era la zona de los calabozos de la mansión: celdas que rodeaban una cámara de tortura central al estilo clásico de las grandes viviendas. Nunca se sabía qué iba a suceder con Hairstreak porque en un momento se deshacía en sonrisas y al siguiente te ponía en el potro de tortura con un atizador candente en el...

Hairstreak descolgó una llave de un gancho de la pared, abrió la puerta de una celda y retrocedió. Chalkhill se acercó cada vez más inquieto. La celda era pequeña, oscura, carecía de ventanas y olía como si hubiera algo muerto en ella. ¿Iba a acabar él así? Era culpa suya, desde luego; no debería haber escuchado al estúpido gusano. Tragó saliva.

—Señoría... —dijo, pero se calló. Había alguien en la celda, una figura acurrucada junto a una pared. Chalkhill se dio cuenta de que el olor procedía de esa criatura.

—¿Lo reconoces? —preguntó Hairstreak alegremente.

En principio Chalkhill no entendió que se refería la figura de la celda. Se arriesgó a mirar un poco más de cerca y le pareció que se trataba de un viejo marginado, tal vez un criminal, o lo más seguro alguien que se había cruzado en el camino de Hairstreak y que se enfrentaba a una rutina diaria de torturas, inanición y privación del sueño. Pero Chalkhill no sabía quién era. Supuso que no importaba; Hairstreak probablemente sólo quería demostrar lo que hacía con quienes lo irritaban: un poco de presión psicológica antes de la acusación de traición. ¿Por qué, oh, por qué había escuchado al gusano?

—¿Y bien? —insistió Hairstreak—. ¡Tú, levanta la cabeza!

La desdichada criatura de la celda se enderezó con lentitud. Chalkhill se quedó sin aliento y soltó un grito de asombro: tenía ante sí los ojos llenos de dolor de Apatura Iris, el llorado y difunto Emperador Púrpura.

—¿Lo reconoces ahora? —preguntó Hairstreak—. Chalkhill asintió sin articular palabra. —Es la razón de que estés aquí, Jasper. Los caminos del destino resultan

extraños.

Chalkhill miró a Cossus, que le devolvió una mirada sin expresión. Después bajó la vista al suelo; no quería volver a contemplar al Emperador Púrpura con aquel aspecto terrible, y además Hairstreak le daba miedo.

—¿Entiendes lo que ha sucedido? —preguntó Hairstreak. Chalkhill negó con la cabeza sin levantar los ojos—. ¡Se trata de una resurrección! Cualquiera tonto lo hubiese entendido.

—Sí, claro —farfulló Chalkhill—. En fin, ya supuse que se trataba de una resurrección... —Hairstreak era un agobio porque nunca se entendía de qué hablaba hasta que era demasiado tarde, cuando uno ya se había metido en problemas o estaba muerto. Chalkhill consiguió reprimir un gemido desesperado.

—Vaya problema, ¿verdad? —inquirió Hairstreak—. Una mirada y ya se sabe. —Sacó una corta varita de su chaqueta y azuzó al prisionero. El Emperador Púrpura se encogió y se apartó de Hairstreak—. ¿Lo ves? Estamos proclamando que Apatura Iris no murió, sino que entró en coma, pero que ha despertado y se halla preparado para tomar decisiones acerca del futuro del reino. Nos hemos salido con la nuestra hasta el momento porque ha permanecido oculto casi todo el tiempo; sólo unos pocos lo han visto de refilón, pero ¿crees que nuestra historia se sostendrá cuando haga su aparición pública?

¿Qué quería Hairstreak que dijera? Una palabra errónea tal vez significaría la cárcel, torturas o... Chalkhill volvió a mirar a Cossus con desesperación, pero no le sirvió de nada, de modo que dejó que su mirada fuese hacia Hairstreak como un pajarillo fascinado por una serpiente.

—Sí —dijo—. Y... no. —Esperó con el estómago contraído.

—No, claro que no —repuso Hairstreak con impaciencia—. Lo considerarán una resurrección en un periquete. Y como la resurrección es ilegal, cualquier proclamación que haga también lo será. Permíteme que te diga, Jasper, que los elfos de la noche tal vez hayamos ganado terreno estos últimos días, pero no lo mantendremos a menos que hagamos algo con este problema.

—¿Qué problema?

—Te interesa prestar más atención —indicó Hairstreak con acritud y contempló con mala cara la figura acurrucada del emperador—. Naturalmente, sabes que esto sólo se puede arreglar de una forma.

—¿Ah, sí?

—¡Con un wyrm, idiota! ¡En concreto, con la transferencia de un wyrm adulto!

Chalkhill se preguntó qué sería la transferencia de un wyrm adulto, pero se abstuvo de preguntarlo. En cambio, le dedicó a Hairstreak una vacua sonrisa de aliento y asintió.

—Claro —afirmó—. Por supuesto.

—Jasper... La verdad es que si no me hubieras demostrado de vez en cuando que vales para algo, ya te habría arrojado a las *sliths*.

—Yo... yo... bueno, en realidad no acabo de ver cómo encajo, señoría.

Chalkhill se asombró de ver a Hairstreak sonreír.

—No se trata tanto de que encajes tú, Jasper, sino de que encaje tu wyrm. Es decir, que encaje en el emperador. Te he traído aquí para transplantar a Cyril, tu experimentado wyrm wangaramas.

—No podemos dirigirnos al norte —comentó Nymph—. ¿Recordáis que Ziczac dijo que había un campo de fuerza?

—El norte está bloqueado, Blue —añadió Comma, que si estaba preocupado por la situación en que se encontraban, no lo demostró.

—Seguidme la corriente. —Gruñó Blue. Los condujo por el pasillo y superaron sin dificultad el punto en que Ziczac se había detenido. Entonces se volvió hacia los demás y explicó—: El campo de fuerza era una treta para enviarnos al sur y que alguien disparase el agujero de pinchos. Una vez se accionó la trampa, el campo de fuerza se desactivó automáticamente. Es el sistema típico del juego, y si no se conoce, uno da por sentado que no es posible ir al norte, salta sobre la trampa abierta y se dirige hacia el sur, donde esperan trampas aún más peligrosas.

—Entonces ¿por el norte resultará más fácil?

—No mucho —contestó Blue—, pero según las reglas del juego se supone que tenemos ciertas probabilidades de sobrevivir si vamos en esa dirección; en el sur no habría ninguna.

—¿Cómo podríamos saber si tu lord Hairstreak se atuvo a las normas cuando diseñó el laberinto? —preguntó Nymph.

—No lo sabremos. Pero ¿se te ocurre una manera mejor de jugar? —le espetó Blue fulminándola con la mirada.

Si seguían así, no tardarían en llegar a las manos, pensó Pyrgus, que procuró aflojar la tensión acercándose a ellas con una sonrisa, aunque no le apeteciera.

—Oídmeme —dijo—, estamos todos metidos en este lío y hemos perdido a un buen hombre porque no entendíamos bien qué sucedía. Pero ahora sabemos que se trata de un laberinto de obsidiana y eso nos da una oportunidad. La otra cuestión es que formamos un equipo, y como estos laberintos están pensados para una única víctima, si nos mantenemos juntos venceremos. —Observó a los dos soldados que estaban con Nymph y se dio cuenta de que ni siquiera sabía cómo se llamaban—. Lo siento —se disculpó—. No sé vuestros nombres.

—Ochlodes —dijo uno.

—Palaemon —respondió el otro.

—Ochlodes, Palaemon —repitió Pyrgus—. Habéis demostrado que sois buenos luchadores en esta misión. Tal vez tengamos que volver a pelear antes de salir del laberinto, pero sobre todo hay que utilizar la cabeza y tener cuidado, pues la mayoría de los peligros está en las trampas. —Miró a Nymph, Blue y Comma—. Eso también va por vosotros tres; pensad antes de hacer algo, tomáoslo con calma y nunca juzguéis una cosa por las apariencias.

—Sugiero que nos despleguemos, que nos separemos más, pero sin perdernos de

vista —dijo Blue—. De esa forma, si alguno cae en una trampa, los otros se librarán, y así nos ayudaremos.

—Me parece una buena estrategia, princesa real —reconoció Nymph, y Blue le dedicó una sonrisita tensa.

Se separaron todo lo que el espacio les permitía y avanzaron cautelosamente por el pasillo hacia el norte. Apenas habían caminado cincuenta metros cuando de una pared lateral surgió una hoja de sierra girando a alta velocidad y le cortó el lóbulo de la oreja a Palaemon. Si no hubiera tenido los prodigiosos reflejos de los elfos del bosque, le habría rebanado la garganta.

—Me preocupa el chico —dijo Fogarty.

—¿Quién, Henry?

—No; Pyrgus. Estoy inquieto por él. Tarda demasiado.

—¿Tú crees, cariño?

—El plan era entrar en palacio, rescatar a su padre y salir. ¿Cuánto se tarda en hacer eso?

—Tal vez más de lo que uno se imagina —replicó madame Cardui—. El palacio es un edificio complejo y Pyrgus primero tiene que encontrar a su padre.

—No sé si habrán llegado al palacio —repuso Fogarty—. Ni siquiera sé si el Emperador Púrpura está allí.

—Pyrgus dijo que había visto a su padre en una ventana cuando los obligaron a marcharse.

—Pyrgus dijo que le «parecía» haber visto a su padre en la ventana —corrigió Fogarty—. Pero aunque tuviese razón, eso no significa que su padre siga ahí. En un caso como éste hay que imaginar lo que piensa el enemigo. El emperador Apatura no actúa por sí mismo en este momento, sino que está sometido a las órdenes de Hairstreak; el emperador se quedaría en el palacio por su propia voluntad, pero ¿es eso lo que quiere Hairstreak?

—Bueno, no me tengas en suspenso... ¿lo quiere?

—No creo. Yo no lo haría. Imagínate que yo intento que el mundo crea que el viejo emperador está física y mentalmente sano, pero da la casualidad de que deseo gobernar el imperio; la gente no se lo tragará si ve a Apatura vagando como un zombi. Por lo tanto, si yo fuera Hairstreak, lo escondería en mi casa.

Tras unos momentos de reflexión madame Cardui dijo:

—Lord Hairstreak tiene dos casas: una en la ciudad y la otra...

—La otra está ubicada en algún lugar del bosque. —Fogarty finalizó la frase—. Él jamás llevaría al emperador a la casa de la ciudad; está a la vista de demasiada gente.

—¿Por qué no lo dijiste antes? —preguntó madame Cardui.

—No se me ocurrió —respondió Fogarty con amargura.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Iré a hablar con la reina.

El corto trayecto en taxi resultó bastante largo, pero el taxista aceptó la American Express. Brimstone contempló la iglesia que acababa de comprar con un creciente sentimiento de satisfacción. Resultaba perfecta: ruinoso, aislado, rodeado de árboles que garantizaban un mínimo de intimidad y, tal como había prometido el señor Ho, con un antiguo cementerio alrededor, donde había una o dos tumbas con flores frescas, lo cual sugería que tal vez hubiese cadáveres recientes disponibles. Sin embargo, no era probable que los necesitase. Según su grimorio, se podía prescindir de ellos en el Mundo Análogo.

—Lleve mis maletas dentro —le ordenó al taxista en tono grandilocuente.

—Piérdete —repuso el taxista. Era obeso, sudaba copiosamente y olía mal.

Brimstone le sonrió con condescendencia; abrió la bolsa que Beleth le había dado y sacó uno de los ridículos papeles que servían de moneda en ese mundo. ¡Hacían circular esos papeles y fingían que era dinero! Parecía más estúpido que la tarjetita de plástico. El papel tenía impreso el número cien, que significaba que la gente podía cambiarlo por cien... cien... ¿cien qué? Brimstone no estaba muy seguro. ¿Ovejas? ¿Vacas? ¿Lingotes de oro? Lo curioso era que no importaba. La gente los juntaba para hacerlos circular de nuevo.

—Si lleva mis maletas dentro, le daré esto —insistió Brimstone, y agitó el papel bajo la apestosa nariz del taxista.

La expresión agría del hombre desapareció y salió del coche.

—¿Por qué no lo has dicho antes?

La iglesia había sido desconsagrada según el señor Ho y abandonada hasta pudrirse. En su interior todo estaba roto y destrozado: las hileras de bancos carcomidos, las vidrieras, las estatuas instaladas en mohosas hornacinas, las baldosas... pero lo mejor era un altar polvoriento, cubierto todavía con un raído lienzo bordado en plata y oro.

Brimstone arrastró su equipaje desde la entrada, donde lo había dejado el taxista, cerró la puerta principal con llave y se dedicó a abrir las maletas. El trabajo que tenía que hacerle a Beleth le llevaría algún tiempo, así que lo mejor era empezar lo antes posible. Repasó el grimorio y se acercó al altar. Sabía lo que debía hacer: se trataba de concentrarse para adoptar una actitud mental adecuada.

Silas Brimstone, solo ante el altar de la iglesia destartada y desconsagrada, empezó a confesar sus pecados en voz alta.

Tenía la impresión de que tardaría bastante tiempo.

* * *

Le dijeron que se trataba de una sala de preparación, pero Chalkhill no se dejó engañar ni un minuto. Había los muebles mínimos y la puerta estaba cerrada; era una ratonera, en realidad una celda, para mantenerlo a buen recaudo hasta la horrible operación. Para colmo de males, Cyril había despertado.

El gusano estaba frenético; sabía que lo habían drogado químicamente, pero el Lethe evitaba que recordara lo que había sucedido. Y como no podía extraer la información de la mente de Chalkhill de forma directa, intentaba sonsacarlo.

«Vaya, creía que éramos amigos —exclamó Cyril—. Al menos eso me imaginé. Sabes qué ha ocurrido, ¿verdad? ¿Por qué no me lo cuentas? Te voy a convertir en Emperador Púrpura. ¿Lo has olvidado? ¿No tienes sentido de la lealtad hacia mí o hacia la revolución?».

«Tu revolución es una broma —repuso Chalkhill con amargura, y repitió una frase que había dicho Hairstreak—: Hace siglos que no progresáis».

Hubo un repentino silencio mental hasta que el wangaramas repuso:

«¿Cómo lo has averiguado? ¿Quién te lo ha contado?».

«Tú no, desde luego».

«Ya no tiene importancia —chilló Cyril—. ¡Esta vez no fallaremos!».

«No, tú no —dijo Chalkhill, cansado—. Pero da igual. Ocurre que nuestro amigo lord Hairstreak ha decidido extraerte quirúrgicamente de mi barriga y transplantarte al cuerpo del emperador Apatura».

El wangaramas emitió el equivalente mental de un chillido.

«¿Te refieres al viejo Emperador Púrpura? ¡Pero si ha resucitado!».

«Ésa es la cuestión. Por lo visto contigo dentro parecerá mucho más vital».

«Sabes que eso me matará, ¿verdad?».

Como si eso le importase a alguien.

«No seas tonto, Cyril. Claro que no te matará. Muerto no le servirás de nada de Hairstreak».

A Chalkhill se le ocurrió una idea y la expresó en voz alta:

—Me gustaría saber por qué no mete un nuevo wyrm por la nariz del emperador, aunque...

«No funciona con un anfitrión resucitado —respondió Cyril—. Tiene que ser un transplante».

«En fin, lo siento por ti, Cyril, créeme —comentó Chalkhill, piadoso—. Me parece que lord Hairstreak se está portando muy mal y no es la primera vez, añadiría yo. Si estuviera en mi mano ayudarte, lo haría, pero por desgracia no es así. Soy tan prisionero de ese pequeño villano como tú».

«¡Oh, guárdate tu compasión para ti! —declaró Cyril, altanero—. Seguramente tampoco tú sobrevivirás a la operación».

Avanzaron muy despacio por la parte que quedaba del primer nivel. La mayoría de las trampas eran letales, pero fáciles de evitar si se tenía cuidado y se estaba alerta.

Con los nervios destrozados después de soportar lo insoportable, alcanzaron la escalera que conducía al segundo nivel.

Henry se había quedado rezagado, enfadado y temeroso al mismo tiempo. Enfadado porque Blue le había pedido que permaneciese junto a Comma (a quien le gustaba colocarse al final del grupo para sentirse más protegido), y de ese modo no podía estar con ella; y temeroso porque ese lugar habría asustado al mismísimo Arnold Schwarzenegger. Era un sitio donde podías morir de forma horrenda; de hecho, uno del grupo ya había caído.

Se encontraban en el tramo inferior de una amplia escalinata de piedra, mal iluminada por antorchas colocadas a intervalos en las paredes. Henry supuso que servían para dar ambiente, un adecuado aire fantasmal a la escalera. En el reino, la luz interior provenía casi siempre de unas esferas incandescentes, llamadas esferas de luz; pero había algo raro en esas antorchas: no desprendían humo y parecía que todas las llamas eran del mismo tamaño, como si se generasen de forma artificial, igual que un fuego encendido con carbones falsos o un material mágico. O tal vez, hablando de magia, ni siquiera fueran reales; quizá eran fruto de una ilusión óptica: una especie de papel pintado móvil y tridimensional.

—Pyrgus... —dijo Blue, insegura.

El príncipe iba en cabeza, flanqueado por Nymph; siempre iba delante de todos, como si nada lo asustase. Henry pensó que si salían de aquel extraño laberinto le preguntaría si él era así en realidad o disimulaba.

—¿Va todo bien, Blue? —le preguntó Pyrgus deteniéndose. Ella iba uno o dos pasos atrás, en el lado de Nymph; seguían los soldados Ochlodes y Palaemon, y Comma y Henry, que cerraba la fila, muy ofendido.

—¿Hay una estatua? —preguntó Blue.

—¿Qué?

—¿Hay una estatua al final de la escalera?

—Aún no lo veo —respondió Pyrgus—. ¿Qué pasa, Blue?

—Quiero saber si hay una estatua. Cuando la distingas, dímelo enseguida.

—De acuerdo.

Las antorchas eran idénticas, pero no sólo las llamas, sino ellas mismas y los soportes que las sostenían; al observarlos con detenimiento, daba la impresión de que eran muy viejos (el hierro estaba oxidado y desconchado), pero miraras el que miraras, todos tenían los defectos en el mismo sitio. Eso no era normal ni una coincidencia. ¿Eran falsas las antorchas? A lo mejor no eran la consecuencia de un

hechizo de ilusión óptica, pero...

—Hay una estatua, Blue —informó Pyrgus, y titubeó en un recodo de las escaleras mientras contemplaba algo que los demás aún no veían.

—¿Está señalando?

—Tiene un brazo extendido, sí.

—¡Lo sabía! —siseó Blue.

Pyrgus iba a proseguir, pero su hermana se puso a su lado.

—Hay una sala circular al final de la escalera, y en el centro una estatua que señala una dirección —dijo Nymph.

—Ya la veo. —Afirmó Blue, y añadió—: Será mejor que nos detengamos un minuto.

Henry obedeció. Una de las antorchas no era igual a las demás. Resultaba similar, muy parecida, pero si se miraba con detenimiento, como lo estaba haciendo él, los desconchados estaban en sitios distintos. ¿Por qué todas las antorchas eran idénticas y aquella no? Con un presentimiento incipiente, Henry alargó la mano para tocar la antorcha y comprobar si se trataba de una ilusión óptica. Le pareció sólida y percibió el calor de la llama; el soporte estaba montado sobre un eje. Observó las otras antorchas, pero no había ejes, sino que estaban firmemente sujetas. ¡La antorcha diferente era una especie de palanca! ¡Una palanca disimulada!

—¿Qué ocurre? —preguntó Pyrgus.

—¡Que nadie se acerque a la estatua! —ordenó Blue—. ¡Nadie!

—¿Qué tiene de especial la estatua, princesa real? —preguntó Nymph.

—¡Conseguiré que salgamos de aquí! —exclamó Blue, emocionada—. Si me dais un minuto, saldremos sanos y salvos. ¡Hairstreak basó su diseño en un laberinto histórico!

—¿Sabes dónde están las salidas? —preguntó Pyrgus, que fue el primero en reaccionar.

—Creo que sí. Estudié este laberinto en el colegio y aún recuerdo alguna de sus partes. Desde luego, me acuerdo de la estatua, alrededor de la cual se puede andar. Pero si no me equivoco, la cosa cambia cuando la estatua está señalando. Si giras hacia el lado erróneo puedes matarte, pero si vas hacia el lugar correcto se abre una salida. Si logro recordarlo, seremos libres.

Henry cerró los dedos sobre el soporte de la antorcha. Si existía una palanca secreta, quería decir que conducía a alguna parte.

—Ten cuidado —le advirtió Pyrgus a Blue—. Debes tener mucho cuidado. Éste es el segundo nivel. Pueden atacarte.

—Quedaos detrás de mí. Si hay peligro, venid corriendo. Creo que me acuerdo de lo que debo hacer. Se trata de nuestra mejor oportunidad para salir de aquí.

—Buena suerte, Blue —dijo Pyrgus.

La chica descendió la escalera.

Henry tiró de la palanca.

Se produjo un ruido de piedras moviéndose. Una parte considerable de la escalera se abrió bajo los pies del grupo y todos se hundieron en el abismo inferior.

—... Y después le robé las bragas —concluyó Brimstone con expresión satisfecha.

La confesión había durado más de lo que se había imaginado, en gran parte debido al asunto de los siete diablillos, pero el esfuerzo valdría la pena. En esa clase de magia tenía tanta importancia la concentración mental que, cuando se conseguía, se podía prescindir de casi todos los preparativos restantes e incluso de algunas precauciones.

Recorrió el pasillo a saltitos, se hizo con la bolsa que contenía el gallito negro (un loro en realidad) y se las tuvo con el cordón que la cerraba. Tras arrancarle la cabeza al ave de un mordisco, usaría la sangre para dibujar el imprescindible círculo y trazar las protecciones de rigor; la sangre humana del banco de sangre entraría en escena un poco más tarde.

La bolsa se abrió de repente y el gallito salió en medio de un frenesí de graznidos y plumas; Brimstone intentó agarrarlo y falló. El ave se escabulló entre los destrozados bancos y el hombre corrió detrás de ella, pero se quedó sin aliento a los pocos pasos y se detuvo jadeando. Tendría que arreglárselas sin el maldito bicho; al menos aún tenía en su poder la bolsa de sangre humana. Si la utilizaba bien, daría casi el mismo resultado que si se tratara de un sacrificio.

Brimstone comenzó a apartar bancos para disponer de un espacio de trabajo amplio. Cuando acabó, sacó un trozo de tiza de la bolsa y, gracias a su experiencia y una considerable práctica, dibujó un gran triángulo equilátero en el suelo con un vértice señalando hacia el altar. A continuación trazó los símbolos de protección rápidamente y permaneció con un brazo levantado mientras con la otra mano sostenía el grimorio.

—Sálvanos del miedo del infierno —recitó la oración del libro—. No permitas que los demonios destruyan mi alma cuando los conjure para que salgan del pozo y hagan lo que deseo; haz que el día sea luminoso, que brillen el sol y la luna, como yo los llamo; ya sé que son terribles y de monstruosa deformidad, pero haz que recuperen sus formas agradables y conocidas cuando acudan a mi petición; sálvame de los que tienen caras horrendas y concédeme que me obedezcan cuando los llame desde el infierno.

Dejó el libro a un lado; era tremendamente pesado, como la mayoría de los grimorios del Mundo Análogo. ¿A quién le importaba la cara que tenían los demonios? Estos nunca perdían su condición de diablos y eran igual de peligrosos tanto si mantenían su antinatural forma larguirucha como si adoptaban una figura espantosa.

Suspiró con resignación, sacó la bolsa de sangre y la colocó en medio del triángulo. Resultaba asombroso: sangre en una bolsa. El Mundo Análogo era un lugar

escalofriante.

Como parte de su equipo básico había un *athamé*, inútil en el reino (a menos que uno quisiese apuñalar a alguien), pero perfecto en el Mundo Análogo. Lo encontró al fin y lo utilizó para dibujar en el aire sobre el triángulo los perfiles de las sigilas de apertura (en su casa habrían aparecido realmente, pero allí había que visualizarlas e imaginar un rastro de fuego azul que salía de la punta del *athamé*). Resultaba un poco complicado trabajar así, pero se tomó su tiempo y lo consiguió de forma bastante efectiva.

Cuando acabó, acuchilló la bolsa de sangre en el centro y la clavó en el suelo de la iglesia.

—Trinitas —llamó—, Soter, Mesías, Sabaot, Atanatos, Pentagna, Agragón... — Las palabras de poder continuaban. Al cabo de unos minutos sus vibraciones empezarían a arrastrar el entramado de la realidad más allá del triángulo—. Ischiros, Óteos, Visio, Flos...

La sangre de la bolsa comenzó a esparcirse por el suelo hacia el vértice del triángulo y después retrocedió como una serpiente. Brimstone cantaba y entonaba las palabras con un firme toque de tambor.

—Origo, Salvator, Novissimus...

La serpiente de sangre comenzó a moverse al son del ritmo.

Se aproximaba al climax de la operación: Brimstone sentía el poder como relámpagos atrapados a su alrededor y por primera vez estuvo tentado de suprimir las precauciones y los preparativos, pero ya no estaba a tiempo.

—... Primogenitus, Sapientia, Virtus, Paraclitus...

La serpiente de sangre se irguió en toda su longitud y se echó hacia atrás como para atacar. La conocida orquesta de Beleth sonó en torno a Brimstone, aplacada al principio, pero aumentó el tono poco a poco hasta convertirse en una sinfonía que inundó la iglesia.

—... Via, Mediator, Medicus, Salus, Agnus, Ovis, Vitulus, Spes —gritó Brimstone.

La serpiente de sangre cayó.

Y, con un audible golpe, un portal se abrió delante del altar y de él salieron demonios en atropellada horda.

Fogarty encontró a Cleopatra despellejando un ciervo; tenía los brazos verdes ensangrentados hasta los codos y la sangre le salpicaba las piernas desnudas.

—¿No hay gente que realice esa tarea en vez de vos? —preguntó Fogarty con curiosidad.

La reina lo miró de reojo con sus increíbles ojos dorados.

—En el bosque las cosas no se hacen así, Guardián. —Empuñó el cuchillo con destreza mientras lo hundía profundamente en el cuerpo del animal—. Todos arrimamos el hombro. ¿No se hace de ese modo en el Mundo Análogo? —preguntó con una ligera sonrisa.

—No me imagino a nuestra querida reina con nada entre las rodillas, excepto un caballo —murmuró Fogarty, muy serio—. Majestad, yo...

—Llámame Cleopatra, o Cleo. Nadie se anda con ceremonias en el bosque después de las presentaciones.

Fogarty se sentó en el tronco de un árbol, agradablemente sorprendido por tal flexibilidad. Se acercó a Cleopatra y comentó:

—Tengo la impresión de que a lo mejor nuestro pequeño grupo se encuentra en dificultades. —Cleopatra dejó el cuchillo y se volvió para mirarlo. No hizo preguntas y se limitó a esperar. A Fogarty le gustó esa actitud—. No creo que el emperador esté en el palacio, sino que es muy probable que Hairstreak lo haya llevado a su nueva casa del bosque, donde nuestro grupo podría estar intentando entrar. —Lo que Fogarty pensaba en realidad era que el grupo ya estaba dentro de la mansión y había sufrido un ataque, pero como no podía demostrarlo, le pareció mejor no exagerar la situación.

Curiosamente, Cleopatra no le preguntó por qué pensaba eso, sino que dijo:

—Mi gente me habría informado si el carácter de su misión hubiese cambiado.

—Quizá no hayan tenido oportunidad —indicó Fogarty.

—Si han ido a la mansión de Hairstreak, habrán regresado al bosque.

Lo que quería decir estaba claro: si hubieran pasado por el bosque, habrían hablado con ella. Fogarty lanzó un sonoro suspiro.

—Pyrgus iba en cabeza —puntualizó—. Nunca se sabe lo que ese chico es capaz de hacer.

El problema era que el asunto no sonaba convincente y Fogarty lo sabía. Además, no estaba muy seguro de qué quería que hiciese la reina.

—Te preocupa el chico, ¿verdad? —preguntó Cleopatra.

—Así es.

—Mi hija va con el grupo.

—¿Tu hija? —Hizo un rápido cálculo; sólo podía ser una persona—. ¿Nymphalis

es tu hija?

—Sí. —Cleopatra se puso en pie—. Voy a confiar en tu intuición, Guardián.

—¿Y qué vas a hacer?

—Conducir a mi ejército hasta la mansión de lord Hairstreak —respondió la reina, serena—. Si tienes razón, tal vez haya pasado la época de vivir escondidos.

«¡Dile que no!», gritó el wyrm, desesperado.

Chalkhill, que no necesitaba que lo azuzaran, ya estaba chillando.

—¡No, no lo haré! Ahora no. Jamás. Dejadme en paz. Apartad vuestras asquerosas manos de mí. ¡No quiero, absoluta y definitivamente no! No podéis hacerme esto.

Hairstreak lo observaba con gesto divertido.

—La verdad es que sí —dijo, e hizo una indicación con la cabeza a dos guardias de uniforme negro que se acercaron a Chalkhill y lo sujetaron por los brazos.

«¡Defiéndete! Te ayudaré. ¡Dales un cabezazo en la cara!».

«¿Quieres callarte? —siseó Chalkhill mentalmente—. No saldremos de ésta si no me dejas pensar».

En cuanto el wyrm se calló, Chalkhill repasó sus posibilidades y comprobó que no tenía ninguna. Podía ir como un cordero al sacrificio y sufrir la operación letal o luchar con uñas y dientes hasta que lo llevarsen a rastras para practicársela. De cualquier manera, tendría que someterse a ella.

—No sé por qué montas tanto lío —comentó Hairstreak—. Es un trámite sin importancia.

—¡Que me matará! —repuso Chalkhill. Seguía dándole un miedo horrible Hairstreak, pero pasaba de ser amable con él.

—¿Quién diablos te ha dicho eso?

Chalkhill se lo quedó mirando; Cyril era el único que le había asegurado que la operación era letal y no había demostrado ser muy veraz en el pasado.

«No creo que pueda convencerte...».

«¡Cállate!», gruñó Chalkhill.

Si lo pensaba bien, no tenía mucho sentido que Hairstreak lo matase, pues le había prestado muchos servicios en otras ocasiones. Por lo tanto, tal vez la operación no fuese peligrosa. Quizá...

—¡Oh, muy bien, lord Hairstreak! —dijo Chalkhill con decisión—. Estaré encantado de someterme al trasplante si sirve de algo. —Dio un tirón para librarse de las manos de los guardias y caminó con paso rápido hacia la puerta abierta.

«¡Nooooo!», gimió Cyril en la mente de Chalkhill.

Resultaba irritante, pero la teatral salida se vio estropeada por el hecho de que Chalkhill no sabía a dónde iba. Se detuvo en la puerta y esperó hasta que los matones de Hairstreak lo alcanzaron.

—¡Adelante, mis valientes! —ordenó Chalkhill en tono grandilocuente.

Los guardias miraron a Hairstreak, que asintió ligeramente y fue a reunirse con ellos.

—Me alegro de que hayas entrado en razón, Jasper —dijo con amabilidad—. Pero te aseguro que es del todo segura.

Para sorpresa de Chalkhill, Cyril no soltó ni un quejido.

* * *

Se hallaban en una zona de la mansión de Hairstreak que Chalkhill no había pisado antes, aunque había oído rumores sobre ella. Pasaron por unas criptas siniestras y descendieron por una amplia escalera de piedra hasta lo que parecía una enorme caverna natural. Chalkhill se fijó enseguida en el laberinto de obsidiana, pero se apresuró a desviar la mirada y fingió que no lo había visto. La gente que conocía los secretos más perversos de Hairstreak tenía la costumbre de desaparecer para siempre. Miró a su alrededor con gesto exagerado procurando localizar el teatro de operaciones.

Se le ocurrió una idea horrible: tal vez toda la cháchara sobre la operación no tenía otra finalidad que llevarlo hasta allí y a lo mejor lo lanzaban al laberinto para que se enfrentase a...

«¡Así es! —exclamó Cyril de pronto—. ¡Eso es lo que planea! Tenemos que salir de aquí. ¡Dale un rodillazo en el estómago! Pégale con...».

Pero no podía ser cierto. Si Hairstreak quería que bajase a la caverna, se habría limitado a ordenárselo o hacer que lo arrastrasen los guardias. No había necesidad de un engaño complicado.

—Encima de tu cabeza —indicó Hairstreak.

—¿Cómo?

—Estás buscando el teatro de operaciones, ¿no? Pues lo tienes encima de tu cabeza.

Chalkhill miró hacia arriba.

Oscuridad.

—¿Te encuentras bien, Pyrgus? —Era la voz de Nymph, preocupada pero firme —. ¿Está todo el mundo bien?

Alguien se quejó.

—¿Blue? ¿Eres tú, Blue? ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha salido mal? —La voz de Henry sonaba como si estuviera al borde del pánico.

—He caído encima de algo blando, que tal vez esté vivo —dijo Pyrgus en voz baja.

—¡Soy yo! —afirmó Comma, irritado.

—¿Blue? ¿Dónde estás?

—No pasa nada, Henry. Me he dado un golpe en la cabeza, eso es todo. ¿Tiene alguien luz?

—Yo tengo una mecha —respondió Comma—. Si Pyrgus se aparta de encima de mí...

Pero Nymphalis se le adelantó y el rostro de la elfa emergió de la oscuridad, iluminado por una esfera de luz portátil del tamaño de un huevo de gallina que se elevó suavemente cuando ella la soltó; de inmediato la luz aumentó y relució hasta que acabó por iluminarlos a todos.

Se encontraban en un pasillo ancho, cuyas paredes estaban recorridas por relucientes tuberías metálicas; el calor resultaba insoportable y el suelo vibraba rítmicamente.

—Nymph... —dijo Blue con dulzura.

—Ya lo veo —repuso Nymph.

Pyrgus se volvió en la dirección de las miradas de ambas; Ochlodes estaba tendido en el suelo, aferrado a los restos de su arco destartado.

Por la posición de la cabeza del hombre resultaba evidente que se había roto el cuello.

Brimstone fue presa del pavor; no se había tomado la molestia de dibujar un círculo y había un terrorífico montón de demonios que controlar. Alzó una mano y dibujó una serie de sigilas de órdenes con el dedo, que tendrían que haber aparecido en el aire, bordeadas de llamas, pero no pasó nada. Volvió a intentarlo. Nada. Maldiciendo en voz baja, se acordó de que la magia no funcionaba igual en el Mundo Análogo: ¡había que exponer todas las visualizaciones!

Mientras tanto, los demonios se habían diseminado por la iglesia, saltaban entre los bancos y trepaban por las paredes; uno de ellos aporreaba con todas sus fuerzas la estatua de un santo. Brimstone sacó un trozo de pergamino de su bolsa y se mordió salvajemente la punta del pulgar derecho. Cuando brotó sangre, dibujó con torpeza las siglas sobre el papel:

ح ص ي س ع

—¡Dadle a este pergamino el poder de integrar los signos que he hecho sobre él! —exclamó con los labios apretados, pues el dedo mordido le dolía increíblemente—. Los he escrito con mi sangre para que se revistan del poder que deseo. —Honorio el Grande era muy pesadito—. Y haced de forma que también rechace la maldad de los demonios para que se asusten al ver estas inscripciones y tiemblen cuando las contemplen. —Con eso debía bastar. Brimstone agitó el pergamino con la parte escrita de cara a los demonios que se aproximaban—. ¿Lo veis? —gritó—. ¡Ahora comportaos y formad filas ordenadas! —Los demonios no le hicieron caso. Varios corretearon por la ventana rota de la pared de detrás del altar y desaparecieron por ella hacia el mundo exterior—. ¡Volved! —ordenó.

Se hallaban a un tiro de piedra de Nueva York y los demonios recorrerían la distancia en un abrir y cerrar de ojos. Habría motines si aparecían en Times Square. Brimstone agitó el papel otra vez y gritó:

—Si no os comportáis, meteré el pergamino en...

Súbitamente, los demonios dejaron de deambular, se congregaron a un lado del altar y los que se habían encaramado a las paredes bajaron, obedientes.

—Buenos chicos —dijo Brimstone antes de darse cuenta de que aquello no tenía nada que ver con sus sigilas: una enorme figura con cuernos había emergido con torpeza del portal.

—Podrías haberlo hecho más grande —gruñó Beleth—. Ya sabes que he establecido una conexión especial desde el reino de los elfos.

El príncipe de los demonios parecía más animado que la última vez que Brimstone lo había visto: el cuerno roto le había vuelto a crecer y la piel mostraba un

matiz rojizo que le daba el aspecto de tener un fuego interior; al parecer, también le habían salido garras, ¿o las había tenido siempre? No podía ser; Brimstone se habría dado cuenta antes.

—Honorio no sabía nada de redimensionamiento —explicó el hombre—. Y si lo sabía, no lo puso en su grimorio. —Contempló a Beleth con cautela, más consciente que nunca de que no había dibujado un círculo de protección, pero el príncipe de los demonios se limitó a desperezarse con fruición.

—No importa —dijo Beleth—. Has hecho un portal que funciona y eso es lo esencial.

—Entonces, ¿estamos en paz? —se apresuró a preguntar Brimstone—. ¿Puedo irme?

No le gustaba reconocerlo, pero siempre se sentía un poco incómodo en el Mundo Análogo, cuya magia básica no funcionaba en parte como debía y donde vivía un montón de gente loca. No tenía ni idea de por qué Beleth quería que el portal desembocase en esa iglesia, pero ahora que los demonios pululaban por ahí, no deseaba otra cosa que alejarse de ellos fuera el que fuese el daño que pretendían hacer en Nueva York.

—¿En paz? —repitió Beleth, cuya voz resonó en la iglesia, y añadió sonriendo—: No del todo, Brimstone. No del todo.

Instalaron a Chalkhill en la plataforma flotante, donde se enfrentó a lo más terrible que había visto en su vida, aunque tenía aspectos tranquilizadores porque al menos estaba limpio. Todas las superficies de metal resplandecían, habían fregado el suelo recientemente y en las mesas de operaciones se veían sábanas impolutas.

Había dos mesas, una al lado de la otra. Apatura Iris, el Emperador Púrpura, estaba desnudo atado a una de ellas, pero aunque tenía los ojos abiertos y miraba el techo, inexpresivo, Chalkhill no creyó que se encontrase bajo la influencia de un hechizo anestésico. Sin embargo, con toda seguridad Hairstreak utilizaría un hechizo de esa clase porque querría que el emperador se recuperase lo antes posible después de la operación.

Un hombre moreno con un taparrabos de chamán se hallaba entre las dos mesas de operaciones; sus ojos eran tan oscuros que resultaba imposible saber si se trataba de un elfo de la noche o un extravagante elfo de la luz, y tenía manos grandes y fuertes.

—Éste es Montaña Nublada Amarilla —dijo Hairstreak a modo de presentación—, nuestro cirujano.

—Encantado de conocerlo —repuso Chalkhill sin entusiasmo.

Al trepar a la mesa de operaciones, Chalkhill pensó que lo más espeluznante era el material quirúrgico. Había muchas cosas, pero ninguna tenía buen aspecto. Reconoció un instrumento automático para suturar heridas y una pesada cuchilla que amputaba los miembros una vez introducidos en una abertura regulable, y vio una vitrina con puertas de cristal, cuyos estantes rebosaban de diversas partes del cuerpo humano: manos, pies, dedos de pies y manos, orejas y, lo más terrible, un enorme número de globos oculares distribuidos y codificados según el color de los iris.

«Espero que los utilicen todos contigo», masculló Cyril con resentimiento. Chalkhill no le hizo caso; le habían quitado la ropa y tenía un frío de muerte cuando se tendió en la mesa. Los cirujanos no siempre utilizaban instrumentos, pues los que eran buenos de verdad se limitaban a hundir las manos en tu cuerpo y removerte las tripas. Sonaba horrible; él había leído algo en una revista acerca de ese sistema: al parecer, si no se usaba un hechizo anestésico era diecisiete veces más doloroso que un torno aplastándote los testículos.

Se puso cómodo y deseó que lo taparan con una manta gruesa. Supuso que Montaña Nublada Amarilla le hundiría las manos en los intestinos y hurgaría hasta encontrar a Cyril. Luego, arrancararía el gusano y lo metería en el abdomen del Emperador Púrpura.

Chalkhill no quería ni pensarlo. De repente tuvo náuseas, y como Cyril también las tuvo, le dio la sensación de tener un perrito vomitándole en el cerebro. Cerró los

ojos y rezó para que Hairstreak no lo traicionase, rezó para que, a pesar de lo asustado que estaba, aquel asunto empezase rápido y acabase pronto, rezó para...

—Estamos esperando al mago anestesista —explicó Hairstreak.

* * *

Un mago anciano entró en el quirófano y echó un vistazo alrededor.

—¡Ah, Colias, por fin! —dijo Hairstreak—. Te has retrasado.

Un súbito miedo se reflejó en el rostro de Colias.

—Lo siento, señorita, olvidé qué día era. —Mostró unos dientes podridos al esforzarse en sonreír al tiempo que agitaba una mano en el aire—. Pero ya estoy listo, Señor... ah, Señor... ah, Señor...

—Ría —completó Hairstreak.

—Ría —repitió Colias—. Ahora mismo, Ría. Claro que sí.

—Éste es tu anestesista, Jasper —informó Hairstreak.

Chalkhill miró aquella ruina andante, horrorizado: los ojos del hombre lloraban tanto que había pocas probabilidades de que viese algo; una gota le colgaba de la nariz, lo cual significaba que seguramente sufría alguna enfermedad; el temblor de las manos se le extendía al resto del cuerpo a intervalos regulares, y el sucio traje le caía sobre las consumidas carnes como un trapo arrugado. ¿Ése era el anestesista? No se acordaba del día que era y sus habilidades mágicas ni siquiera le bastaban para conservar sus propios dientes...

—¡Oh, no! —exclamó Chalkhill e intentó levantarse, pero las correas de cuero de la mesa de operaciones lo ciñeron bruscamente—. ¡Aaah! —Se debatió como un salvaje, en vano.

—Son por tu propio bien, Jasper —sonrió Hairstreak—. No puedes moverte cuando el cirujano hace su trabajo, ¿sabes?

«Esto te matará —refunfuñó Cyril—. Ya te lo dije, pero ¿acaso me escuchaste?».

Chalkhill ni siquiera se molestó en mandarlo callar.

Hairstreak miró a Montaña Nublada Amarilla.

—¿Listo para empezar, Montaña?

El chamán asintió.

Con una sensación de irse a pique, Chalkhill se dio cuenta de que él era un elemento desechable en aquel horrendo asunto. Los que importaban de verdad eran Cyril, que sobreviviría porque nadie le revolvía las tripas, y el Emperador Púrpura, quien ya estaba muerto y por tanto no podía morir por segunda vez, a menos que Montaña Nublada Amarilla le clavase por error una estaca en el corazón o le cortase la cabeza.

Hairstreak se volvió hacia el lánguido Apatura Iris.

—¿Estáis listo, majestad? —preguntó con burlona deferencia.

El Emperador Púrpura no dijo nada y Chalkhill se fijó en que los ojos se le movían un poco, pero no respiraba en absoluto.

—En ese caso —dijo Black Hairstreak esbozando una amplia sonrisa—, empecemos.

—¿Qué? —preguntó Brimstone con irritación—. ¿Cómo? ¿Que no estamos en paz? Te he abierto un portal en el Mundo Análogo y ha dado resultado. ¡Has llegado y los demonios se dirigen a Nueva York! Puedes hacer lo que desees; los idiotas de este mundo no creen en tu existencia. Incluso puedes resultar elegido presidente y tres cuartas partes de ellos no notarán la diferencia.

—¡No seas tonto! —tronó Beleth—. ¿Para qué iba a perder el tiempo en este mundo pequeño y miserable? ¡Oh, no, yo quiero el reino de los elfos! Tengo varias cuentas que saldar que requieren accesos de portal completos.

—Los portales ya no funcionan —repuso Brimstone, no sin una pizca de malicia—. A estas alturas espero que los hayas arreglado, si es que has podido.

—En efecto los portales «directos» no funcionan —corrigió Beleth— y a los demonios no les es posible llegar al reino de los elfos; en eso tienes razón. Pero ¿qué impide un viaje en dos etapas?

La respuesta impactó a Brimstone. ¡Beleth quería que abriese un segundo portal! No uno entre Hael y el Mundo Análogo, sino entre éste y el reino de los elfos. O tal vez más de uno. Quizá docenas (tandas) de portales entre el Mundo Análogo y el reino de los elfos, y probablemente algunos más entre el Mundo Análogo y Hael.

¡Resultaba tan fácil! De esa forma Beleth podría invadir el reino de los elfos cuando quisiera. Todo lo que tenía que hacer era enviar sus tropas a través del Mundo Análogo. Y como nadie sospecharía de la existencia de nuevos portales hasta que se utilizasen, Beleth y sus demonios podrían dedicarse a acabar con el reino antes de que alguien se diese cuenta de lo que sucedía. Sería un desastre de primer orden. Significaría el fin del reino de los elfos tal como lo conocían.

—¿Y yo qué gano? —preguntó Brimstone.

Contemplaron el cuerpo.

—No podemos dejarlo aquí —dijo Pyrgus.

—Sí, claro que podemos —afirmó Nymph, convencida—. Ochlodes nació en el bosque y era un soldado. Los soldados abatidos en el bosque quieren que los dejen donde han caído. Creen que los árboles les cuidan el cuerpo y de esa forma su alma se convierte en parte del propio bosque.

—Aquí abajo no hay árboles —indicó Henry. Se sentía mal. Ochlodes había muerto por su culpa.

—Pero era la creencia de Ochlodes —aseguró Nymph lanzándole una mirada fulminante.

—No parece que tengamos otra opción —opinó Blue.

Pyrgus se apartó de su hermana y se dio la vuelta para escrutar los alrededores.

—¿Éste es el segundo nivel? ¿Sabe alguien cómo hemos llegado aquí? ¿O acaso hemos caído en una trampa?

—Creo que yo... —Henry tenía la boca reseca y tragó saliva.

Blue se acercó a Pyrgus y siguió la mirada de su hermano.

—Esto no es el segundo nivel ni ningún otro. Al menos no creo que lo sea —afirmó la princesa.

—Se trata de un túnel de servicio —explicó Comma. Todos se volvieron para mirarlo—. Bueno, eso parece —añadió a la defensiva—. Fijaos en las tuberías de calefacción que van por las paredes. Apuesto a que si seguimos el pasillo, encontraremos la maquinaria que hace funcionar algunas partes del laberinto. El tío Hairstreak lo haría así; resulta más barato que utilizar hechizos continuamente.

—¿Qué opinas? —le preguntó Blue a Pyrgus en voz baja.

—¿Por qué no hay luz? —inquirió el príncipe—. Nadie tendría un túnel de servicio sin luz; resulta absurdo.

—Y yo qué sé —murmuró Comma—. Tal vez ésta no sea la zona principal, sino sólo un pasadizo de comunicación que no requiere iluminación.

—¿Y tú qué piensas, Nymph? —inquirió Pyrgus.

—¿Sabe alguien cómo llegamos hasta aquí? —preguntó Nymph a su vez.

—Lo hice yo —soltó Henry.

—Henry —dijo Blue—. Yo no...

Pero a Henry le angustiaba la necesidad de confesar.

—Lo hice yo —repitió—. Una de las antorchas... moví una palanca... Cuando bajábamos por la escalera, me fijé en que las antorchas eran falsas. Jugueteeé con una de ellas y resultó ser una palanca; tiré de ella, la escalera se abrió, nos caímos todos y maté a Ochlodes. —Finalizó la explicación al borde de las lágrimas.

Asombrado, vio que nadie le echaba la culpa.

—¿Una palanca? —se interesó Pyrgus—. Henry asintió; veía a Blue con el rabillo del ojo, pero la chica no parecía disgustada por lo que él había hecho. —Éste tiene que ser un túnel de servicio; los ingenieros sabían que existía la palanca, pero no la usarían sin una escalera de mano o un hechizo suspensorio portátil.

—Y una luz —añadió Comma.

—Pero yo he mata... —Henry se tragó el resto. Estaba aprendiendo que la vida y la muerte se consideraban de forma muy distinta en el reino de los elfos que en su mundo. Ochlodes era sólo otra pizca de culpa que añadir a su lista particular (pensó un instante en Flapwazzle y se estremeció).

—Muy bien —dijo Pyrgus—, comprobaremos si Comma tiene razón y este pasillo conduce a la zona de máquinas. Pero tened cuidado. Aún no lo sabemos seguro y tal vez queden trampas, así que mantened los ojos abiertos. Si se trata realmente de un túnel de servicio, hemos sobrevivido al laberinto y se lo debemos agradecer a Henry.

El chico estaba perplejo: había matado a Ochlodes, pero Pyrgus decía que los había salvado a todos. En medio de la vorágine de sus emociones se dio cuenta de que no pensaba como la gente del reino; carecía del valor y la fortaleza y...

—Si es un túnel de servicio, habrá una salida —dijo Comma con una sonrisa triunfal.

Avanzaron en grupo por el pasillo. Sin más discusiones, dejaron el cuerpo de Ochlodes donde yacía.

Resultaba increíble: había elfos del bosque por todas partes; unos se habían instalado en las ramas y otros, muy juntos, formaban filas de a dos o tres en fondo junto a los troncos más gruesos. Además, se oía perfectamente el ruido de sus pisadas en las carreteras superiores.

Al principio había cientos, luego miles, decenas de miles distribuidos por el bosque y alineados en hileras en los claros. Todos llevaban armas: arcos, jabalinas, espadas y las omnipresentes y letales puntas de flecha de sílex, pero lo que más le sorprendió a Fogarty fueron los cañones de hielo, los disgregadores, los petardos para romper piedras y otra artillería mágica pesada que él no conocía. La multitud le recordó la marea de gente de Dunkerke, pero los elfos hacían menos ruido. Sin embargo, se percibía un zumbido constante en el bosque, como una gigantesca colmena de abejas.

—La reina lo ha organizado porque le dije que tenía un presentimiento acerca de Pyrgus —susurró Fogarty, desconcertado. El ejército congregado en el bosque era lo bastante grande para derrocar un reino. Si esa gente decidía abandonar el bosque, no habría trono seguro.

—No te enorgullezcas, cariño —dijo madame Cardui con amabilidad—. La reina Cleo lleva semanas a punto de atacar a Hairstreak y lo único que la contenía era la antigua preocupación de no querer llamar la atención. Espero que confíe en que Pyrgus solucione las cosas sin una intervención masiva de los elfos del bosque, aunque nunca tuvo mucha fe en los ataques de comandos. Lo que has hecho tú ha sido equilibrar la balanza; no habría tardado mucho. Incluso me sorprende que se haya contenido tanto tiempo.

—Pues a mí no —repuso Fogarty—. Sus árboles son seguros si no se abren los portales de Hael, cosa que tal vez no ocurra nunca.

—Oh, no le preocupan los demonios, Alan, diga lo que diga. Pero nunca le gustó que Hairstreak se hiciese una casa en el bosque. Él se apropió de la tierra y taló los árboles y la reina temía que se iniciase una moda: otros podían apropiarse de algunos terrenos más y edificar en ellos. Me pidió consejo en esa ocasión.

—¿Y qué le aconsejaste? —preguntó Fogarty.

—Que esperara a ver qué sucedía.

—Pues parece que se ha cansado de esperar —respondió Fogarty contemplando las tropas congregadas.

Brilló una luz tan fuerte que la esfera de luz de Nymph quedó reducida a una repentina insignificancia. Henry se asustó y tanto Pyrgus como Nymph levantaron sus armas, pero Comma alardeó:

—¡Os lo dije!

Se hallaban en una sala de mandos, sin la menor duda, aunque la maquinaria no se parecía a ningún artefacto de los que Henry conocía, pero desde luego se trataba de maquinaria. Gran parte de ésta se componía de una maraña de tubos transparentes que transportaban fluidos y gases de diferentes colores, pero también había armarios de metal reluciente, algunos de ellos provistos de enchufes y palancas, y una gran mesa semicircular que sostenía hileras de luces cegadoras. Sobre la mesa había un plano iluminado del laberinto flanqueado por pantallas que mostraban partes de la construcción. Henry se fijó en que en una de ellas se veía la escalera abierta por la que habían caído cuando él manipuló la antorcha de la pared.

—Tienes razón —le dijo Pyrgus a Comma—. Esto debe de ser un área de servicio.

—Una sala de mandos... —afirmó Blue, casi para sus adentros—. Podemos sabotear el tinglado de Hairstreak.

—Poco aconsejable —comentó Nymph, escueta.

—¿Por qué me contradices cada vez que digo algo? —le espetó Blue.

—No sé si lo hago, pero en este caso no creo que tu plan resulte aconsejable. —Sostuvo la firme mirada de Blue.

—Me parece que hay algo en ese rincón —susurró Henry.

Se produjo un movimiento en las sombras entre dos armarios y a Henry se le ocurrió una idea horrible: ¿Y si, a pesar de las apariencias, esa sala no era un área de servicio y en cambio se trataba de un nivel secreto, que formaba parte del laberinto, diseñado con astucia para que la gente se despistara y bajara la guardia? El panel de mandos podía ser una broma y en los armarios tal vez se escondiese todo tipo de monstruos. Más que nada, más que nada en el mundo, Henry deseó saber cómo utilizar la espada que le habían dado.

Se dieron la vuelta para mirar. Durante un incomodísimo momento Henry se preguntó si no se lo habría imaginado; al fin y al cabo tenía los nervios de punta, pero el movimiento volvió a producirse.

—¡Ahí hay algo! —siseó Blue.

—Sí —admitió Nymph, y dio un paso a la derecha para colocarse entre el rincón oscuro y Pyrgus, que se movió silencioso alrededor de la muchacha.

—¿Qué ocurre? —preguntó Comma. No parecía asustado porque en realidad se había tomado todo lo referente al laberinto como una diversión.

—Probablemente es una araña gigante —murmuró Henry. Era su destino encontrar otra.

Pero la cosa que surgió de la penumbra no era una araña gigante.

«¡Qué divertido!», pensó Brimstone.

Al estar Beleth presente, los demonios hicieron exactamente todo lo que les ordenó para construir el segundo portal.

¡Y vaya portal! Brimstone no había visto jamás nada parecido. Para empezar era muy grande (la mayoría de los portales permitían que la gente pasase de uno en uno o de dos en dos), pero en este caso había un arco abovedado en la nave de la iglesia que dejaría pasar a diez personas al mismo tiempo. Evidentemente, Beleth estaba planeando una invasión a gran escala.

Los demonios trabajaban como... pues como demonios, de modo que se erigieron estrambóticas construcciones de madera en un abrir y cerrar de ojos, pero fueron derribadas con la misma rapidez. Y se pasó a un nuevo diseño, cuyo prototipo debía de haber sido creado por Beleth en Hael y mostrado a su equipo de demonios para que lo realizaran con precisión: ladrillo sobre ladrillo, piedra contra piedra, la base cementada con discos de metal y alambres de cobre como serpientes que rodeaban la construcción.

Tres demonios arrastraron trabajosamente un grueso cable desde el exterior de la iglesia y lo conectaron al nuevo portal. Luego se apresuraron a postrarse a los pies de Beleth.

—Terminado, glorioso señor —dijo uno de ellos.

Beleth accionó un interruptor y una enorme flecha de chispas blancoazuladas chisporroteó a lo largo del cable. Cuando llegó al portal, el tejido metálico resplandeció, se fundió y dejó un titilante campo de fuerza verde entre los pilares.

Filas de demonios con armadura desfilaron hacia él.

Palaemon levantó la lanza y Nymph avanzó con el arco a punto.

—¡No disparéis! ¡No disparéis! —gritó Henry, presa del pánico. Pero ya era demasiado tarde para disparar porque Flapwazzle se había pegado al chico como un pecho peludo y si lo herían, Henry también saldría mal parado—. ¡Es Flapwazzle! —exclamó Henry abrazándolo—. ¡Flapwazzle!

—Tranquilos —dijo Pyrgus—. Se trata de un endriago. ¡Hola, amigo!

Palaemon y Nymph retrocedieron de mala gana.

—Es Flapwazzle —repitió Henry, muy contento—. Creí que habías muerto, Flapwazzle. ¿Qué haces aquí?

—Salvarte el pellejo, como siempre —respondió el endriago con acritud.

* * *

Henry no se perdió ni una sola palabra mientras Flapwazzle les contaba lo sucedido: la marea que había lavado las alcantarillas lo arrastró más allá del refugio de Henry, por la cañería principal, hasta un recodo. En ese punto chocó contra la pared de ladrillo y cuando recuperó la conciencia, se hallaba flotando en el río.

—Resulta bastante difícil ahogar a un endriago —les dijo, muy serio—. No consumimos demasiado aire en circunstancias normales y somos capaces de extraer un poco de oxígeno del agua, como los peces. A veces, si nos sumergimos, nos ahogamos, pero tardamos lo nuestro.

—¿Y qué hiciste entonces, después de despertar en el río? —preguntó Henry, emocionado.

—Pues nadar hasta la orilla. ¿Qué crees que hice?

Daba la casualidad de que la orilla más cercana era la isla del palacio. Flapwazzle se secó al sol (los endriagos son muy lentos cuando están empapados) y regresó al palacio con la esperanza de encontrar al chico.

—Fuiste muy valiente —dijo Henry sonriéndole—, teniendo en cuenta que Quercusia quiere encerrarte.

El endriago se estremeció y Henry lo interpretó como un encogimiento de hombros.

—Presta menos atención que una lechuga. Además, ha vuelto a encerrarse a sí misma —explicó Flapwazzle.

—¿Han encerrado otra vez a mi madre? —preguntó Comma, que parecía en cierto modo aliviado.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber Henry.

—No lo sé muy bien. —Flapwazzle se había despegado de Henry y les hablaba

desde el suelo—. Alguien dijo que había dado la orden Cossus Cossus, el Guardián de lord Hairstreak.

—Hairstreak debió de considerarla más problemática de lo que es en realidad —le comentó Pyrgus a Blue.

—Está loca; hace años que lo está. Y una persona que no está en sus cabales no puede andar suelta dando órdenes. Me parece increíble que Comma la soltase —dijo Blue.

—No está loca —repuso Comma—. Siempre la tuviste tomada con ella. —Parecía enfadado, pero sin estar muy convencido de lo que había dicho.

—Bueno —intervino Pyrgus—, una cosa menos de que preocuparse.

—¿Qué pasó, Flapwazzle, cuando entraste en el palacio a buscarme? —se apresuró a preguntar Henry.

—Las hermanas de la cofradía de la seda me contaron lo que os había ocurrido y yo sabía que no encontraríais al emperador en el palacio...

—¿Cómo te enteraste? —Pyrgus interrumpió a Flapwazzle.

—Oí hablar a unos guardias; habían llevado al emperador a la mansión de Hairstreak. Supuse que acabaríais sabiéndolo, así que vine aquí.

—Sí, pero ¿cómo supiste que nosotros estábamos en el laberinto?

—No lo sabía. Me perdí y acabé en los conductos de ventilación; intentaba salir cuando os vi en una de las pantallas.

—Muy inteligente, Flapwazzle. —Henry no podía dejar de sonreír

—Cuando entré aquí y descifré los mandos —siguió Flapwazzle—, os seguí la pista y desconecté todas las trampas que pude.

—No creo que conozcas la salida, ¿o sí, Flapwazzle? —preguntó Nymph.

—¡Oh, sí, es esa puerta de ahí! —indicó el endriago.

—Ahora estamos en paz —afirmó Beleth.

Brimstone contempló cómo los soldados del desfile desaparecían de diez en diez por el gigantesco portal. No se trataba de un comando de ataque, sino de una invasión demoníaca a gran escala. Entonces se le ocurrió que debía volver al reino lo antes posible, pues dejando a un lado otros asuntos, quería ver el espectáculo.

—¿Puedo irme ahora? —le preguntó a Beleth en tono cortante.

Beleth se estiró y se metamorfoseó en su enorme figura roja, musculosa y cornuda. Seguramente proyectaba participar en la fiesta.

—Tu trabajo para mí ha terminado. ¡Vete!

—¿Utilizo eso? —inquirió Brimstone señalando el portal.

—Si quieres.

Brimstone recogió sus pertenencias y se unió a la fila siguiente de soldados. Cuando llegó al portal, se preguntó en qué parte del reino de los elfos se abriría.

* * *

—Esto es lo que yo llamo estilo —afirmó Fogarty sonriendo como un niño. Dos corpulentos elfos del bosque lo llevaban en una silla de manos, aunque debían de usar algún tipo de hechizo de ayuda a juzgar por el ritmo acelerado que mantenían.

El terreno retemblaba bajo las pisadas de miles y miles de elfos del bosque con uniformes de camuflaje. Sus rostros reflejaban una determinación tranquila.

—Creo que esto es algo más que un exterminio —comentó Fogarty.

—Sí, hay un montón de tropas... —dijo madame Cardui mirando alrededor.

—Me parece que tienen intención de arrasar la mansión de Hairstreak hasta los cimientos.

—Sí, lo sé. Naturalmente él cuenta con sus guardias, pero no entiendo por qué necesitamos tantos soldados; debemos de superar a su gente en varios cientos contra uno.

—Tengo la impresión —comentó Fogarty frunciendo la nariz— de que la reina Cleo quiere un ataque contundente y rápido, es decir, vencer en el menor tiempo posible. Luego mandará demoler la mansión ladrillo a ladrillo (no puede quemarla a causa de los árboles) y a lo mejor ordena que los restos se entierren. Vista y no vista. Después su gente se fundirá con los árboles y dejará el misterio tras de sí. Ella confía en que la desaparición de la vivienda desanime a cualquiera que desee construir en el bosque.

—Mmm —murmuró madame Cardui—. Tal vez.

—¿Qué te preocupa, Cynthia? —inquirió Fogarty mirándola de reojo.

—¡Oh, no estoy preocupada exactamente, cariño! Quizá... un poco interesada. Ocurre que, según mi experiencia, cuando se pone en marcha una fuerza de este calibre, siempre se encuentra un motivo para seguir adelante.

Fogarty atisbo entre los árboles que tenía ante sí.

—Bueno, pronto lo averiguaremos —dijo—. Creo que casi hemos llegado a la mansión.

* * *

A Colias, el mago anestesista, se le cayeron dos cucuruchos y rompió un tercero antes de conseguir realizar el hechizo. Sólo los dioses sabían qué le pasaba a ese hombre. Los anestésicos no eran precisamente una ciencia espacial, puesto que sólo se tenía que abrir un cucurucho (los condenados chismes tenían iniciativa propia) y se proyectaba en la dirección adecuada. Eso era todo. Un mono amaestrado era capaz de hacerlo.

Chalkhill observó cómo la nube centelleante giraba de forma sinuosa por la sala y descendía primero sobre el Emperador Púrpura y a continuación sobre él. Suspiró profundamente cuando los minúsculos pinchazos de luz le penetraron en el cuerpo. La anestesia tardaría un momento en hacer efecto y transportarlo fuera del cuerpo en estado de éxtasis mientras se desarrollaba la operación. Pronto acabaría todo y se vería libre del parlanchín de Cyril...

«Esto te matará, anota mis palabras», murmuró Cyril sin demasiada convicción.

... Y Hairstreak volvería a estar en deuda con él. Había lugares peores, mucho peores. Chalkhill esperó.

Seguía consciente.

Esperó.

Nada de estado de éxtasis... Claro que el tiempo siempre se ralentiza cuando uno está a la expectativa.

Esperó.

Un pensamiento extravagante le vino a la mente: lo más probable era que ese viejo idiota hubiera preparado los cucuruchos de hechizos previamente, pero antes de lograr abrir el primero ya había estropeado tres de ellos.

—Ya debe de estar —dijo Hairstreak de pronto, e hizo un gesto a Montaña Nublada Amarilla—. Ya puedes empezar la operación.

Chalkhill se pellizcó y le dolió muchísimo; intentó incorporarse, pero las correas se lo impidieron; trató de gritar, de decirle al cirujano que no estaba listo ni de lejos, pero una explosión de miedo hizo que las palabras se le atragantasen.

El cirujano, Montaña Nublada Amarilla, se puso en marcha, hundió las manos en el abdomen del Emperador Púrpura y rasgó la sangrienta abertura que se convertiría

en el nuevo hogar del wurm.

El Emperador Púrpura chilló.

* * *

Se hallaban en la gran caverna natural, pero fuera del laberinto de obsidiana. Pyrgus miró alrededor sintiendo una curiosa tirantez en el estómago; sobre él inmensas plataformas, colgadas por medio de tecnología de sensores, flotaban en el techo; se accedía a cada una de ellas por medio de un eje suspensorio con ramificaciones. En una de las plataformas se sostenía una amplia habitación con paredes transparentes; sin duda era una cámara de observación desde la cual los espectadores podían contemplar la caza mortal del laberinto. Al lado...

—Algo se mueve ahí arriba —musitó Blue.

De pronto Pyrgus se dio cuenta de lo vulnerables que eran. Cuando el grupo llegó a donde estaban, experimentaron un gran alivio por haber escapado al fin del laberinto de obsidiana, pero en ese momento se hallaban a la vista de la cámara de observación: un grupito apretujado sobre la monótona extensión del suelo de la caverna. Si los descubrían, los hombres de Hairstreak los liquidarían en cuestión de minutos.

Nymph debió de pensar lo mismo, porque dijo:

—Príncipe heredero, tenemos que cubrirnos.

—Lo que tenemos que hacer es salir de aquí —repuso Pyrgus—. Hairstreak no tendrá a mi padre en el subterráneo. Resulta peligroso hablar con... —Se calló bruscamente y se humedeció los labios—. ¿Alguno de vosotros ve una salida?

—Creo que hay una escalera por ahí —indicó Henry.

Tenía razón.

—¡Agachaos y moveos! —ordenó Pyrgus—. Henry, lleva a Comma de la mano. Avanzad de la forma más silenciosa posible.

Corrieron en grupo hasta la escalera esculpida en la piedra. Casi habían llegado cuando el eco de un grito estremecedor resonó en la caverna.

—¡Es papá! —exclamó Blue.

Resultaba peligrosísimo, pero se apelotonaron en el eje suspensorio (Henry localizó la entrada; se le estaba dando muy bien encontrar cosas). Los hechizos suspensorios habituales estaban pensados para elevar a un máximo de tres personas con un margen de error del diez por ciento; pero aparte de eso, había la posibilidad de encontrarse con los guardias de Hairstreak en el eje o cuando salieran.

Sin embargo, después de aquel grito a nadie le cupo la menor duda, de modo que el hechizo se tensó, se elevó, vibró y tiró de ellos hacia arriba con brusquedad. Comma chilló, alarmado, pero a los pocos segundos llegaron a una plataforma flotante que se abría en abanico ante una red de pasarelas. Una de éstas conducía a la cámara de observación vacía y otra giraba hacia un arco a través del cual se veía una terrorífica escena.

El padre de Blue yacía desnudo sobre una mesa de operaciones, con el abdomen abierto y ensangrentado. Sobre él se inclinaba un rechoncho elfo de la noche, salpicado con la sangre del emperador. Había un segundo hombre atado a otra mesa; con un sobresalto Blue reconoció en él a Jasper Chalkhill, su antiguo némesis, que debería estar en la cárcel. Detrás de ellos se hallaba un anciano con expresión de desconcierto, vestido con una raída ropa de mago. La delgada figura del mismísimo lord Hairstreak, que resultaba tan familiar, vigilaba la escena.

¡Pero no había guardias! ¡Ni un solo guardia!

—¡Atrapad a Hairstreak! —gritó Pyrgus—. ¡Yo me ocuparé de padre!

Una furia asesina invadió a Blue como una niebla escarlata cuando se lanzó sobre Black Hairstreak.

Nymph sacó el arco y sin alterarse le disparó al hombre inclinado sobre el Emperador Púrpura. La flecha le dio en la garganta y lo derribó con un gorjeo ahogado. Nymph le clavó otras dos flechas en la espalda, pero cuando la segunda lo traspasó, ya estaba muerto.

Nymph se volvió para matar a lord Hairstreak, pero la princesa Blue se encargaba de eso.

Henry se mantenía al margen de la acción mientras las emociones se le arremolinaban. ¡No disponía de ningún arma! ¿Por qué nadie le daba algo adecuado como una Ouzi, por ejemplo? ¿Por qué tenía que quedar como un imbécil mientras los demás peleaban?

Pyrgus cruzó la sala corriendo y cuando casi había llegado junto a su padre, vio sorprendido que el anciano mago del traje raído le lanzaba una enorme saeta de fuego.

El príncipe se tiró al suelo; la llameante flecha le chamuscó el pelo y le dio en pleno pecho a Palaemon, que cayó hacia atrás con el cuerpo convertido en un cráter

humeante. Luego se estremeció un par de veces en el suelo y se quedó quieto contemplando el techo de la caverna con ojos inertes.

El viejo mago vio a Pyrgus tendido y sonrió.

—Esta vez no fallaré —dijo con voz ronca.

Nymph le clavó una flecha en el pecho y el mago murió con la sonrisa en los labios.

Hairstreak corrió.

Blue se lanzó tras él enarbolando su corta espada. Lo mataría de una vez por todas y asumiría las consecuencias políticas. Ese hombre era una babosa, una mancha de fango en el reino.

Henry titubeó una décima de segundo antes de correr detrás de Blue. Nymph cambió el arco por un cuchillo y se les unió.

Hairstreak salió de la sala de operaciones y se dirigió hacia la pasarela que conducía a la cámara de observación. Caminaba con rapidez, pero Nymph ya había adelantado a los otros y estaba a punto de alcanzarlo.

—¡Dejádmelo a mí! —exclamó Blue, y apresuró el paso. Lo tenían. De la cámara de observación no salía ninguna pasarela; por lo tanto, no podría ir a ninguna parte. Entonces la princesa vio el eje suspensorio; a diferencia del que los había llevado hasta arriba, éste descendía directamente desde la cámara de observación—. ¡Eje suspensorio! —gritó Blue.

—¡Ya lo veo! —repuso Nymph, que parecía agotada, pero aún así aceleró y llegó a la cámara de observación a sólo uno o dos pasos de Hairstreak. Se lanzó hacia delante y consiguió interponerse entre él y el eje.

El elfo de la noche golpeó con la mano a Nymph, que se tambaleó hacia atrás al tiempo que intentaba agarrarse del eje; la sangre le brotó entre los dedos. Hairstreak saltó; Nymph trató de agarrarlo, pero lo perdió.

Blue y Henry entraron en la estancia.

—¿Dónde está Hairstreak? —preguntó Blue sin aliento y mirando alrededor como una posesa—. ¿Dónde está el eje?

Nymph se dio la vuelta para mirar.

—Está... —Nymph enmudeció, desconcertada.

—¡Le ha aplicado el hechizo de cobertura! —aulló Blue.

—¿Dónde está Hairstreak? —preguntó Henry.

—¡Ha cubierto el eje! —gritó Blue con frustración—. ¡Ha cubierto el eje! Debe de haber un disparador automático. No podemos usarlo. ¡Ni siquiera podemos verlo!

Henry se asomó al borde de la plataforma de observación. Allá abajo la delgada figura de lord Hairstreak corría hacia la escalera de piedra. Nymph debió de verlo también porque dijo:

—Lord Hairstreak dará la alarma. Tenemos que volver con el príncipe Pyrgus.

—Sí —dijo Blue.

«Sí —pensó Henry—. Y será mejor que encontremos la forma de salir de aquí».

Entraron en la sala de operaciones corriendo. Pyrgus permanecía junto a su padre con la aflicción reflejada en el rostro. Blue se detuvo en seco.

—¿Qué pasa, Pyrgus? ¿Qué sucede? —Su hermano se humedeció los labios resecos, pero no dijo nada. La habitación era el escenario de una carnicería; Comma permanecía acurrucado en un rincón, convertido en un bulto tembloroso—. ¡Pyrgus! —El grito de Blue fue casi un chillido.

—Es... —Pyrgus tragó saliva y continuó—: Blue, él... está... —Rompió a llorar—. Yo... nosotros... Es demasiado tarde. Papá ha muerto.

Blue avanzó como una sonámbula.

Pyrgus fue a su encuentro.

—No debes mirar, hermana. Él está... No es... —La sujetó por el brazo.

Ella se liberó de un tirón y avanzó con el rostro impávido. Miró a su padre tumbado y atado a la mesa de operaciones.

—Le han cortado la cabeza —susurró.

—Lo sé, Blue. Vámonos —dijo Pyrgus.

Pero ella no se apartó.

—No podrá resucitar de nuevo. —Miró a Pyrgus y Henry, y repitió, impotente—: No podrá resucitar de nuevo.

—Disculpad —rogó Chalkhill—, pero ¿podría alguien soltar estas correas y devolverme mi ropa?

Salieron en grupo, temblando a causa de la impresión y el agotamiento, pero alertas por si los guardias aparecían. Se había producido una breve discusión entre Blue y Pyrgus, que se planteaban cómo trasladar el cuerpo de su padre, pero Nymph había cortado por lo sano y les había advertido que dos de ellos no podían dedicarse a llevar el cuerpo y un tercero la cabeza; era imposible porque tendrían que luchar para salir de la mansión de Hairstreak.

Y a continuación Nymph se hizo más o menos cargo de la situación, lo cual seguramente sería positivo. El grupo se había reducido a seis: la elfa, Nymph; Comma (tan sólo un niño con los nervios destrozados y que no quería mirar a nadie); Henry, que ya iba armado, pues le había quitado un largo puñal al chamán que había matado al Emperador Púrpura, aunque no se hacía muchas ilusiones sobre su habilidad para utilizarlo; Pyrgus y Blue, que actuaban como autómatas y cuyos rostros habían adoptado una extraña expresión fofa y blandengue, y Flapwazzle, muy desanimado.

Nymph encontró el primer eje suspensorio y ordenó a Henry que esperase con Comma mientras Blue, Pyrgus y ella bajaban. El chico los vio flotar con ligereza hasta el suelo; luego sujetó a Comma por los hombros y se montó en el eje cuando Nymph se lo indicó. Comma no dejó de temblar ni un momento.

Llegaron al suelo de la caverna y Nymph los condujo hasta la escalera. Les dijo que tuviesen las armas preparadas, con tal autoridad en su voz que incluso Comma consiguió sacar una especie de cuchillo, aunque le temblaba la mano.

Pero cuando ascendieron a la parte principal de la mansión, no encontraron guardias ni rastro de Hairstreak ni de sus ayudantes. El edificio parecía desierto. En su recorrido pasaron ante una puerta abierta y vislumbraron comida a medio consumir sobre una mesa.

Se arrastraban por el suelo de la planta baja cuando oyeron los gritos de fuera.

* * *

—¡Válgame Dios! —exclamó Fogarty.

Madame Cardui, normalmente flemática, dio una orden que detuvo en seco a los dos portadores. Se inclinó hacia Fogarty y le dijo:

—Querido, esto es de lo más extraordinario.

Había un gigantesco portal abierto en el jardín de la mansión del bosque de lord Hairstreak, mientras que tropas de demonios salían a través de él en ordenada formación. Entre el portal y la casa se desarrollaba una reñida batalla.

—Ésa es la gente de Hairstreak —dijo Fogarty—, que está luchando con los

demonios. —Se bajó de la silla de manos y observó que no sólo peleaban los guardias armados de Hairstreak, sino que todo el personal de la casa se encontraba en el exterior, como si la mansión sufriese un ataque.

—¿Adonde vas, Alan? —preguntó madame Cardui.

—A acercarme para ver mejor.

—Cariño, ten cuidado.

Fogarty se abrió paso entre las inmóviles filas de soldados de los elfos del bosque. La situación carecía de sentido: en primer lugar, los portales de Hael estaban cerrados; en segundo lugar, nunca había visto un portal como ése, pues no tenía el color correcto, ni había llamas frías, y era enorme, y en tercer lugar, los elfos de la noche siempre se habían tratado con los demonios y se rumoreaba que, precisamente, Hairstreak había hecho un pacto a largo plazo con el rey de los demonios o quienquiera que fuese su estúpido jefe. Entonces, ¿por qué los demonios atacaban su casa?

Fogarty vio a la reina Cleo al frente de sus tropas y se dirigió rápidamente hacia ella.

—¿Sabes qué sucede? —le preguntó sin aliento.

—No, Guardián. Pero hay demonios en mi bosque, tal como me temía.

—Están atacando a los hombres de Hairstreak —dijo Fogarty—. Tal vez sea mejor que los dejemos continuar y no se nos ocurra intervenir.

La reina contemplaba la pelea, pensativa. Sus tropas estaban apelotonadas entre los árboles, ocultas, y su disciplina era absoluta. No hacían ni un ruido que denotase su presencia.

—¿Crees que ellos harán nuestro trabajo?

—Podría ser. —La gente de Hairstreak estaba perdiendo la batalla, no cabía duda. Sus cuerpos se esparcían por todas partes. Fogarty no tenía ni idea de qué ocurría, pero estaba seguro de que en cosa de media hora se produciría el aniquilamiento. Si Hairstreak quedaba fuera de combate, los elfos del bosque podrían demoler la mansión a su antojo—. Pero ¿qué hacemos con los demonios, Guardián? —preguntó la reina Cleo.

—Buena pregunta.

Lo que más había preocupado a los elfos del bosque era la posible existencia de portales de demonios, así que el situado en el jardín de Hairstreak debía de ser su peor pesadilla: de allí salían montones de demonios.

—Tal vez sea una cuestión de sincronización —dijo la reina, abstraída—. Como acabas de decir, Guardián, resulta útil que los demonios ataquen a lord Hairstreak, pero no podemos permitir que se queden en el bosque, ¡nada de eso! Los intereses de mi pueblo estarían mejor servidos si Hairstreak fuese derrotado, su mansión destruida, los demonios regresaran a su propio reino y se cerrasen sus portales de

forma permanente. Sería lo ideal porque de esa forma no se revelaría al mundo la existencia de los elfos del bosque.

—Es mucho pedir —comentó Fogarty.

—No lo será si atacamos ahora —repuso Cleopatra—, mientras podamos controlar la situación.

Parecía lógico. Cuando la reina se giró para hacer una señal a su gente, Fogarty pensó en Blue y Pyrgus. Confiaba en que tuviesen el buen sentido de agacharse si se encontraban por allí cerca. Se avecinaba una gran batalla y sería muy fácil morir en el enfrentamiento.

* * *

—Ésos son demonios —afirmó Nymph.

Habían llegado a una ventana abierta de la mansión de Hairstreak y contemplaban la matanza que se desarrollaba en el exterior. Tal vez lo mejor fuese seguir donde estaban y esperar a que los demonios eliminasen a los guardias y sirvientes de Hairstreak, lo cual seguramente no tardaría mucho en producirse por las trazas que se adivinaban.

No obstante, cada vez salían más demonios por el portal y, cuando acabaran con los defensores, seguramente se apoderarían de la casa. A Pyrgus lo habían capturado los demonios una vez, y era una experiencia que no deseaba repetir. Quizá deberían correr y tratar de huir en medio de la confusión.

De lo único que el príncipe estaba seguro era de que no debían inmiscuirse en la lucha.

—¡Ésos son los míos! —exclamó Nymph de pronto.

Pyrgus siguió la mirada de la chica: los elfos del bosque salían de entre los árboles como el torrente de un río. Antes de que él reaccionara, Nymph saltó por la ventana y corrió hacia la refriega.

—¡Nymph! —gritó Pyrgus, desesperado, y también saltó para seguirla.

—¡Pyrgus! —chilló Blue, y se lanzó detrás de su hermano.

Henry dudó un segundo antes de ir tras ellos. Sólo Comma permaneció allí mirando por la ventana abierta con el rostro inexpresivo.

* * *

Fogarty se quedó helado al ver la lucha de los elfos del bosque. En su vida había visto unas máquinas de matar más eficaces y despiadadas; lo curioso era que nadie daba órdenes, pero todos sabían muy bien lo que tenían que hacer. El torrente de elfos se dividió en dos y rodeó a los demonios por un lado y a los pocos defensores de

Hairstreak que quedaban por el otro. Sin embargo, en vez de sumirse en un combate cuerpo a cuerpo, se mantuvieron a distancia y acribillaron a sus oponentes con flechas y puntas de sílex.

Hubo un momento de confusión y enseguida los demonios empezaron a caer.

Fogarty creyó que la batalla se libraría manteniendo esa táctica, pero los demonios se reagruparon con rapidez y se enfrentaron a los nuevos atacantes. Las tropas de Hael eran como insectos y no tenían ningún miedo, de modo que se lanzaron contra los enemigos sin prestar atención a la mortal lluvia de flechas y puntas de sílex. En ese instante un compacto grupo de elfos del bosque se dirigió como un rayo hacia el portal abierto.

—Una inteligente estrategia —comentó madame Cardui—. Si se desactiva el portal, se interrumpirán los refuerzos demoníacos.

El creciente ejército de demonios llegó a la misma conclusión, y un nutrido contingente de tropas de Hael se dirigió a impedir el asalto. Los elfos retrocedieron, recibieron refuerzos a su vez y contraatacaron. No obstante, un nuevo contingente de demonios más grandes y mejor armados salió del portal; uno de ellos levantó una vara de fuego, pero una punta de flecha le cercenó el ojo derecho cuando él lanzaba el arma, y la gota de fuego pasó sobre las cabezas y prendió en un árbol.

—A la reina no le va a gustar eso —masculló Fogarty. Le hervía la sangre y quería participar en la batalla. Lo cual resultaba raro porque en sus tiempos de soldado (hacía casi sesenta años, ¿a que parecía increíble?), se había pasado el tiempo intentando no luchar. La vejez era un castigo; le daba a uno nuevas ideas, pero le privaba de la capacidad de ponerlas en práctica.

Estaba en lo cierto al pensar que a la reina no le habría gustado que un árbol ardiera, pues el río de elfos del bosque que salía de los árboles se convirtió en una riada. Soldados de infantería se lanzaron contra la horda de demonios mientras los arqueros los machacaban con dardos y flechas; un grupo fue directamente hasta el árbol en llamas y utilizó cucuruchos con hechizos de sofocamiento para apagar el fuego, y los elfos que se dirigían al portal recibieron ingentes refuerzos, entre ellos tres magos.

A continuación todo sucedió demasiado rápido para explicarlo. La clave fue una explosión enorme y sin fuego en el portal: la construcción saltó en pedazos y éstos cayeron como granizo sobre los demonios alcanzados por la voladura. Faltos de refuerzos constantes, los demonios que quedaban se derrumbaron como paja bajo la horda de elfos del bosque. Todo acabó en cuestión de minutos.

Cuando los equipos de derribo de los elfos del bosque se movilaron para demoler la mansión de Hairstreak, Fogarty y madame Cardui entraron en el campo de batalla. Había muertos y moribundos por todas partes, pero los escuadrones de limpieza de los elfos trabajaban a fondo para no dejar ningún rastro de la batalla.

—Cariño, ¿ése no es el príncipe Pyrgus?

Fogarty siguió la mirada de madame Cardui y sintió una gélida garra en el estómago. Pyrgus yacía sobre la hierba con el jubón empapado de sangre; Blue y un chico de aspecto preocupado se habían arrodillado junto a él; con un sobresalto Fogarty reconoció a Henry. Nymph se hallaba detrás, con el arco en la mano, vigilante. Por algún motivo había un endriago a los pies de Henry.

—¡Pyrgus! —chilló Fogarty, y corrió hacia el grupo.

El príncipe abrió los ojos lentamente y esbozó una tenue sonrisa.

—Es sólo una herida superficial, Guardián. Me pondré bien.

—¿Puede buscar a un curandero, señor Fogarty? —pidió Blue—. Y dígame a alguien que saque a Comma de la casa antes de que se la tiren encima. —Titubeó antes de añadir escuetamente—: El cuerpo de mi padre también está dentro. Me gustaría llevarlo al palacio para darle sepultura.

Blue se despertó con un sobresalto.

¡Había alguien en su habitación! Oía una respiración constante. ¿Cómo se había colado en las narices de los guardias?

Buscó un arma y encontró un cucurucho lunar de emergencia, cuya tenue luz inundó la estancia.

Comma estaba a los pies de la cama.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Blue, enfadada. Siempre andaba merodeando por donde no debía, pero esto era demasiado.

—No podía dormir —explicó él de mal humor—. Quiero hablar contigo, Blue.

—Y a mí qué. Habla conmigo mañana por la mañana, muy tarde. Ahora no, caramba. Déjame en paz y habla con otra persona. Voy a seguir durmiendo. —Se dio la vuelta y se cubrió con las mantas hasta las orejas.

Comma se sentó en la cama.

—Han vuelto a encerrar a mamá.

—Sí, lo sé. Y me alegro. Está...

—A veces la oigo gritar por la noche.

—No, no es posible; lo sueñas.

—Habría hablado con ella si no la hubiesen encerrado y me habría dicho qué debo hacer con Pyrgus.

Había un matiz en el tono de Comma que indujo a Blue a no replicarle. Se incorporó, sorprendió a Comma mirándole el camisón y se envolvió las sábanas en torno al cuello.

—¿Qué le pasa a Pyrgus? —preguntó, ceñuda.

—Mató a nuestro padre —respondió Comma como un zombi.

—No, no lo hizo. Sabes que no es cierto. Fue el demonio que se apoderó del señor Fogarty, sanguijuela. Si tú...

—La segunda vez fue Pyrgus —afirmó Comma con una extraña voz monocorde—. Creyó que yo no lo veía y le cortó la cabeza a nuestro padre.

—¡Basta! —gritó Blue—. ¡Fuera!

—Muy bien, me voy. —Dio un salto y se escabulló, pero se detuvo en la puerta—. Pregúntale al otro hombre. Él también lo vio, y se fue.

Blue se tendió en la cama echando chispas. Por muy mal que fuesen las cosas, siempre se podía contar con que Comma las empeorase de alguna forma.

No pudo volver a dormirse, así que se levantó y se puso una bata. ¿Por qué Comma había dicho eso? ¿Por qué inventaba historias y encima a media noche? Su padre ya estaba muerto cuando llegaron a aquella espantosa sala de operaciones; tenía el estómago abierto y la cabeza... la cabeza...

Realmente no recordaba si ya tenía la cabeza cortada, pero le pareció que sí. Estaba segura de la horrible herida abierta en el estómago. Hairstreak había... había...

Daba igual, Comma era pura maldad o un loco como su madre. ¿Por qué si no se iba a inventar una historia sobre Pyrgus? Además, siempre se hacía un lío con los detalles. Había dicho que le preguntase al otro hombre, pero no había nadie más, pues Nymphalis había matado a todos, excepto a Hairstreak, y éste había huido. Quedaban solamente Comma, Pyrgus y el cuer...

¡Chalkhill! Lo habían abandonado atado a la otra mesa de operaciones; se había quedado lanzando insultos, pidiendo que volviesen, amenazando... ¿amenazando con qué? Blue no se acordaba, pero no tenía nada que ver con Pyrgus ni con su padre. Sólo amenazaba, la típica reacción que tenía la gente como él cuando no encontraba salida a su situación.

Se preguntó qué le habría sucedido a Chalkhill cuando los elfos del bosque demolieron la mansión de Hairstreak.

* * *

El señor Fogarty no demostró sorpresa al ver a Blue a media noche. El Guardián llevaba un extraño gorro y una camisa de dormir y ella pensó que tenía más pinta de mago que los magos del reino.

—Sí —dijo en respuesta a la pregunta de la princesa—. Los elfos del bosque lo encontraron, lo pusieron bajo mi custodia y yo lo envié a Asloght.

—¿La cárcel?

—Tiene que cumplir el resto de la pena. Lord Hairstreak lo soltó gracias a una treta.

Blue nunca había oído el término «soltar», pero supuso que significaba que Hairstreak había liberado a Chalkhill ilegalmente.

—Tengo que verlo.

—¿Ahora?

—Sí. —Suponía que el señor Fogarty diría que era muy tarde.

—Deja que me vista y te llevaré —se ofreció él.

—Disculpe, señor —dijo Clutterbuck—, pero unas personas desean verlo. Les dije que tenía usted compañía.

Lo habían metido en su antigua celda, pero a pesar de la cómoda cama, Chalkhill no podía dormir. De modo que estaba tumbado mirando el techo mientras hablaba con Cyril.

—No tengo compañía —repuso.

«¡Mentiroso!», le susurró el wyrm en la mente.

Clutterbuck miró alrededor.

—¿Ah, no, señor? Me ha dado la impresión de que lo oía hablar con alguien —dijo con soltura—. ¿Los hago pasar?

—¿Quiénes son? —preguntó Chalkhill enderezándose.

—La princesa Blue y el guardián Fogarty.

Chalkhill se puso en guardia al momento. La visita podía significar su liberación, pero también era posible que le provocara problemas. Tenía que comportarse con mucha cautela.

—Sí, hazlos pasar —ordenó.

Blue miró a Jasper Chalkhill con repugnancia. Había perdido un poco de peso, pero aún así seguía siendo el mismo repelente montón de fango pintarrajeado que conocía de siempre.

—He venido a hacerte una pregunta —dijo sin preliminares.

Chalkhill le sonrió. Incluso en la cárcel se las arreglaba para tener su asquerosa pasta bucal mágica y sus dientes brillaban y resplandecían como espumillón.

—Sí, claro, querida.

Blue se tragó las ganas de decirle que no la llamase «querida». Se trataba de una misión difícil y delicada y no tenía sentido enfadarse con él.

—Despide a tu trinio —le ordenó sin rodeos.

—Clutterbuck está aquí para protegerme en caso de un ataque.

—¿Quién crees que va a atacarte, Chalkhill? ¿Yo?

Los ojos de Chalkhill se posaron en el señor Fogarty, que apoyaba la espalda en la puerta.

—¡Oh, por todos los dioses! —exclamó Blue, y se volvió hacia Fogarty—: ¿Te importaría dejarnos, Guardián? Estaré bien.

—De acuerdo. Estaré fuera por si me necesitas.

Chalkhill recuperó la sonrisa y los ojos le brillaron con una especie de complacida malevolencia.

—Puedes irte, Clutterbuck —dijo.

—Al parecer vas a ser huésped de Asloght durante mucho tiempo, Chalkhill, tal

vez durante el resto de tu vida —le espetó Blue en cuanto se quedaron solos—. Pero si cambiase impresiones con mi hermano, quizá tu sentencia se viese reducida. ¿Nos entendemos, Chalkhill?

—Perfectamente, Serenidad —respondió el hombre con un resplandor especial en los ojos—. ¿Qué quieres que haga?

—Que me cuentes que pasó en la sala de operaciones. —Chalkhill la miró sin comprender—. Por qué estabas allí y qué sucedió... —Blue titubeó tan sólo un segundo—: Quiero que me digas qué le pasó a mi padre.

—¡Ah!

—¿Y bien?

—Esa reducción de mi condena... —Chalkhill se humedeció los labios—. ¿Has dicho que estarías dispuesta a hablar con tu hermano —tu hermano Pyrgus— sobre ella?

—Sí.

—¿Crees que será... comprensivo?

—No puedo darte garantías, pero creo que sí.

—¿Y qué ocurriría si no lo es?

Blue se dio la vuelta, golpeó la puerta y gritó:

—¡Estoy lista para marcharme!

—No, espera un minuto —se apresuró a decir Chalkhill—. No hay necesidad de ponerse así. Claro que te lo contaré. ¿Por qué no? Si puedo ser de alguna ayuda, de cualquier tipo de ayuda, a un miembro de nuestra ilustre familia real...

—Al grano —ordenó Blue.

—Muy bien. —Chalkhill se decidió—. La operación... Lord Hairstreak comprobó que no podía controlar a tu padre como deseaba. El Emperador Púrpura era... es... un hombre de voluntad fuerte y noble; incluso muerto era superior a lord Hairstreak. Y éste, mediante la operación, pretendía controlarlo más metiéndose en el cerebro de tu padre.

—¿Cómo?

—Iba a... intentaba reconectar las vías neuronales de forma diferente.

—¿Por qué le cortó la cabeza a mi padre? —le preguntó Blue mirándolo con desagrado.

—Eso fue un error, un completo error, un terrible error. Lord Hairstreak contrató a ese... inepto para hacer la operación. «Montaña Nublada Amarilla». ¿Te imaginas un nombre más ridículo? Un tipo horrendo, pero un capacitado cirujano. Creo que se lo recomendaron, a pesar de sus fracasos. El problema era que ese individuo tenía una gran opinión de sí mismo, se pasaba de chulo, vaya. Las conexiones más importantes estaban en la raíz del cerebro y decidió acceder a ellas a través del cuello, pues creía que después podría volver a conectar la cabeza. —Chalkhill compuso una expresión

de pena—. Pero no pudo. Lord Hairstreak lo habría matado si no lo hubiera hecho tu gente antes.

—Entonces... ¿fue ese tal Montaña Nublada Amarilla el que le cortó la cabeza a mi padre?

—Sí.

—¿Nadie más?

—No, Serenidad, claro que no. ¿Quién querría hacer tal cosa?

—Una última pregunta. ¿Qué papel tenías tú en la operación? ¿Por qué estabas allí, Chalkhill?

—Como donante de sangre —mintió—. Da la casualidad de que tengo el mismo grupo sanguíneo que vuestro ilustre padre. Estaba a mano sólo por si se producía una urgencia, encantado de ser una posible ayuda para el Emperador Púrpura, desde luego. —Miró a Blue, muy serio—. Pero dadas las circunstancias, no pude hacer nada...

—Gracias, Chalkhill. Has sido... amable. —Blue llamó a la puerta, que se abrió de inmediato.

Cuando la princesa estaba a punto de marcharse, Chalkhill dijo:

—Le contaréis a vuestro hermano lo que he dicho, ¿verdad? ¿Se lo contaréis con exactitud?

* * *

Chalkhill mentía; Blue estaba segura. La pregunta era por qué. Tenía la impresión de que ya sabía la respuesta, o al menos conocía a alguien que la sabía.

—¿Satisfactorio? —preguntó el señor Fogarty, cortante.

—En cierto modo.

—¿Adonde vamos ahora?

—De vuelta al palacio —dijo Blue—. Quiero hablar con Pyrgus.

—¡No me mientas! —gritó Blue—. ¡He estado toda la noche levantada, he hablado con el bestia de Chalkhill y ya no aguanto más!

Parecía que Pyrgus estaba mejor. Tenía un brazo vendado y otros vendajes le rodeaban el pecho y el estómago debajo de la camisa, pero tenía buen color, a excepción de las oscuras ojeras. Quizá tampoco él había dormido mucho.

—Blue, yo... —dijo Pyrgus—. Escucha, todo fue muy confuso. No creo que ninguno de nosotros llegue a saber nunca lo que realmente...

—Comma ha inventado historias sobre ti —repuso Blue—. No le creo, pero tampoco te creo a ti. ¡Sólo quiero saber la verdad!

—¿Qué ha dicho Comma? —quiso saber Pyrgus con acritud.

—Que tú le cortaste... le cortaste... —No pudo acabar. De repente se sintió tan cansada que apenas se tenía en pie.

Pyrgus se apartó de ella.

—¿Y lo has creído?

—No, claro que no. Pero he hablado con Chalkhill y me ha mentado. Sé que me ha mentado, pero no sé por qué.

—Porque yo le dije que le concedería la libertad si lo hacía —respondió él con dulzura.

—¿Le dijiste eso? Y ¿por qué quieres concederle la libertad?

—O lo sobornaba o lo mataba, y ya no aguanto más muertes.

—No te entiendo, Pyrgus —dijo Blue mirándolo boquiabierto—. No entiendo nada.

—No fue Hairstreak el que resucitó a nuestro padre. Fui yo.

Blue miró a su hermano con atónita incredulidad. Se habían retirado al invernadero, donde su padre cuidaba de las orquídeas, cuyo aroma reinaba en la estancia. El refuerzo de los hechizos convertía ese lugar en uno de los más íntimos del Palacio Púrpura.

—¿Qué hiciste? —preguntó Blue, asombrada.

Pyrgus tenía aspecto de enfermo.

—Temía convertirme en emperador —respondió.

—¿Temías?

—Ya sabes lo inútil que soy para esas cosas: política, negociaciones, diplomacia; incluso sería un inútil al frente del ejército. El reino se desmembraría conmigo como Emperador Púrpura. Peor aún, caería en manos de los elfos de la noche; habría guerras, caos y...

—¿Así que tú resucitaste a nuestro padre? —preguntó Blue, incrédula.

Pyrgus asintió con gesto abatido.

—No sabía qué hacer.

—¿Tienes idea de que es ilegal, terrible, de que... está prohibido?

Pyrgus volvió a asentir. Estaba sentado en un banco, encorvado, y parecía que iba a vomitar.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —preguntó Blue—. ¿Cómo fuiste capaz? —Entonces un pensamiento le cruzó la mente y añadió—: ¿Cómo lo hiciste?

—Acudí a un nigromante —murmuró Pyrgus.

—¿Un elfo de la noche? ¡Tuvo que ser un elfo de la noche! Ningún elfo de la luz tocaría la magia negra relacionada con la muerte.

—Sí.

—¿Es que no tienes sentido común? —replicó Blue. Pyrgus estaba desesperado; en cualquier otra circunstancia Blue lo habría consolado, pero en ese momento la dominaba una sensación de pánico que le desató la lengua—. ¿Acaso no conocías a ningún nigromante capaz de controlar a la persona resucitada? Eso fue lo que salió mal. Tenía que salir mal. ¡Sabías que saldría mal!

Pyrgus negó con la cabeza, impotente.

La furia había arrastrado a Blue hasta ese punto, pero se le estaba desvelando la enormidad de lo que había hecho Pyrgus. Ella nunca había estudiado la magia en profundidad, pero sabía lo suficiente para darse cuenta de que la nigromancia (brujería relacionada con la muerte) era una práctica diez veces peor que las técnicas de demonología que los elfos de la noche solían utilizar.

—Será mejor que me lo cuentes todo —dijo.

Pyrgus respiró a fondo y así lo hizo.

Pyrgus dio esquinazo a sus guardaespaldas reales entre Cheapside y Northgate y se metió en la ingente maraña de callejuelas que llevaban a Pushorn; mantenía una mano aferrada a su recién adquirido cuchillo halek. Pushorn era uno de los peores distritos de la ciudad y, aunque al príncipe nunca le había preocupado mucho su propia seguridad, sería una lata perder la bolsa de dinero en ese lugar; tenía la impresión de que necesitaría hasta la más insignificante moneda del oro que portaba.

Cuando el prolongado crepúsculo se fundió con la oscuridad, se encendieron las antorchas en Pushorn, donde no había esferas de luz en las calles. El ayuntamiento lo achacaba a la pobreza, pero lo cierto era que dichas esferas no duraban mucho, ni siquiera con protecciones mágicas. Los habitantes de ese distrito se componían de una adecuada mezcla de elfos de la noche, la escoria de los de la luz, trinius de color violeta, *glaiustigs* a medio civilizar, endriagos semisalvajes y algunos magos halek adictos que encontraban la música *simbala* más barata allí que en los salones autorizados de Northgate. Todos ellos preferían ocultarse en las sombras a que las autoridades examinasen sus actividades.

El olor resultaba especial: una mezcla de sudor y pecblenda. Pyrgus arrugó la nariz mientras se abría paso entre la multitud que salía de la oscuridad en busca de diversiones ilegales.

—¿A quién crees que estás empujando? —gruñó un matón con un jubón de cuero agrietado.

—Lo siento —murmuró Pyrgus, y se apresuró. Mantuvo la cabeza baja y de momento nadie lo reconoció. Un mínimo hechizo de ilusión óptica le había desfigurado los rasgos y cambiado el color del cabello.

Había memorizado direcciones, pero las estrechas calles se entrecruzaban y no se atrevía a preguntar el camino, así que tardó casi una hora en encontrar el callejón Gruslut. Mientras en el resto de Pushorn reinaba una luz tenue, en Gruslut la única iluminación que había era la que se filtraba a través de las rendijas de las contraventanas. Pyrgus se detuvo para que sus ojos se acostumbrasen a la penumbra y al cabo de un rato ya veía razonablemente bien.

Pero lo que vio no lo animó mucho. Como en gran parte del distrito, las casas eran edificios de tres o cuatro pisos que habían conocido días mejores; en la actualidad mostraban el yeso agrietado y la pintura desconchada. Parecía que algunas tenían cimientos movedizos, pues sus paredes se abombaban de forma alarmante como si amenazasen con caer a la calle. Pyrgus aún no estaba del todo seguro de que fuera el lugar correcto porque parte del letrero con el nombre se había podrido y faltaban las tres primeras letras, pero a pesar de todo entró en el callejón.

Gruslut tenía fama de calle en la que se podían comprar ciertos productos y

servicios, aunque no había tiendas. En algunas puertas de madera había placas discretas, pero ninguna indicación que diese una pista sobre lo que se ofrecía. Casi había perdido la esperanza cuando encontró la puerta azul que buscaba.

Pyrgus se humedeció los labios con nerviosismo. Cuando sujetó la aldaba se dio cuenta de que estaba a punto de hacer algo no sólo ilegal, sino tremendamente peligroso. Pero daba igual; tenía que hacerlo. A pesar de la valiente fachada que había exhibido ante Blue y los demás, sabía que nunca se convertiría en emperador. No estaba preparado y no deseaba tal responsabilidad. Jamás la había querido y por eso se peleaba tanto con su padre cuando vivía, quien insistía en que debía comportarse como un emperador «a la espera», mientras que él deseaba hacer una vida corriente. Pyrgus llamó y esperó.

Nada. Iba a llamar de nuevo cuando oyó las pisadas; alguien se acercaba con paso deliberadamente lento. Pyrgus retiró la mano y esperó con el corazón acelerado. La puerta se abrió un poco y un par de resplandecientes ojos negros lo observaron desde la penumbra.

Pyrgus tragó saliva.

—¿Eres...? —preguntó—. ¿Eres... Pheosia Gnoma?

La voz que respondió fue como el rumor de las hojas muertas.

—Entrad, majestad —dijo—. Os esperábamos.

La puerta azul se abría a un estrecho pasillo que daba paso a un tramo de desvencijados escalones de madera que descendían. Pyrgus siguió a la encorvada figura hasta un sótano mal iluminado que olía a polvo y moho. Tampoco allí había esferas de luz, sino velas de junco y una humeante lámpara manchada por las moscas; libros de misteriosa sabiduría se alineaban a lo largo de una pared; un armario abierto exhibía una colección de cráneos y en un rincón había un equipo de alquimista sobre un banco. Además, Pyrgus se fijó en un kangling tibetano tallado en un fémur humano.

—¿Sabes quién soy? —preguntó.

—Pues claro, majestad. Vuestro hechizo de ilusión óptica ha desaparecido.

Resultaba imposible calcular la edad de Gnoma, quien tenía los párpados y las pupilas de gato típicos de los elfos de la noche; llevaba la cabeza completamente afeitada y parecía que se había afilado los dos incisivos frontales, lo cual daba a su rostro una extraña expresión de vampiro. El hombrecillo vestía un raído hábito de monje de color marrón que le quedaba un poco pequeño.

—¿Quién más está aquí? —preguntó Pyrgus.

—Nadie, majestad. —La voz suave pero seca apenas era un murmullo.

—Has dicho: «Os esperábamos». ¿A quiénes te referías?

—A mis asistentes espirituales —respondió Gnoma.

Gnoma no era como Pyrgus esperaba. El hombre tenía una expresión hambrienta que resultaba muy inquietante y no apartaba los ojos de la cara del príncipe, que procuró ocultar su nerviosismo. Era mejor ir al grano y salir de allí.

—Pheosia Gnoma —dijo Pyrgus—, quiero que arranques a mi padre de la muerte.

Se sentaron cara a cara ante una ligera mesa de madera. Gnoma puso una copita frente a él y la llenó con un líquido azul de una botella con cuello de cisne. Pyrgus lo contempló, inseguro.

Gnoma sonrió y mostró sus extraños dientes de serpiente.

—Vino de *libatrix*, un sencillo tinte herbal que prolonga la vida y aclara la mente. —Sacó una segunda copa, la llenó y la bebió de un trago—. ¿Ves? Completamente inofensivo. No me interesa envenenar a mis clientes.

Pyrgus lo observó y tomó un sorbo. El líquido era fresco, fuerte y ligeramente dulce.

Gnoma puso las manos, con las palmas hacia abajo, sobre la mesa.

—Tal vez resulte difícil resucitar a tu padre.

—Te pagaré lo que quieras.

—No es cuestión de dinero —respondió Gnoma, y esbozó una fría sonrisa.

Pyrgus no lo creyó. Con los elfos de la noche siempre era cuestión de dinero.

—Pero ¿puedes resucitarlo?

—¡Oh sí! —afirmó Gnoma. Le había destilado una gota de mucosidad hasta la punta de la nariz y la sorbió para librarse de ella—. Hay métodos. Pero por desgracia...

—¿Qué? —siseó Pyrgus—. ¿Por desgracia qué?

El silencio se prolongó de forma interminable hasta que al fin Gnoma dijo:

—El método más fiable no es legal.

—¡Soy el emperador! —exclamó Pyrgus, tajante—. ¡Yo digo lo que es legal!

—Eres el emperador electo —precisó Gnoma—, pero te haré caso. Sin embargo, debo advertirte que el método que tengo en mente resulta contrario a las leyes espirituales, que se escapan a tu poder.

Pyrgus apartó la silla con tanta prisa que la volcó.

—¡Debo hablar con mi padre! —gritó—. ¡Como emperador electo te ordeno que lo resucites!

Gnoma permaneció sentado, miró a Pyrgus y volvió a sonreír.

—Entonces, tráeme el cadáver de tu padre —pidió.

El laboratorio de Gnoma era un cuarto en forma de cubo, subterráneo, estéril y sin ventanas, que olía a purificador chino; había un horno de alquimista en un rincón, junto a un yunque de herrero, y una selección de alambiques en un armario abierto; en medio de la habitación estaba instalada una camilla de metal de casi dos metros bajo un conjunto de esferas de luz de alta potencia, y a su lado una bandeja de instrumental que convertía en juguetes los utensilios del herticordio real.

El cajón estaba en el suelo, junto a la camilla.

—Supongo que nadie sabe que lo has traído aquí, ¿verdad? —preguntó Gnoma.

—No. Sólo lo ha visto el cochero, pero no sabía qué era. —Estaba tan nervioso que apenas podía quedarse quieto.

—Debo preguntártelo otra vez, Pyrgus Malvae —dijo Gnoma—: ¿Deseas seguir adelante con esta operación? Una vez haya empezado, no se puede interrumpir.

—Acabemos —indicó Pyrgus humedeciéndose los labios.

Gnoma le dirigió una mirada que contenía algo parecido al desprecio.

—¿Se ha aplicado un hechizo flotante al cajón y su contenido? —Pyrgus asintió—. Ábrelo —ordenó Gnoma.

Pyrgus lo miró con furia, aunque no pronunció palabra. Tal vez fuese príncipe heredero y emperador electo, pero se había metido en algo tan prohibido que no podía andarse con ceremonias, de modo que se arrodilló junto al cajón y murmuró una oración silenciosa pidiendo perdón. Dado que la cerradura estaba adaptada al toque de sus dedos, apretó el pulgar con firmeza contra ella, se produjo un sonido metálico, como si estuviera recién engrasado, y los pasadores se levantaron. Pyrgus alzó la vista.

—Ábrelo —repitió Gnoma, ya más calmado. Los ojos del mago resplandecían.

Pyrgus se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento y lo soltó de golpe al tiempo que retiraba la tapa del cajón, que cayó hacia atrás con un estremecedor chirrido de goznes. El cuerpo de su padre yacía sobre un lecho de paja limpia.

El hechizo de éxtasis mantenía la descomposición del cuerpo a raya, de modo que el único olor era el de la carne limpia y fría, pero ni todo el arte del embalsamador había logrado reparar los estragos causados en el rostro de Apatura Iris. Henry había dicho que el arma utilizada para matarlo se llamaba escopeta, la cual, provista de una carga explosiva, lanzaba cientos de contundentes bolas de plomo; pero la habían usado a corta distancia. Lágrimas misericordiosas anegaron los ojos de Pyrgus y emborronaron la imagen.

—Coloca el cuerpo en la mesa de operaciones —indicó Gnoma.

Pyrgus ya se lo esperaba. Con los ojos todavía húmedos se inclinó sobre el cajón. Era la primera vez en muchos años que abrazaba a su padre; el hechizo flotante que

se le había aplicado convertía a Apatura Iris en algo liviano como el vilano del cardo. Pyrgus se levantó con el cuerpo en brazos y, aunque temblaba a causa de los sollozos, lo puso con delicadeza sobre la camilla.

—Boca abajo —dijo Gnoma.

—¿Es necesario? —preguntó Pyrgus, cortante. Resultaba impropio de un Emperador Púrpura yacer boca abajo.

—Debemos tener acceso al coxis —respondió Gnoma. Pyrgus le dio la vuelta al cuerpo—. Apártate, por favor. Ya has acabado.

Pyrgus retrocedió. Se mantuvo firme con un gran esfuerzo de voluntad, pero las emociones lo invadían como un torrente. No entendía por qué se había peleado tanto y tan duramente con su padre, pues ahora los desacuerdos parecían insignificantes, incluso tontos. El cuerpo que yacía en la mesa era tan pequeño, inofensivo, vacío... Pero tal vez pudiese arreglar las cosas y hacerlas bien.

Gnoma asió unas grandes tijeras de sastre y las clavó en la espalda de la chaqueta púrpura del emperador.

—¿Qué haces? —exclamó Pyrgus con repentino pánico.

—¡Cállate! —ordenó Gnoma—. Tú quisiste que hiciera esto. ¡Pues déjame hacerlo!

El mago rasgó el tejido como si fuera una telaraña y la espalda del emperador quedó a la vista. Pyrgus contempló los tatuajes de mariposas, iguales a los suyos.

Gnoma buscó un escalpelo.

—¿Qué vas a hacer? —susurró Pyrgus.

—Sacar el coxis —respondió Gnoma, y hundió el instrumento.

* * *

Se trataba de un huesecillo del tamaño de un pulgar con forma de vértebra, pero sin las típicas protuberancias. Cuando Gnoma lo limpió, quedó de un blanco resplandeciente.

—¿Es eso? —preguntó Pyrgus, maravillado.

Gnoma sostuvo el hueso entre el índice y el pulgar con ojos centelleantes.

—Fíjate —dijo.

Dio un par de pasos y puso el hueso con cuidado sobre el yunque. Luego abrió un cajón del fondo del armario de alambiques y sacó un martillo de mango corto. En la cabeza metálica de la herramienta se retorcían energías serpentina. Miró a Pyrgus y descargó el martillo con insólita violencia. Resonó como un trueno y de la cabeza del martillo salieron relámpagos atrapados.

—¡No...! —gritó Pyrgus.

El yunque se rompió en pedazos bajo el impacto del golpe. Entonces Gnoma tiró

el martillo a un lado y buscó algo entre los restos; cuando lo halló, alzó el hueso, aún de una pieza, intacto.

—El coxis es indestructible —explicó. Pyrgus se adelantó para examinar el hueso: no tenía ni un arañazo—. Es el hueso utilizado por la divinidad para resucitar al hombre en el día postrero —susurró Gnoma, y Pyrgus cerró los ojos—. Es el hueso que usaremos para resucitar a tu padre.

* * *

Pyrgus oyó unos pasos distantes y se puso a temblar de miedo.

A falta de una silla se encaramó sobre un viejo baúl de mimbre. Se hallaba en una habitación atestada de polvorientos objetos para representaciones teatrales: muñecas de tamaño natural se desplomaban como cadáveres sonrientes; varios armarios exhibían llamas toscamente pintadas; inexpresivas máscaras decorativas lo vigilaban desde las paredes... La habitación se encontraba al nivel de la calle, pues Gnoma había dicho que resultaba peligroso recibir a la muerte en el subterráneo.

Los pasos llegaron a la escalera y se detuvieron un momento. Por un segundo Pyrgus sintió cierto alivio, pero entonces la madera crujió como si alguien (¿o algo?), subiera los escalones.

¿Quién o qué se acercaba?

La vivienda de Gnoma era decepcionante. Al igual que el sótano y el laboratorio subterráneo, la planta baja de la casa consistía en un laberinto de pasillos y habitaciones sospechosamente cerradas con llave. Y el almacén teatral en que se hallaba olía a mugre y se desdibujaba tras la cortina de lágrimas que no abandonaba los ojos de Pyrgus.

¿Qué había hecho?

Faltaban menos de dos semanas para la coronación y después de la ceremonia no habría vuelta atrás. Nadie sabía cómo se sentía: ni Henry, ni Fogarty, ni siquiera Blue. Todos esperaban que cumpliera con su deber; todo el mundo suponía que deseaba ser emperador, pero nadie conocía el miedo que sentía.

Aunque ese miedo no era nada comparado con el terror que lo dominaba en ese momento.

¿Qué había hecho?

No podía convertirse en emperador; no tenía ni el más mínimo talento para esa misión. Creían que por ser hijo de Apatura Iris estaba dotado para seguir sus pasos. Pero Pyrgus y su padre habían discutido por todo. Por todo.

El problema era que odiaba la política. Odiaba la mentira y el fraude, la hipocresía y la corrupción, y sabía muy bien que era imposible sobrevivir en los altos cargos sin esas características. Incluso su padre, un hombre honorable, se había visto

forzado a realizar actos cuestionables de vez en cuando. Pyrgus sabía que él no podría: intentaría ser fiel a sus principios y arruinaría al reino. ¿Cómo iba a seguir los pasos de su padre?

Los pasos de su padre se acercaban.

Qué curioso. Creía que Gnoma podía resucitar a los muertos, por eso estaba allí y había sometido el cuerpo de su padre a... a... Pero al mismo tiempo en el fondo no lo creía. Los muertos estaban muertos. No había regreso. Cuando desapareciese el hechizo de éxtasis, el cuerpo del Emperador Púrpura se convertiría en polvo enseguida. No había forma de escapar ni encantamiento capaz de...

Aun así creía en Gnoma. Y algo se aproximaba.

Los pasos habían llegado a lo alto de la escalera y se habían detenido en el pasillo. Tal vez fuese el mismo Gnoma, dispuesto a reconocer el fracaso. El hombre sería todo excusas y daría variadas razones para quedarse con el dinero.

¿Por qué caminaba tan despacio? El ritmo era como el de una sombría procesión. Un paso... otro paso... otro... Sin paradas, flaquezas o tropezones, sólo terriblemente lentos.

Pyrgus se imaginaba la figura en el pasillo; en su fuero interno sabía que no era Gnoma.

¿Qué había hecho?

Una silueta oscura apareció en la puerta y Apatura Iris entró en la habitación.

* * *

Apatura, en otro tiempo jefe de la Casa de Iris, anterior Emperador Púrpura del reino de los elfos y supremo representante de la Iglesia de la Luz, padre de Pyrgus Malvae, no había sido precisamente guapo (sus rasgos no eran lo bastante delicados), pero sí un hombre atractivo de gran carisma y encanto y de porte elegante y airoso.

Sin embargo, en ese momento parecía un monstruo, puesto que al extraerle el coxis, la columna se le torció. No era de extrañar, pues, que caminase tan despacio; apenas conseguía mantenerse derecho y parecía dominado por un dolor sobrenatural. Pero la verdadera monstruosidad se reflejaba en su rostro porque, al regresar a la vida, la cera utilizada por los amortajadores para reconstruirle los rasgos se le desprendió y casi toda la cabeza quedó convertida en una sangrienta herida abierta; un ojo permanecía intacto y brillaba misteriosamente entre la masa de carne desgarrada; la majestuosa nariz había desaparecido y la boca era poco más que un corte profundo.

—Padre —susurró Pyrgus. Pero aquella criatura ya no era su padre, sino un caparazón con vida, guiado por oscuros poderes.

Se acercó a él y le dio la impresión de que percibía el hedor de la carne

putrefacta. Estiró una mano con los dedos crispados.

—¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?

—Matarme —dijo Apatura Iris.

—¿Por qué no? —preguntó Blue—. Si papá era tan horrible, ¿por qué no lo mataste en ese preciso instante?

—No pude —se limitó a responder Pyrgus.

—Pero...

—Mira, Blue, tal vez fuese horrendo, pero seguía siendo papá —contestó Pyrgus sacando fuerzas de flaqueza—. ¿Cómo iba a matarlo? Acababa de resucitarlo y no sabía qué pasaría, ni que Gnoma hablaría con lord Hairstreak, ni lo mal que se pondrían las cosas. Creí que podría llevarlo a casa para que lo curasen (ya sabes, la cara y lo que hiciera falta), y que todo sería como antes. Él volvería a ser el emperador y tendríamos la misma clase de vida.

—Pero no lo llevaste a casa.

—Gnoma me dijo que el proceso de resurrección no se había acabado y que resultaría peligroso liberar a... —Pyrgus se estremeció— a papá antes de que todo se estabilizase. Así que lo dejé con él.

—Y Gnoma lo condujo hasta Hairstreak.

—Así es —asintió, abatido.

—Me gustaría saber cómo se las arreglaron para que recuperase su antigua personalidad —comentó Blue.

—Hechizos de ilusión óptica. Creo que también hubo algún tipo de curación, pero no fue suficiente. Por eso Hairstreak planeó la operación: quería transplantarle un wangaramas.

Blue lo comprendió todo: el wyrm habría permitido que el cuerpo de su padre funcionase de forma más eficaz, le habría creado la ilusión óptica de salud y vida y posibilitado que Hairstreak mantuviese la ficción de que el Emperador Púrpura no había muerto.

—¿Chalkhill era portador del wyrm?

—Sí.

—¿Fue él quien te contó lo que pensaba hacer lord Hairstreak?

—Sí.

—Por eso le cortaste la cabeza a papá.

—Sí. ¡Sí, sí, sí!

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Blue.

—Nada. Todo se ha cumplido. No debería haberlo hecho regresar, ahora lo sé. Fue horrible para nuestro padre y un desastre para el reino. Pero lo he arreglado. Nuestro padre está muerto, muerto de verdad, y Hairstreak no puede lograr que regrese. Nadie puede. —Dio un paso y tomó las manos de su hermana—. Blue, lo he resuelto todo —dijo, muy convencido—. Utilizaremos la historia de Hairstreak contra

él porque dijo que papá no murió, sino que entró en coma y luego revivió. Bien, pues nosotros diremos que nunca se recuperó del todo, tan sólo resistió un poco y murió a causa de las heridas iniciales. Hairstreak no se atreverá a contradecirnos; no lo hará sin admitir su participación. Así que seguiré adelante con la coronación y cuando sea Emperador Púrpura, romperé el estúpido pacto que lord Hairstreak le hizo firmar a nuestro padre.

—No es posible. El pacto obliga al heredero tanto como a papá. Hairstreak no se arriesgó; se menciona tu nombre en la redacción.

—Ya se me ocurrirá algo, descuida —aseguró Pyrgus—. Haré que las cosas sean como antes. Aparte de ti y de mí, nadie sabrá que ocurrió algo ilegal.

—Lo sabe Comma —indicó Blue.

* * *

Convocaron una reunión de amigos. Pyrgus no quería, pero Blue insistió. Acudieron el señor Fogarty, madame Cardui y Henry. Pyrgus deseaba que Nymphalis también estuviese presente, pero Blue se apresuró a vetarla.

—No la conocemos bien —dijo—. Además, debe su lealtad al bosque, no a la Casa de Iris. Seguro que es maravillosa, pero esto me parece demasiado delicado para asumir ningún riesgo.

Una vez instalados en el invernadero de las orquídeas con la puerta bien cerrada y hechizada, Blue expuso el problema sin callarse nada. La escucharon atentamente, con caras serias, sin hablar y asintiendo de vez en cuando. La princesa finalizó su explicación y añadió:

—Me gustaría saber qué pensáis.

Nadie dijo nada hasta que al fin habló Henry.

—Pero Hairstreak sabe lo que hiciste, Pyrgus. ¿No se lo habrá contado Gnoma?

—Sí, sí lo hizo —admitió Pyrgus—. Gnoma se lo contó sin duda. Pero Hairstreak no puede reconocerlo, porque si no, todo el mundo sabrá que mentía cuando afirmó que nuestro padre no había muerto, que habían acordado un nuevo pacto y todo eso.

—Casi sería mejor confesar la verdad, con lo que provocaríamos la caída de Hairstreak —sugirió Fogarty.

Pyrgus iba a decir algo, pero Blue se apresuró a intervenir.

—No barajamos la posibilidad de que Pyrgus confiese.

—¿Por qué no?

—Ya lo he explicado: la resurrección está prohibida.

—¿Y qué le harán? —preguntó Fogarty con impaciencia—. ¿Obligarlo a rezar cinco Ave Marías?

—Ahorcarlo —repuso Blue crudamente.

Se produjo un largo silencio hasta que por fin Fogarty musitó:

—¿Hablas en serio?

—Ese es el castigo.

—¿Incluso para un emperador electo?

—Sólo el emperador está por encima de la ley, pero ha de ser un emperador coronado. Al emperador electo se le trata como a los demás.

El señor Fogarty sorbió por la nariz.

—Deberías haber esperado, ¿verdad? —le preguntó Fogarty a Pyrgus, y después se volvió hacia Blue—: Pero ¿qué ocurriría en realidad? ¿Se celebraría un juicio? ¿Quién haría las acusaciones?

—El clero —respondió Blue—. Se trata de un tema espiritual.

—¿Y qué sucedería si se sabe que Pyrgus, ya me entendéis, cortó... ah, mató...? —inquirió Henry.

—Un cuerpo resucitado es una abominación —afirmó Blue—. Pero no se castiga por enviar el alma de regreso a su verdadero hogar: el cuerpo al que pertenece.

—Pero se supone que el cuerpo de tu padre no resucitó —precisó Henry—. La historia que explicó Hairstreak es que el emperador no murió y vosotros habéis decidido apoyar esa versión, ¿no? Porque si no lo hacéis, colgarán a Pyrgus por resucitarlo.

Blue y Pyrgus intercambiaron una mirada y entonces madame Cardui intervino:

—Henry tiene razón, príncipe heredero. Pero si apoyamos la historia de Hairstreak y Comma cuenta lo que vio, podrías enfrentarte a una acusación de asesinato, en vez de una de resurrección. Me temo que también te ahorcarían.

—Hay una sencilla solución —dijo Fogarty—: Mantengamos a Comma incomunicado hasta que seas emperador.

—Un poco desagradable para el chico, ¿no te parece, Alan? —opinó madame Cardui

—Bueno... Pyrgus podría ser coronado dentro de una semana y estar ese tiempo incomunicado no es tan grave; yo lo he hecho... —Fogarty se calló y tosió; después añadió sin convicción—: Pero resuelve el problema, ¿verdad? No van a colgar al emperador por asesinato.

—¡Ja! —exclamó Blue.

—¿Por qué dices «¡Ja!»? —preguntó el señor Fogarty con acritud—. ¿Qué significa?

—Cuando dije que el emperador estaba por encima de la ley, había una excepción... —Blue estaba muy tensa.

—¿Asesinato?

—No exactamente —precisó Pyrgus—. Sólo si se trata del asesinato del emperador anterior.

—En efecto —confirmó Blue—. La ley del reino sostiene que el Emperador Púrpura es dueño de sus súbditos y que, por lo tanto, puede disponer de ellos como desee: ejecutarlos, que es otro nombre que se da al asesinato, provocar que alguien cometa un asesinato o perdonar a quien lo ha realizado. Pero la única excepción es el emperador anterior, que no es definido como... Se me ha olvidado el término, pero quiere decir que no es propiedad de nadie.

—El motivo está claro —explicó madame Cardui alegremente—. Evita que en la familia real se cometan asesinatos para llegar al trono. —Entonces titubeó, sonrió y se inclinó para decirle a Blue—: La palabra es «pertenencia», querida.

—Así pues, si Comma habla, ahorcan a Pyrgus —intervino Fogarty—. Las amenazas lo mantendrán callado durante un tiempo, pero si no inventamos algo definitivo, todos sabemos que Comma hablará antes o después.

—No quiero que lo matéis —observó Blue, muy seria—. Tal vez sea un personaje incómodo, pero sigue siendo nuestro hermano pequeño.

—En realidad, estaba pensando en el soborno —afirmó Fogarty, ligeramente sorprendido—. Podríamos ofrecerle lo que quiera: juguetes, dinero, un título de fantasía, un cargo en el Gobierno... cualquier cosa, siempre que no tenga poder real. Y procurar que sepa que todo desaparecerá si Pyrgus no es emperador.

—El problema es que Pyrgus no quiere ser emperador —remarcó Blue en voz baja.

—Creo que tengo una idea al respecto —afirmó Henry.

* * *

Después de decirles de qué se trataba, Henry miró las caras de los presentes una a una y esperó las reacciones.

—No es posible, Henry. —Pyrgus movió negativamente la cabeza y su expresión era más bien de pena.

—Ni legal —añadió Blue.

—Sí lo es —intervino madame Cardui—. La legislación ha estado ahí durante mucho tiempo, aunque rara vez se habla de ella. —Sonrió ligeramente—. El verdadero problema, Henry, es que no daría resultado.

—Pues en mi mundo sí —precisó Henry—. Continuamente.

—¿Es cierto, Alan? —preguntó madame Cardui.

—No sé si Henry no estará exagerando un poco.

El chico lo miró con mala cara.

La barcaza real se alejó de la isla del palacio a la luz rosada del amanecer que relucía sobre los filamentos dorados esparcidos a través de la superficie de la nave. Cuando se puso en movimiento, sonó el primer estruendo del saludo de ciento un hechizos de trueno, la señal tradicional que anunciaba a la población una inminente coronación. Sin embargo, parecía que no era necesaria dicha señal porque la multitud ya se había alineado a lo largo de la ruta del desfile desde la medianoche.

La barcaza giró hacia el noroeste para no interferir con el tráfico del embarcadero autorizado (particularmente intenso esos días) y se pegó a la orilla norte de Wirmark, debajo de Eastgate. Ante los primeros vítores del gentío instalado en los embarcaderos, los magos de la barcaza aunaron sus esfuerzos para hacer flotar dos visiones gigantescas: una que representaba la Corona del Pavo Real y la otra una mariposa con el emblema de la Casa de Iris.

Cuando las ilusiones ópticas se hicieron visibles, las aclamaciones se incrementaron y los espectadores se vieron recompensados con una exhibición interactiva: las visiones cambiaban de color en respuesta a la intensidad y duración de los aplausos. Desde el primer momento, la gente clamaba por ver a su nuevo soberano, pero las únicas figuras en cubierta eran la tripulación de la barcaza, vestidos con sus impecables uniformes de color púrpura, y los magos que mantenían los hechizos.

Tras dejar atrás la isla, la barcaza inició una lenta y cuidadosa travesía en zigzag para procurar que ninguna parte ribereña de la ciudad resultase más favorecida que otra. Primero se dirigió hacia el sur, a Merkinstal, un suburbio tan subdesarrollado que las tierras de labranza aún llegaban hasta la orilla del río. Pero incluso allí la gente había salido en manada para contemplar el esplendor. «Pobres pero leales», pensó Pyrgus con cariño mientras los observaba a través de un ojo de buey teñido de oscuro. La mayoría de las ropas que vestían tenían el color pardo de los tejidos artesanales de la gente del campo; más adelante aparecerían las sedas y los satenes de los habitantes de la ciudad, más sofisticados.

La barcaza giró hacia el suroeste y entró en el canal central del río antes de llegar al puente de Lohman.

* * *

Henry tenía problemas con los bombachos.

Ya no era el acompañante masculino y suponía, por lo que iba a suceder en la coronación, que el puesto ya no revestía importancia. Pero seguía siendo Hombre Férreo, Caballero Comendador de la Daga Gris, y por lo tanto debía ir vestido de

forma acorde con el título. La camisa y la chaqueta resultaban bastante incómodas (estaban tejidas con hechizos para emitir colores diferentes con los cambios de luz), pero la tela de oro de los bombachos era la muerte.

El verdadero problema estribaba en que eran excesivamente pequeños. A Henry le tomaron las medidas para el uniforme de Caballero Comendador el día en que Pyrgus lo presentó al pueblo y le entregó la daga, pero el traje se confeccionó mientras él estaba en el Mundo Análogo y no se lo había probado hasta ese día por primera vez; sin duda se había cometido un error con los bombachos. Resultaban demasiado ceñidos en el culo y en la cintura y, cuando al fin se los puso metiendo barriga, le quedaban quince centímetros cortos.

Se abotonó despacio (en el reino de los elfos no existían las cremalleras) con dedos temblorosos por el esfuerzo. A cada botón que se abrochaba, aumentaba la presión en la entrepierna. Sospechó que caminar iba a ser muy doloroso y sentarse resultaría aún peor.

—Es mejor que te apresures, Henry —dijo el señor Fogarty—. La barcaza real ya ha partido.

—Estos bombachos son demasiado pequeños.

—Sí —afirmó el señor Fogarty—. Pareces un poquito imbécil con ellos.

Aunque Henry se habría amputado los tobillos antes de admitirlo, el señor Fogarty estaba magnífico. Había cambiado su ropa de Guardián por el uniforme que correspondía a uno de sus títulos menores: Protector de Dios y del reino. El traje era de terciopelo azul y se combinaba con calcetines blancos que le llegaban hasta la rodilla y zapatos con hebillas. Cuando se puso el tricornio, a Henry le pareció la mismísima imagen de lord Nelson.

—No sé cómo voy a sentarme —dijo Henry.

—¿Tienes que hacerlo?

—No lo sé. Nadie me ha dicho de qué va la ceremonia. ¿Lo sabe usted?

—No te lo preguntaría si lo supiera. ¿Qué tal estoy?

—Muy bien —admitió Henry a regañadientes.

* * *

Las amas de la seda le habían hecho un vestido nuevo a Blue que, según ellas, era más indicado para la ocasión: una elaborada creación con brillo ultravioleta que daba lugar a una ilusión óptica como si llevara alas plegadas. Contempló su imagen y le dio la impresión de que la hacía más alta, lo cual no era nada malo dadas las circunstancias, pero no le sentaba tan bien como el otro traje. Estaba a punto de quitárselo cuando entró Comma con aspecto de rayo de luna.

—¿No llamas nunca a la puerta? —preguntó Blue—. ¡Podría estar desnuda!

—Pues no lo estás —murmuró Comma, ceñudo, pero a continuación dijo más animado—: ¿Puedo subir a la cubierta, Blue, y saludar a la gente?

—Sí.

—¿Crees que a Pyrgus le importará?

—¿Por qué no se lo preguntas a él?

—No quiero —respondió Comma, que se miró en el espejo que estaba detrás de Blue y se acicaló. Iba vestido de blanco de la cabeza a los pies: zapatos, calcetines, pantalones, camisa y gorra; todo absolutamente blanco—. No voy a llevar esta ropa solamente en la ceremonia, sino que me la pondré siempre. —Se volvió primero hacia la izquierda y después hacia la derecha—. Creo que me sienta bien.

—Jamás irás limpio —murmuró Blue.

—Utilizaré hechizos —repuso Comma—. Tú puedes darme el dinero.

—¿Por qué no vas a pavonearte por la cubierta? —Blue lo fulminó con la mirada—. Yo aún no estoy lista y atracaremos enseguida.

—Tardaremos horas en atracar —repuso Comma—. Aún no han abierto el puente para que pasemos.

Cuando la barcaza se acercó, el oficial y sus hombres desfilaron por el centro del puente de Lohman en perfecta formación; una escolta de guardias con librea de color púrpura les despejaba el camino. Las normas de seguridad insistían en que el puente debía estar cerrado al público hasta que pasase la barcaza, pero la gente se había congregado en él.

El oficial se detuvo ante el enorme mecanismo y, a una señal suya, uno de sus hombres izó una sencilla bandera azul. Abajo, en el río, la barcaza real se quedó inmóvil como una gran fiera expectante y fantástica.

—¡A vuestros puestos! —ordenó el oficial.

Los hombres se pusieron en marcha con precisión mecánica mientras se oían algunos vítores irónicos. Tres de ellos se dirigieron a la gran rueda y los otros se ocuparon del entresijo de cuerdas y cables que la rodeaban.

—¡Acción! —gritó el oficial, quien, al igual que sus hombres, vestía unos ropajes pasados de moda, como del siglo pasado.

Los hombres de las cuerdas empezaron a tirar mientras los otros ejercían presión sobre la gran rueda. La multitud de observadores se quedó en silencio. Debía cumplirse con el acto tradicional en el día de la coronación: había que utilizar la antigua maquinaria del puente primitivo.

El problema radicaba en que, a pesar del cuidado y la atención constantes, no había garantía de que funcionase. La coronación del bondadoso rey Glaucopsyche se había retrasado dos semanas, mientras los mecánicos trabajaban a contrarreloj para poner la gran rueda en funcionamiento.

Durante unos momentos pareció que la historia se repetiría. Poco después, con un profundo y desasosegante crujido, la rueda comenzó a girar. La multitud vitoreó e infundió ánimo a los hombres que la empujaban, y el puente vibró y se inició la apertura.

Estalló una memorable aclamación.

En la cubierta de la barcaza apareció una figura blanca y saludó con la mano. Los aplausos se redoblaron y el puente se dividió en dos. Hubo un breve pánico cuando los espectadores se escabulleron de un lado a otro antes de que el abismo se ensanchase, pero por una vez nadie cayó al agua. El puente de Lohman se abrió entre aullidos de delirio y gritos de aprobación.

La barcaza real recuperó su majestuoso avance y pasó por debajo lentamente.

* * *

—¿Has visto eso? —exclamó Comma, emocionado—. ¡Me adoran! ¡Todos me

han aclamado y saludado! ¡No podía haber tenido una idea mejor!

—¡Por favor! —siseó Blue entredientes—. ¿No tienes noción, ni la menor noción, de la intimidad? Y no fue idea tuya en absoluto.

—Estás preciosa con ese chisme —dijo Comma, pensativo.

—¿De veras? ¿No crees que me hace parecer demasiado mayor?

* * *

—¿Qué vais a hacer con esa cosa durante la ceremonia? —preguntó el señor Fogarty.

—¿Se refiere a mí? —preguntó Flapwazzle, airado.

—¿Se refiere a Flapwazzle? —preguntó Henry en el mismo tono—. No es una cosa.

—¿Qué vais a hacer con el endriago durante la ceremonia? —rectificó Fogarty encogiéndose de hombros.

—No se va a quedar fuera —respondió Henry.

—No me voy a quedar fuera —confirmó Flapwazzle.

—¿He dicho yo que lo hicieras? Sólo que... —el Guardián volvió a encogerse de hombros— huele un poquitín mal y ya es demasiado tarde para darse un baño.

—¡Vaya! —exclamó Flapwazzle—. Dice la verdad: huelo un poco mal. —El endriago serpenteó por el suelo.

—¿Adonde vas? —preguntó Henry, asustado.

—Soy perfectamente capaz de darme un baño —respondió Flapwazzle.

La barcaza navegaba por Cheapside, bastante alejada de la orilla del río por miedo a los proyectiles de los grupos antimonárquicos del distrito. Pero por lo que Pyrgus observó, no había indicios subversivos. La ribera era una masa de gente que saludaba con banderitas de la Casa de Iris y las aclamaciones eran tan fuertes que resonaban en los enormes almacenes del otro lado del río.

Pyrgus se preguntó si la idea de Henry daría resultado.

* * *

—¿Cree que mi idea funcionará? —preguntó Henry. Todo había sucedido demasiado rápido y en ese momento necesitaba apoyo.

—No puede ser de otra manera —repuso Fogarty—. Y has de admitir que será interesante, sobre todo cuando Hairstreak descubra lo que pasa.

—¿Sabe si ese hombre sigue vivo?

—Sí. Lo sé. La gente de Cynthia informó que él se hallaba en su sitio de la catedral antes de las primeras luces. Hace falta algo más que una invasión de demonios para acabar con ese pequeño canalla.

—¿Y si intenta causar problemas? —preguntó Henry.

—Déjame a mí —gruñó el señor Fogarty.

Flapwazzle se deslizó bajo la puerta en medio de una nube de perfume.

—Nuestro *ouklo* está aquí —indicó.

—Entonces será mejor que vayamos —indicó Fogarty—. Quedaría mal llegar después de la barcaza real.

—Contempló los bombachos de Henry. —Te convendría viajar de pie.

* * *

—Blue —dijo Comma—, ¿por qué los demonios atacaron la casa del tío Hairstreak?

Blue lo miró con cautela porque nunca se sabía qué le rondaba a Comma por la cabeza. Después de la noche en que había ido a la habitación de la princesa, Comma no había vuelto a mencionar a Pyrgus. Incluso cuando le contaron el plan de Henry, no puso ninguna objeción. Blue supuso que Comma despotricaría, desvariaría, exigiría o amenazaría, pero se limitó a encogerse de hombros en un gesto de asentimiento, como si los planes no tuviesen nada que ver con él. Ni siquiera se mostró interesado por los sobornos de Fogarty, que le ofreció un nuevo título y unos

fondos de inversión para gastarlos en lo que quisiera. En ese momento, Blue pensó que Comma quizá se sentía culpable por el papel que había desempeñado ayudando a Hairstreak a convertir al Emperador Púrpura en un monstruo. Sea como fuere, Comma no dijo nada de lo que había hecho Pyrgus y hubo veces en que Blue casi creyó que su hermanastro había olvidado lo sucedido en la sala de operaciones de Hairstreak. Pero en ese instante Comma pensaba en ese día concreto. ¿Sería su pregunta una anticipación de algo más siniestro?

Blue decidió ir al grano.

—Creo que lord Hairstreak molestó al príncipe de los demonios —repuso.

—Estamos casi en la catedral —dijo Comma mirando por el ojo de buey.

* * *

La gran torre de la orilla del río surgió ante la vista indicando el límite exterior de Westgate. Tardarían veinte minutos en llegar al muelle de la catedral, media hora como mucho. Pyrgus suspiró. En su vida se había sentido tan nervioso, aunque sabía que estaba haciendo lo correcto. Cuanto más pensaba en la idea de Henry, más sentido le encontraba. Debería habersele ocurrido a él semanas antes en vez de... en vez de...

Apartó el pensamiento de su mente con brusquedad y se levantó. Era mejor que se concentrara en prepararse.

El manto de armiño que iba a llevar durante la ceremonia estaba en el armario del camarote; lo descolgó, se lo puso sobre los hombros y contempló su imagen en la puerta de espejos.

Pensó en su padre, que había usado el mismo manto en su coronación, y en su madre, que por desgracia fue reina de los elfos durante un brevísimo tiempo. Luego se dio la vuelta y subió a la dorada cubierta para que sus leales súbditos lo viesen cuando la barcaza entrase lentamente en el muelle de la catedral.

El *ouklo* avanzó entre filas de soldados imperiales y multitudes apretujadas y rebosantes de entusiasmo. Cuando Henry salió del coche, le sorprendió recibir un escueto saludo de los hombres de uniforme hasta que se dio cuenta de que los saludos no eran para él, sino para el guardián Fogarty, a cargo de la seguridad general.

El propio Fogarty, resplandeciente con su traje de lord Nelson, devolvió el saludo con un gesto indiferente de la mano y abordó al capitán más cercano.

—¿Está todo el mundo?

—Sí, señor.

—¿Lord Hairstreak?

—Sí, señor.

—¿Nuestros hombres en sus puestos?

—Sí, señor.

—¿Has cambiado mi placa como indiqué?

—Sí, señor, claro que sí.

Henry contempló la catedral, intrigado por saber qué sería eso de la placa. El edificio era enorme y, en comparación, la catedral de San Pablo, Westminster o cualquiera de las que había visto parecían pequeñas. Pero no impresionaba el tamaño, sino la estructura: toda la construcción tenía un aspecto ligero, como de encaje o filigrana, que parecía salido de un cuadro de fantasía; daba la impresión de que la primera ráfaga de viento podía derribarla, pero alguien le contó que llevaba en pie setecientos años y que había sobrevivido al impacto de un meteorito.

—¿Y el príncipe heredero Pyrgus? —preguntó Fogarty al capitán.

—La barcaza real atracará dentro de cinco minutos. —Respondió, y la señaló—: Si se asoma aquí, señor, podrá verla.

—Excelente —exclamó el Guardián, y se dirigió a Henry—: ¡Vamos, Hombre Férreo, será mejor que ocupemos nuestros asientos!

Era el momento que tanto temía Henry. Los bombachos seguían apretándole.

* * *

Henry se detuvo asombrado al entrar en la catedral. La nobleza del reino de los elfos se apiñaba en las hileras de asientos y todos se hacían la competencia en cuanto a opulencia y lujo de sus vestimentas. Vio coloristas grupos de trinos, majestuosos magos halek y representantes de razas que nunca había visto. El murmullo de las conversaciones parecía un gigantesco enjambre de abejas.

—¡Hola, Henry! —saludó una dulce voz desde el pasillo de la izquierda.

Al principio no la reconoció, pero al punto se dio cuenta de que era Nymphalis.

Había cambiado el consabido uniforme verde por un traje que le daba aspecto de Conan el Bárbaro en versión femenina.

—¡Hola, Nymph! —sonrió—. Me gusta tu traje.

—Quería ver la coronación del príncipe Pyrgus, pero sin que nadie supiese que vengo del bosque —le susurró al oído.

—No se lo imaginarían ni en cien años —le aseguró Henry mientras el señor Fogarty le tiraba del brazo para que caminara.

Al avanzar por el pasillo central, Henry se fijó en que el altar no se encontraba en la parte este, como en las iglesias que conocía, sino en el centro del enorme edificio. Consistía en un cubo dorado encima del cual colgaba una reluciente esfera de luz que hipnotizó su mirada.

—¿Qué es eso? —le preguntó a Fogarty.

—Una especie de artilugio que permite que la divinidad se manifieste. —Respondió, y añadió en tono cínico—: Pero me parece que no se molesta en hacerlo muy a menudo.

Caminaron juntos hasta el altar y, siguiendo el ejemplo de Fogarty, Henry hizo una reverencia ante el trono vacío.

—A la derecha —susurró el Guardián—. Ahora nos sentaremos. Te toca a mi lado.

Había un sillón de diseño especial que se parecía al sillón de Guardián que Henry había visto cuando lo nombraron Hombre Férreo, pero Fogarty lo ignoró y subió los escalones hasta las filas superiores. Al fin encontraron dos asientos vacíos que miraban directamente al altar. Había placas de bronce con sus nombres en cada uno de ellos.

—¡Hola, Blackie! —saludó el señor Fogarty alegremente—. Me alegro de que hayas podido venir.

El hombre que estaba a su lado frunció el entrecejo, pero no dijo nada. Henry se sentó con muchísimo cuidado y comprobó, con gran placer, que el tejido de los bombachos se estiraba y no se rompía. No estaba cómodo, pero al menos sí decente.

Cuando se hubo acomodado se dio cuenta de que el hombre con el que había hablado el señor Fogarty era lord Hairstreak.

* * *

Blue se reunió con Pyrgus en la cubierta de la barcaza real, en medio de los tumultuosos aplausos que provenían del muelle.

—¿Te encuentras bien? —susurró Blue.

—Sí —contestó, y respiró a fondo.

—¿No quieres cambiar de idea? Aún estás a tiempo.

—Creo que no, Blue —dijo Pyrgus, serio—. No quiero de ninguna manera.

—¿Qué vas a hacer... en fin... después? —No lo habían hablado.

—Olvidarme de este día.

Se produjo un ligerísimo chirrido cuando la barcaza atracó. Una pasarela dorada se extendió ante los pies de los dos hermanos. Ambos se miraron.

—Ya estamos —anunció Pyrgus—. Será mejor que lo hagamos.

Juntos, avanzaron despacio por la pasarela, hombro con hombro.

—¡Viva el rey Pyrgus! —gritó alguien de la multitud—. ¡Viva nuestro Emperador Púrpura!

El grito se incrementó cuando lo repitieron un millar de voces.

—¡Viva el rey Pyrgus! ¡Viva nuestro Emperador Púrpura!

Pyrgus se colocó el manto de armiño. Con un paso estudiado, su hermana y él iniciaron el largo y lento trayecto hacia la catedral.

Una fanfarria de trompetas hizo que Henry dejara de prestar atención a lord Hairstreak y se girase hacia la puerta principal de la catedral, creyendo que iban a entrar Pyrgus y Blue, pero en vez de ellos apareció una procesión de sacerdotes y magos, vestidos con vaporosas prendas de seda de hilandera.

—El payaso de la barba es el archimandrita Podalirius —susurró Fogarty—. Es quien realizará la coronación.

Podalirius era un hombre alto, de constitución fuerte y con una mata de cabello negro tan abundante que casi le ocultaba el rostro. Henry dejó de mirarlo cuando el archimandrita ocupó su lugar detrás del trono vacío. Entonces los sacerdotes lo rodearon en semicírculo y unas acolitas se acercaron presurosas con frascos de ungüentos resplandecientes y pequeños aguamaniles de plata con óleos sagrados. Las trompetas sonaron por segunda vez y Pyrgus entró en la catedral, seguido de su hermana Blue un paso por detrás. El príncipe llevaba la cabeza descubierta y se había quitado la peluca para exhibir la tonsura. Generalmente, Henry no apartaba los ojos de Blue, pero en esa ocasión sólo se fijó en Pyrgus.

Contempló cada milímetro de la figura del emperador cuando éste avanzó hacia su trono.

* * *

—¿Intentarás matarlo de nuevo? —preguntó Fogarty por la comisura de los labios—. ¿Lo harás con hechizos de ilusión óptica, gusanos o algo parecido?

Hairstreak miraba al frente.

—Has oído esos ridículos rumores, ¿eh, Guardián?

—Tú mismo lo has propagado —repuso Fogarty, divertido.

—Lástima que no puedas demostrarlo.

—Sí, ¿verdad? Aunque habría pruebas si volvieses a intentarlo.

—Oh, resulta poco probable —afirmó Hairstreak— mientras tenga esto... —Sacó un rollo de pergamino de su jubón.

En el altar, los sacerdotes que se habían situado detrás del archimandrita entonaron un sonoro cántico y sus voces fueron elevándose hasta llegar al más recóndito rincón de la catedral.

—¿Qué es eso? —preguntó Fogarty.

—Una copia del pacto firmado por el llorado Apatura Iris cuando se recuperó de su reciente coma. Sigue teniendo efecto legal, aunque él ya no esté entre nosotros.

—Ya.

Hairstreak lo miró con suspicacia.

—Y obliga a su hijo, Guardián. Recuérdalo. Cláusula cinco, en concreto. Se cita al príncipe heredero Pyrgus. En el momento en que se convierta en Emperador Púrpura queda obligado legalmente a respetar el pacto.

—Seguro que no será de inmediato —precisó Fogarty—. ¿No vas a dejar que celebre su coronación?

Hairstreak le dedicó una sonrisita vacua y sentenció:

—Se avecinan tiempos de cambios, Guardián. Aunque dudo que dures lo suficiente para verlos.

El canto cesó bruscamente cuando Pyrgus se sentó en el trono. Blue se colocó a su derecha y el archimandrita Podalirius detrás.

—De acuerdo, pronto lo averiguaremos —dijo Fogarty.

Podalirius llenó un frasquito con óleo sagrado de uno de los aguamaniles y dos sacerdotes se adelantaron llevando la corona, que tenía numerosas amatistas engarzadas y estaba rodeada por un halo púrpura.

El archimandrita vertió un poco de aceite en la palma de su mano izquierda, se mojó el pulgar derecho y con él trazó una sigila sagrada sobre el cráneo tonsurado de Pyrgus.

—Preparo la cabeza que la divinidad ha designado para llevar la corona —recitó.

Pyrgus miraba al frente con rostro inexpresivo.

En algún lugar de la catedral un coro femenino empezó a cantar; las voces, agudas y claras, descendían en picado y se zambullían como pájaros, a las que se unieron los tonos peculiares de un coro de endriagos que iniciaron un contrapunto. Una lenta procesión de monjes, que también cantaban, avanzó por el centro de la iglesia en dirección al altar.

Podalirius tomó la corona púrpura que le ofrecieron los dos sacerdotes, la mantuvo en alto y la colocó suavemente sobre la cabeza de Pyrgus, por cuyo cuerpo fluyeron crepitantes energías. Todos los demás sonidos cesaron.

—¡Mirad a vuestro emperador! —proclamó en tono retumbante el archimandrita.

* * *

Henry se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento. Con el rabillo del ojo vio cómo lord Hairstreak se inclinaba ligeramente con cara de satisfacción.

—Y ahora el primer discurso del emperador —anunció Fogarty.

Pyrgus se puso de pie; la corona debía de ser pesadísima, pero la soportaba bien. Cuando habló, lo hizo en voz baja, pero los hechizos de amplificación que rodeaban el trono trasladaron sus palabras a todos los rincones de la catedral.

—Es tradición —dijo— que un emperador pronuncie el primer discurso oficial de su reinado aquí, en la catedral, en el momento de su coronación. Mantengo hoy esa

tradición y al mismo tiempo proclamo mi abdicación, que se hará efectiva de inmediato, en favor de mi hermana, su alteza serenísima la princesa Holly Blue, que de ahora en adelante, por mi voluntad imperial, gobernará como reina de los elfos y emperatriz soberana del reino, defensora de...

A pesar del hechizo de amplificación, las palabras restantes fueron ahogadas por el tumulto que estalló en el templo. Hairstreak estaba de pie estrujando en la mano el pergamino que contenía el pacto.

—¡No puede hacer eso! —rugió.

—Acaba de hacerlo. —Indicó Fogarty sin alterarse. Había sido idea de Henry; excelente, por cierto. Miró el pergamino y le dijo a Hairstreak—: Parece que tu pacto ya no sirve para nada. No recuerdo que diga que Blue esté obligada a...

—Esto no ha terminado, Guardián —respondió furioso—. Ambos sabemos lo que hizo Pyrgus, y créeme, conseguiré que el chico responda ante la justicia por ello.

El Guardián ni siquiera pestañeó.

—Creo que comprobarás cómo la Emperatriz Púrpura perdona todas las faltas de su hermano. —Esbozó una de sus sonrisas más frías e implacables—. Tal vez incluso lo haga en su primer discurso.

EPÍLOGO

Henry se preguntó por qué se sentía tan desgraciado si Blue era la reina, lo cual le parecía maravilloso. Naturalmente, no tendría mucho tiempo para él con su nuevo cargo y sus títulos y tantas ocupaciones, pero de todos modos era estupendo. Lo importante era que se había convertido en reina y que lo haría muy bien (así Pyrgus no tendría que ser emperador, lo cual hubiera sido horrible); ella lo había perdonado para que Hairstreak no causase problemas a causa de lo que había hecho Pyrgus; todo ello significaba que las cosas marchaban de maravilla, todo el mundo era feliz y no importaba que Blue nunca volviese a tener tiempo para alguien como él, que no era ni un elfo, ni un héroe, ni un mago ni nada del otro mundo. No importaba en absoluto. Al fin y al cabo no habían salido juntos ni nada parecido.

Tal vez fuese la idea de regresar a casa la que lo deprimía. Los cucuruchos de Lethe habrían resultado útiles, pero quedaba el hecho de que aún tenía las manos multicolores, aunque un poco desteñidas. Y había que arreglar la casa del señor Fogarty. Y Aisling... Pensar en Aisling siempre lo deprimía. Debía de ser eso. No tenía nada que ver con Blue.

Cerró la puerta de sus aposentos de palacio y se sacó los bombachos dorados. Sintió un alivio asombroso. Pero cuando se dirigía al armario para buscar unos pantalones anchos, vio una rosa sobre la mesa y a su lado un minúsculo frasco de líquido ámbar. Aunque hacía calor en la habitación, la rosa tenía gotas de rocío en los pétalos.

Henry tomó el frasquito y le quitó el corcho. Supuso que sería perfume, pero el aroma, aunque agradable, era demasiado suave. Con cuidado vertió una gota en la punta de la lengua.

Fue como una explosión silenciosa: su depresión desapareció como la niebla matutina y lo dominó el éxtasis; el palacio se desvaneció en una vibración de purísima luz blanca y el alma se le salió del pecho y se expandió por el universo. Él era todo, todas las cosas, y sentía una dicha absoluta.

La experiencia duró una vida y acabó en un segundo. Le temblaban las manos cuando tapó el frasquito con el corcho; le dio la vuelta y se fijó en las minúsculas letras talladas en el cristal: «Esencia de amor».

Le habría gustado saber quién lo había enviado.

GLOSARIO:

(*el*: elfo de la luz / *en*: elfo de la noche / *hum*: humano).

Ama de la seda (*el*): Miembro de una hermandad, exclusivamente femenina, especialista en el manejo de las hilanderas y en convertir la seda hilada en un artículo caro y muy solicitado como elemento de moda.

Apatura Iris (*el*): Padre del príncipe Pyrgus, el príncipe Comma y la princesa Blue. Emperador Púrpura durante más de veinte años.

Asloght: Prisión principal del reino de los elfos.

Athamé: Puñal de una bruja.

Atherton, Aisling (*hum*): Hermana pequeña de Henry Atherton y majadera sin par.

Atherton, Henry (*hum*): Adolescente que vive en uno de los condados de Inglaterra y que fue el primero en establecer contacto con el reino de los elfos cuando rescató al príncipe Pyrgus Malvae de las garras de un gato. Henry posee el control de un portal, construido por su amigo el señor Fogarty, que le permite visitar el reino cuando lo desea.

Atherton, Martha (*hum*): Directora de un colegio de niñas en el sur de Inglaterra. Esposa de Tim Atherton y madre de Henry y Aisling.

Atherton, Tim (*hum*): Próspero ejecutivo. Esposo de Martha Atherton y padre de Henry y Aisling.

Beleth (también conocido como Príncipe de los Demonios o Príncipe de la Oscuridad): Príncipe de Hael, una dimensión alternativa de la realidad habitada por demonios.

Blue, princesa Holly (*el*): Hermana pequeña del príncipe Pyrgus Malvae e hija del Emperador Púrpura Apatura Iris. Blue posee su propio servicio de espionaje y una araña ilegal psicotrónica que le permite realizar complicadas actividades de espionaje.

Brimstone, Silas (*en*): Anciano demonólogo, anterior propietario de la fábrica de pegamento.

Cardui, madame Cynthia (también conocida como Dama Pintada) (*el*): Anciana excéntrica, cuyas infinitas relaciones sociales la convierten en una de las agentes más valiosas de la princesa Blue.

Casa de Iris: Casa real del imperio de los elfos.

Chalkhill, Jasper (*en*): Socio de Silas Brimstone y, en secreto, antiguo jefe del Servicio de Inteligencia de lord Hairstreak.

Cleopatra: Reina de los elfos salvajes.

Clutterbuck: Trinio de color naranja contratado por Chalkhill durante su encarcelamiento.

Comma, príncipe (*el/en*): Hermanastro del príncipe Pyrgus y de la princesa Blue (hijo del mismo padre, pero de diferente madre).

Cossus Cossus (*en*): Guardián de lord Hairstreak.

Cuchillo halek (u hoja halek). Arma de cristal de roca que libera energías mágicas para matar todo lo que atraviesa. Los cuchillos halek tienden a romperse, en cuyo caso las energías matan a la persona que los usa.

Cucurucho de hechizos: Cucuruchos de bolsillo que no llegan a medir tres centímetros y contienen energías mágicas que se aplican para obtener un resultado específico. El cucurucho antiguo debía encenderse; la versión más moderna se prende sola y se «abre» con una uña. Ambas clases descargan una especie de fuegos artificiales.

Demonio: Forma adoptada frecuentemente por las especies cambiantes que habitan en el reino de Hael cuando entran en contacto con elfos o humanos.

Dingy, Harold (*en*): Guardaespaldas y sirviente de lord Hairstreak.

Elfo de la luz (los del bando de la luz): Una de las dos clases principales de elfos, opuesta a la utilización de demonios en cualquier circunstancia y perteneciente a la Iglesia de la Luz.

Elfo de la noche (los del bando de la noche): Una de las dos clases principales de elfos, que se distingue físicamente por los ojos de gato muy sensibles a la luz. Utilizan sirvientes demoníacos.

Elfo del bosque: Denominación que se da a los elfos salvajes para no ofenderlos.

Elfo salvaje: Elfos nómadas que viven y cazan en las entrañas del gran bosque primigenio que cubre gran parte del reino de los elfos. No se conoce que los elfos salvajes mantengan alianzas con los elfos de la luz ni con los de la noche.

Emperador Púrpura: Gobernante del imperio de los elfos.

Endriago: Animal inteligente que se parece a una alfombra lanuda o felpudo. Los endriagos tienen una habilidad especial para discernir la verdad que los convierte en compañeros muy populares en el reino de los elfos.

Fogarty, Alan (*hum*): Ex físico y ladrón de bancos paranoico con un extraordinario talento para los artefactos de ingeniería. Fogarty ha sido nombrado Guardián de la Casa de Iris en reconocimiento a la ayuda prestada al príncipe Pyrgus, aunque en un principio el gato de Fogarty estuvo a punto de comerse al príncipe.

Glaistig: Inteligente vampiro semisalvaje y bípedo, más delgado y un poco más pequeño que el elfo macho típico. Los *glaistigs* salvajes tienen fama de matar a los viajeros y beberse la sangre.

Gnoma, Pheosia (*en*): Nigromante que trabaja por su cuenta.

Golem: Figura de barro que cobra vida gracias a la magia.

Gonepterix: Consorte de Cleopatra.

Gramimis (*en*): Hermano de la viuda Mormo.

Grimorio: Libro negro de brujería.

Guardián: Título antiguo que se adjudica al principal consejero de una casa noble.

Hael: Nombre suavizado del infierno.

Hairstreak, lord Black (*en*): Noble jefe de la Casa de Hairstreak y líder de los elfos de la noche.

Haleklind: País de los magos halek.

Haniel: León alado que habita en las áreas boscosas del reino de los elfos.

Hilander: Araña gigante que elabora una seda especial muy valorada en la industria de la moda de los elfos.

Hodge: Gato del señor Fogarty.

Kitterick: Trinio de color naranja al servicio de madame Cardui.

Mago halek: Ni humano ni elfo. Se le considera el practicante de la magia más habilidoso del reino de los elfos. Los magos halek son especialistas en tecnología de armamentos.

Malvae, príncipe heredero Pyrgus (*el*): Heredero adolescente del trono del Emperador Púrpura. A Pyrgus le gustan los animales mucho más que la política y en una ocasión llegó a escaparse de casa para vivir como un elfo corriente a causa de los desacuerdos con su padre.

Maura, viuda Mormo (*en*): Casera ocasional de Brimstone y esposa aún más efímera de este personaje.

Mundo Análogo (también conocido como «mundo terrestre»): Nombres utilizados en el reino de los elfos para referirse al mundo terrestre de los colegios, las espinillas y los padres que acaban divorciándose.

Ouklo: Carruaje que se eleva, conducido por hechizos.

Peacock: Ingeniero jefe del portal de la Casa de Iris.

Pedreñal: Pequeña arma de batalla de los elfos, que se esconde fácilmente y genera una erupción volcánica en el objetivo. No se recomienda su uso en espacios cerrados por el peligro que supone para quien la maneja.

Portal: Vía de entrada a la energía interdimensional que permite acceder a un mundo alternativo por medios naturales o artificiales, o mediante creaciones de ingeniería.

Psicotrónica: Oscura rama de la ciencia terrestre que estudia la interacción de la mente humana con la realidad física. La aplicación práctica de la Psicotrónica no se distingue bien de ciertas formas de magia del reino de los elfos.

Quercusia (*en*): Madre de Comma y segunda esposa de Apatura Iris.

Reino de los elfos: Aspecto paralelo de la realidad habitado por varias especies alienígenas, como los elfos de la luz y los elfos de la noche.

Seething Lañe: Primer emplazamiento de la fábrica de pegamento milagroso de Chalkhill y Brimstone.

Severs, Charlotte (*Charlie*) (*hum*): La mejor amiga de Henry Atherton en el mundo terrestre.

Simbala: Variante de música muy pegadiza que se vende legalmente en tiendas con licencia e ilegalmente en todas partes.

Sinderack: Sabroso plato salado con sabor ahumado, especialmente popular entre los elfos que viven en las ciudades.

Slith: Peligroso reptil gris que habita en zonas boscosas del reino de los elfos. Los *sliths* segregan un ácido muy tóxico que pueden lanzar a distancias considerables.

Trinio: Raza de enanos que no son humanos ni elfos y que viven en el reino de los elfos. Los trinos de color naranja se dedican a servir, los de color violeta suelen ser guerreros y los verdes se han especializado en nanotecnología biológica y, en consecuencia, pueden crear máquinas vivientes.

Varita de burbujas: Varita mágica que produce un chorro de burbujas de colores. Muy popular en bodas y ocasiones similares.

Vimana: Nombre sánscrito que se da en el reino de los elfos y en Hael a los platillos volantes.

Wildmoor Broads: Extensa llanura repleta de maleza espinosa al norte de la capital de los elfos, donde los ricos del reino construyen sus casas debido a que las dificultades de desplazarse por esa zona aseguran la intimidad. Para viajar por ella el único medio viable de transporte es un carruaje capaz de levitar porque el transporte terrestre sufre el ataque de la uña de gato, una planta casi provista de sensibilidad que trepa a los vehículos y los obliga a detenerse en cuestión de minutos. Resulta imposible cruzar la zona a pie, pues la uña de gato paraliza a los caminantes y los descuartiza para aprovechar sus nutrientes.

Yammeth Cretch: Principal territorio de los elfos de la noche.